LIBROdot.com

UNA GUIRNALDA DE FLORES

LOUISA M. ALCOTT



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A
R. A. LAWRENCE
le dedica afectuosamente este librito, su agradecida amiga
L. M ALCOTT.

PREFACIO

Escribí estas historias para mi propio entretenimiento, durante un período de reclusión forzosa. Las flores, que eran mi solaz y placer, me sugirieron los títulos de los cuentos y dieron interés a mi trabajo.

Si mis lectoras encuentran un poco de belleza o alegría en estas flores vulgares, su vieja amiga no habrá creado en vano su Guirnalda.

L. M. ALCOTT.
Septiembre, 1887.

FLORES DE MAYO

Como verdaderas hijas de Boston, habían fundado un club para incrementar su preparación intelectual, y, como todas ellas descendían de los Puritanos, le pusieron por nombre el Club Flor de Mayo. Era un nombre acertado, y las seis muchachitas que lo componían formaban un lindo ramillete cuando se reunían, una vez por semana, para coser y leer libros escogidos. En la primera reunión de la temporada, después de haber estado separadas todo el verano, charlaron y se contaron muchas cosas, antes de que se pusiera a discusión la pregunta:

-¿Qué vamos a leer?

Ana Winslow, que era la presidenta, comenzó por proponer "La dichosa Dodd", pero al oír que varias replicaban a coro:

-"Ya lo he leído", se vio obligada a buscar otro título en su lista.

-"Prisioneras de la pobreza" es un libro que trata de las obreras, una obra muy triste y muy real, pero mamá dijo que no haría bien el enterarnos de la vida tan dura que llevan otras muchachas -dijo Ana razonando juiciosamente, porque era una jovencita reflexiva y deseosa de cumplir con su deber en todos los aspectos.

-Prefiero no, enterarme de cosas tristes, ya que no puedo hacer algo, por mejorarlas -replicó Ella Carver, pasando suavemente el dedo por las flores de manzano que bordaba en un paño de raso azul.

-Pero creo que, si nos propusiéramos realmente, podríamos hacer algo; ya veis cuántas cosas hizo Dodd, a pesar de que no era más que una muchacha pobre y no poseía ni la

mitad de medios de hacer bien que tenemos nosotras -dijo Ana, contenta de discutir el asunto, porque había ideado un plan y quería preparar el camino para proponerlo a las demás.

-Sí, siempre me repito que tengo más comodidades, diversiones y cosas lindas de las que merezco, y que debería compartirlas con alguien. Pero no lo hago; y cuando me entero de algún caso de verdadera pobreza, o de alguna enfermedad terrible, ¡me avergüenzo tanto de mi conducta! Si supiera cómo empezar, haría de veras alguna obra buena. Pero en mi camino no se cruzan nunca los niñitos sucios, las mujeres borrachas que hay que reformar, o las interesantes muchachitas inválidas, con las que se puede cantar y rezar, como acontece en los libros -exclamó Marion Warren, con tal expresión de remordimiento en su alegre y redondita carita, que sus amigas soltaron unánimemente la carcajada.

-Yo sé algo que puedo hacer, si tuviera el valor necesario para empezarlo. Pero papá menearía, incrédulo, la cabeza, si se enterara; mamá se preocuparía pensando que no es correcto; me restaría parte del tiempo que dedico a mi música, todas las cosas agradables se presentarían siempre en el día que tenía pensado consagrar a mis buenas obras y yo me desanimaría o me avergonzaría, y lo haría mal, así que no empiezo nada, aunque sé que debería hacerlo.

Y Elizabeth Alden miró implorante a sus amigas, con sus grandes ojos, como rogándoles que la incitaran a cumplir con el deber, dándole ánimos o buenos consejos.

-Sí, también comprendo que eso está bien, pero no me agrada introducirme en las casas de los pobres para oler malos olores, ver espectáculos tristes, oír contar historias lastimosas y correr el riesgo de pillar una fiebre, difteria o cualquier enfermedad espantosa. No finjo que me agrada la caridad, y declaro abiertamente que soy una chiquilla tonta y egoísta, y que quiero gozar de todos los minutos de mi vida, sin preocuparme por los demás. ¿No es verdaderamente vergonzoso?

Maggie Bradford parecía una pecadora tan amable, mientras hacía francamente su triste confesión, que nadie pudo reprenderla, aunque Ida Standish, su amiga íntima, meneó la cabeza, y Ana dijo, suspirando:

-Me parece que todas pensamos más o menos como Maggie, aunque no lo reconocemos tan honradamente. La primavera última, cuando estuve enferma y creí que iba a morir, me avergonzaba de tal modo pensar en el invierno frívolo y ocioso que había pasado, que me decía que daría con gusto todo lo que tenía con tal de poderlo vivir otra vez, y mejor. Ya sé que de una muchacha de dieciocho años no se espera gran cosa, pero, ¡oh!, podría haber hecho cientos de pequeñas bondades, si no hubiera pensado más que en mí. Resolví entonces que, si vivía, sería menos egoísta y trataría de hacer feliz a alguien. Creedme, muchachas, es algo muy solemne el estar en la cama, pensando en la muerte próxima, y ver cómo nuestros pecados aparecen ante nuestros ojos, aunque sólo se trate de faltas pequeñas. Nunca lo olvidaré, y después del hermoso verano que he pasado, quiero ser mejor y vivir mejor, si es que puedo.

Ana hablaba con tal seriedad, que sus palabras, escapadas de un corazón inocente y contrito, conmovieron profundamente a sus oyentes, disponiéndolas favorablemente para aceptar su proposición. Por un momento nadie habló, y luego, Maggie dijo sencillamente:

-Conozco también eso. Sentía algo muy parecido cuando los caballos se desbocaron y, durante quince minutos, permanecí aferrada a mamá, esperando morir de un momento a otro. Todas las palabras ásperas y malas que había pronunciado volvieron a mi memoria, y aquello fue peor que el miedo a una muerte repentina. El susto me hizo perder gran parte de mi maldad y, desde entonces, mamá y yo somos mejores amigas que nunca.

-Empecemos con "Las Prisioneras de la Pobreza", y quizá ahí aprendamos lo que debemos hacer -dijo Lizzie-. Pero, en verdad, debo decir que nunca creí que las vendedoras necesitaran mucha ayuda; generalmente parecen muy contentas de su suerte y son tan descaradas y tan presumidas que no las compadezco lo más mínimo, aunque deben llevar una vida dura.

-Creo que no podemos hacer gran cosa en ese aspecto, como no sea dar un ejemplo de buenas maneras cuando vamos de compras. Quería proponeros que cada una de nosotras elija una pequeña caridad para este invierno y cumpla fielmente lo que se haya propuesto. Eso nos enseñará a hacer más con el tiempo, y podamos ayudarnos las unas a las otras con nuestras experiencias, o divertir a las demás con nuestros fracasos. ¿Qué decís? -preguntó Ana, mirando a sus cinco amigas con persuasiva sonrisa.

-¿Qué podemos hacer?

-La gente nos llamará santurronas.

-No tengo ni la menor idea de lo que puedo hacer.

-Creo que mamá no me lo permitirá.

-Será mejor que cambiemos nuestro nombre de Flores de Mayo por el de Hermanas de la Caridad, y nos vistamos con humildes gorros negros y anchas capas.

Ana recibió aquellas respuestas con gran compostura y aguardó a que se hiciera el orden en la sala, pues sabía muy bien que a las muchachas les gustaba reírse y protestar primero, para ponerse a trabajar luego más seriamente.

-Creo que la idea es perfecta y voy a poner mi plan en ejecución. Pero no os diré todavía de qué se trata; os pondríais a gritar, diciéndome que no podría hacerlo, pero si cada una de vosotras intenta algo parecido, estaremos en el mismo caso -dijo Lizzie, cortando con decisión los bordes de un estuche de peluche que estaba haciendo para su querida música.

-¿Y si todas mantuviéramos en secreto nuestro trabajo y no dejáramos que la mano derecha supiera lo que hace la izquierda? A mí me divierte mucho intrigar a la gente, y así nadie podrá reírse de nosotros. Si fracasamos, no tendremos que decir nada; y si triunfamos, lo contaremos todo y tendremos nuestra recompensa. Me agradaría que fuera así, y me pondré en seguida a buscar un limpiabotas especialmente horrible, una vieja desagradecida o una niña fea, para dedicarme a ellos con la paciencia de una santa -exclamó Maggie, seducida por la idea de hacer el bien secretamente y ser descubierta por accidente:

Al cabo de cierta discusión, las demás muchachas dieron también su aprobación al plan, y entonces Ana, tomó de nuevo la palabra:

-Propongo que cada una de nosotras trabaje, según le parezca mejor, hasta el mes de mayo, y luego, el día de nuestra última reunión, nos informe, sincera y honradamente, de lo que ha hecho, proponiéndose hacer algo mejor el año que viene. ¿Lo ponemos a votación?

La aceptación fue unánime, porque cinco dedales de oro se alzaron, mientras cinco frescos rostros sonreían y cinco voces juveniles exclamaban:

-¡Aprobado!

-Muy bien; ahora decidiremos lo que vamos a leer, para empezar en seguida. Creo que las "Prisioneras" es un buen libro y podemos encontrar enseñanzas útiles en él.

Así pues, empezaron a leerlo, y durante una hora una agradable voz fue leyendo en voz alta esas tristes y reales historias de las mujeres que trabajan y de su dura vida, mostrando a las alegres muchachas lo que costaban sus lindos vestidos a las que los hacían, y cuántos sufrimientos, injusticias y desperdicio de fuerzas entraba en ellos. La lectura era grave, pero muy interesante; y las agujas de crochet se movían cada vez con mayor lentitud, la labor de encaje yacía en el regazo de una de las muchachas, y una gruesa lágrima brillaba como una gota de rocío en las flores de manzano, mientras Ella escuchaba la "Historia de Rosa". Pasaron por alto las estadísticas y fueron buscando este o el otro pasaje, conforme le tocaba el turno a cada una de ellas; pero al cabo de dos horas, cuando llegó el momento de levantar la sesión, todas las muchachas estaban profundamente interesadas por el patético libro y más decididas a hacer el bien que antes, porque aquella ojeada a otras vidas les había mostrado cuán necesaria era su ayuda y estaban ansiosas de prestarla.

-No podemos hacer gran cosa, porque no somos más que muchachas -dijo Ana-, pero si cada una de nosotras hace alguna buena obra, por pequeña que sea, eso preparará el camino para algo mejor; así que, por lo menos, podemos intentarlo, aunque -parezcamos hormigas tratando de mover una montaña.

-En África las hormigas construyen hormigueros más altos que la cabeza de un hombre; ¿no recordáis el dibujo que había en nuestras geografías? Y estoy segura de que nosotras podemos hacer otro tanto, si cada una arrastra con fe su pajita o su guijarro. Mañana mismo me encargaré del mío, si mamá me lo permite -replicó Lizzie, cerrando su bolsa de labor como si hubiera metido dentro de ella su resolución y tuviera miedo de que se le evaporara antes de llegar a casa.

-Iré al parque y pregonaré en voz alta:

"-¡Aquí tienen a una joven misionera que busca trabajo! ¡Caridad barata! ¿Quién la compra?, ¿quién la compra?" -dijo Maggie con expresión resignada y un tonillo santurrón y nasal.

-Aguardaré hasta ver si encuentro algo, porque no sé lo que puedo hacer -y Marion miró por la ventana, como si esperara ver algún pobre interesante que la aguardara.

-Le pediré consejo a la señorita Bliss; ella conoce bien a los pobres y me indicará el medio de empezar bien -agregó la prudente Ida, resuelta a no hacer nada precipitadamente, por miedo de fracasar.

-Tendré probablemente una clase de chiquillas sucias, a las que enseñaré a coser, ya que no sé hacer otra cosa. No aprenderán gran cosa, y robarán, romperán, molestarán y serán insoportables, y a mí me entrarán deseos de no hacer nada, al ver cómo las demás se ríen de mí. Aun así, seguiré adelante y sacrificaré mis labores finas a la causa de la virtud -dijo Ella, guardando con cuidado su estuche de guantes de raso y mirando con ternura las delicadas flores que tanto le agradaba bordar.

-No tengo ningún plan, pero deseo hacer tantas cosas que tendré que aguardar hasta ver cuál es la mejor. De hoy en adelante, no hablaremos más de nuestro trabajo o, si no, dejaría de ser un secreto. En mayo presentaremos nuestros informes, Buena suerte a todas, y hasta el próximo sábado.

con esas palabras de despedida, la presidenta y las demás muchachas se separaron, con los corazones y las cabezas llenos de grandes planes y nuevas ideas.

La empresa les parecía enorme; pero donde hay una voluntad hay siempre un camino, y bien pronto se vio claramente que cada una de ellas había encontrado su "trabajito", que realizaban por simple caridad. No hablaban ni una palabra de ellos durante las reuniones semanales, pero los inocentes rostros dejaban traslucir toda la gama de la esperanza, el desánimo el orgullo y la duda, conforme las diversas obras triunfaban o fracasaban. Todas sentían gran curiosidad y algunas palabras accidentales, insinuaciones o encuentros en lugares extraños, servían para avivarla más aún, aunque no se descubrió nada.

A Marion la vieron varias veces en un tranvía del North End, y a Lizzie en uno del South End, llevando una cartera con libros y diarios. Ella frecuentaba cierta tienda donde se vendían artículos de fantasía, e Ida traía siempre al club una costura muy sencilla. Maggie estaba muy ocupada en su casa, y Ana se hallaba siempre escribiendo cuando sus amigas iban a visitarla. Todas ellas parecían muy contentas, y contestaban con aire de importancia cuando sus relaciones les hacían preguntas acerca de su trabajo. Pero se divertían como de costumbre y, al parecer gozaban más que nunca de sus placeres, como si hasta entonces no se hubieran dado cuenta cabal de los felices que eran, y de lo mucho que debían dar gracias a Dios por su felicidad.

Y así fue pasando el invierno y, poco a poco, algo nuevo y agradable iba penetrando en las vidas de las muchachas. El gesto apático o descontento de algunas de ellas, desapareció por completo; su dulce seriedad y actividad alegre les daba un aspecto encantador, aunque ellas no lo advirtieran y se extrañaran al oír decir a algunas gentes:

-Esas muchachas están desarrollándose muy bien y, con el tiempo, llegarán a ser mujeres de provecho.

Las Flores de Mayo iban brotando bajo la nieve y, cuando llegó la primavera, comenzaron a exhalar un suave perfume; los sonrosados rostros se fueron animando y las hojas muertas cayeron, dejando al' descubierto las plantas verdes y fuertes.

El 15 de mayo, el club se reunía por última vez aquella temporada, porque algunas de las muchachas salían pronto de la ciudad, y todas estaban muy atareadas con sus trabajos de primavera y sus planes para el verano. Cada una de los miembros del club se hallaba en su lugar con extraordinaria puntualidad, y todas ellas tenían un aire mezcla de ansiedad, expectación y satisfacción, muy agradable de contemplar. Ana llamé al orden, dando tres golpecitos en la mesa con su dedal y son riendo satisfecha, dijo:

-Hoy no necesitamos elegir un libro. para leer, porque cada una de nosotras va a contar la historia de sus trabajos de este invierno. Estoy segura de que serán muy interesantes y espero que más instructivas que muchas de las novelas que hemos leído. ¿Quién va a empezar?

-¡Tú! ¡Tú! -fue la respuesta unánime, porque todas la amaban y respetaban mucho, y pensaban que su presidenta era quien debía "romper. el baile".

Ana se ruborizó con modestia, pero sorprendió a sus amigas por la compostura con que relató su pequeña historia, como si estuviera acostumbrada a hablar en público.

-Ya sabéis que en el mes de noviembre os dije que tenía que buscar algo que pudiera hacer. Estuve buscándolo largo tiempo, y comenzaba a desesperar, cuando mi tarea se me presentó del modo más inesperado. Estábamos ocupadas en nuestro trabajo de invierno, así que yo tenía que hacer muchas compras y me aburría en ellas menos que de costumbre, porque me entretenía mirando a las vendedoras y pensando que me gustaría atreverme a preguntarle a alguna de ellas si podía ayudarles en algo. Muchas veces iba a Cotton para comprar botones y adornos, y generalmente me atendían dos muchachas. Eran muy amables y me ayudaron con mucha paciencia a buscar unos adornos de azabache para mamá, y entonces me enteré de que se llamaban Mary y María Porter. Las encontraba muy agradables, porque eran muy sencillas y llevaban los vestidos muy limpios -no como otras que piensan que, si tienen la cintura estrecha y van peinadas a la moda, no importa que lleven los cuellos manchados y las uñas sucias-. Pues bien, un día que fui a buscar unos botones que nos estaban haciendo, María, la más joven, que había quedado encargada del trabajo, no estaba allí. Pregunté por ella, y Mary me dijo que estaba en casa, con una rodilla enferma. Me dio mucha lástima y me aventuré a hacerle algunas preguntas, en tono amistoso. A Mary le agradó poder hablarme de sus penas; y entonces me enteré que "Ría", como ella llamaba a su hermana, estaba enferma desde hacía mucho tiempo, pero no decía nada por miedo de perder su puesto. En Cotton no permiten que las vendedoras tengan sillas, así que las pobres muchachas se pasan casi todo el día de pie, o descansan de cuando en cuando unos minutos apoyándose en un cajón entreabierto. Había visto hacerlo a María, y me preguntaba por qué alguien no pedía que les dieran asientos, como hacen en otros almacenes, donde las vendedoras tienen sus taburetes. No me atrevía a hablar a los jefes, pero le di a Mary las rosas que llevaba en el pecho y le pregunté si podría llevarle unos libros y unas flores a la pobre María. Me alegró ver cómo se le iluminaba el triste rostro y me daba las gracias cuando fui a verla, porque se sentía muy sola sin su hermana y desconfiaba de conservar su empleo. No lo perdió del todo, pero tenía que trabajar en casa, porque su rodilla enferma tardaría mucho en curarse. Rogué a mamá y a la señora Allingham qué hablaran por ella al señor Cotton; y entonces le dieron los trabajos en azabache y abalorios, los botones que había que forrar y cosas por el estilo. Mary se los lleva a casa y luego los entrega, y María se alegra mucho de no estar ociosa. También le conseguimos taburetes a las demás vendedoras del almacén. La señora Allingham, que es rica y bondadosa, se encargó de ello, y ahora da tanto gusto el ver a las pobrecillas descansando cuando no trabajan, que voy allí muchas veces para gozar con el espectáculo.

Ana hizo una pausa, mientras unas exclamaciones de aplauso interrumpían su relato; pero no les había contado lo más hermoso de todo, diciéndoles cómo se iluminaban los rostros que veían a la muchacha que les había demostrado lo que significa las jóvenes vendedoras al verla entrar, y con qué placer ser una verdadera dama.

-Me imagino que eso no será todo -dijo Maggie con vehemencia.

-Queda todavía un poco más. Sé que os reiréis cuando os diga que, durante todo el invierno, una vez por semana, he estado leyendo ensayos a una clase de vendedoras, en la Unión.

Librodot

Un murmullo de respetuosa admiración acogió aquella declaración tan interesante; porque, fieles a las tradiciones de la moderna Atenas en que vivían, todas las muchachas sentían un profundo respeto por los "ensayos" de la clase que fueran, ya que estaba de moda entre las damas, jóvenes y viejas, leer y discutir los temas más diversos, desde la alfarería al panteísmo; en los varios clubes que había en la ciudad.

-Ocurrió del modo más natural -prosiguió Ana, como si estuviera deseosa de explicarles su aparente audacia- Solía ir a visitar a Mary y Ría, y me iba enterando de su vida y sus escasos placeres, lo que me hacía apreciarlas cada vez más. Estaban solas en el mundo, vivían en dos habitaciones, trabajaban todo el día y, como diversión e instrucción, no tenían más que lo que hallaban por la tarde en la Unión. Fui con ellas unas cuantas veces y vi lo útil y agradable que era, y me entraron deseos de ayudar, como lo hacían otras' muchachas, sólo un poco mayores que yo. Una vez, Eva Randal leyó una carta de una amiga que vivía en Rusia, y las muchachas gozaron mucho con ella. Eso me recordó las cartas que nos escribió mi hermano George cuando estaba en el extranjero. ¿Os acordáis de lo mucho que nos reíamos con ellas cuando las mandaba a casa? Pues bien, cuando me rogaron que las leyera una tarde, resolví buscar una de las más divertidas y elegí la mejor -una dónde George cuenta cómo él y un amigo fueron a los diferentes lugares que Dickens describe en sus libros. Me habría gustado que pudierais ver cómo las muchachas gozaban con ella, riendo hasta verter lágrimas ante la consternación de los dos muchachos, cuando llamaron a una puerta de Kingsgate Street y preguntaron si vivía allí la señora Gamp. La casa era una barbería, y un hombrecillo muy parecido a Poll Sweedlepipes, les dijo: "La enfermera que vive ahora aquí se llama señora Britton". Los dos se quedaron desconcertados al verse tan cerca de la verdad y tuvieron que salir corriendo porqué no podían seguir serios más tiempo.

Los miembros del club no pudieron contener una sonrisa al recordar a la inmortal Sairey. Luego Ana prosiguió, con aire de tranquila satisfacción, segura ahora de su auditorio y de ella misma.

-Fue un gran éxito. Así que seguí adelante y, cuando se terminaron las cartas les leí otras cosas, les elegí libros para su biblioteca y les ayudé en todo lo que pude, mientras iba aprendiendo a conocerlas mejor. y les enseñaba a confiar más en mí. Son orgullosas y tímidas, como debemos ser, pero si una quiere hacerse realmente amiga de ellas, y no le importa que de cuando en cuando la rechacen, entonces, ellas aprenden a querernos y tener confianza en vosotras y se las puede ayudar de tantos modos, que no nos queda ya ni un minuto ocioso. No os daré ningún nombre, porque a ellas no les gusta, ni os diré de qué modo traté de servirlas, pero me alegro mucho y me hace mucho bien el haber encontrado este trabajo y saber que cada año podré irlo haciendo mejor. Así que me siento muy animada y muy contenta de haber empezado, y me figuro que a vosotras os pasará igual. ¿Quién va a hablar ahora?

Cuando Ana terminó, las agujas quedaron ociosas, y diez manecitas suaves aplaudieron cordialmente, porque todas pensaban que lo había hecho muy bien y había elegido una tarea especialmente apropiada para ella, pues Ana tenía dinero, tiempo, tacto y unas maneras atractivas que le conquistaban amigos en todas partes.

Rebosando de alegría por su aprobación, pero pensando que le daban demasiada importancia a su pequeño éxito, Ana las llamó al orden, diciendo.

-Me parece que Ella está deseosa de contarnos sus experiencias, así que quizá será mejor que hable la primera.

-¡Que hable! ¡Que hable! -exclamaron las muchachas; y, sin hacerse rogar, Ella comenzó en seguida, con los ojos chispeantes y una modesta sonrisa, porque su historia tenía un final romántico.

-Si les interesan las vendedoras, señora presidenta y señoras, les gustará saber que también lo soy o, por lo menos, socia de una pequeña tienda de novedades del West End.

-¡No! -exclamó a coro el asombrado club; y, contenta con ese comienzo sensacional, Ella prosiguió:

-Sí, lo soy, y muchas de vosotras habéis comprado obras mías. ¿Verdad que es una broma divertida? No me miréis así, porque yo fui la que hice ese alfiletero, y mi socia tejió el nuevo velo de Lizzie. Así fue cómo ocurrió. No deseaba perder tiempo, pero no se puede salir a la calle y detener a las niñitas pobres diciéndoles: "Venid conmigo y os enseñaré a coser", así que pensé que lo mejor era ir a ver a la señora Brown para preguntarle cómo debía empezar. Su local de la Asociación de Caridad se encuentra en Laurel Street, no lejos de casa; y aquel mismo día, al salir de nuestra reunión, me dispuse a ir en busca de mi "tarea". Me figuraba que tendría que buscarle trabajo a las costureras pobres, lavar niñitas sucias, o ir a visitar a algún enfermo de una enfermedad espantosa, y me iba preparando para aceptar lo que fuera, mientras subía la cuesta luchando contra un fuerte viento. De repente, el sombrero se me voló y salió rodando, con gran contento de unos diablillos negros, que se limitaron a reírse y aplaudir, mientras yo lo perseguía furiosa al ver que se me escapaba. Al fin lo saqué de un charco y me encontré en una situación muy desagradable. El elástico se había roto, la pluma estaba mojada y el pobre sombrero todo manchado de barro. No me importó mucho porque era el viejo -pues iba con mi ropa de trabajo, como es natural-. Pero no podía volver a casa con la cabeza descubierta y no conocía a nadie por aquel barrio. Di media vuelta a fin de entrar en un almacén de comestibles que había en la esquina, para pedirles un cepillo o comprar una hoja de papel para cubrirme, porque parecía una loca con el sombrero todo sucio y los cabellos despeinados. Afortunadamente, en la otra esquina vi una tienda de novedades y corrí a ocultarme en ella, porque los chicuelos seguían gritando y la gente se me quedaba mirando. La tienda era muy pequeña y detrás del mostrador estaba sentada una mujer, alta y delgada, que cosía un gorrito de niño. Parecía pobre, triste y amargada, pero se compadeció de mí, y mientras me cosía el elástico, me secaba la pluma y me cepillaba el polvo, yo me puse a calentarme y a mirar en torno mío para ver qué podía comprarle en pago a sus molestias.

"En el escaparate había unos cuantos delantales para niños, adornados con encajes, pelotas y ligas pasadas de moda, dos o tres muñecas y una pequeña y pobre colección de diversas mercaderías. Sin embargo, en una vitrina que había en la mesa que servía de mostrador, vi algunas cosas realmente lindas, de peluche, seda y cintas, hechas con verdadero gusto. Así que dije, compraré un alfiletero, y una pelota, y un par de zapatitos de bebé, hechos como si fueran unos calcetines, con correíllas de color de rosa, tan lindos y primorosos, que me agradó comprarlos para el bebé de mi prima Clara. La mujer parecía complacida, aunque tenía un modo de hablar muy severo y nunca sonreía., Observé que manejaba mi sombrero como si estuviera acostumbrada a realizar tal trabajo

y le agradara hacerlo. Le di las gracias por haber reparado tan pronto y tan bien el daño, y ella me dijo, con el sombrero en la mano, como si no le agradara separarse de él: "Estoy acostumbrada a hacer sombreros y nunca los habría dejado, si no tuviera a mi cargo mi familia. Tomé la tienda con la esperanza de ganar más dinero, ya que en el barrio hacía falta una cosa así, pero mi madre se puso enferma y necesita muchos cuidados; así que no pude dejarla, y los médicos cuestan caros, las épocas son malas y tuve que dejar mi oficio y dedicarme a vender agujas y alfileres y cosas por el estilo".

Ella era una excelente mímica e imitaba a la perfección el acento nasal de Vermont de la vendedora, haciendo un gesto lastimoso con su fresca carita, y ofreciendo un retrato tan acertado de la pobre señora Almira Miller, que las que la habían visto la reconocieron en seguida y se echaron a reír alegremente.

-Mientras murmuraba unas cuantas frases, condoliéndome de su mala suerte -continuó Ella-, una voz seca llamó desde la habitación de detrás: "¡Almiry! ¡Almiry!, ven aquí'. Parecía un loro enojado, pero era la anciana, y estaba poniéndome el sombrero cuando la oí preguntar quién estaba en la tienda, y de qué estábamos "charlando". Su hija se lo dijo y la pobre vieja le pidió que "hiciera entrar a la muchacha"; así que entré, dispuesta a divertirme como de costumbre. Era una pieza oscura, pequeña y triste, pero tan limpia como el oro y en la cama estaba sentada una verdadera abuela Smallweed, fumando una pipa, con una gran gorra, una caja de rapé y un pañuelo de algodón rojo. Era una ancianita pequeña y acecinada, tan morena como un grano de café, con ojos como cuentas negras, nariz y barbilla que casi se unían y manos como las patas de un pájaro. Pero nunca habréis visto una viejecita más animada, vehemente, curiosa y franca, y no sé adónde habría parado yo cuando ella empezó a hacerme preguntas, a reñirme y finalmente a exigirme que "la gente debía venir a comprar a la tienda de Almiry después de haberle prometido que lo harían y haberla obligado a aceptar un contrato con sus mentiras". A mí me entraron ganas de reírme, pero no me atreví a hacerlo, así que la dejé hablar, porque su hija había salido para atender a unos clientes. La anciana me informó que procedían de Vermont y que "habían vivido bien hasta que murió el padre y hubo que vender la granja". Luego, parece ser que las dos mujeres vinieron a Boston y se las arreglaban bastante bien, hasta que un ataque de parálisis convirtió a la madre en inválida y obligó a Almiry a quedarse en casa para cuidarla. No puedo deciros os cuán divertido y, a la vez cuán triste, era ver a la pobre anciana, tan llena de energía y tan incapaz al mismo tiempo, y a la hija tan desanimada, en aquella tiendecita sin clientes. No sabía qué decir hasta que la "Abuela Miller", como la llaman los niños del barrio, me dijo, mientras volvía a tomar su tejido, después del sermón: "Si las gentes que derrochan su dinero en juguetes feísimos, para la Navidad, supieran la de cosas bonitas y útiles que podemos hacer Almiry y yo, si tuviéramos material, vendrían a la tienda y las comprarían, librándome a mí del Hogar de Ancianas, y a mi hija, tan buena y trabajadora, del asilo; porque acabará en él si no conseguimos más trabajo, porque tiene que cargar con el alquiler y él mantenimiento de la casa y yo no puedo hacer más que tejer alguna cosa".

"-Yo les compraré todo lo que pueda, y les diré a mis amigas que vengan a comprar aquí, y además tengo un cajón lleno de trozos de seda, terciopelo y peluche, que le daría con mucho gusto a la señora Miller, en pago de su trabajo, si ella me lo permite". Y

agregué lo último al ver que Almiry era orgullosa y ocultaba sus penas bajo su aspecto de severidad.

"Eso le agradó a la anciana que, bajando la voz, me dijo, con una mirada maternal en sus ojos negros: "Ya que veo que es tan bondadosa, le diré lo que más me apena, al verme inválida en la cama, convertida en una carga para mi hija. Ella era novia de Nathan Baxter, un maestro carpintero de Nestininster, donde vivíamos, y si su padre no se hubiera muerto de repente, se habrían casado. Aguardaron varios años, trabajando cada uno en su oficio y esperando que todo se arreglaría, cuando yo caí enferma y aquí nos tiene. Nathan tiene que cuidar de sus' padres, y Almiry no quiere obligarle a que cargue también conmigo, ni tampoco abandonarme; por eso, le devolvió su anillo y ella sala lleva adelante la casa. No dice una palabra, pero se está quedando hecha una sombra, y yo no puedo ayudarla en nada, corno no sea haciendo unos cuantos acericos, tejiendo ligas y cosas por el estilo. Si su negocio prosperara más, ella se animaría y podría mirar con más confianza el porvenir, porque los viejos no viven mucho, y Nathan la espera, tan fiel y sincero como siempre".

"Aquello terminó conmigo, porque soy romántica y gozo con las historias de amor, aunque los enamorados sean una solterona huesuda y un maestro carpintero. Así que resolví hacer lo que pudiera por la pobre Almiry y la vivaracha anciana. No les prometí más que mis trozos de seda y, llevándome lo que había comprado, me fui a casa para hablar de lo ocurrido con mamá. Entonces me enteré de que ella compraba muchas veces cintas y alfileres en la tiendecita, y que la encontraba muy barata, aunque no sabía nada de las Miller. Le pareció muy bien que yo quisiera ayudarles, pero me aconsejó que fuera despacio y viera primero lo que ellas sabían hacer. No queríamos tratarlas como mendigas; y enviarles dinero y ropa, té y azúcar, como hacemos con los irlandeses, porque evidentemente eran gentes respetables y tan orgullosas como pobres. Así que tomé mi paquete de restos, y mamá agregó a él algunos trozos grandes que habían sobrado de nuestros vestidos y le encargó una buena cantidad de delantales y chucherías para la feria de la iglesia.

"Os habría alegrado el corazón, muchachas, el ver cómo los pobres rostros se iluminaron cuando les llevé mis retazos y les pregunté si el trabajo estaría listo para Navidad. La anciana desaparecía casi bajo los trozos de alegres colores que cubrían su .cama, y gozaba con ellos como una niña, mientras que Almiry trataba de conservar su aspecto severo, pero sin conseguirlo, porque en seguida empezó a cortar los delantales y cubrió de lágrimas toda la muselina, cuando estaba de espaldas a mí. Nunca creí que una solterona borrosa pudiera resultar tan patética".

Ella se detuvo para lanzar un suspiro de pesar por su antigua ceguera, mientras sus amigas murmuraban frases de simpatía; porque los corazones jóvenes son muy tiernos y se interesan inocentemente por las penas de los enamorados, por humildes que sean.

-Bueno, eso fue el comienzo. Me interesaba de tal modo que el negocio saliera adelante, que no busqué otra tarea, y uniendo mis fuerzas a las de la señorita Miller, la ayudé a dirigir su tiendecita. Nadie me conocía en la calle, así que salía y entraba a mi antojo y hacía lo que más me gustaba. La anciana y yo llegamos a ser grandes amigas, aunque a veces gruñía y graznaba como un cuervo enojado y se ponía muy fastidiosa. Yo la mantenía distraída con "sus acericos y sus tejidos", y le proporcionaba a Almiry lindos

materiales para las muchas cosas que sabía hacer. No sabéis qué lazos tan primorosos sabían hacer aquellos largos dedos, qué sombreros de muñeca tan lindos confeccionaba con trozos de seda y encaje, y qué adornos ideaba con caparazones de moluscos y piñas, abanicos y cestas. A mí me encantan esa clase de trabajos y solía ir con frecuencia a ayudarla, porque quería que su tienda y el escaparate estuvieran llenos para Navidad, y le atrajeran muchos compradores. Nuestros nuevos juguetes y las cajitas con sedas de bordar se vendieron muy bien, y los clientes iban siendo más numerosos, porque yo le había prestado a Almiry algún dinero para que comprara mercaderías mejores. Papá se divertía muchísimo con mi aventura comercial y nunca se cansaba de gastarme bromas acerca de ella. Y una vez entró a comprar pelotas para cuatro niñitos negros que estaban con la nariz pegada al cristal, hechizados por los tesoros rojos, naranja y azules que se exhibían en el escaparate. Le gustó el aspecto de mi socia, aunque se burló de mí diciéndome que deberíamos agregar a nuestro comercio la venta de limonada, porque el rostro ácido de la pobre Almiry nos evitaría comprar limones, y el agua y el azocar eran baratas.

"Pues bien, llegó la Navidad e hicimos unas ventas buenísimas, porque mamá vino y trajo a sus amigas, y nuestros artículos de regalo eran tan lindos y más baratos que los de las tiendas de novedades, así que todo fue bien y las Miller se sentían muy contentas, y yo muy animada; después de las fiestas todo marchó bien. Uno de los regalos que recibí en Año Nuevo fue mi propia caja de guantes, ¿recordáis la que empecé a hacer en otoño, adornada con flores de manzano? La puse en el escaparate para que estuviera bien lleno, y mamá la compró y me la regaló llena de guantes muy elegantes, y acompañada de una cariñosa notita, y papá envió un cheque a "Miller, Warren y Co." Estaba tan contenta y tan orgullosa, que me costó mucho trabajo no deciros nada. Pero lo más divertido de todo fue el día en que fuisteis a comprarnos cosas, y yo os miraba por la rendija de la puerta, porque estaba en la trastienda, muerta de risa, al veros mirarlo todo y alabar nuestro "surtido de artículos útiles y bonitos".

-Nos parece muy bien y no nos importa que se riera de nosotros, si tuvo éxito, señorita. Pero no creo que lo tuvieras, porque las Miller no están ya allí. ¿Han abierto un almacén de lujo en Boy1ston Street, para este año y piensan erigirlo ellas solas? En ese caso, todas compraremos en él y tu nombre no resultará mal en un letrero -dijo Maggie, preguntándose cuál habría sido el fin de la experiencia de Ella.

-¡Ah!, todavía me queda por contar lo mejor, porque mi historia termina maravillosamente, como ya veréis. Trabajamos bien durante todo el invierno, lo que no era de extrañar. Lo único que hacía falta era un pequeño "empujoncito" en la dirección debida, y se lo di; así que las Miller se sentían muy consoladas y éramos muy' buenas amigas. Pero en marzo, la anciana murió de repente, y la pobre Almiry la lloró como si hubiera sido la madre más dulce y bondadosa del mundo. Los últimos deseos de la pobre mujer era que "la arreglaran muy bien, con una gorra adornada con cintas de raso celeste, porque el blanco no le sentaba, que a su entierro fueran por lo menos tres coches, y que un diario con la noticia de su muerte fuera enviado a N. Baxtex, Westminster, Vermont".

"Obedecí fielmente sus órdenes, le puse yo misma la espantosa gorra, convidé unas cuantas ancianas del asilo a un paseo en coche, y dirigí cuidadosamente el diario a Nathan; esperando que resultaría "fiel y sincero". Pero realmente no me imaginaba que lo

sería, así que no me sorprendí al ver que no recibíamos respuesta. Lo que sí me sorprendió fue que Almiry me dijera que ya no le interesaba seguir con la tienda, ahora que estaba libre. Quería ir a visitar a sus amigos, por la primavera, y en el otoño volvería a trabajar en alguna sombrería.

"Lo sentí, porque gozaba sinceramente con nuestra sociedad. Me parecía un poco de ingratitud, después de lo mucho que me había molestado procurándole clientes, pero no le dije nada, y le vendimos el negocio a la viuda Bates, que es una buena mujer con seis hijos, y sabrá aprovecharse de nuestros esfuerzos.

"Almiry se despidió de mí sin el menor rastro de su antigua severidad, dándome miles de gracias y prometiéndome escribirme pronto. Eso fue en abril. Hace una semana recibí una breve carta que decía: "Mi querida amiga: Le agradará saber que me he casado con Baxter y voy a quedarme aquí. Estaba fuera cuando llegó el diario con la noticia de la muerte de mi madre, pero me escribió en cuanto volvió a su casa. Yo no podía decidirme hasta que volviera a verle de nuevo. Ahora todo se arregló y somos muy felices. Muchísimas gracias por todo lo que ha hecho por mí y por mi madre. Nunca lo olvidaré. Mi esposo le envía sus saludos y yo le quedo eternamente agradecida. -ALMIRA M. BAXTER".

-¡Espléndido! Lo hiciste muy bien, y el invierno que viene puedes buscarte otra solterona agriada y otra vieja gruñona, para hacerlas felices -dijo Ana, con la sonrisa de aprobación que tanto les encantaba recibir a las demás.

-Mis aventuras no tienen nada de románticas, ni siquiera de interesantes y, sin embargo, he estado muy ocupada durante el invierno y me gustaba mucho mi trabajo - comenzó a decir Elizabeth, a una señal de la presidenta.

-El plan que había pensado era llevar libros y diarios a los enfermos de los hospitales, como hace desde muchos años una amiga de mamá. Una vez fui con ella al Hospital Municipal, y me pareció muy interesante, pero no me atreví a ir sola a visitar personas mayores, así que elegí el Hospital de Niños y bien pronto me encantó el ayudar a divertir a los pobrecillos. Les llevé todos los libros de dibujos y todas las revistas que pude encontrar, les vestía muñecas, les arreglaba juguetes y les compraba otros nuevos, les hacía camisones y baberos, y me sentía como la madre de una gran familia.

-Tenía, como es natural, mis preferidos, y me esforzaba por complacerles, leyéndoles, cantándoles y divirtiéndoles, porque algunos de ellos sufrían mucho. Una niñita estaba tan horriblemente quemada que no podía emplear las manos y se pasaba las horas enteras mirando la alegre muñeca atada a uno de los postes de la cama, y hablaba con ella y la quería, y murió teniéndola en la almohada, mientras yo le cantaba una canción de cuna por última vez. Conservo la muñeca entre mis tesoros, porque la pequeña Norah me enseñó una lección de paciencia que nunca olvidaré.

"Luego, otro de los que me encantaban, era Jimmy Dolan, un enfermo de la cadera, porque era muy alegre a pesar del dolor, y un verdadero héroe en pequeño por el modo como soportaba las curas dolorosas que tenían que hacerle. Nunca podrá curar del todo y ahora está en su casa; pero todavía voy a verlo, y está aprendiendo a construir muebles de juguete, así que, con el tiempo, si se encuentra en condiciones de trabajar, podrá llegar a ser ebanista, o a hacer cualquier otro trabajo liviano.

"Pero el favorito de todos era Johnny, el cieguecito. Le habían tenido que sacar los ojos, y lo encontraba tan indefenso y patético, con toda la vida por delante y nadie que pudiera ayudarle, porque sus padres eran muy pobres y tenía que dejar el hospital por tratarse de un incurable. Casi me lo entregaron, porque la primera vez que lo vi, estaba cantándole a Jimmy, cuando se abrió la puerta y un niñito entró torpemente en la sala.

"-Oigo una voz muy linda y quiero encontrarla -dijo, deteniéndose al sentir que yo me callaba, y extendiendo las manos como si pidiera más.

"-Ven, Johnny, y la señora te cantará como un ruiseñor -lo llamó Jimmy, tan orgulloso como Barnum al enseñar a Jumbo. "El pobrecito se acercó a nosotros y se apoyó en mi rodilla, sin moverse, mientras yo cantaba todas las canciones infantiles que sé. Luego llevó a mis labios un delgado dedito, como si quisiera tocar el lugar de donde procedía la música y, me dijo, con el pálido rostro sonriente:

"-¡Por favor, cante más, muchas más! ¡Me gustan tanto!

"Así que tuve que seguir cantando, hasta quedarme ronca, y Johnny bebía mis canciones como si fueran agua; seguía el compás con la cabeza, golpeaba el suelo con el pie cuando canté "Marchando a través de Georgia", y lanzó débiles hurras en el coro de "Roja, blanca y azul". Era un espectáculo encantador ver cómo gozaba con ellas, y me alegré de que mi voz pudiera servir de consuelo a los pobres niños. Johnny lloró cuando tuve que irme, y me conmovió de tal modo que resolví informarme acerca de él y hacerle ingresar en la Escuela de Ciegos, porque es el único lugar donde pueden enseñarle y darle una vida feliz."

-Creo que ibas allí el día que nos encontramos, Lizzie; porque tenías un aspecto tan solemne como si todos tus amigos hubieran perdido la vista -exclamó Marion.

-Me sentía muy solemne, porque si Johnny no hubiera podido ingresar en ella, no sé qué habría sido de él. Afortunadamente, tenía diez años, y la buena señora Russell me ayudó, y las almas caritativas que dirigen la escuela lo admitieron, aunque tienen. muchísimos alumnos. "No podemos dejar de admitir a ninguno", dijo el bondadoso señor Parpatharges.

"Así que mi niño está ahora allí, tan contento como un rey con sus compañeritos, aprendiendo toda clase de lecciones útiles y lindos juegos. Modela muy bien la arcilla. Aquí tenéis una de sus obras. ¿Podríais hacerlo tan bien sin ojos? -y Lizzie les mostró orgullosa una pera algo torcida, con una paja larga que le servía de rabo-. No creo que llegue a ser alguna vez escultor, pero confío en que podrá aprender música, porque le encanta y se pasa el día tocando el pífano con mucha habilidad. Sean cuales fueren sus aptitudes, si vive, le enseñarán a ser un hombre útil e independiente, no una carga o una criatura desgraciada, sumida en la oscuridad y sola. Me siento muy contenta con mis muchachos y me sorprende ver lo bien que me llevo con ellos. El año que viene buscaré otros más, porque creo de veras que sirvo para tratar con ellos, aunque no me lo imaginaba, porque no tengo hermanos y siempre creí que los niños eran unos diablillos."

A las demás muchachas les divirtió mucho el descubrimiento que había hecho Lizzie de sus aptitudes, porque era una damita muy seria, que no gustaba de juegos -y vivía solamente para su música. Ahora se veía claramente que había encontrado la llave , que le abría todos los corazones infantiles y estaba aprendiendo a usarla, sin darse cuenta de que la dulce voz que tanto apreciaba había mejorado mucho con el tono de ternura que le

daba el cantar tantas canciones de cuna. La gruesa pera pasó de mano, como un refrigerio, y recibió muchas alabanzas y pocas críticas; y cuando se halló de nuevo en manos de su orgullosa propietaria, Ida comenzó su historia con voz animada:

-Aguardé a que se presentara mi tarea, y ésta lo hizo rodando por los escalones de nuestro sótano un día de lluvia, bajo la forma de un enorme y destrozado paraguas, con un par de pequeñas botas al final. Un grito ahogado me hizo correr a abrir la puerta, porque estaba comiendo en el comedor, sola y bastante aburrida porque no podía ir a ver a Ella. Al pie de la escalera se veía una niña, con la cabeza en un charco, las botas agitándose en el aire, y el paraguas posado encima como un sucio pájaro verde.

'-¿Te has hecho daño, niña? -le pregunté.

"-No, gracias, señora -me dijo la mocosa, con toda calma, sentándose y poniéndose en la cabeza un viejo sombrero negro de mujer.

'-¿Viniste a pedir limosna? -le dije.

'-No, señora. Vine a buscar unas cosas que la señora Grover tiene para nosotros. Ella me dijo que viniera. No pido limosna. -Y la empapada chiquilla se levantó con gran dignidad.

-Entonces le pedí que se sentara y corrí a llamar a la señora Grover. Ella estaba en aquel momento ocupada con el abuelo, y cuando volví a mi comida me encontré con la señorita, cruzada de brazos chorreando agua por la punta de las botas, que se balanceaban a cierta distancia del suelo y con los enormes ojos azules fijos en el pastel y las naranjas que había en la mesa. Le di un pedazo y ella suspiró embelesada, pero no hizo más que tomar un bocado, hasta que le pregunté si no le gustaba.

-¡Oh, sí, es -muy bueno! Pero me agradaría poder llevársela a Caddy y Tot, si no le importa. Ellas nunca han tomado pastel en su vida, y yo lo probé una vez.

-Como es natural, le llené una cestita con pastel, naranjas e higos y, mientras Lotty se deleitaba con ellos, hablamos. Me enteré de que su madre se pasa el día lavando platos en un restaurante cerca de la estación de Albany, dejando a las tres niñas solas en la pieza que tienen en Berry Street ¡Pensar en la pobrecilla que sale de noche, aun los días de invierno, y se pasa todo el día lavando platos, dejando a las niñitas solas! A veces podían encender el fuego y, cuando no podían, se quedaban en la cama. La mujer recibía por todo pago algunos restos de comida y cuatro dólares semanales, y con eso tenían que arreglarse para vivir. La buena señora Grover tenía un enfermo cerca de Berry Street el verano pasado, y solía ver a las tres pequeñas rodando por las calles, sin nadie que cuidara de ellas.

"Lotty tiene nueve años, aunque parece que tiene seis, pero es mayor que muchas niñas de catorce y cuida bien de "sus bebés", como llama a las más pequeñas. La señora Grover iba a verlas y, aunque es una trabajadora, hacía por ellas lo que podía. Este invierno tuvo tiempo de sobra para coser, porque el abuelo no necesita que le cuiden mucho, excepto por la mañana y por la noche, y la buena mujer se gastaba su dinero en comprar franela caliente y algodón, para hacerles a cada una de las niñas un buen traje. Lotty había venido a buscar el suyo, y cuando tuvo el paquete en brazos, lo estrechó contra sí y levantó la carita para besar a Grover, tan lindamente, que sentí deseos de hacer también algo. Así que fui a buscar el impermeable viejo de Min y sus chanclos, y una capucha, y mandé a Lotty a su casa, tan orgullosa como una reina, prometiéndole que iría

Librodot

a verlas. Fuí un día y encontré allí mi tarea. ¡Oh, muchachas! Nunca habéis visto una habitación tan fría y desnuda, sin fuego y sin otra comida que una sartén con unos restos de pastel, pan y carne, que realmente no podían comerse y, en la cama, cubiertas con una alfombra vieja, estaban las tres niñas. Tod y Caddy estaban acurrucadas en el lugar más caliente, mientras que Lotty, con las manecitas azuladas de frío, estaba tratando de poner remiendos a unas medias viejas, con trozos de algodón. No sabía por dónde empezar, pero Lotty sí lo sabía y yo me limité a cumplir sus órdenes. La sensata mujercita me dijo dónde podía ir a comprar un quintal de carbón y candela para encender el fuego, y harina y leche, y todo lo que hacía falta. Trabajé como una negra durarte unas dos horas, alegrándome mucho de haber ido a una clase de cocina, porque sabía encender el fuego, ayudada por Lotty, que se encargaba de lo más sucio, y preparar una buena sopa con la carne fría, unas papas y unas cebollas. Al poco rato, la habitación estaba bien caliente y llena de un olor riquísimo, y las niñas saltaron de la cama y se pusieron a brincar en torno de la estufa y a oler la sopa, bebiéndose la leche corno gatitos hambrientos, mientras yo les preparaba las tostadas con manteca.

"¡Era muy divertido!, y cuando lo limpiamos todo, y dejé en la alacena la comida de la noche, después de decirle a Lotty que calentara un tazón de sopa para su madre y no dejara apagar el fuego, volví a casa cansada y sucia, pero muy contenta, porque había encontrado algo que hacer. Es asombroso lo poco que cuestan las cosas de los pobres, y, sin embargo, no pueden proporcionarse esa pequeña cantidad de dinero que necesitan, sin matarse a trabajar. Os aseguro que todo lo que compré no me costó más que lo gasto en flores, en entradas de teatro o comidas, y sin embargo, las pobres niñas se quedaron tan satisfechas que a mí me entraban ganas de llorar al pensar que no lo había hecho hasta entonces."

Ida hizo una pausa para menear la cabeza, en señal de remordimiento, y luego prosiguió con su historia, mientras cosía afanosamente un camisón de algodón basto, tan chico que parecía casi para una muñeca.

-No puedo contaros ninguna historia romántica, porque la pobre señora Kennedy era una mujer acabada y sin ánimos, que no podía hacer más que trabajos sin importancia, y siempre necesitaba que alguien le ayudara a seguir adelante. Había vivido en el campo, se había casado muy joven y no sabía hacer nada; así que cuando su esposo murió y ella se quedó sola con sus tres hijas, le costó trabajo abrirse camino, pues no tenía ningún oficio, su salud era mala y carecía de valor. La pobre hace lo que puede, ama a sus hijas y trabaja en lo único que ha podido encontrar; pero cuando caiga enferma tendrán que separarse; ella irá al hospital, y las niñas a algún asilo. A. ella le espanta esa idea y se esfuerza por seguir adelante, juntas todas. Gracias a la señora Grover, que es muy sensible y sabe ayudar a los pobres, les hemos preparado un hogar cómodo y han podido pasar bien el invierno.

"La madre ha encontrado un trabajo más cerca de su casa, Lotty y Caddy van a la escuela, y Tot está segura y confortable, porqué la señorita Parsons cuida de ella. Ésta es una joven que se moría de frío y hambre en una de las habitaciones de arriba, porque es demasiado orgullosa para pedir limosna y demasiado tímida y enferma para trabajar mucho. Un día, la encontré calentándose las manos en la cocina de la señora Kennedy, e inclinada sobre el perol donde se hacía la sopa, como si se estuviera comiendo el olor.

Librodot

Eso me recordó una caricatura del "Punch",` donde se ve a dos niños mendigos mirando una cocina y olfateando la suculenta comida que están preparando en ella. Uno de ellos dice: "A mí no me interesa la carne, Bill, pero no quiero dejar de oler el puding, mientras lo cocinan". En seguida propuse que comiéramos, y todos nos sentamos a la mesa y tomamos sopa, en unos tazones amarillos y con cucharas de peltre, pero con tal apetito y placer, que daba gozo verlas. Yo llevaba mi traje más viejo, así que la pobre Parsons pensó que era una modista o una obrerita, y me abrió su corazón como nunca lo habría hecho si yo hubiera ido a verla y a pedirle que se confiara a mí, con aire protector, como hacen muchas personas cuando quieren ayudar a las demás. Le prometí buscarle un trabajo, y le propuse que lo hiciera en la habitación de la señora Kennedy, como un favor, claro está, para que las niñas mayores pudieran ir a la escuela y Tot tuviera alguien que cuidara de ella. Accedió, y de ese modo se ahorró el fuego y contentó a los Kennedy. Sara (que así se llama la señorita Parsons), trató dé echarse atrás cuando se enteró de dónde vivía yo; pero necesitaba el trabajo y bien pronto vio que yo no era presumida, que le prestaba libros, le llevaba flores a ella y a Tot, y le contaba historias mientras ella se calentaba al fuego los dedos llenos de sabañones, como si nunca pudiera deshelárselos.

"Este verano, todas ellas van a ir a la granja del tío Frank, para recoger la fruta. Él contrata a muchas mujeres y niños durante la temporada de las frutas, y la señora Grover dice que eso es, lo que ellas necesitan. Así que se irán en junio, tan contentas, y yo podré cuidar de que estén bien, porque siempre voy a la granja en julio. Eso es todo; no muy interesante, pera hice lo que debía, aunque no sea más que una pequeñez."

-Estoy segura de que el ayudar a cinco pobres infelices es una gran obra, y puedes estar orgullosa de ella, Ida. Ahora comprendo por qué no ibas al teatro conmigo ni comprabas tantas cosas lindas como antes. El dinero lo gastabas en comprar carbón y comida, y tus labores eran siempre ropita para tus muñecas de carne. ¡Querida, qué bondad demostraste al cocinar, limpiar y embastecerte las manos, renunciando a tus diversiones por esa obra de caridad!

El cordial beso de Maggie y los rostros de sus amigas le hicieron pensar a Ida que su humilde tarea les parecía tan meritoria como a ella; y cuando las otras le hubieron expresado el interés que sentían por su trabajo, se prepararon para oír lo que iba a contar Marion.

-He estado cuidando a un correo escarlata; un pobrecillo, viejo y abandonado; ahora está trasplantado y me alegro de poder deciros que se encuentra muy bien.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Ella, mientras las demás ,a miraban con curiosidad.

Marion tomó un punto que se le había saltado en la media azul que estaban tejiendo y prosiguió, con ojos sonrientes:

-Queridas, así es como llamamos a los soldados del Cuerpo le Mensajeros, con sus gorras rojas y sus piernas incansables que trotan todo el día. Me encargué de cuidar a uno de ellos r os aseguro que lo pasé estupendamente. Pero antes de gozar con mi éxito, debo confesaros mis fracasos, que fueron muy tristes. Estaba tan deseosa de empezar cuanto antes a trabajar, que salí al encuentro del primer pobre que vi. Era un viejo, que está a veces en una esquina, vendiendo unas espantosas flores de papel. Estoy segura de que lo conocéis y habéis visto sus margaritas magenta y sus peonias amarillas. Bueno, a mí me daba mucha lástima, con su nariz enrojecida, sus ojos lacrimosos y sus cabellos blancos,

parado en esquinas azotadas por el viento y ofreciendo silenciosamente sus espantosas flores.

Le compré todas las que tenía aquel día, se las regalé a unos niños negros que encontré por el camino, y le dije que viniera a casa para buscar un sobretodo viejo que mamá quería regalar. Me contó una historia lastimosa acerca de él y de su anciana esposa, que hacía aquellos horrores de papel en la cama, y me dijo que carecían de todo, pero que él no quería mendigar. Aquello me conmovió mucho y fui corriendo a casa para darle el sobretodo y unos zapatos, y cuando mi viejo Lear entró por la puerta de servicio, le ordené a la cocinera que le diera una comida caliente y le preparara algo bueno para su anciana esposa.

"Me llamaron arriba mientras él comía, bendiciéndome del modo más lindo, y pensé con alborozo que se había ido muy consolado. Pero, una hora más tarde, la cocinera vino espantada para decirnos que mi venerable y piadoso mendigo se había llevado varias camisas y calcetines de papá que estaban en la cesta del lavadero y la capucha que le guardábamos para la muchacha.

"Me enfurecí mucho y, acompañada de Harry fui en seguida a la dirección que el viejo pícaro me había dado, una casa vieja y sucia en Hanover Street. Pero allí me dijeron que nunca vivió en tal sitio y entonces comprendí que mi santo de cabellos blancos era un mentiroso. Harry se rió de mí, mamá me prohibió que llevara más ladrones a la casa y mis hermanas me riñeron con severidad.

"Pero me recobré de la impresión y, sin amedrentarme, fui en busca de la vieja irlandesa que vende manzanas en el parque; no la anciana gruesa y lúcida que tiene un puesto cerca de West Street; sino una toda arrugadita que se sienta junto al camino, con la cabeza inclinada sobre una vieja cesta con seis manzanas y cuatro caramelos largos. Nunca veo que alguien le compre, pero ella sigue sentada en su puesto, esperando que un alma caritativa le dé de cuando en cuando algunos centavos; la pobrecilla tiene un aspecto desolado de miseria y abandono.

"Me contó otra historia triste, diciéndome que estaba sola y no podía trabajar y "tan débil como una taza de caldo, sin una onza de carne que me cubra los huesos, y por amor de Dios déme algo para que pueda seguir viviendo en este invierno tan duro,.porque estoy sola en el mundo y no tengo quien me ayude". No tenía mucha fe en lo que me decía, porque recordaba al otro mentiroso, pero me daba lástima, la pobre vieja; así que le llevé un poco de té y azúcar, y un chal, y solía darle algunos peniques cuando pasaba por allí. Nunca dije nada en casa, pues se reían de mis esfuerzos caritativos. Al cabo de algún tiempo pensé que progresaba bastante, porque mi vieja mendiga parecía muy animada, y estaba pensando comprarle un poco de carbón, cuando desapareció por completo. Temí que estuviera enferma y le pregunté por ella a la señora Maloney, la irlandesa gruesa.

"-¡Dios santo, mi querida señorita! Hace tres meses que la enviaron a ,'Irlanda; porque nunca vi una criatura tan borracha como Biddy Ryan, que se gastaba hasta el último centavo en whisky,, lo que era una vergüenza, porque tenía un buen hijo, dispuesto a mantenerla decentemente.

"Entonces si que me sentí desanimada, y me fui a casa y me crucé de brazos, esperando lo que me enviara el destino, ya que :mis esfuerzos habían sido tales fracasos."

-¡Pobrecita, qué mala suerte tuviste! -dijo Elizabeth, cuando hubieron terminado las carcajadas provocadas pon las des dichas de Marión y su divertida imitación del acento irlandés.

-Ahora háblanos de tu éxito y del correo escarlata -agregó Maggie.

-¡Ah!, ése me lo envió el destino, y por eso pude seguir adelante. Tengo que retroceder a la época de la guerra, para poder presentaros debidamente a mi héroe. Ya sabéis que papá estuvo en el ejército y luchó todo el tiempo, hasta la batalla de Gettysburg, donde lo hirieron. Se había comprometido antes de marchar; por eso, cuando su padre corrió al hospital, después de la terrible batalla, mamá lo acompañó, y ayudó a cuidarlo hasta que pudo volver a su casa. Él no quiso ir a un hospital de oficiales y se quedó con sus hombres en un lugar bastante pobre, porque muchos de sus soldados estaban heridos y no quería abandonarlos. Uno de los más valientes era el sargento Joe Collins, que había perdido su brazo derecho al salvar la bandera en uno de los encuentros más encarnizados de la gran batalla. Era un leñador de Maine, y medía más de seis pies, pero era tan dulce como un niño, tan alegre como un chico y quería mucho a su coronel.

"Papá salió el primero del hospital, pero le hizo prometer a Joe que lo tendría al corriente de su vida, y Joe cumplió con su promesa hasta que salió también del hospital. Entonces papá dejó de saber de él y, en medio de la excitación de su convalecencia, del final de la guerra y de su matrimonio, se olvidó de Joe Collins, hasta que nosotros fuimos creciendo y gozábamos con la historia de las batallas en que papá había tomado parte, y del valiente sargento que se apoderó de la bandera cuando el abanderado fue muerto, y la mantuvo en su poder durante todo el encuentro, hasta que una bala de cañón le arrancó un brazo y lo hirieron en el otro. Vosotras sabéis que todos tenemos sangre guerrera, así que nunca nos cansábamos de oírle contar esa historia, aunque los veinticinco años transcurridos, hacía que nos resultara tan lejana como las de la Revolución, cuando mataron a un, antepasado nuestro en Bunker Hill.

"En diciembre, cuando yo acababa de sufrir mis tristes decepciones, papá llegó un día a la hora de comer, exclamando alegremente:

"-¡He encontrado al viejo Joe! Un mensajero me trajo una carta y, cuando le miré al entregarle la respuesta, me hallé ante un hombre alto y de cabellos canos, derecho como un pino, sonriendo y con la mano en la sien, saludándome a estilo militar. "¿No se acuerda de Joe Collins, coronel? Me alegro mucho de volver a verlo, señor", me dijo. Y entonces lo recordé todo y hablamos largo rato, y me enteré de que el pobre muchacho había tenido bastante mala suerte, que carecía casi de amigos, pero que seguía siendo tan orgulloso e independiente como siempre y decidido a bastarse a sí mismo, mientras se lo permitieran sus fuerzas. Me ha dado su dirección, y pienso ocuparme de él, porque no tenía muy buen aspecto, y estoy seguro de que no puede hacer gran cosa.

"Todos nos alegramos mucho, y Joe vino a vernos, y papá lo envió a hacer mil recados, ayudándole de ese modo hasta que se marchó a Nueva York. Entonces, en medio de los preparativos y la emoción de las fiestas, nos olvidamos de Joe, hasta que papá vino y lo echó de menos al no verle en su puesto. Me dijo que fuera a buscarlo, y Harry y yo buscamos por todas partes, hasta que lo encontramos, en una pobre casita del North End, enfermo de fiebre reumática, en su miserable cuartito, sin tener nadie que lo cuidara excepto la lavandera que le alquilaba la pieza.

Librodot

"¡Me arrepentí tanto de haberme olvidado de él! Pero Joe nunca se quejaba y no hacía más que decirnos, con su alegre sonrisa: "Yo ya me imaginaba que el coronel estaba fuera, y de todos modos, no quería molestarle". Trataba de mostrarse contento, aunque sufría unos dolores atroces; llamaba a Harry "mayor", y nos agradeció mucho lo que le habíamos llevado, aunque no quería tomar el té ni las naranjas, y exclamó cuando le dije, como una tonta, pensando que era lo que debía decir:

-¿Quiere que le humedezca la frente, ya que tiene tanta fiebre?

"-No, gracias, señorita; ya me la he lavado yo; creo que lo que me haría mucho más bien sería un poco de tabaco, y perdóneme que se lo diga.

"Harry salió corriendo y trajo un buen paquete de tabaco .y una pipa, y cuando nos marchamos, prometiendo volver pronto, dejamos a Joe fumando tan contento y envuelto en una nube de humo. Fuimos a verlo casi a diario y lo pasamos muy bien; porque Joe nos contaba sus aventuras y nos interesamos de tal modo en la guerra, que yo empecé a leer de nuevo historia por las noches, y a papá le agradaba eso mucho y volvió a contarnos todas las batallas en que había tomado parte. Harry y yo nos hicimos grandes amigos, leyendo juntos, y a papá le encantaba descubrir en nosotros el espíritu de nuestro antepasado "el general", cuando nos excitábamos y empezábamos a discutir todas nuestras guerras, con una fiebre de patriotismo que hacía reír a mamá. Joe decía que yo me "encabritaba" como un corcel de guerra al oír la palabra batalla y oler la pólvora, y pensaba que debía haber sido tambor, porque el sonido de la música marcial me ponía "nerviosa".

"Para nosotros, los jóvenes, todo aquello era nuevo y encantador, pero el pobre Joe lo pasó muy mal y estuvo muy enfermo. El frío y la fatiga, la falta de comida y la soledad, además de sus heridas, lo habían vencido y no cabía duda de que ya no podría trabajar más. Le espantaba el pensar en el asilo para ancianos, que era todo lo que podía ofrecerle su ciudad natal, y además no tenía amigos ni podía conseguir una pensión, por no sé qué error de sus papeles; así que no lo habría pasado muy bien, de no ser por el Hogar de Soldados de Chielsa. En cuanto se halló en, condiciones de salir, papá lo hizo ingresar en él, y Joe aceptó gustoso, porque le parecía el lugar más adecuado y una caridad que el más orgulloso de los hombres podía muy bien aceptar, después de haber arriesgado la vida por su patria.

"Ahí era adonde iba cuando me visteis, y tuve mucho miedo de que oliérais los cigarros que llevaba en mi cesta. Los pobres veteranos los aprecian mucho, y papá dice que los necesitan, aunque no es tan romántico como las flores, la jalea y el vino, y esos manjares delicados que a las mujeres nos gusta regalar. He aprendido a distinguir las diferentes clases de cigarros y tabaco, y os reiríais si me vierais distribuir mis obsequios, que son recibidos con tanto agradecimiento como la Cruz de la Victoria, cuando la reina de Inglaterra condecora a sus bravos. Allí soy un personaje muy importante y los muchachos me saludan militarmente cuando entro, me cuentan sus penas y piensan que papá y yo somos capaces de gobernar el mundo. Eso me encanta, y mis queridos veteranos me entusiasman y enorgullecen tanto como si hubiera sido un Rigoletto y me hubieran montado en un cañón desde que era pequeñita. Ésta es mi historia, pero no puedo daros ni siquiera una idea de lo interesante que es todo eso y de lo que me alegro

que me llevara a estudiar la historia de las guerras americanas, en las que hombres valientes que llevaban nuestro nombre, cumplieron tan bien con su deber:"

Una cordial salva de aplausos acogió la historia de Marion, porque su rostro resplandeciente y su voz excitada habían despertado el sentimiento patriótico de las muchachas de Boston, que le sonreían con aprobación.

-Ahora, Maggie, tú, querida, que aunque te hayas quedado la última, estoy segura de que no eres la menos importante -dijo Ana lanzándole una miradita para animarla, porque ella había descubierto el secreto de su amiga, y la amaba' aún más por eso.

Maggie se ruborizó y vaciló, mientras dejaba las delicadas bridas de muselina, que estaba dobladillando con tanto esmero. Luego, mirando en torno suyo con una expresión en la que se mezclaban la humildad y el orgullo, dijo, haciendo un esfuerzo.

-Después de vuestras experiencias tan interesantes, la mía os resultará muy vulgar. En realidad, no puedo contaros ninguna historia, porque mi caridad empezó por casa y no salió de ella.

Cuéntanoslo todo, querida, Sé que es muy interesante y que nos hará bien a todas -dijo con rapidez Ana; y animada de ese modo, Maggie prosiguió.

-Yo había planeado grandes cosas y hablaba de lo que pensaba hacer, hasta que papá me dijo un día, en que las cosas andaban todas revueltas, como suelen andar tantas veces en casa. "Si las muchachitas que quieren ayudar al mundo entero, recordaran que la caridad empieza por casa, encontrarían en seguida algo que hacer."

"Me quedé bastante desconcertada y no dije nada, pero cuando papá se fue a la oficina, me puse a pensar y miré en torno mío para ver qué podía hacer en aquel momento. Vi que había de sobra para un día y puse inmediatamente manos a la obra. La pobre mamá tenía una de sus fuertes jaquecas, los niños no habían podido salir porque llovía, y estaban gritando y llorando en el cuarto de jugar, la cocinera estaba enojada y María tenía dolor de muelas. Pues bien, empecé por obligar a mamá a acostarse, para dormir una buena siesta. Distraje a los niños dándoles mi caja de cintas y mis adornos para que se disfrazaran, le puse a María una cataplasma en la cara y le ofrecí lavarle los vasos .y cubiertos, para apaciguar a la cocinera, que estaba hecha una fiera por tener que trabajar más en día de lavado. No era muy divertido como os imaginaréis, pero logré pasar la tarde, sin que nadie hiciera ruido en la casa y, al crepúsculo, entré silenciosamente en la habitación de mamá y reavivé el fuego, para que la pieza estuviera más alegre cuando se despertara. Luego fui temblando a la cocina para buscar un poco de té, y me encontré con tres muchachas que habían ido a visitar a la cocinera y que se estaban divirtiendo de lo lindo. Una escondió una fuente de pastel en el cajón de la cocina, otra se metió una taza debajo del chal y la cocinera escondió la tetera, al oír que yo hacía ruido en la despensa, antes de abrir la puerta, por una de cuyas junturas había visto, oído y olido la "fiesta", como dicen los niños.

"Estaba enojada y me habría gustado decirle unas cuantas verdades a las tres; prudentemente, contuve la lengua, cerré los ojos, les pedí cortésmente un poco de agua caliente, saludé a las muchachas con la cabeza y le dije a la cocinera que María estaba mejor y podría hacer el trabajo, si ella quería salir.

"Así que la paz volvió a reinar y, mientras yo arreglaba la bandeja, oí que la cocinera decía con su voz más dulce, porque me imagino que el pastel y el té le pesaban

grandemente en la conciencia: "La señora no está muy bien, y la señorita es muy buena y la cuida con todo cariño".

"Ya sabía que eran exageraciones suyas, pero me agradó oírla, y me hizo pensar en lo delicada que estaba mamá y en lo poco que realmente hacía yo por ella. Lloré unas lagrimitas de arrepentimiento mientras subía la escalera con la bandeja del té y las tostadas, y encontré a mamá dispuesta para tomarlo y muy contenta de que todo marchara tan bien. Entonces comprendí qué alivio sería para ella el que lo hiciera más a menudo, como debía, y resolví hacerlo.

"No dije nada, pero me dediqué a cumplir con las tareas que se me presentaban y, antes de que me hubiera dado cuenta de ello, muchos de los deberes de mamá fueron a parar a mis manos, como si siempre hubieran sido míos. No quiero decir con eso que me gustaran ni que no gruñía entre dientes al hacerlo: generalmente me sentía oprimida por ellos, y a veces me dolía el no poder salir cuando quería, ni divertirme más. El deber está muy bien, pero no es nada fácil, y el único consuelo que nos proporciona es una especie de tranquilidad que se siente al cabo de algún tiempo, y una sensación de fortaleza, como si hubiéramos encontrado algo a que poder asirnos para no perder el equilibrio. No lo sé expresar muy bien, pero, ¿no es cierto que os dais cuenta?

Y Maggie miró con melancolía los otros rostros, que le contestaron, con una rápida sonrisa de simpatía, o con una expresión perpleja y respetuosa, como si pensaran que debían saberlo, pero no lo sabían.

-No tengo por qué cansaros con mi vulgar historia -prosiguió Maggie-. No hacia planes y me limitaba a decir cada día: "Aceptaré lo que venga y trataré de tomarlo con alegría y paciencia". Y así me fui ocupando de los niños, para que María tuviera más tiempo libre para coser y ayudar en las tareas domésticas. Hacía los recados, iba al mercado y me encargaba de que papá tuviera las comidas que a él le gustan, los días en que mamá no se encontraba muy bien y no podía bajar a comer. Hacía visitas en su nombre, y las recibía, y bien pronto cumplía con todos mis deberes, como si fuera la dueña de la casa y no "una chiquilla", como me llama mi primo Tom.

"Lo mejor de todo eran las tranquilas conversaciones que teníamos al caer la tarde, mamá y yo, después de terminado el trabajo del día, cuando ella había descansado ya y esperábamos a papá. Ahora, cuando papá llegaba, yo no tenía que irme porque ellos querían contarme cosas, hacerme preguntas y consultarme sobre distintos asuntos, lo que me hacía sentirme realmente como su hija mayor. ¡Oh, era maravilloso sentarse entre los dos y saber que me necesitaban y que les encantaba tenerme con ellos! Eso me recompensaba por los malos ratos que pasaba y, hace poco, obtuve mi recompensa. Mamá está mucho mejor, y yo me congratulaba por su mejoría, cuando ella me dijo: "Sí, ahora me estoy poniendo realmente bien, y espero que dentro de poco podré relevar a mi hijita. Pero quiero decirte, querida, que cuando me sentía más desanimada, mi mayor consuelo era pensar que, si tenía que dejar este mundo, mis pobres hijitos encontrarían en ti una segunda madre".

"Eso me agradó tanto que me entraron deseos de llorar, porque la verdad es que los niños me quieren mucho y ahora hacen todo lo que les digo y tienen una gran idea de su hermana, aunque antes no me tenían gran cariño. Pero eso no fue todo. Quizá no debería

contaros estas cosas, pero me enorgullecen tanto que no puedo resistir la tentación de hacerlo.

Cuando le pregunté a papá, un día que estábamos solos, si mamá estaba realmente mejor y no había ya peligro de que volviera a caer enferma, me echó los brazos al cuello y me dijo, dándome un tierno beso:

"-No, ahora no corre peligro, porque mi valiente hijita le prestó una ayuda tan espléndida, que tu querida madre se sintió aliviada de sus preocupaciones en el momento en que más lo necesitaba, y ahora puede descansar tranquila y segura de que no nos descuidas. No podrías haber hecho una obra de caridad mejor, y difícilmente podrías haberlo hecho con más dulzura, querida. ¡Que Dios te bendiga!"

Al llegar a este punto, la voz de Maggie se quebró y ocultó la cara, lanzando un sollozo de felicidad que terminaba con toda elocuencia su historia. Marion corrió hacia ella para enjugarle las lágrimas con un calcetín azul, las otras murmuraron frases de simpatía, porque todas estaban muy conmovidas; ante sus ojos aparecían los deberes que habían olvidado de cumplir, y muchas de ellas resolvieron dedicarse a ellos cuanto antes, al ver cuán grande había sido la recompensa de Maggie.

-No quería mostrarme tan tonta; pero sí quería que supierais que no había estado ociosa durante el invierno y que, aunque no tengo gran cosa que contar, estoy muy satisfecha de mi labor -dijo Maggie, alzando los ojos y sonriendo en medid de sus lágrimas hasta que su rostro se asemejó a una rosa bajo la lluvia.

-Muchas de mis hijas han hecho buenas obras, pero la tuya es la más excelsa de todas -le replicó Ana, con un beso que terminó de llenarla de satisfacción.

-Bien; como ha pasado la hora de levantar la sesión, debemos despedirnos -prosiguió la presidenta, sacando de un lugar donde lo tenía oculto un cesto de flores-. Me limitaré a deciros que pienso que todas hemos aprendido mucho, y podremos trabajar aún mejor el próximo invierno; porque estoy segura de que querréis probarlo de nuevo, ya que el suavizar un poco las vidas duras dé los pobres, le da tanta dulzura a las nuestras. Como regalo de despedida, he mandado traer unas cuantas rosas de Plymouth y aquí tenéis un ramo para cada una de vosotras, con todo mi cariño y mi agradecimiento por haberme ayudado a realizar de modo tan maravilloso mi plan.

Así que después de entregar los ramilletes, de charlar unos momentos animadamente, de sugerir nuevos planes y decirse adiós, los miembros del club se separaron, y cada una de ellas se fue alegremente con su ramo de rosas en el pecho y, dentro de él, un conocimiento más claro de la parte dura de la vida, un nuevo deseo de saber y ayudar más aún, y una dulce satisfacción al pensar que cada una de ellas había hecho lo que había podido.

UNA RAMA DE HIEDRA Y UNAS ZAPATILLAS

-¡Imposible! Tengo que comprarme un par nuevo. Lo deseo ardientemente, pero temo que eche a perder mi pequeño plan, con respecto a Laura -se dijo Jessie Delano en tanto sacudía la cabeza ante un par de viejas zapatillas que no era posible componer. Mientras en vano se afanaba, su mente estaba llena de esperanzas juveniles, y de miedos y ansiedades excesivamente graves para una muchacha de dieciséis años.

Un año antes, las muchachas habían sido las mimadas hijas de un hombre rico; pero la muerte y la desgracia sobrevinieron bruscamente y entonces se vieron solas, frente a la pobreza. Tenían pocos parientes, y habían ofendido a un tío rico, que ofreció un hogar a Jessie al verse ésta separada de su hermana. La pobre Laura era una inválida y nadie la amaba; pero Jessie se negó a abandonarla, y las dos hermanas vivían juntas en las humildes habitaciones donde su padre había muerto, tratando de ganarse el pan con las únicas habilidades que poseían. Laura pintaba bien, y después de muchas decepciones, comenzaba a hallar un mercado para sus delicados dibujos y sus lindas flores. Jessie tenía un arte natural para la danza; y su anterior maestra, una francesa compasiva, ofreció a su alumna favorita el puesto de auxiliar en sus clases de baile para niños.

A la muchacha le costó el aceptar un humilde puesto de maestra, enseñando pacientemente el baile a niños estúpidos, en la pista donde ella había sido el orgullo de la clase y la reina de los bailes de fin de curso. Pero, por causa de Laura, aceptó agradecida el ofrecimiento, alegre de poder llevar su óbolo a casa, ayudando así a alejar la miseria. A veces habían visto su negro fantasma amenazador, durante aquel año, y. miraban el largo invierno con un terror que no se atrevían a confesarse. Laura temía caer enferma si trabajaba demasiado, y entonces, ¿qué sería de su linda hermana menor que la cuidaba tan tiernamente y no quiso abandonarla? Y Jessie no podía por menos de rebelarse contra su dura suerte y hacer planes impracticables. Pero cada una de ellas trabajaba afanosamente, hablaba con alegría, y esperaba en vano que le sucediese algo bueno, mientras la duda, el dolor y la pobreza oprimían de tal manera sus corazones que las dos muchachas frecuentemente caían dormidas sobre almohadas mojadas por el llanto.

Las pequeñas durezas de la vida acosaban a Jessie en aquel momento, y su ingenio estaba dedicado a la resolución del problema de gastar sus queridos cinco dólares en unas zapatillas para ella y unas pinturas para Laura. Ambas cosas eran muy necesarias, y Jessie había llevado unos zapatos viejos con tal de ahorrar el dinero para la sorpresa que acariciaba en su interior; pero entonces se desalentó al ver que lo roto se negaba a cerrarse, y que la reverencia mayor no ocultaría las gastadas punteras, a pesar de la tinta que tan abundantemente les había aplicado.

-¡Este es el fin de mis zapatillas francesas, y no puedo comprarme otras! ¡Odio las cosas baratas! Pero tendré que usarlas; pues tengo las botas viejas, y todos tienen que mirar mis pies cuando los dirijo. ¡Oh, qué cosa tan horrible es ser pobre! -y Jessie examinó cariñosamente sus viejos zapatitos, y sus ojos se le llenaron de lágrimas. Pues su

camino le parecía muy largo y empinado, al recordar su vida anterior, que para ella había sido alegre como la de la mariposa en un jardín lleno de sol y de flores.

-Vamos, Jess, nada de tonterías ni de ojos enrojecidos que digan lo que te ocurre. Vete a tus quehaceres, y vuelve alegré como una alondra para que Laura no se preocupe.

y, poniéndose en pie de un salto, la muchacha se puso a cantar en vez de sollozar, mientras se movía por la, pobre habitación, limpiando sus guantes viejos, remendando su único traje blanco, y deseando, con un suspiro, tener dinero para comprarse flores, pues todos sus adornos habían sido vendidos hacía largo tiempo. Luego, dando un beso a su paciente hermana, salió a comprar las zapatillas y las pinturas que necesitaba Laura para continuar su trabajo.

Criada en medio del lujo, los gustos de Jessie eran muy refinados; y su mayor prueba, después de la precaria salud de Laura, era el sacrificio diario de las muchas comodidades y elegancias a que estaba acostumbrada. Los trajes descoloridos, los guantes limpiados, y las botas remendadas, le habían costado muchas congojas, y las constantes tentaciones de ver cosas útiles y lindas, era muy fuerte. Laura salía raras veces y se ahorraba aquella cruz; además tenía tres años más que Jessie, siempre había sido delicada y vivía en un feliz mundo de su propiedad. Por tanto, Jessie soportaba sus dolores en silencio, pero a veces sentía gran resentimiento al ver que en el mundo había tanto placer, dinero y belleza y ella tenía tan poco de ello.

-Hoy me siento capaz de quitarle el bolsillo a cualquiera, sin ningún remordimiento, si estuviera segura de que se trataba de una persona rica. Es una vergüenza que habiendo sido papá tan generoso, nadie nos recuerde. Si vuelvo a ser rica de nuevo, buscaré a todas las muchachas pobres que encuentre, y ya que no otra cosa, les daré zapatos lindos -pensó mientras recorría las calles deteniéndose involuntariamente ante las vidrieras, para mirar con ojos de deseo los tesoros que había dentro.

Resistiendo la fascinación de las zapatillas francesas con hebillas y lazos, compró un par sencillo y útil, y salió de la tienda consolándose con el hecho de que eran muy baratas. Más consuelo halló cuando se encontró con una amiga, mientras miraba ansiosamente una vidriera llena de uvas, deseosa de comprar algunas para Laura.

Aquella cordial compañera leyó el deseo de Jessie antes que ésta se diese cuenta, y le ofreció la fruta tan graciosamente, que la muchacha pudo aceptar la cesta sin sentirse derrochadora ni mendiga. Aquello la consoló mucho, y, su mundo se fue haciendo más brillante después de aquella pequeña amabilidad, como ocurre siempre que la simpatía ilumina con su sol lugares ganados por la sombra.

En la tienda de arte, le dijeron que se solicitaban más flores otoñales de las que pintaba Laura; y el rostro de Jessie se llenó de tan inocente alegría, que el anciano que le vendió las pinturas se conmovió y le dio más de lo que significaba su dinero, recordando las duras épocas que él había pasado y compadeciendo a la linda muchacha, a cuyo padre había conocido.

Por tanto, Jessie no tuvo que disimular mucho para ponerse alegre como una alondra, cuando llegó a casa y mostró sus tesoros. Laura se alegró tanto con los regalos inesperados, que la comida de pan, leche y uvas, fue todo un "festín"; y Jessie la vio sonreír cuando fue a vestirse para la fiesta.

Era un baile infantil, celebrado en casa de uno de los discípulos de "Mademoiselle", y a Jessie la habían invitado sólo para que ayudase a bailar a los niños. A ella no le agradaba ir de aquel modo, pues estaba segura de hallar allí rostros familiares, llenos de piedad, curiosidad o indiferencia, cosas difíciles de soportar para una muchacha. Pero "Mademoiselle" se lo había pedido como un favor, y Jessie le estaba agradecida; por lo tanto fue al baile, esperando no hallar placer en él y sí cansancio y aburrimiento.

Cuando estuvo lista -y no tardó mucho en ponerse su traje de lana blanca, en cepillarse sus cabellos negros y rizados, y envolver guantes y zapatillas- se miró al espejo. Advirtió que era muy bonita, con sus ojos grandes, frescas mejillas, y aquel aire altivo que nada podía alterar. También con dolor se dio cuenta de que su viejo traje no la favorecía, sin cintas ni flores, para darle la nota de color que necesitaba. Tenía un sentido artístico, y hallaba gran deleite en encargarse trajes encantadores en las felices épocas en que todos sus deseos eran cumplidos, como si viviera en un reino de hadas. Examinó en vano su pequeño almacén de cintas, pues todas ellas habían perdido su belleza y frescura.

-¡Oh! ¿Dónde voy a encontrar algo que me quite este aspecto monjil? ¡Y pobre, a la vez! -dijo con pena, pues sus corales habían sido vendidos hacía mucho para pagar la cuenta del médico de Laura.

Un sonido leve la sobresaltó, y corrió a abrir la puerta. No halló más que a Laura, dormida sobre un sofá. El sonido se repitió: ¡tap, tap, tap! Parecía venir de la ventana. Jessie miró hacia allí, esperando que su paloma mansa viniera para que le diese de comer. Pero no apareció ninguna paloma hambrienta ni ningún gorrión audaz; no había más que una rama de hiedra que ondeaba a impulsos de la brisa. Era una rama muy linda, cubierta de diminutas hojitas rojas; y golpeaba con impaciencia, como si respondiese a la pregunta de Jessie, diciendo: "¡Aquí tienes tu guirnalda; ven por ella!".

La mirada de Jessie se sintió atraída por el hermoso color, y corriendo a la ventana, miró con avidez, pues le había asaltado una nueva idea. Era un triste día de noviembre y el panorama de galpones, cubos y escobas no era muy vivificador. Pero la parte trasera de la casa resplandecía con los rojos zarcillos de la planta trepadora, que cubría con un manto real el sucio muro, como si tratara de regalar los ojos de todos los que miraran. Parecía predicar el valor, la aspiración y el contento a todos los que fuesen capaces de leer su mensaje, haciéndoles ver cómo, surgiendo del suelo del patio lleno de los objetos más humildes y comunes, extendía sus ramas por todas las grietas de la pared, en busca de sol y de aire, hasta hacerse fuertes y lindas, pintando la pared de verde en el verano, haciéndola gloriosa durante el otoño, y un refugio en el invierno, cuando anidaban en ella las golondrinas, buscando las ramas donde daba más el sol.

Jessie amaba aquella hermosa compañía, y la había disfrutado durante todo el verano, el primero que había pasado en la cálida ciudad. Sentía la gracia que prestaba a todos los lugares donde tocaba su verdor, e inconscientemente trataba de ser valiente y brillante, al subir a su habitación, donde parecía estar apartada de todo lo hermoso, hasta que comenzó a descubrir que el cielo azul estaba sobre todos, que el sol brillaba aún para ella, y el aire puro acariciaba sus mejillas con tanto cariño como siempre. Muchas noches se había asomado a la alta ventana, mientras Laura dormía, soñando inocentes sueños, recordando el pasado y mirando el futuro con confianza y valor. La hiedra había sentido caer sobre sus ramas gotas más cálidas que la lluvia o el rocío, cuando las cosas

marchaban mal, y oído murmurar plegarias cuando la niña abandonada rogaba al Padre de los huérfanos, pidiéndole ayuda y consuelo, se había asomado para verla dormir tranquilamente una vez terminada la labor del día, y la había saludado con un golpecito en la ventana, cuando se despertaba llena de esperanzas por la mañana. Parecía conocer todos sus estados de espíritu y todas sus preocupaciones, ser su amiga y confidente, y ahora venía como un hada madrina, cuando nuestra Cenicienta quería estar linda para el baile.

-¡Precisamente eso! ¿Cómo no lo pensé? ¡Tan lindo, delicado y favorecedor! Durará más que las flores; y nadie pensará que soy derrochona, ya que no me cuesta nada.

Mientras hablaba, Jessie reunía las ramas de hiedra, con sus brillantes hojas, tan hermosamente sombreadas que era evidente que la helada había hecho cuanto podía. Yendo a mirarse al espejo, se colocó una guirnalda hecha con las hojas más pequeñas; un grupo de las más grandes, en el pecho, y luego se contempló con juvenil placer; pues él efecto de la decoración era sencillamente encantador. Satisfecha, entonces, ató su velo y salió sin despertar a Laura, sintiendo qué las hojas de hiedra habían de darles suerte a las dos.

Halló a los niños dando saltos, impacientes por comenzar el ballet, excitados por la música, la luz y los alegres vestidos que hacían de aquello un verdadero baile. Todos saludaron a Jessie calurosamente, y la muchacha pronto olvidó las zapatillas baratas, los guantes remendados y el traje viejo, mientras dirigía el baile infantil con tal gracia y habilidad, que las admiradas mamás declararon que era lo mejor que habían visto.

-¿Quién es esa muchacha? -preguntó uno de los caballeros, escasos por cierto, que había en la sala.

La señora de la casa narróle, en pocas palabras, la historia de Jessie, y quedó sorprendida al oírle exclamar con tono satisfecho.

-Me alegro de que sea pobre. Quiero su cabeza y ahora tengo una oportunidad de obtenerla.

-Mi querido señor Vane, ¿qué quiere decir? -preguntó riendo la dama.

-Vine para estudiar rostros juveniles. Necesito uno para un cuadro, y el de esa muchacha con la guirnalda de las hojas rojas es encantador. Preséntenme a ella, por favor.

-Inútil; puede pedir su mano, si le parece oportuno, pero no su cabeza. Es muy orgullosa, y estoy segura de que no va a consentir en posar de modelo.

-Creo que hallaré algún medio, si tiene usted la amabilidad de presentarme.

-Muy bien. Los niños ahora van a cenar, y la señorita Delano va a descansar. Puede hacerle esa proposición, si se atreve.

Instantes más tarde, mientras Jessie permanecía de .pie, viendo cómo los niños se alejaban, vio ante ella a un caballero .de estatura elevada, que le rogaba qué podía traerle con el mismo interés que si se tratase de la dama más encopetada del salón. Jessie, naturalmente, pidió helado, y se retiró a un rincón para descansar sus fatigados pies, prefiriendo el salón desierto al comedor lleno de ruido, no del todo segura de que aquél era su lugar.

El señor Vane trajo una bandeja repleta de las golosinas que más agrada a las niñas, y acercando una mesita, comenzó a comer y a charlar, de un modo tan natural, que Jessie perdió en seguida toda su timidez. Sabía que se trataba de un artista famoso, y deseaba

Librodot

hablarle de Laura, que admiraba tanto sus pinturas y habría gozado tanto con aquella entrevista. El caballero no era muy joven ni muy apuesto, pero tenía un rostro y unos modales amables y encantadores. A los diez minutos, Jessie hablaba amigablemente con él, sin darse cuenta de que el artista la estaba estudiando en un espejo. Naturalmente, hablaron de los niños, y después de celebrar el baile, el señor Vane añadió como al descuido:

-He tratado de encontrar un rostro entre ellos, para un cuadro que estoy pintando; pero son demasiado pequeños, y tengo que buscar en otro lugar para mi ninfa del bosque.

-¿Son difíciles de hallar los modelos? -preguntó Jessie, que tomaba su helado con el placer de una muchacha que no lo prueba con frecuencia.

-Lo que busco sí es difícil de hallar. Puedo encontrar muchas niñas pobres, pero deseo un rostro orgulloso y refinado; y eso no suele encontrarse en los modelos usuales. Me va a ser muy difícil, pues tengo prisa, y no sé dónde buscar... -la última frase no era sincera, pues el espejo le mostraba exactamente lo que él quería.

Jessie parecía tan interesada, que el artista comprendió que había empezado bien, y dio un paso adelante, mientras le ofrecía más pastel.

-Ayudo a "Mademoiselle" en sus clases, y ella tiene alumnas de todas las edades; quizá encuentre a alguien allí.

-Es mucha amabilidad de su parte; pero lo malo es que temo que ninguna de ellas quiera posar, si se lo pido. Le confesaré que he visto un rostro que me satisface plenamente, pero creo que no voy a poder obtenerlo. Déme su consejo, por favor. ¿Cree que la linda muchacha se ofenderá si se lo solicito con el mayor de los respetos?

-No, claro que no; creo que se sentirá orgullosa de ayudarlo en sus pinturas. Mi hermana las halla encantadoras, y conservamos una cuando tuvimos que vender el resto -dijo Jessie, con franqueza.

-Ése es un hermoso cumplido, y me siento muy orgulloso. Hágaselo saber así a su hermana, dándole saludos de mi parte. ¿Cuál era el cuadro?

-Una cabeza de mujer, ésa que tiene la expresión dulce y triste y que la gente llama "La Madonna". Nosotros la llamamos "Madre", y la queremos mucho, porque Laura dice que se parece a nuestra madre. Yo no la conocí, pero Laura recuerda muy bien su rostro.

Jessie bajó los ojos, como tratando de ocultar sus lágrimas; y el señor Vane agregó con una voz que demostraba que comprendía y compartía sus sentimientos:

-Me alegro de que una obra mía les haya servido de consuelo. Pensaba en mi madre cuando pinté ese cuadro, hace años; por tanto lo interpretaron bien y supieron darle un buen nombre. Ahora volvamos a la otra cabeza; ¿cree que debo atreverme a proponérselo a su poseedora?

-¿Por qué no? Sería muy tonta si se negase.

-Entonces, ¿usted no se ofendería si se lo pidiese?

-Nada de eso. He posado varias veces para Laura, y ella dice que lo hago muy bien. Pero sólo pinta cosas sencillas.

-Eso es lo que deseo hacer. ¿Quiere solicitarlo por mí a esa muchacha? ¿Está detrás de usted?

Jessie se volvió, sobresaltada, preguntándose quién habría entrado; pero lo único que vio fue su imagen reflejada en el espejo y la del señor Vane que le sonreía.

-¿Se refiere a mí? -dijo con una mezcla de sorpresa, complacencia y timidez, y un rubor que la embellecía aún más.

-Ciertamente. La señora Murray creyó que mi ruego la ofendería; pero se me ocurrió que usted accedería. Lleva una guirnalda tan linda y parece tan interesada por la pintura... -No es más que un poco de hiedra, pero tan linda, que me la coloqué, pues no tenía otra cosa -dijo la muchacha, alegre de que su sencillo adorno fuese del agrado de él.

-Es muy artística, y al instante atrajo mi atención. Me dije; "Ésa es la cabeza que busco; tengo que asegurármela inmediatamente". ¿Es posible? -añadió sonriendo persuasivamente, al juzgar lo franca e inteligente que era la muchacha con quien tenía que tratar.

-Con mucho gusto, si Laura no se opone. Se lo diré, y si ella es gustosa, me enorgullecerá lucir mi guirnalda en un cuadro famoso -repuso Jessie, llena de inocente alegría al verse honrada con la idea de que ofrecía un lindo espectáculo.

-Mil gracias. Ahora puedo jactarme ante la señora Murray y preparar mis paletas y pinceles. ¿Cuándo podemos empezar? Como su hermana es inválida y no puede venir a mi estudio con usted, ¿podría hacer el boceto en casa de ustedes? -preguntó el señor Vane, tan complacido con su triunfo como sólo puede estarlo un artista sincero.

-¿Le habló de nosotros la señora Murray? -preguntó rápidamente Jessie, dejando de sonreír y haciendo que su rostro tomase una expresión de orgullo, pues estaba segura de que conocía sus desgracias, ya que había hablado de la salud de la pobre Laura.

-Un poco -comenzó su nuevo amigo, lanzándole una mirada de simpatía.

-Sé que a las modelos se les paga; ¿me lo propuso al saber que yo era pobre? -preguntó Jessie, con un ceño irrefrenable, y lanzando una mirada, por tercera vez, al vestido limpio y a los remendados guantes.

El señor Vane comprendió lo que atormentaba a la sensible joven, y le contestó del .modo más amable.

-Jamás pensé en semejante cosa. Deseaba que usted me ayudara porque me falta lo que más anhelan los artistas: verdadera gracia y belleza. Esperaba que me permitiese darle a su hermana una copia del boceto, como gratitud por su amabilidad.

El ceño desvanecióse y la sonrisa retornó cuando la suave respuesta disipó la cólera de Jessie, y le hizo apresurarse a responder:

-Fuí ruda; pero aún no he aprendido a ser humilde, y con frecuencia olvido que soy pobre. Por favor, venga a vernos cuando lo desee. A Laura le encantará verlo trabajar y le agradará todo lo que le dé. A mí me sucederá lo mismo, aunque no lo merezco

-No la castigaré pintando ese ceño que me ha asustado hace un momento, sino que haré todo lo posible por trasladar al lienzo su cara alegre, amontonando de este modo carbones encendidos sobre su cabeza. No serán más ardientes que esas lindas hojas rojas que me han dado esta suerte -repuso el artista, al ver que la paz estaba hecha.

-¡Y me alegro de haberla llevado! -Y tomó si tratara de hacerle olvidar su arrebato, Jessie le habló de la hiedra, y de cuánto ella la amaba, revelando inconscientemente su patética historia y aumentando el interés que él sentía por la joven.

Los niños volvieron, revoltosos, y Jessie tuvo que dirigirlos nuevamente. Pero entonces su corazón estaba tan ligero como sus talones; pues tenía algo agradable en que pensar: una esperanza de ayudar a Laura, y el recuerdo de palabras amables para hacer

Librodot

más fáciles los duros deberes. El señor Vane se retiró en seguida, prometiendo volver al día siguiente; y a las ocho en punto, Jessie corrió a su casa para darle a su hermana la buena noticia, y arreglar la linda corona que tan bien le había servido.

Con el instinto de la juventud, . comprendió que iba a sucederles algo bueno, y comenzó a construir castillos en el aire para ella y para su hermana; Laura se tornaría una mujer sana y una gran artista. Ella, Jessie, ganaría el dinero suficiente para pasar un mes en la playa, que tanto convenía a los débiles músculos y nervios de Laura. Acariciaba la idea de ser bailarina, ya que el baile le encantaba, pero todos se oponían a la idea, y su naturaleza refinada le decía que aquélla no era vida para una joven. La petición del señor Vane significaba una espléndida esperanza; y después de enfadarse con él, por creer que insinuaba que ella era modelo, trató bruscamente de probar aquello, con la encantadora inconsecuencia propia de su sexo. Cuanto más pensaba en ello, más le agradaba la idea, y resolvió hablar de ello a su nuevo amigo, esperando ganar mucho con la profesión.

No le dijo ni una palabra a su hermana, pero mientras posaba para el señor Vane, cuando él vino al día siguiente, le hizo muchas preguntas; y aunque las respuestas del artista la desanimaron un tanto, le confió sus esperanzas y le pidió consejo. Como él era un hombre bueno y prudente, comprendió que aquélla no era una vida adecuada para una muchacha impulsiva y tiernamente educada, que había quedado abandonada en un mundo de pruebas y tentaciones. Por tanto, le dijo que no le convenía, como no fuese el que dejase que él hiciese varios estudios de su cabeza y le pagase por ello.

Jessie consintió, y aunque quedó decepcionada, halló algún consuelo en atesorar parte de la crecida suma que ganó.

El artista parecía no tener prisa en terminar su obra, y durante varias semanas retornó a la tranquila casita; y mientras pintaba el rostro expresivo de la hermana menor, aprendía a conocer y a amar el carácter de la mayor. Pero durante mucho tiempo nadie adivinó su secreto; y Jessie estaba tan ocupada buscando un medio de ganar más dinero, que permanecía ciega y sorda a lo que ocurría ante ella.

De repente, cuando menos lo esperaba, la ayuda le vino de modo tan delicioso, que durante largo tiempo recordó el episodio con satisfacción juvenil. Un día, mientras permanecía en el salón, esperando que salieran de él las doncellas y niños, una vez terminadas las clases, una antigua amiga se acercó a ella y le dijo con tono cariñoso:

-Querida, ¿no estás ya cansada de enseñar a bailar a estos niños tontos?

-No, me encanta el baile y hoy tenemos nuevas figuras. . . ¡Ves! ¿No es lindo?

Y Jessie, que conocía su habilidad y le agradaba ponerla de manifiesto, se puso a dar vueltas ágilmente, como sí sus pies no estuviesen cansados después de dos horas de duro trabajo.

-¡Encantador! A mí me agradaría poder hacer lo mismo. Pero como soy muy gruesa, no puedo -suspiró Fanny Fletcher, cuando Jessie volvió.

-Quizás pueda enseñarte. Estoy pensando en hacer del baile mi profesión, ya que tengo que hacer algo. "Mademoiselle" gana con él mucho dinero -repuso Jessie, sentándose a descansar, dispuesta a no avergonzarse de su trabajo ni a dejar que Fanny la compadeciese.

-Desearía que me enseñaras, pues se que voy a quedar en ridículo en la kermesse. Has oído hablar acerca de ello, ¿verdad? Es una pena que no puedas tomar parte en ella, pues

Librodot

va a ser muy divertida y lujosa. Voy a bailar un ballet húngaro, que es uno de los peores; pero el traje es encantador, y me lo pondré. Mamá es la presidenta. Por tanto, haré lo que desee, aunque sé que las chicas no me quieren y los muchachos se ríen de mí. ¡Fíjate a ver si éste no es el paso más extraño que has visto!

Fanny comenzó valientemente a hacer unas figuras que habrían sido graciosas de no haberse tratado de una joven tan voluminosa, sin más elasticidad que un colchón de plumas. Jessie no tuvo más remedio que reír cuando Fanny terminó su exhibición cayendo al suelo, donde comenzó a friccionarse los codos en una actitud de desesperación.

-¡Conozco ese baile! Es la czarda, y puedo enseñarte cómo se baila. Ponte de pie y prueba conmigo -dijo con benevolencia, corriendo a ayudar a ponerse de pie a su amiga, y alegre de tener por una vez una compañera de su tamaño.

Comenzaron a bailar, pero a poco se detuvieron; pues Fanny no podía seguirle el paso, y Jessie la arrastraba en vano.

-Baila sola, y veré cómo es eso, y la próxima vez lo haré mejor -jadeó la pobre muchacha, dejándose caer sobre el sofá de terciopelo que había a lo largo del muro-. "Mademoiselle" había llegado y las había estado contemplando un momento. Comprendió inmediatamente lo que era necesario, y como la señora Fletcher era una de sus mejores clientas, quiso agradar a la hija mayor; por tanto, se dirigió al piano y tocó una czarda, mientras Jessie, con un brazo en la cadera y el otro en el hombro de un invisible compañero, recorrió la sala con paso marcial, ligero y gracioso, al compás de la música que le hacía estremecer. La joven hizo diversas figuras, llevada por la música que tanto amaba.

Fanny batió palmas con admiración, y "Mademoiselle" gritó:

-Trés bien, ma cherie!

Jessie se detuvo, jadeante y con las mejillas sonrosadas, con una mano sobre el corazón y la otra en la sien a modo de saludo.

-¡Tengo que aprender ese baile! Ven a mi casa a darme lecciones. Vine a buscar a Maud y ahora tengo que irme. ¿Vas a venir, Jessie? Te pagaré con mucho gusto, si ello no te ofende. No me agrada que se rían de mí, y sé que si alguien me enseña sola, estaré tan bien como las demás, pues el profesor Ludwig se mete con todas nosotras:

Fanny parecía estar en un apuro tal, y Jessie simpatizaba tanto con ella, que no pudo negarse a su ruego, que halagaba su vanidad y la tentaba con la perspectiva de añadir más dinero al fondo de su hermana, como Jessie llamaba a sus ahorros. Por tanto, consintió graciosamente, y después de unas cuantas laboriosas lecciones, tuvo tanto éxito, que su agradecida discípula propuso a otras de sus torpes compañeras que invitasen a Jessie a los ensayos privados que se celebraban en diversas casas, al irse aproximando las fiestas.

Algunas de aquellas jóvenes conocían a Jessie Delano, la habían echado de menos y se congratulaban de tenerla nuevamente entre ellas cuando, después de hacer grandes esfuerzos para persuadirla, la muchacha consintió en ayudarlas en las difíciles figuras de la czarda. Una vez en medio de ellas, Jessie se sintió en su elemento, y adiestró tan bienal torpe, escuadrón, que el profesor Ludwig las felicitó por sus adelantos y no volvió a enfadarse con ellas, con gran deleite de las tímidas damiselas, que perdían el tino cuando el profesor gritaba y se retorcía las manos al observar sus errores.

Librodot

Los muchachos también necesitaban ayuda, pues muchos de ellos parecían saltamontes galvanizados cuando trataban de mover sus largas piernas o sus torpes codos. Jessie bailó de buena gana con ellos, y les enseñó cómo debían moverse, con gracia y con ánimo, manejando a sus parejas, no como muñecas, sino como campesinas húngaras, con las cuales sus marciales compatriotas se divertían en la feria. Aquellas reuniones resultaban muy alegres; y todos disfrutaban con ellas, como siempre les ocurre a los jóvenes, ya se trate de cosas alegres, dramáticas o sociales. Todos pensaban en la brillante Kermesse de que se hacía lenguas la ciudad, y a la cual todos pensaban asistir, ya como actores o espectadores. Jessie sentía tentaciones de gastar tres de sus queridos dólares en una entrada, y quizá lo habría hecho si hubiese tenido alguien que la acompañase. Laura no podía ir y el señor Vano se hallaba fuera; no apareció ningún otro amigo, ni nadie recordó invitarla, por lo cual la muchacha ocultó valientemente su anhelo juvenil, disfrutando todo lo que podía con los ensayos.

En el último de ellos hubo un baile de trajes en casa de Fanny, cosa que no sólo puso a prueba el temperamento de Jessie, sino que constituyó un premio a los muchos sacrificios realizados. Tanto baile era muy malo para las zapatillas, y el par nuevo estaba ya gastado. Pero Jessie esperaba que le durasen hasta la noche, y entonces se compraría unas mejores con el dinero que Fanny le pagase. Le molestaba aceptar aquel pago, pero el salario que ganaba en casa de "Mademoiselle" lo necesitaba en su casa; todo lo que obtenía de otras fuentes lo reservaba para Laura, y sólo muy de tarde en tarde la muchacha gastaba en algo para ella. Aprendía a ser humilde, a amar el trabajo y a agradecer los modestos salarios que ganaba, pensando que se los dedicaba a su hermana; y mientras ocultaba sus pruebas, resistía sus tentaciones y continuaba bravamente con la dura labor que se había impuesto, la bondadosa Providencia, que nos enseña la dulzura de la adversidad, le preparaba una nueva y mejor sorpresa de la que ella podía imaginar. Aquella noche todos estaban muy emocionados, y hacían una gran exhibición de energía mientras las parejas rojas, azules y plateadas realizaban las complicadas figuras, con extraordinario éxito. Las botas de tacón metálico golpeaban el suelo con ritmo perfecto, las capas adornadas de piel ondeaban, y las chaquetas tocadas con trencillas brillaban, mientras el alegre grupo bailaba al son de la bárbara música de una improvisada banda. Jessie miraba con ojos tan anhelantes, que Fanny, que estaba aquejada de un fuerte resfriado, le pidió que ocupase su puesto, ya que el movimiento la hacía toser, y poniéndose en la cabeza una gorra roja y plata, Jessie corrió alegremente a dirigirlos.

La diversión aumentó hacia el final, y luego, cuando el baile terminó, se vio en mitad del salón una vieja zapatilla, completamente destrozada. Estaba en tan mal estado, que nadie se acercó a reclamarla, cuando uno de los muchachos la pinchó con la punta de su espada, exclamando alegremente:

-¿Dónde está Cenicienta? Aquí está su zapato, y es hora ya de que se compre un par nuevo. Ahora ya no se usa el cristal. Todos rieron y buscaron con los ojos el pie descalzo. Las muchachas que tenían los pies pequeños los mostraron prontamente; las que no los tenían los ocultaron en aquel momento, y no se presentó ninguna Cenicienta para reclamar la vieja zapatilla. Jessie se puso tan colorada como su sombrero, y miró implorante a Fanny, mientras se escurría por una puerta de escape, y subía corriendo las

Librodot

escaleras, comprendiendo que pronto se darían cuenta de que era suya, ya que las otras muchachas llevaban botas rojas como parte de su vestido.

Fanny la interpretó; y aunque lenta y torpe de pies, tenía un corazón bondadoso, y quiso ahorrarle a su amiga la mortificación que una muchacha orgullosa no podía por menos de sufrir en aquel momento. La desdichada zapatilla volaba de mano en mano, según los niños se las tiraban unos a los otros, como en un juego de pelota, con el fin de hacer rabiar a las chicas, que se apresuraban a renegar de "aquella cosa horrible".

-¡Por favor, dádmela a mí! -exclamó Fanny, tratando de asirla, y alegre de ver que Jessie se había ido.

-No, tiene que venir Cenicienta a probársela. Aquí está el Príncipe dispuesto a ayudarle -exclamó el muchacho que había hallado la zapatilla.

-Y aquí hay muchas hermosas orgullosas dispuestas a cortarse los dedos de los pies con tal de poder ponerse una zapatilla tan chica -dijo otro joven magiar, muy divertido con aquel juego.

-Escuchadme, que voy a deciros una cosa. La zapatilla pertenece a Jessie Delano, que ha huido al darse cuenta de que la ha perdido. No debéis reíros de ella, porque ha gastado su zapatilla ayudándonos. Todos sabéis lo mal que lo está pasando, pero no sabéis lo valiente y paciente que es, tratando de ayudar a la pobre Laura, y de ganarse la vida. Le pedí que viniera a enseñarme, y le pagaré bien por haberlo hecho, pues de lo contrario no podrá tomar parte en la fiesta. Si vosotros os sentís tan agradecidos como yo hacia ella, y le tenéis igual lástima, podéis demostrarlo del modo que mejor os parezca, pues debe ser horrible ser pobre.

Fanny había hablado de prisa, y sus últimas y temblorosas palabras quedaron ahogadas por un golpe de tos, pues la muchacha estaba un poco asustada de lo que había hecho, siguiendo un impulso sincero, y los generosos corazones juveniles respondieron a él prontamente. La zapatilla vieja le fue devuelta en medio de muchas excusas, y diversas sugestiones pertinentes. Sin embargo, ninguna de ellas fue aceptada entonces, pues Fanny corrió a buscar a Jessie y a darle una oportunidad de que se fuera sin que la viesen. No hubo modo de convencerla para que se quedase a cenar; y cuando al final pudo partir, después que Fanny le hubo dado las gracias, la agradecida joven volvió a sus planes, mientras sus invitados desafiaban sus digestiones con langosta, ensalada, helado y café fuerte.

Sintiéndose más que nunca como una Cenicienta, al salir a la noche invernal, dejando detrás de ella todas aquellas buenas cosas, Jessie permanecía de pie en una esquina, esperando un vehículo, con las viejas zapatillas bajo el brazo, los ojos llenos de lágrimas, y el corazón lleno de resentimiento ante su suerte injusta. Los recuerdos de su cómoda y lujosa existencia anterior, despertados por aquellos ensayos, le hacían doblemente penosa su actual existencia, y por la noche le parecía que no iba a poder continuar así. Deseaba con todo su anhelo juvenil ir a la Kermesse, y nadie la había invitado. Y no podía ir sola, aunque cediese a la tentación de gastar dinero en una entrada. Laura tendría que alquilar un coche, si se aventuraba a ir; por tanto era imposible, pues seis o siete dólares eran una fortuna para aquellas pobres muchachas. El haber sido una de las felices jóvenes, que habían de tomar parte en la Kermesse, el bailar sobre la hierba con un lindo vestido, a la música de una buena orquesta, el ver y disfrutar todas las delicias de aquellas dos noches

Librodot

encantadoras habría llenado de deleite a Jessie. Pero como pedir aquello era igual que pedir la luna, la muchacha trató de consolarse, con la imaginación, mientras regresaba a su casa en medio de una tormenta de nieve, y se dormía a fuerza de llorar, después de hacer a Laura una animada pintura del ensayo, omitiendo la catástrofe.

A la mañana siguiente, al brillar el sol, las esperanzas renacieron, y mientras se vestía, Jessie cantaba para mantener su corazón en paz, esperando que alguien se acordara de ella, antes de que finalizase el día. Al abrir la ventana, las golondrinas la saludaron con sus trinos, y el sol convirtió la hiedra nevada en una red brillante, que como un encaje cubría la sucia pared. Jessie sonrió al verlo, mientras aspiraba profundamente el aire fino, sintiéndose animada por aquellos consuelos familiares; luego, lanzando una valiente mirada al cielo azul, salió a realizar sus quehaceres diarios, sin pensar en las agradables sorpresas, que la aguardaban como recompensa a los pequeños sacrificios, que le estaban enseñando fuerza, paciencia y valor para las pruebas más duras.

Toda la mañana estuvo esperando que llamaran a la puerta, pero no vino nadie; y a las dos en punto se fue a sus clases de baile, diciéndose con un suspiro:

-Todos están tan ocupados que no es de extrañar que me olviden. Leeré los festejos en los diarios y trataré de contentarme con ello.

Aunque no se sentía con ganas de bailar, tuvo mucha paciencia con sus pequeños alumnos, y cuando la lección hubo terminado, y se sentó un momento a descansar, su cabeza estaba llena de las glorias de la Kermesse. De repente "Mademoiselle" se acercó a ella, y en medio de amables palabras, le dio la primera sorpresa agradable al ofrecerle un salario mayor, clases de niños menos pequeños y muchas felicitaciones por su habilidad y fidelidad. Jessie aceptó con agradecimiento, y corrió a su casa para decírselo a Laura, olvidando el cansancio de sus pies y las decepciones que había sufrido.

En su puerta la esperaba una segunda sorpresa, en la persona de la doncella de la señora Fletcher, que le traía una gran caja y una nota de Fanny. Jessie no supo cómo pudo subir las escaleras con aquel enorme paquete, tanta era su prisa por ver lo que contenía la enorme caja. Asustó a su hermana al irrumpir en su habitación, jadeante, ruborosa y llena de alegría, con el misterioso grito de:

-¡Las tijeras, aprisa, las tijeras!

Saltaron cuerdas y papeles, cedió la tapa, y llena de regocijo Jessie vio un traje completo de húngara extendido ante ella. No supo lo que aquello significaba hasta que abrió la nota y leyó:

Querida Jess: Mi resfriado está peor, y el médico no quiere dejarme salir esta noche. ¿No es terrible? Nuestro baile va a estropearse si tú no ocupas mi lugar. Sé que tú nos harás ese favor y pasarás un buen rato a la vez. Todos se alegrarán, pues tú lo haces mucho mejor que yo. Mi traje te sentará bien, si le haces unos pequeños arreglos; y mis botas no te estarán demasiado grandes, ya que, a pesar de ser gorda, tengo los pies pequeños, a Dios gracias. Mamá irá a buscarte a las siete, y luego te dejará en tu casa; y mañana tienes que venir temprano a casa para contármelo todo.

En la cajita hallarás una pequeña prenda de nuestra gratitud, por tu amabilidad al ayudarnos. Tuya. - FANNY.

En cuanto Jessie pudo recobrar aliento y reponerse de aquella encantadora sorpresa, abrió el paquetito atado con cintas. En él había una zapatilla de cristal, al parecer llena de

Librodot

capullos de rosa; pero debajo de las flores había veinticinco brillantes dólares de oro. En un rincón encontró una tarjeta con palabras encaminadas a hacer el ofrecimiento lo más delicado posible, por miedo a ofender a la persona a que estaba dirigido.

Devolvemos a nuestra querida princesa la zapatilla de cristal que perdió en el baile, con todas nuestras gracias y buenos deseos.

Si los amables muchachos que habían enviado el caprichoso obsequio hubiesen visto el modo con que fue recibido, sus dudas se habrían disipado; pues Jessie lloró y rió, mientras relataba la historia, contaba las preciosas monedas, y llenaba de agua la zapatilla para que los capullos se mantuvieran frescos para Laura: Luego, mientras las agujas volaban y se arreglaban los atavíos, las alegres voces resonaban, y las dos hermanas se regocijaban juntamente por aquella deliciosa sorpresa.

-Lo mejor de todo este asunto es que se han acordado de mí cuando más ocupados estaban y han sabido agradecer mis desvelos de este modo tan agradable. Conservaré durante toda mi vida esta zapatilla de cristal, como un recuerdo de que no debemos desesperar nunca; pues cuando todo me parecía más negro, tuve esta inesperada suerte -dijo Jessie mientras saltaba, probándose las botas, pensando en el momento en que bailaría la czarda delante de todo Boston.

La dulce Laura se regocijó con la alegría de su hermana y cosió sin descanso, despidiendo a las siete en punto a su hermana con su más cariñosa sonrisa, sin dejarle sospechar los miedos y las tiernas esperanzas que se ocultaban en su corazón, los anhelos y las decepciones que hacían doblemente tristes y solitarios sus días, y el pobre consuelo que las glorias de la Kermesse le ofrecían por la pérdida de un amigo que había llegado a serle tan querido.

No es preciso decir lo bien que lo pasó Jessie aquella tarde, disfrutando en todo momento, bailando muy bien, y regresando a casa a medianoche, dispuesta a recomenzar de nuevo, de acuerdo al insaciable apetito de la juventud.

Con gran sorpresa suya vio que Laura estaba levantada, y que la esperaba para darle la bienvenida, con un rostro tan alegre, que Jessie adivinó al momento que algo muy bueno le había sucedido también a ella. Sí, el premio de Laura había llegado al fin; y se lo dijo a su hermana en pocas palabras, cuando tendió los brazos hacia ella, exclamando:

-¡Ha vuelto! ¡Me ama y me siento muy feliz! ¡Querida hermana, nuestros pesares han terminado, y ahora vas a tener, un hogar de nuevo!

De esta suerte los sueños se hicieron realidad, como ocurre a veces en este prosaico mundo en que vivimos, cuando los soñadores luchan a la vez que esperan, y reciben el premio de sus esfuerzos.

Laura pasó un descansado verano a orillas del mar, apoyándose en un brazo más fuerte que el de Jessie, y con una medicina más mágica para ayudarla a recuperar su salud de la que podía prescribirle todo médico mortal. Jessie' volvió a bailar alegremente -ya no por un salario, sino por gusto hallando la nueva vida mucho más dulce después de las pruebas pasadas. Durante el otoño se celebró una boda tranquila, antes que tres seres partieran para Italia, el paraíso terrenal de los artistas.

-No quiero rosas -dijo Jessie, que sonreía ante el espejo, mientras se prendía una rama de hojas de hiedra en su nuevo traje blanco, una mañana de octubre-. Permaneceré fiel a mi vieja amiga, pues me ayudó en mis malas épocas, y ahora deseo que se regocije

Librodot

conmigo en las felices, y continúe enseñándome a ascender con valor y paciencia hacia la luz.

PENSAMIENTOS

"Los acompañados por nobles pensamientos, no están solos jamás". - SIR PHILIP SIDNEY.

-He terminado mi libro, y ahora, ¿qué voy a hacer hasta que termine esta aburrida lluvia? -exclamó Carrie, reclinándose en su diván y lanzando un bostezo.

-Toma otro libro mejor; la casa está llena de ellos, y ésta es una rara oportunidad de leer cosas buenas -repuso Alice, levantando los ojos del montón de libros que tenía sobre el regazo, mientras se hallaba sentada en el suelo, junto a una de las estanterías de su nutrida biblioteca.

-Como no soy como tú, un ratón de biblioteca, no puedo leer eternamente, y no debes burlarte de "Wanda"; es muy emocionante -dijo Carrie, volviendo con pena las arrugadas hojas de aquel interminable e imposible relato.

-Debemos leer para mejorar nuestra mente, esa basura es sólo una pérdida de tiempo - comenzó Alice, con tono de advertencia, alzando los ojos de "Romola", que había estado leyendo con la felicidad que proporciona un nuevo encuentro con un viejo amigo.

-No deseo mejorar mi mente, gracias; leo para divertirme durante las vacaciones, y no deseo leer obras morales hasta el otoño. Tengo bastante en la escuela. ¡Esto no es una basura! ¡Está llena de descripciones magníficas!

-Que tú saltas siempre; te he visto hacerlo -acotó Eva, la tercera muchacha, reunida en la biblioteca, cerrando el grueso libro que posaba sobre sus rodillas, comenzando a tejer, como si la charla le hubiese impedido disfrutar de la lectura de "La paloma en el nido de águila"

-Lo hice al principio llevada por mi interés hacia los personajes, pero luego vuelvo atrás y las leo -protestó Carrie-. Eva, a ti te gustan los vestidos lindos y los de Wanda eran encantadores: terciopelo blanco y un hilo de perlas, en una ocasión; terciopelo gris y un cinturón de plata, en la otra; Idalia iba vestida de fino encaje, o llevaba trajes de máscara de tisú de oro, o de seda rosa con adornos de violetas. ¡Qué precocidad!

Ambas muchachas rieron, mientras Carrie seguía enumerando trajes con el placer de una modista francesa.

-Bien, soy pobre y no puedo tener todas las cosas lindas que deseo; por tanto, me resulta delicioso saber que hay mujeres que llevan batones de raso blanco acolchado, y colas de terciopelo verde adornadas con encajes de Manila. Es muy agradable leer la descripción de diamantes grandes como nueces, de ópalos, zafiros, rubíes y perlas, cuando no se ha. tenido nunca la suerte de verlos como realmente son. No creo que las partes amorosas me hagan ningún daño, pues en América no se han visto nunca

semejantes petimetres, ni unas damiselas tan encantadoras; y Ouida se mete con todos, y no aprueba a ninguno, y eso es seguramente moral.

Pero Alice meneó de nuevo la cabeza, cuando Carrie hizo una pausa para tomar aliento, y dijo muy seria:

-Eso es lo malo. Las cosas tontas y falsas se hacen interesantes, y por eso es que lo leemos, no por la moraleja, quizá oculta bajo los terciopelos, las sedas y las finas palabras de tus magníficos personajes. El libro que estoy leyendo describe la antigua Florencia y los seres famosos que realmente vivieron y pintaron en ella, y contiene una moraleja real, y cuando se lee, una se siente mejor y más sabia. Deseo que leas libros que sean realmente buenos.

-¡Odio a George Elliot, tan sabio, moral y aburrido! No pude con Daniel Deronda, aunque "El molino sobre el Floss" no era tan malo -repuso Carrie, bostezando de nuevo al recordar los largos párrafos del judío Mordecai y las meditaciones de Daniel.

-Estoy segura de que éste te gustaría -dijo Eva, acariciando su libro con aire de contento, pues era modesta y llena de buen sentido y de inocentes fantasías-. Me encanta Yonge, con sus familias numerosas y buenas, sus pruebas y su piedad, sus felices hogares, llenos de hermanos y hermanas, de buenos padres y madres. No me canso nunca de "Cadena de margaritas"; la he leído nueve veces por lo menos.

-A mí también me agradaban sus libros, y los estimaba muy convenientes para las jovencitas, como nuestros "Queechy" y "Ancho mundo", y libros semejantes. Ahora que tengo dieciocho años, prefiero novelas más fuertes y libros de grandes autores, porque la gente culta habla siempre de ellos, y cuando el próximo invierno sea presentada en sociedad, quiero saber escuchar con inteligencia y conocer lo que se debe admirar.

-Todo eso está muy bien para ti, Alice; siempre te has dedicado a los libros, y creo que algún día escribirás alguno o serás una. marisabidilla. Pero a mí me queda aún un año por delante y pienso divertirme todo lo que pueda, y dejar los libros sabios para cuando sea presentada en sociedad.

-No deseo ser una presumida Ellen, ni una moral Fleda, y me molesta pensar en el propio mejoramiento a todas horas. Sé que debería hacerlo, pero prefiero aguardar uno o dos años más y gozar en paz de mis vanidades un poco más de tiempo.

Y Carrie metió a "Wanda" debajo de su almohada, como si se avergonzara un poco de su sociedad, al ver que Eva le clavaba sus inocentes ojos y Alice la miraba tristemente desde su muralla de libros serios, que se iba elevando según la muchacha descubría nuevos tesoros en la rica biblioteca.

Luego se hizo un pequeño silencio, roto solamente por el rumor de la lluvia, el crujido del fuego, y el rasguear de una pluma en un extremo de la habitación, oculto tras unas cortinas. Durante el repentino silencio, las muchachas lo oyeron también, y advirtieron de que no estaban solas.

-¡Ha debido oír todo lo que decíamos! -y Carrie se incorporó con la tristeza reflejada en su rostro, mientras hablaba en un murmullo.

Eva rió, pero Alice se alzó de hombros y dijo con calma:

-No me importa. No podía esperar gran cordura en unas colegialas.

Aquél era un pobre consuelo para Carrie, que se percataba de que en aquella ocasión había sido una colegiala bien necia. Por tanto, exhaló una queja y se echó de nuevo,

Librodot

deseando no haber expresado sus opiniones tan francamente y haber leído "Wanda" en la intimidad de su habitación.

Las tres muchachas eran las invitadas de una anciana encantadora, que había conocido a las madres de las chicas, y le agradaba renovar su amistad a través de las hijas. Amaba a la gente joven, y todos los veranos invitaba a grupos de muchachos para que disfrutaran de las delicias de su hermosa casa de campo, donde vivía sola en ese entonces, era viuda sin hijos de un hombre bastante famoso. Hacía amable la estancia de sus invitados, dejándolos en libertad de emplear como quisieran una parte de su día, proporcionándoles a la hora de la comida una compañía espléndida, diversiones durante la noche y una casa grande, llena de cosas curiosas e interesantes, para que las examinasen a su antojo.

La lluvia había estropeado un agradable plan, y su correspondencia hizo que la señora Warburton, abandonara á sus propios recuerdos a las muchachas después del lunch. Habían leído tranquilamente durante varias horas, y su anfitriona, terminaba su última carta en el preciso momento en que llegaba hasta ella aquel fragmento de conversación. La dama escuchó, divertida, hallando muy características las diversas opiniones, que se explicaban fácilmente por la diversidad de los hogares de que procedían las tres amigas.

Alice era hija de un hombre erudito y de una mujer brillante; por tanto, su amor por los libros y su deseo de cultivar su mente era muy natural, pero el peligro en su caso era el descuido de otras cosas igualmente importantes, una lectura demasiado variada, y un conocimiento superficial de muchos autores, mas que la verdadera apreciación de los mejores. Eva era uno de los muchos hijos de un hogar feliz, con un padre ocupado, una madre piadosa, y muchos cuidados y goces domésticos. Sus instintos eran buenos, y lo único que necesitaba era que le mostrasen dónde hallar nuevos y mejores ayudantes para las verdaderas pruebas de la vida, cuando las heroínas infantiles que amaba no -le sirvieran de nada en los años venideros.

Carrie era una de esas muchachas ambiciosas y vulgares, que desean brillar sin conocer la diferencia que existe entre el brillo de una vela que atrae las polillas y la luz serena de una estrella, o el fuego de un hogar en torno al cual a todos nos gusta reunirnos. Las aspiraciones de su madre no eran elevadas, y sus dos lindas hijas sabían que deseaba buscarles buenos maridos, que las educaba con tal fin y que esperaba que ellas cumplieran con su papel una vez llegada la ocasión. La hija mayor se hallaba por entonces en un balneario, en compañía de su madre, y Carrie esperaba que le llegara una carta comunicándole que Mary estaba ya colocada. Durante su estancia en casa de la señora Warburton, la joven había aprendido muchas cosas y comenzaba a apreciar la diferencia entre la vida de allí y la frívola existencia de su hogar, compuesta de apariencias externas y sacrificios internos. En casa de la señora Warburton había gente que se vestía con sencillez, que disfrutaba con la conversación, conservaba sus hábitos buenos, aun de viejos, y eran tan encantadores y activos que la pobre Carrie se sentía vulgar, ignorante y mortificada entre ellos, a pesar de lo bien educados y lo bondadosos que eran. La sociedad que la anciana Warburton reunía en torno de ella era de lo más escogido, entre jóvenes y viejos, pobres y ricos, sabios y simples, pero todos eran sinceros, y se alegraban de dar y de recibir, de disfrutar y descansar, y luego volver a sus quehaceres diarios refrescados por la influencia de aquella benévola anciana, que tan agradable hacía la atmósfera de su casa. Las muchachas pronto comenzarían a vivir, y les

convenía tener una visión de la buena sociedad antes de que salieran del refugio de su hogar, para elegir amigos, placeres y vocaciones, como hacen todas las mujeres, cuando son presentadas en sociedad.

El brusco silencio indicó a la señora Warburton que quizá había escuchado una conversación que no le estaba destinada; Por tanto, dejó a poco sus cartas y se acercó sonriente al grupo reunido en torno al fuego.

-¿Cómo estáis pasando esta aburrida y larga tarde, queridas? Hasta ahora habéis permanecido calladas como ratones. ¿Qué os ha despertado? ¿Una batalla acerca de los libros? Alice parece que ha reunido en torno a ella gran cantidad de municiones, como si se preparase para un asedio.

Las muchachas rieron y se pusieron en pie, pues la señora Warburton era una dama majestuosa, e involuntariamente la gente la trataba con gran respeto, incluso en aquella época descreída.

-Hablábamos de libros -comenzó Carrie, profundamente agradecida de haber ocultado el suyo.

-Y no nos poníamos de acuerdo -añadió Eva, corriendo a tirar del cordón de la campanilla para que el criado viniese a buscar las cartas, pues en su casa estaba acostumbrada a hacer aquellos pequeños trabajos, y le agradaba atender a la señora Warburton.

-Gracias, querida. Ahora vamos a hablar un poco, si estáis cansadas de leer, y me dejáis tomar parte en la discusión. El comparar gustos literarios es siempre un placer, y a mí me agradaba hablar de libros con mis amigas más que hablar de cualquier otra cosa.

Mientras hablaba, la anciana se sentó en una silla, que Alice trajo, hizo que Eva se sentase en un cojín a sus pies, saludando con una inclinación de cabeza a las otras, que se sentaron nuevamente, con expresión de interés, una ante la mesa llena de sus libros favoritos, y la otra recta sobre el diván donde había estado practicando las posturas lánguidas de que hablaban sus lecturas.

-Carrie se reía de mí por desear leer libros buenos para mejorar mi espíritu. ¿Es eso una necedad y una pérdida de tiempo? -preguntó Alice, deseosa de convencer a su amiga, al mismo tiempo que asegurarse aquella poderosa aliada.

-No, querida mía; es un deseo muy sensato, y me agradaría que lo tuviesen más muchachas. Pero no hay que ser ansiosa y leer con exceso. El atiborrarse de lectura es tan malo como el leer novelas ligeras o el no leer nada. Hay que elegir con cuidado, leer con inteligencia y digerir concienzudamente cada libro, haciendo de él, entonces, algo propio -repuso la señora Warburton, que se hallaba en su elemento. pues le agradaba

aconsejar a las jóvenes, como les sucede a la mayoría de las personas de edad.

-¿Y cómo voy a saber lo que debo leer, si no sigo mis gustos? -dijo Carrie, tratando de aparecer inteligente, aunque temía que le aguardase un buen sermón.

-Pide consejo y cultiva tu buen gusto. Siempre he juzgado a la gente por los libros que lee y por la compañía que frecuenta; de manera que debes ser cuidadosa, pues ésta es uña buena prueba. Otra es, seguramente, que lo que no se puede leer en alta voz no es adecuado que se lea. Muchas muchachas, por ignorancia o por curiosidad, toman libros carentes de valor y realmente dañinos, porque debajo de la buena forma y los colores brillantes se esconde la inmoralidad o el falso sentimentalismo, que da ideas erróneas

Librodot

acerca del bien y del mal. Quizá piensan que su gusto no se percibe, pero se equivocan, porque se trasluce en sus modales y modo de proceder. Las actitudes, las miradas negligentes, y un concepto neciamente romántico acerca de determinadas cosas, demuestran claramente que se han mellado los sentimientos puros, y se ha hecho un daño que quizá no pueda repararse.

La señora Warburton mantenía los ojos fijos en el fuego como si éste fuese el objeto de sus reproches, lo cual era un gran alivio para Carrie, que tenía encendidas las mejillas y se agitaba nerviosamente. Pero la conciencia le remordía, y la memoria, traidora, le recordaba pasajes de sus libros favoritos que no habría leído en voz alta, ni aun a aquella benévola anciana, aunque en privado los saboreara. No eran realmente malos, pero sí un alimento dañino para la fantasía juvenil, fácilmente visibles por la excitación y el cansancio que provocaban, en contraposición de la satisfacción y deleite que debe manifestarse luego de haber disfrutado de una fiesta intelectual.

Alice, los codos apoyados sobre la mesa, escuchaba con ojos bien abiertos, y Eva observaba cómo caía la lluvia, con expresión atenta, mientras se preguntaba si habría hecho algo malo.

-También hay otra cosa mala -continuó la anciana, sabedora de que su primer dardo había dado en el blanco y deseosa de ser justa-. Algunas muchachas amantes de los libros adquieren la manía de leer de todo, y se enfrascan en obras por encima de sus capacidades, o tratan de leer a la vez libros muy diferentes. Por tanto se llenan la cabeza de cosas inútiles, en lugar de tener ideas claras y conocimientos verdaderos. Deben aprender a seleccionar y a esperar; pues cada edad tiene su clase de libros adecuada, y lo que es griego para nosotros a los dieciocho años, es lo que necesitamos a los treinta. Se puede adquirir una dispepsia mental, con carne y vino, igual que con helado y pastel, bien lo sabéis.

Alice sonrió y apartó cuatro de los ocho libros que había elegido, temiendo aparentar ansiedad, y le pareciese mejor el esperar.

Eva levantó sus francos ojos, en los que se reflejaba cierta ansiedad, y dijo:

-Ahora me toca a mí. ¿Tengo que renunciar a mis lecturas y comenzar a leer Platon, Rustkin o Kant?

La señora Warburton rió mientras le acariciaba su morena cabecita.

-Todavía no, amor mío, y quizá nunca, pues me parece que no son ésos los maestros que necesitas. Ya que te interesan las historias de las gentes vulgares, busca biografías de hombres y mujeres acerca de los cuales sepas algo. Hallarás sus vidas llenas de experiencias emocionantes, útiles y encantadoras, y al leerlas encontrarás esperanzas para soportar tus pruebas, cuando lleguen. Te convienen las historias reales, que son las mejores, pues en ellas hallarás verdaderas tragedias, comedias verdaderas, y las moralejas derivadas de ellas.

-¡Gracias! Comenzaré inmediatamente, si tiene la amabilidad de darme una lista de esos libros -exclamó Eva, con la suave docilidad de una muchacha que piensa ser todo lo bueno y sensato en una mujer.

-Denos unas listas, y trataremos de mejorar lo más posible. Usted sabe lo que necesitamos, y le agrada ayudar a las jovencitas tontas, pues de lo contrario no habría

sido tan paciente con nosotras -dijo Alice, yéndose a sentar junto a Carrie, esperando prolongar la discusión sobre aquel tema tan interesante para ella.

-Lo haré con mucho gusto; pero leo pocas novelas modernas, y no soy quizá un buen juez. La mayoría de ellas me parecen poco apreciables, y no tengo siquiera el tiempo de hojearlas, como hacen algunos. Me siguen agradando las viejas novelas que leía de niña, aunque posiblemente vosotras os reiríais de ellas. ¿Conocen algunas de ustedes "Tadeo de Varsovia"?

-Yo sí, y la encontré muy divertida; igualmente "Evalina" y "Cecilia". Quise probar con Smollet y Fielding, después de leer algunos ensayos acerca de ellos, pero papá me dijo que debía esperar -repuso Alice.

-Ah, queridas; en mi época, Tadeo era nuestro héroe, y pensábamos que la escena en que él y Beaufort están en el parque era muy emocionante. Dos lechuguinos preguntan a Tadeo dónde tiene las botas, y él responde con gran dignidad: "Donde tengo mi espada, caballeros". Durante largo tiempo retuve la impresión de ese episodio. Tadeo lleva un sombrero lleno de plumas negras, botas de Hess, con borlas, y se inclina sobre Mary, que languidece en su asiento, vestida con un traje de cintura alta, un chal, una cofia, y un gran bolsón, entonces el colmo de la elegancia, pero ahora muy cómico. Luego, William Wallace, en "Jefes de Escocia". ¡Cómo llorábamos con él! Tanto como vosotras ahora con vuestro "Heredero de Clifton", o como se llame. Me figuro qué no habríais podido con él, y en cuanto al prosaico Richardson, sus heroínas os aburrirán de muerte. Imaginad a un amante diciéndole a su amiga: "Ruego a mi ángel que se quede y tome una taza de té. Ella tomó el té y huyó".

-Estoy segura de que eso es más tonto que lo que ha escrito la duquesa con todos sus tés, y sus coqueteos en bailes y prados -gritó Carrie, mientras todas se reían del inmortal Lovelace.

-No he leído nunca a Richardson, pero no creo que sea más aburrido que Henry James; con sus eternas historias, llenas de gentes que hablan mucho y no hacen nada. Me gustan las novelas más antiguas, y disfruto con las de Scott, y Edgeworth,. más que con las de Howells, o cualquiera de los autores modernos y realistas, con sus ascensores y personajes corrientes -dijo Alice, que perdía poco tiempo leyendo libros vanos.

-Me alegro oírte decir eso. Tengo gustos anticuados y prefiero leer acerca de gentes que fueron, pues eso es historia, o como deben ser, ya que nos ayuda en nuestros esfuerzos; no como son, pues eso ya lo sabemos, y somos bastante vulgares para mejorarnos con un concepto de la vida más amplio o mejor, y con hombres superiores a los que podemos obtener, mientras corremos para ganarnos el pan de cada día, o la fortuna, el honor, o cualquier vanidad de ésas. Pero no quiero daros sermones; os aburriréis, y no debo aburrir a mis invitados.

Mientras la señora Warburton hacía una pausa, Carrie, ansiosa de cambiar de tema, dijo, fijando sus ojos en una curiosa joya que ostentaba la dama.

-A mí me gustan también las historias verdaderas, y usted nos prometió contarnos algún día la historia de ese precioso broche. Ésta es la ocasión de hacerlo... ¡Por favor, cuéntenosla!

Librodot

-Con mucho gusto, pues el pequeño idilio es muy a propósito. Se trata de una sencilla historia, bastante triste, pero que tuvo mucha influencia en mi vida, y por eso le tengo tanto cariño a este broche.

Mientras la señora Warburton permanecía un instante en silencio, las muchachas miraron con interés el raro broche, que sujetaba los pliegues del vestido de negra muselina, que tanto favorecía a la anciana, aún hermosa. El adorno tenía la forma de un pensamiento; sus pétalos violeta eran amatistas, los amarillos, topacios, y en medio tenía un diamante que figuraba una gota de rocío. En el tallo de oro estaban grabadas varias letras, y un alfiler protector demostraba la importancia que la dueña daba a aquella joya.

-Mi hermana Lucrecia era bastante mayor que yo, pues entre nosotras había tres muchachos -comenzó la anciana Warburton, con la vista aún fija en el fuego, como si de sus cenizas surgiese el pasado-. Era una muchacha hermosa y superior; y yo sentía adoración por ella. A otros le sucedía lo mismo. A los dieciocho años se comprometió con un hombre encantador que habría sido famoso de haber vivido. Entonces mi hermana era demasiado joven para casarse y Frank Lymann tuvo una buena oportunidad de ejercer su profesión en el sur. Por tanto, se separaron por dos años, y entonces fue cuando él le dio este broche, diciéndole, cuando ella murmuró lo sola que ¡ha a encontrarse sin él, "Este pensamiento es un leal recuerdo mío. Úsalo y no mueras de pena durante nuestra separación. Lee v estudia, escríbeme y recuerda que los que están acompañados de nobles pensamientos no están nunca solos".

-¡Qué lindo! -exclamó Eva, encantada con el prólogo de la historia.

-¡Qué romántico! -añadió Carrie, recordando el "amuleto de ámbar" que uno de sus héroes favoritos usó durante años enteros, y que murió besando, después de haber dado muerte en el desierto a unos cincuenta árabes.

-¿Leyó y estudió? -preguntó Alice, con las mejillas sonrosadas, pues en su corazón virginal nacía un idilio y le agradaba escuchar una historia de amor.

-0s diré lo que hizo, pues fue bastante destacado en una época en que las muchachas poseían escasa instrucción y aprendían como podían. El primer invierno leyó y estudió en casa y escribió mucho a Lymann. Tengo ahora sus cartas, y son muy buenas, aunque a las muchachas de ahora quizá les parezcan anticuadas. Son cartas de amor, curiosas, llenas de consejos, de opiniones acerca de libros, de informes acerca de los progresos respectivos, de modesta gratitud, de planes felices, y de una fidelidad inquebrantable, a pesar de que Lucrecia era muy hermosa .y admirada, y su prometido el favorito de las brillantes mujeres del sur.

"La segunda primavera, Lucrecia, deseosa de no perder tiempo, y con el deseo de sorprender a Lymann, decidió estudiar en Portland con el viejo doctor Gardener. Éste preparaba a los muchachos para el ingreso en la universidad, era amigo de nuestro padre y tenía una hija sabia y prudente. Pasó un feliz verano y estudió con tanto éxito que quiso quedarse también durante el invierno. Aquélla era una rara oportunidad, pues entonces no había universidades para mujeres, y mi hermana deseaba conocer todo para ser digna de su amado. Se preparó para la universidad con los jóvenes que había en casa del doctor Gardener y realizó maravillas; pues el amor había aguzado su ingenio, y el pensar en la reunión con su novio la espoleaba sin desmayo. Lymann era esperado el mes de mayo y la boda se celebraría en junio. ¡Pero desgraciadamente hubo una epidemia de fiebre

Librodot

amarilla y Lymann fue una de sus primeras víctimas! No volvieron a verse, y todo lo que le quedó a Lucrecia fueron sus cartas, sus libros y su pensamiento." La anciana hizo una pausa, para enjugarse las lágrimas, mientras las muchachas guardaban un silencio compasivo.

-Nosotros creímos que aquel brusco cambio de la dicha a la desgracia la mataría. Pero los corazones no se rompen, queridas, si se sabe administrar la fortaleza. Lucrecia lo supo, y después de pasada la primera impresión, halló consuelo en los libros, diciéndose, con resignación: "Debo seguir tratando de hacerme digna de él, y cuando Dios nos reúna, él verá que no lo he olvidado".

"Aquello era mejor que lágrimas y lamentos, y los años subsiguientes, aun cuando murió nuestra madre, fueron hermosos y ocupados, llenos de preocupaciones por nosotros, de interés y de buenas obras, y de esfuerzos para mejorar sus facultades, hasta que se convirtió en una de las mujeres más nobles de nuestra ciudad. Su influencia cundió; toda la gente inteligente la solicitaba, cuando viajaba era bien recibida en todas partes, pues la gente culta tiene su propia organización y se reconoce inmediatamente."

-¿Se casó? -preguntó Carrie, para quien la vida no tenía otra finalidad.

-Jamás. Se consideraba viuda y llevó luto hasta el día de su muerte. Muchos hombres le pidieron su mano, pero ella los rechazó y fue la solterona más encantadora que he visto, alegre y serena hasta el último momento, pues estuvo enferma mucho tiempo y halló solaz en sus amados libros. Incluso cuando no podía leerlos, su memoria le proporcionaba el alimento espiritual, que fortalecía su alma, mientras el cuerpo claudicaba. Era maravilloso oírla repetir los mejores versos, las máximas heroicas y los salmos confortadores, durante las largas noches en que el sueño se negaba a venir, haciendo sus amigos y ayudantes 'de los poetas, filósofos y santos que más conocía y que tanto amaba. De este modo hizo su muerte hermosa, y me enseñó la victoria de un alma inmortal sobre las miserias de la carne.

"Murió en la madrugada de un Domingo de Resurrección, luego de una noche tranquila. Antes me había legado sus cartas, sus libros y la única joya que había usado, repitiéndome, para consolarme, las palabras de su amado. Le leí el Oficio de Difuntos, y cuando terminé, ella me dijo, exhalando un suspiro de perfecta paz: "Cierra el libro, querida, no necesito estudiar más; esperé, y ahora creo que voy a saber", y así murió dichosamente y fue a encontrarse con su amado, después de una paciente espera."

El susurro del viento era la única nota que interrumpía el silencio, hasta que la voz tranquila se escuchó de nuevo, como si le agradase narrar aquella historia, y el pensamiento de ver pronto a su querida hermana quitase la tristeza a sus recuerdos.

-Yo también hallé solaz en los libros, pues me sentí muy sola cuando ella murió; no tenía ya padre, mis hermanos se habían casado y nuestro hogar era muy desolado. Me dediqué a la lectura como pasatiempo favorito; no sentía inclinación hacia el matrimonio, y durante varios años me contenté con mis libros. Pero al tratar de seguir las huellas de Lucrecia, me preparé inconscientemente para el gran honor y la gran dicha de mi vida, y, cosa curiosa, se lo debí a un libro.

La señora Warburton sonrió al tomar de la biblioteca un pesado volumen, y Eva, adivinando un nuevo idilio, dijo:

-¡Cuéntelo! ¡La otra historia era tan triste!

Librodot

-Esta historia comienza felizmente y hay en ella una boda, según las muchachas creen debe haber en todas las historias. Bien, cuando yo tenía treinta y cinco años, un grupo de amigos me invitó a ir con ellos al Canadá, lugar preferido de mi juventud. Había estudiado mucho durante unos años, necesitaba descanso, y me alegré de ir. Como un buen libro para mi excursión, puse este Wordsworth en mi bolsón. Está lleno de lindos pasajes, y lo prefería por ser uno de los libros favoritos de Lucrecia, y regalo de su novio. Lo pasamos muy bien, y cuando nos dirigíamos a Quebec, sucedió mi pequeña aventura. Estaba extasiada ante el gran St. Lawrence, cuando zarpamos de Montreal un hermoso día de verano. No podía leer, sino que me senté en la cubierta superior, regalando mis ojos, y soñando, como hacen incluso las solteronas cuando van de vacaciones. De repente oí un sonido de voces que discutían vivamente, en la cubierta inferior, y al mirar hacia abajo, vi a varios caballeros que charlaban de temas de gran interés en aquel momento.

Yo sabía que iba a bordo un grupo de personas distinguidas, pues el doctor Tracy, el amigo del que fue luego mi esposo, las conocía, y me había señalado a Warburton como uno de los científicos más famosos de entonces. Recordé que años antes, mi hermana y yo lo habíamos admirado por sus propios méritos y porque había conocido a Lymann. Como los demás escuchaban, me pareció que no era una falta de delicadeza que hiciese lo mismo, ya que la conversación era tan elocuente y atractiva. Tanto me interesó, que me olvidé de las grandes almadías que pasaban junto a nuestro buque, de las pintorescas costas, del espléndido río, y me fui inclinado cada vez más, hasta que el libro que tenía en el regazo se escurrió y cayó, dando en la cabeza de uno de los caballeros y haciendo caer al agua su sombrero.

-¿Y qué hizo usted? -preguntaron las muchachas, muy divertidas con aquella catástrofe tan poco romántica.

La señora Warburton entrelazó las manos dramáticamente y sus ojos chispearon, mientras sus mejillas enrojecían al recordar aquel momento emocionante.

-Querida, yo estaba muy mortificada. ¿Qué podía hacer más que esconderme y mirar desde mi escondite el final de aquel torpe accidente? Afortunadamente estaba sola en aquel lado de la cubierta, y ninguna de las damas había visto mi desgracia, y escurriéndome hasta un lejano rincón, oculté el rostro tras un periódico, mientras observaba cómo pescaban el sombrero del caballero, y las risas provocadas por el ataque que Samuel Warburton había recibido indirectamente de parte de William Wordsworth. Mi pobre libro pasó de mano en mano, y se hicieron muchos chistes y comentarios sobre la "hermosa Helena", cuyo nombre estaba escrito en la cubierta que protegía el libro.

"-Conocí a una tal Harper, una hermosa mujer, que no se llamaba Helena y que ha muerto ya... ¡Dios la tenga en su gloria -oí decir a Warburton, mientras sacudía su sombrero de paja con el fin de secarlo, y se frotaba la cabeza, que afortunadamente estaba cubierta de un espeso cabello gris.

"Sentía grandes deseos de bajar y decirle quién era yo, pero no tuve valor para enfrentarme con aquellos hombres. Estaba muy avergonzada; por tanto, aguardé un momento en que estuviese solo para reclamar mi libro, ya que sabía que no íbamos a desembarcar hasta la noche y no corría riesgo de perderlo. "-Generalmente las mujeres no leen esta clase de libros. Debe tratarse de alguna literata. Más vale que abra bien los ojos,

Librodot

Warburton; la conocerá por el color de las medias cuando baje a comer -oí decir a un anciano, en un tono burlón que me hizo enrojecer.

"-La conoceré por su rostro inteligente y por su amena conversación, si es que este libro pertenece a una dama. Para mí será un honor y un placer conocer a una mujer que ,lee a Wordsworth, pues en mi opinión es uno de los mejores poetas -repuso Warburton, guardándose el libro con un aspecto y un tono tan respetuoso que fueron muy gran consuelo para mí.

"Yo esperaba que examinara el libro, pues los nombres de Lucrecia y de Lymann figuraban en la solapa, y aquélla habría sido una deliciosa presentación para mí. Por tanto, no dije palabra y aguardé mi oportunidad, sintiéndome muy tonta, cuando bajamos al comedor y vi que los caballeros miraban a las damas que se sentaban a mi lado. Los ojos de Warburton se posaron un momento en mí, y en la señora Tracy. Me ruboricé como una colegiala, pues Samuel tenía muy lindos ojos, y recordé las bromas del anciano caballero, acerca de las medias. Yo las llevaba blancas como la nieve, pues tenía un lindo pie, y me agradaba llevar buenas medias y buenos zapatos. Ahora me ocurre lo mismo, como veréis."

Y aquí la anciana descubrió sus extremidades, cubiertas por finas medias de seda y buenos zapatos, con el sencillo orgullo que siente toda mujer, a cualquier edad, al indicar una de sus mejores pertenencias. Las muchachas lanzaron un murmullo de admiración, y ajustando decorosamente los pliegues de su vestido, la anciana siguió narrando el episodio más romántico de su tranquila vida.

-Me retiré a mi cuarto después de la comida, y cuando salí a la tarde, mi primera mirada me dijo que la ocasión había llegado, pues Warburton, con el libro en la mano, hablaba con la señora Tracy. Vacilé un instante, pues era muy tímida a pesar de mi edad, y realmente no era fácil pedir excusas a un caballero desconocido por tirarle un libro en la cabeza y estropearle su sombrero. Ya sabéis la importancia que dan los hombres a sus sombreros. Sin embargo, él me evitó toda turbación, pues al verme se acercó a mí, diciéndome con el tono más cordial, mientras me mostraba los nombres escritos en la guarda del libro:

"-Estoy seguro de que no necesitamos más presentación que los nombres de estos dos queridos amigos. Estoy muy contento de ver que Helena Harper es la niñita que conocí en casa de su padre y de tener un medio de renovar nuestra amistad.

"Aquello hizo todo fácil y agradable, y cuando le hube presentado mis excusas y él me aseguró, entre risas, que consideraba un honor el recibir el ataque de tan grande hombre, comenzamos a hablar de los tiempos pasados y a dejar de considerarnos como extraños. Él tenía veinte años más que yo, pero era apuesto y muy interesante, como todos sabemos. Había perdido a su esposa años atrás, y vivía dedicado a la ciencia sin que ello le hubiese hecho seco, frío o egoísta. Tenía el corazón muy joven, y disfrutaba de sus vacaciones como un escolar. A mí me sucedía lo mismo, y jamás soñé que diese mejores frutos una amistad fundada en nuestro amor por aquellos que habían muerto. ;Dios mío, las consecuencias inesperadas que tiene la vida! ¡Lo que cambió la mía el libro aquel! Bien, después `de la presentación, nuestra primera y larga conversación fue seguida de otras, igualmente encantadoras, durante las tres semanas que estuvimos juntos, pues

Librodot

hacíamos el mismo viaje, y el doctor Tracy se congratuló de volver a ver a su antiguo amigo.

"No necesito deciros lo delicioso que era para mí aquella sociedad, ni los sorprendida que quedé cuando, el día anterior a nuestra separación, Warburton, que había respondido a muchas de mis preguntas durante aquellas largas charlas nuestras, me hizo una que me halagó y pude responderla de acuerdo con sus deseos. Me hizo un gran honor con ello y me dio una gran felicidad. Temí no ser digna de ella, pero traté de serlo, y sentí una gran emoción pensando que una parte al menos la debía a mi querida Lucrecia; pues mis esfuerzos para imitarla me hicieron estar en condiciones de ser esposa de un hombre sabio y tuve como premio treinta años de amable compañía". Mientras hablaba, la anciana inclinó la cabeza ante el retrato de un venerable anciano que colgaba sobre la repisa de la chimenea.

La anciana tenía una exquisita expresión de ternura femenina y de orgullo conyugal al olvidar sus méritos y sentir sólo humildad y gratitud hacia aquel hombre, que había hallado en ella una camarada para sus fines intelectuales, una ayuda en el hogar y un amable apoyo para sus años de vejez.

Las muchachas la miraban con ojos en los cuales había algo más dulce que una mera curiosidad, y en sus corazones juveniles se percataban de lo precioso y memorable que debía ser aquel recuerdo, lo sincero y bello de aquel matrimonio y los frutos de la sabiduría cuando va de la mano con el amor.

Alice fue la que habló primero, diciendo, mientras tocaba con un respeto nuevo la gastada cubierta de aquel libró.

-Gracias, muchas gracias. Quizá no debería haberlo sacado del rincón donde estaba. Yo quería hallar en él las estrofas que el señor Thornton citó anoche.

-Puedes hacerlo cuando quieras, querida, pues sabes cómo tratar los libros. Sí, los que están en ese lugar son mis reliquias. Ahí están desde el libro de himnos que usaba de niña y la Biblia de mi tatarabuela, pues de vez en cuando, mientras estoy sentada mirando hacia el crepúsculo, como Lydia María Child llama a nuestros últimos días, pierdo mi interés en otros libros y busco el consuelo de éstos. Al final, como al principio de la vida, somos niños, y amamos las canciones que nuestras madres solían cantarnos, y hallamos nuestro verdadero Libro, nuestro mejor maestro, según. vamos acercándonos a Dios.

Cuando la voz reverente hizo una pausa, un rayo de sol se abrió paso entre las nubes e iluminó la faz serena, que se volvió para saludar al heraldo de una hermosa puesta de sol.

-La lluvia ha terminado; éste es el momento dé dar un paseo por el jardín antes de la hora de cenar, jovencitas. Tengo que ir a mudarme de cofia, pues las literatas no deben olvidar su buen aspecto a pesar de su edad y de ocuparse del manejo de su casa.

Y haciendo una inclinación de cabeza, la señora Warburton las dejó, preguntándose cuál sería el efecto de su conversación sobre los mentes juveniles de sus invitadas.

Alice salió del jardín, pensando en Lucrecia y en su amado, mientras recogía flores. Eva se llevó a su cuarto la vida de Mary Somerville, y leyó durante media hora, pues no quería perder tiempo en sus estudios, y Carrie arrojó a Wanda y sus galas a la, chimenea, decidida a llevarse una obra de Tennyson en su próximo viaje a Nahant, en caso de que se ofreciese como blanco la cabeza de un hombre famoso. Ya que un buen matrimonio era

el fin de la vida, ¿por qué no seguir el ejemplo de la señora Warburton, y hacer uno realmente excelente?

Cuando se reunieron a la hora de la cena, la anciana se alegró al ver un ramillete de frescos pensamientos en los pechos de las tres muchachas y al oír que Alicia le murmuraba, con los ojos llenos de agradecimiento.

-Llevamos su flor, para demostrarle que no olvidamos la lección que ha tenido la amabilidad de brindarnos, fortaleciéndonos con "nobles pensamientos" como usted y su hermana hicieron.

LIRIOS ACUÁTICOS

UN grupo de gente, jóvenes y viejos, se hallaba sentado en la plaza de un hotel playero, un sábado por la mañana, discutiendo planes para el día, mientras aguardaban el correo.

-Hola, aquí viene Christie Johnstone -exclamó uno de los jóvenes que se hallaba sentado sobre la baranda y envenenaba el aire puro con el maligno perfume de un cigarrillo.

-Sí, con Flucker, el chico malo, detrás de ella -añadió otro riendo, mientras se volvía para mirar.

Los dos recién llegados se parecían ciertamente a la pintoresca pareja de Charles Reade, y todos los miraron con perezoso interés, según se iban acercando. Una robusta y alta muchacha de diecisiete años, de cabellos y ojos negros, mejillas sonrosadas y movimientos vigorosos, venía por el rocoso sendero de la playa, con un cesto de langostas en un brazo, un cesto de pescados en otro y una bandeja de mimbre llena de lirios acuáticos en la cabeza. El rojo y el plateado de los pescados contrastaba agradablemente con el azul oscuro de su traje tosco, y las flores formaban adecuado remate para la cabeza de la pescadora. Un fuerte muchacho, de unos doce años, venía detrás de ella, con un par de enormes botas de hule, un viejo sombrero de paja y un cesto en cada brazo.

La muchacha pasó directamente, sin volver los ojos hacia el grupo de la plaza y desapareció por una esquina, aunque era evidente que había oído las risas, ya que el color de sus mejillas se hizo más visible y su paso más rápido. El muchacho, sin embargo, miró a su vez al grupo, respondiendo a las sonrisas con otra tan cordial que el joven que fumaba gritó:

-¡Buenos días patrón! ¿De dónde vienes?

-De la isla de allá -repuso el muchacho, indicando el lugar con el dedo.

-Tú eres el torrero del faro, ¿no es verdad?

-No, yo y mi abuelo somos pescadores.

-Tú te llamas Flucker Johnstone y tu hermana es Christie, ¿verdad? -añadió el joven, divertido con las risas de las muchachas que había a su alrededor.

Librodot

-Yo me llamo Sammy Bowen y ella Ruth.

-¿Entonces tendréis allí un Booz para ella, verdad?

-No, tenemos un pulpo, que es una verdadera ganga. Aquella réplica inesperada ocasionó risas entre los caballeros, mientras el muchacho sonreía bonachonamente, sin darse la menor cuenta del chiste. La linda Ellery, a quien habían dicho que tenía una risa encantadora, rió suavemente, mientras se inclinaba para preguntar:

-¿Llevas lirios en los cestos? Yo querría comprar algunos, si es que se venden.

-Mi hermana los traerá cuando haya vendido las langostas. Yo no tengo; esto es cebo para las langostas.

Y como si le recordasen los negocios los gritos de varios muchachos que le habían visto, Sammy levó anclas bruscamente y corrió viento en popa hacia la cuadra.

-Son muy divertidos estos indígenas. Parece que son los dueños de esto y tan estúpidos como su pescado -dijo el joven vestido con blanco traje de yate, arrojando su cigarrillo.

-No estoy de acuerdo contigo, Fred. He conocido gente de esta clase durante toda mi vida, y nunca he visto seres tan honrados e independientes; son bravos como leones y tiernos como mujeres a pesar de sus modales rudos -repuso el otro joven que iba vestido de franela azul y llevaba una franja dorada en su gorra.

-Los soldados y los marinos siempre se defienden; por tanto, usted ve. el mejor lado de esta gente, capitán. Las muchachas suelen ser muy lindas, pero su belleza no dura gran cosa.

-Lo mismo sucedería a las otras mujeres si llevasen su vida de sobresaltos y penalidades. Nadie sabe lo que es eso hasta que lo prueba, y la fe y el valor que se necesita para mantenerse joven y feliz cuando los seres amados están en alta mar -dijo una dama tranquila y de cabello, gris, mientras colocaba la mano sobre la rodilla del muchacho vestido de azul, con una mirada que le hizo sonreír afectuosamente, y poner sobre la de ella su morena mano.

-No me extrañaría que Ben Bowen estuviese enfermo, ya que es la muchacha quien trae el pescado. Es un buen anciano. He estando pescando muchas veces en su compañía; tengo que preguntar por él -dijo un anciano caballero que se paseaba impaciente, aguardando los periódicos de la mañana.

-Podíamos ir a la isla a comer pescado a la luz de la luna. He estado allí durante varios años, pero solía ser muy divertido, y creo que ahora también podremos hacerlo -sugirió Ellery, volviendo a reír.

-¡Ya lo creo! Pregúntenle a Christie cuando venga -dijo Fred el jovenzuelo, descruzando sus lánguidas piernas, como si aquella perspectiva le diese un poco de vida.

-Claro está que les pagaremos por las molestias que les ocasionemos; esta gente hace todo por dinero -comenzó Ellery; pero el capitán John, como llamaban al marino, extendió la mano en señal de advertencia.

-Silencio, aquí viene -dijo al ver asomar por una esquina el viejo sombrero de Ruth.

La muchacha se detuvo un momento para dejar sus cestas vacías, se sacudió las faldas y arregló una negra trenza que se le había caído. Luego, con el aire de quien va a hacer una cosa desagradable, todo lo rápidamente posible, subió los escalones, mostró la cesta y preguntó con su voz clara.

-¿Quiere alguna de estas señoras lirios frescos? Valen diez centavos cada manojo.

Librodot

Un murmullo de las señoras expresó su admiración ante las lindas flores, y los caballeros se adelantaron a comprar los lirios y a ofrecérselos galantemente. Los ojos de Ruth brillaron cuando el dinero le cayó en la mano, y varias voces le rogaron que trajese más flores mientras durasen.

-Ignoraba que estas preciosidades crecían en agua salada -dijo Ellery mirando con cariño el ramo que Fred le había ofrecido.

-No crecen. En nuestra isla hay un pequeño estanque de agua dulce y crecen allí. Es el único lugar en muchas millas a la redonda -y Ruth miró a la delicada joven vestida de blanco y con un sombrero de muselina, con una mirada en la cual se mezclaba la admiración por su belleza y la lástima ante su ignorancia.

-¡Qué tonta soy! -rió Ellery, ocultando el rostro detrás de su sombrilla roja.

-Pregúntale acerca del pescado frito murmuró Fred, metiendo la cabeza detrás del rojo biombo, para asegurar a la linda muchacha que él tampoco lo sabía.

¡Sí, lo haré! -y ya consolada Ellery, gritó-: Muchacha, ¿quieres decirnos si podíamos ir a comer pescado a tu isla, como solíamos hacer años antes?

-Si traen ustedes el pescado, sí. Mi abuelo está enfermo y no podrá proporcionárselo.

-Lo traeremos, pero tú lo prepararás: ése es un trabajo horrible.

-Cualquier persona puede freír pescado. Pero lo haré, si lo desean -dijo Ruth sonriendo ante la idea del horror de la muchacha por la sartén y la preparación del pescado, cuando después de frito lo comía con tanto gusto como el mejor.

-Perfectamente. Te tomaremos de cocinera e iremos esta noche si nuestra pesca es buena, y hay luna. No te olvides de traer una docena de lirios mañana para esta señorita; te pagaré ahora por si no estoy levantado.

Fred arrojó un dólar de plata a la cesta, con un aire protector como si quisiera dar a aquella independiente muchacha el sentido de su inferioridad.

Ruth, tranquilamente, tiró la moneda sobre la alfombrilla de la puerta, y dijo con una súbita chispa en sus ojos negros: -No sé si podré traer más. Más vale que aguarde a que lo haga.

Siento mucho que tu abuelo esté enfermo. Iré a verlo de vez en cuando y le llevaré periódicos, si los quiere -dijo el anciano caballero, que se acercó con rostro amable y genuino interés.

-Muchas gracias, señor. Mi abuelo está ahora muy débil -y Ruth se volvió sonriente para saludar al buen señor Wallace, que no se había olvidado del anciano.

-Christie tiene un carácter muy vivo y no sabe cómo tratar a un individuo cuando quiere hacerle un favor -gruñó Fred, guardándose su dólar con aire disgustado.

-Al parecer sabe tratar a los caballeros cuando le ofrecen un favor -dijo el marino, con los ojos brillantes por la alegría que le producía el desagrado del otro.

-Las muchachas de su clase siempre se dan aires, cuando son un poco lindas, ¡es absurdo! -dijo Ellery, subiéndose los guantes mientras miraba los morenos brazos de la pescadora.

-Las muchachas de todas clases quieren ser tratadas con respeto. La modestia con traje de lino es tan buena como la vestida de muselina, y más de admirar aún, de acuerdo a mi anticuada manera de pensar -dijo la dama del cabello gris.

Librodot

-¡Escuchad, escuchad! -murmuró su sobrino el marino, haciendo un ademán de aprobación.

Era evidente que Ruth también había oído, mientras se volvía para marcharse, pues con gesto rápido se quitó tres grandes lirios de su sombrero y los puso en el regazo de la dama, diciendo, con una mirada de agradecimiento:

-Gracias, señora.

Había visto que la señorita Scott entregaba su ramo a una tímida gobernanta, que había quedado olvidada, y aquello era lo único que podía ofrecer como pago de la amabilidad, tan dulce para las muchachas pobres, cuyo orgullo sensible con frecuencia se siente herido por insignificancias parecidas.

Se iba sin sus cestas, cuando el capitán John saltó por la barandilla y corrió detrás de ella, llevándoselas. Al acercarse, se llevó la mano a la gorra, y Ruth le dio las gracias con una sonrisa tan amable como la que había dirigido al anciano caballero; pues su respetuoso "señorita Bowen" le agradó mucho después del rudo "muchacha" y de la moneda arrojada como si se tratase de una mendiga. Al volver, el correo había llegado y todos se dispersaron al momento: Fred a gastar su dólar en más cigarrillos y el capitán John a poner cuidadosamente en su solapa el lirio acuático que su tía Mary le había dado, antes de que los dos jóvenes fuesen a jugar al tenis como si su pan dependiese de ello.

Como todo indicaba una noche de luna, el grupo compuesto por media docena de jóvenes, con el señor Wallace y la señorita Scott, se dirigieron a la isla a eso del anochecer. Habían tenido una pesca abundante, y pensaban cenar sobre las rocas. Allí hallaron a Sammy, con una camisa azul limpia, y un sombrero menos pintoresco, dispuesto a hacer los honores de la isla y sonriente mientras salía al encuentro de los botes.

-El fuego está listo y Ruth se ocupa partiendo las -patatas. Espero que el pescado esté limpio -añadió, poniendo un gesto de profunda ansiedad; pues aquella tarea le correspondería a él, de no estar hecha, y el pensamiento desolaba su alma juvenil.

-¡Todo listo, Sam! Ayúdanos a llevar estas cestas y vamos al faro; las damas quieren verlo antes que nada -repuso el capitán John, mientras arrojaba un pastelillo a la boca de Sammy, con una sonrisa que hizo que el muchacho no se apartase de él en toda la noche.

Los jóvenes se dispersaron sobre las rocas, apresurándose a visitar los puntos interesantes antes de que oscureciese. Subieron a la torre del faro y visitaron a Tía Nabby y al abuelo, en su vieja casita, donde la mujer les prestó una enorme cafetera, y les prometió que Ruth les prepararía el pescado á las ocho en punto. Luego fueron a ver el estanque donde crecían los lirios acuáticos.

-¡Qué curioso que eso se halle en medio del mar! -dijo una de las muchachas, que miraba el estanque, mientras la marca batía contra las rocas.

-No más curioso que el que una cosa tan hermosa y pura como estos blancos lirios, crezcan en el fango del fondo del estanque. Los lirios amarillos y feos no están tan fuera de lugar; pero nadie los quiere y huelen muy mal -añadió otra muchacha con tono reflexivo.

-El instinto hace que los lirios blancos suban directamente hacia el aire y el sol, y su fuerte tallo los une a la tierra del fondo, bebiendo a través de ellos las substancias nutritivas, que los hacen tan hermosos y los mantienen inmaculados, si no los estropean

Librodot

las babosas, las moscas o los muchachos -añadió la señorita Scott, mientras observaba cómo Fred trataba de alcanzar con su bastón un lirio semicerrado.

-Los muy traviesos se han cerrado y no quieren ofrecerme su linda vista; me siento decepcionada -suspiró Ellery, mirando con disgusto los capullos verdes, pues pensaba llevarlos en el cabello cuando hiciese de Ondina.

-Hay que venir por la mañana temprano para verlos en todo su esplendor. He leído en alguna parte que cuando el sol los hiere, se abren rápidamente y ofrecen un espectáculo precioso: Procuraré venir aquí un día, a tiempo para contemplarlo -dijo la señorita Scott.

-¡Qué románticas son las solteronas! -murmuró una muchacha dirigiéndose a otra.

-También lo son las jóvenes; escucha lo que dice Floss Ellery -repuso la otra, y ambas rieron al escuchar las palabras que siguieron.

-Todas las flores se abren y muestran su corazón cuando el sol las calienta en el momento adecuado.

-Me agradaría que ocurriese lo mismo con las flores humanas -murmuró Fred, y luego, como si su observación le hubiese asombrado un poco, añadió de prisa-: voy a alcanzarte ese lirio y a hacer que se abra para ti.

Fiando en un viejo madero que flotaba en el estanque, se acercó a un extremo, y se inclinó para alcanzar la flor semicerrada; pero aquel sol, excesivamente ardiente, no logró que se abriese, pues el joven se escurrió, y se hundió hasta la rodilla en fango.

-¡Salvadle, salvadle! -gritó Ellery, asiendo el brazo del capitán John, que reía como un niño, mientras los otros muchachos gritaban y las chicas reían, viendo cómo el pobre Fred ganaba la orilla con los blancos pantalones manchados.

¿Qué diablos voy a hacer? -preguntó en tono desesperado, cuando todos se acercaron para compadecerlo, a pesar de sus risas.

-Súbete los pantalones y pídele prestadas unas botas a Sam. La anciana te secará los zapatos y los calcetines, mientras cenas, y estarán listos para el regreso -sugirió el capitán John, que, acostumbrado a aquellas cosas, no les daba importancia.

La palabra "cena" hizo que un joven materialista olfatease anunciando que olía "algo muy bueno";.y todos se trasladaron inmediatamente al lugar destinado a la merienda, como los pollitos que corren al granero a la hora de comer. Fred desapareció en la casita, y el resto se reunió en torno a la fogata, mientras Ruth comenzaba su labor. La muchacha llevaba un enorme delantal, un pañuelo rojo a la cabeza, y estaba tan absorta en su trabajo que apenas hizo una inclinación de cabeza y sonrió cuando los recién venidos la saludaron con diversos grados de cortesía.

-Parece una linda gitana con ese rostro moreno y ese pañuelo rojo. Me agradaría poder pintarla -dijo la señorita Scott, que a pesar de sus cabellos grises tenía el corazón joven.

-Yo también. Pero podemos recordarla. A mí me gusta ver trabajar con voluntad a las muchachas, incluso cuando fríen pescado. La mayoría de ellas hacen lentamente lo poco que intentan. ¡Aquí tienen un ejemplo de energía! -y el capitán John se inclinó para contemplar a Ruth, que en aquel momento quitó la cafetera que iba a desbordar, mientras con la otra mano evitó que la sartén volcase sobre las brasas.

-Es una muchacha muy simpática, y tengo mucho interés por ella. El señor Wallace les contará su historia en alguna ocasión, si les interesa saberla. Conoce al abuelo de Ruth hace mucho tiempo.

-No olvides de recordárselo, tía. Me agrada oír historias después de comer.

Y el capitán John se fue a llevar el primer plato de pescado frito a la anciana, que había hecho las veces de madre con él durante muchos años.

La cena resultó alegre, y antes de que hubiese terminado, la luna estaba alta; pues todo "estaba tan rico", que los apetitos juveniles, agudizados por el aire del mar, eran difíciles de satisfacer. Cuando hubo desaparecido el último pedazo de pescado frito y no quedaron más que los restos y caparazones de ostras, el grupo se reunió en unas rocas, lejos del calor del fuego, y descansó durante un breve período, para recobrarse de los excesos del festín, pues como los héroes de la antigua fábula, "habían comido copiosamente durante una hora".

Fred, con sus enormes botas, era el blanco de las burlas, y por tanto se hallaba un poco intimidado. Pero Ellery lo consolaba, y el mucho alimento lo sostuvo hasta que se hubieron secado sus zapatos. Ruth se quedó para ordenarlo todo y Sammy para terminar con el pastel, pues no podía soportar que se desperdiciase algo tan bueno. Por tanto, cuando alguien propuso que se narrasen historias hasta que llegase la hora de marchar, todos rogaron al señor Wallace que comenzase.

-Es una cosa acerca de esta isla, pero que quizá les agrade oír ahora mismo -dijo el amable anciano, poniéndose una pañuelo sobre la calva, por miedo del frío, y mirando los rostros atentos que había en torno de él.

-Hace unos veinte años, hubo un naufragio en estas grandes rocas; ya habéis oído hablar de ello, de modo que sólo añadiré que un bravo marinero, natural del Port, fue nadando con una cuerda y salvó a una docena de personas, entre hombres y mujeres. Lo llamaré Sam. Bien, una de las mujeres era una aya inglesa, y cuando la dama a cuyo servicio estaba prosiguió su camino, después del naufragio, aquella linda muchacha (que, debo agregar, quedó gravemente herida, al tratar' de salvar a la niña de quien estaba encargada) quedó detrás para restablecerse, y...

-Casó con el bravo marinero, claro está... -dijo una de las muchachas.

-¡Exactamente! Y fueron muy dichosos. Ella no tenía familia que la necesitase; su padre era un pastor, y ella era de buena cuna, pero Sam era un buen hombre que se ganaba la, vida honradamente, pescando como hacen la mayoría de los hombres de aquí. Bien, fueron muy felices, tuvieron dos hijos, y estaban haciendo ahorros cuando Sam y sus dos hermanos perecieron en una de las grandes tormentas que hacen viudas y huérfanos por docenas. La mujer murió de pena; pero el padre de Sam, que era torrero del faro, se quedó con los niños y los mantuvo durante diez años. El niño era muy pequeño; la niña, una linda criatura, hermosa como su madre y valiente como su padre, tenía mucho de señoril, aunque no todos se daban cuenta de ello.

-¡Jem! -exclamó la muchacha aguda, que comenzaba a comprender el sentido de la historia, pero no quería estropear el efecto, pues los demás no parecían advertirlo aunque la señorita Scott sonreía y el capitán John miraba fijamente al anciano caballero.

-¿Tienes una mosca en la garganta? -le preguntó una vecina, pero Kate rió y pidió perdón por haber interrumpido. -No hay mucho más; sólo que el asunto aquel era muy romántico y la gente no podía menos de preguntarse qué iba a ser de los muchachos. Parecían condenados a morir en una tempestad, pues durante la terrible tormenta que tuvimos hace dos años, el torrero del faro tuvo una caída sobre las rocas heladas, y si no

Librodot

hubiera sido por la muchacha, la luz del faro se habría apagado y muchos barcos se habrían estrellado en esta peligrosa punta. El compañero del torrero había ido a la costa y no volvería hasta dentro de dos días, pues la galerna era muy fuerte; pero sabía que Ben se las arreglaría sin él, pues tenía de visita en su casa a la muchacha y a su hermana. Durante el invierno vivían en casa de un amigo e iban a la escuela de Port. Todo habría salido bien si Ben no se hubiera roto las costillas. Pero era un marino valiente, y dijo a la muchacha lo que tenía que hacer mientras a él le cuidaba el muchacho. Durante das días y dos noches, la valiente muchacha vivió en la torre, que con frecuencia temblaba como si fuera a venirse abajo, mientras la helada nublaba la luz del farol, y las aves marinas caían muertas al darse contra los muros. Pero la luz seguía brillando, y la gente se decía: "Todo va bien", mientras los buques maniobraban a tiempo, pues la luz les advertía del peligro, y los agradecidos marinos bendecían a las manos que mantenían encendida aquella luz.

-Espero que recibiría su premio -dijo una voz anhelante, cuando el anciano interrumpió su historia para cobrar aliento. -Sólo he cumplido con mi deber, y esto es pago bastante -dijo la muchacha, cuando algunos ricos de Port supieron lo ocurrido y le enviaron dinero. Sin embargo, la muchacha aceptó el dinero, porque Ben tuvo que dejar su puesto, pues no se hallaba en condiciones de atenderlo. Ahora se gana la vida pescando y ahorra su pensión, que destina a los muchachos, Sabe

que va vivir poco, y entonces ellos tendrán que arreglárselas solos, pues aquí no tienen parientes, y la muchacha es demasiado orgullosa para ir en busca de los olvidadizos familiares de Inglaterra, si es que tiene algunos. Pero no temo por ella; una muchacha tan valiente se abre camino en cualquier parte.

-¿Es eso todo? -preguntaron varias voces, mientras el señor Wallace se reclinaba en su asiento y se abanicaba con el sombrero.

-Esa es la primera y la segunda parte; la tercera no ha llegado aún. Cuando la conozca, os la contaré; quizá el verano próximo, cuando estemos reunidos de nuevo.

-Luego, ¿usted conoce a la muchacha? ¿Qué hace ahora? -preguntó Ellery que había perdido gran parte de la historia pues estaba en un rincón sombrío en compañía del pensativo Fred.

-Todos la conocemos. En este momento está lavando la cafetera -y el señor Wallace señaló a una figura que sacudía enérgicamente un objeto de metal que resplandecía a la luz de la luna.

-¿Ruth? ¿De veras? ¡Qué romántico y qué interesante! -exclamó Ellery, que como todas las muchachas de su edad gozaba con aquella clase de historias.

-Hay una gran cantidad de mudo romance en la vida de estos trabajadores del mar, y estoy seguro de que esta buena muchacha hallará un premio por sus preocupaciones acerca del anciano y del muchacho. Ha significado un sacrificio para ella, pues he descubierto que desea tener educación, y podría obtenerla si dejase este pobre lugar y viviera para ella; pero no consiente hacerlo, y trabaja duramente para cuidar de su abuelo, en lugar de comprar los libros que anhela. Creo, muchachas, que hay un real heroísmo en vender con alegría lirios y pescado frito, cuando se tienen condiciones para estudiar y gozar de la juventud que se tiene una vez -dijo el señor Wallace.

-¡Sí, es muy digno de encomio! Deberíamos hacer una contribución en favor de ella cuando lleguemos a casa. Yo la encabezaré con mucho gusto y daré cuanto pueda, pues

Librodot

debe ser horrible ser ignorante a esa edad. ¡Diría que la pobre muchacha no sabe siquiera leer! -y Ellery entrelazó las manos exhalando un suspiro de piedad.

-Ahora hay pocas muchachas que sepan leer de manera que se las pueda oír -murmuró la señorita Scott.

-No debéis dejar que la afrenten con su dinero; os lo arrojará en la cara, como hizo con el dólar. Tú, tía, te ocuparás del asunto, con tu peculiar delicadeza -murmuró el capitán al oído de su tía.

-No desperdicie su lástima, señorita Florence. Ruth sabe leer un periódico mejor que todas las mujeres que conozco. La he oído cuando entretenía al anciano, leyendo perfectamente las noticias financieras, políticas y marítimas. Yo no la ofendería ofreciéndole dinero, aunque su intención ha sido buena. Esta gente es orgullosa y le gusta ganarse la vida; yo los respeto por ello -añadió el señor Wallace.

-¡Dios mío! Yo no habría creído tan orgullosos a los pescadores de este lugarejo -observó Fred, poniendo sus piernas en la sombra, pues la luz de la luna comenzaba a iluminar las odiosas botas.

-¿Por qué no? Creo que esta gente, independiente, brava y honesta, tiene más motivos de orgullo que muchos que no ganan un centavo y viven del dinero que sus padres hicieron con las carnes de cerdo, el ron o cualquier otro negocio desagradable -dijo el capitán John con ojos brillantes, pues había tenido en la punta de la lengua la palabra "encurtidos", y no la dijo al advertir un gesto de su tía. Una chica rió y Fred agitóse, pues todos sabían que su respetable abuelo, a quien él nunca mencionaba, había hecho su fortuna con una fábrica de encurtidos.

-Todos hemos salido del barro en cierto sentido, y podemos ser flores si elegimos, antes de volver atrás, después de florecer, fecundar nuestras semillas en el fondo del agua de donde partimos -dijo la voz refinada de la señorita Scott, que tenía un suave acento después de las voces masculinas.

-¡Me gusta esa idea! Gracias, tía Mary, por darme esa linda idea que añadir a mi amor por los lirios acuáticos. La recordaré, y trataré de ser un hermoso lirio, porque no me siento nada avergonzada de proceder de una familia de honrados granjeros

-exclamó la reflexiva joven que había aprendido a querer a la mujer dulce y sensata que era una madre para todas ellas.

-¡Escuchen! ¡Escuchen! -exclamó cordialmente el capitán John, pues estaba muy orgulloso de su nombre, que habían mantenido limpio una larga estirpe de marinos.

-Ahora tenemos que cantar, pues de lo contrario no habrá tiempo -sugirió Miss Ellery, que tenía una voz tan dulce como su risa, y no quería perder aquella oportunidad de cantar ciertas canciones sentimentales apropiadas para la hora.

Por tanto, todos afinaron sus instrumentos e hicieron música durante una hora, con gran deleite de Sammy, que tomaba parte en todas las canciones y era fácilmente convencido para que cantase melodías náuticas, con una voz aguda que hacían que sus oyentes se convulsionasen con la risa.

-Ruth canta muy bien, pero no quiere hacerlo delante, de gente -dijo el muchacho, mientras hacía una pausa.

Librodot

-Para mí sí lo hará -y el señor Wallace se acercó lentamente a una roca no lejana, donde Ruth estaba sentada sola, escuchando la música y descansando de las tareas del día.

-¡Vaya unos humos -dijo Ellery, con tono cortante, pues su canción no había salido todo lo bien que esperaba, debido a la cena excesivamente copiosa. "Posando de Lorelei", añadió en el momento en que Ruth comenzaba a cantar para complacer al anciano. Los muchachos esperaban oír alguna rara balada o algún himno monótono, y quedaron sorprendidos cuando Ruth entonó con voz fresca "Los Tres Pescadores" y "Mary en las Arenas de Dee" con tal patetismo que los verdaderos amantes de la música disfrutaron grandemente, y muchos ojos se llenaron de lágrimas.

-¡Más, por favor, más! -gritó el capitán John, cuando Ruth hizo una pausa; y como si los aplausos la animasen, la muchacha cantó como un pájaro hasta que su pequeño "stock" se le agotó.

-Yo llamo a eso música -dijo la señorita Scott, mientras se enjugaba los ojos, lanzando un suspiro de satisfacción sale del corazón, y va al corazón, como debe ser. Ahora no queremos otra cosa y tenemos que volver a casa antes de que el hechizo se desvanezca.

La mayoría del grupo siguió su ejemplo, y fueron a dar las gracias y las buenas noches a Ruth, que se sentía tan rica y feliz como una reina, con el dinero que el señor Wallace le había deslizado en el bolsillo y el placer que aquel vislumbre de una vida mejor había despertado en su naturaleza.

Mientras las embarcaciones se alejaban, dejando sola en la orilla, ella las despidió cantando una vieja canción, y los demás se unieron a ella gustosamente, en especial al señor Wallace y el capitán John; y de este modo el picnic nocturno termino alegremente para todos y fue muy recordado por algunos, de ellos.

Después de aquel día, Ruth y Sammy tuvieron muchas cosas buenas, e incluso el anciano abuelo participó en ellas, encontrando que el último verano de su vida se deslizaba con gran suavidad. Parecía natural que al capitán John, siendo marino, le gustara ir a leer cosas al viejo pescador; nadie se extrañó al ver cómo se aficionaba a ir hasta la isla, generalmente con los bolsillos llenos de diarios, pasando muchas horas en la casita, tan llena de perfumes marinos y de brisas saladas como los moluscos de la playa.

La señorita Scott también se aficionó a ir allí con su sobrino, pues como era una ardiente botánica, descubrió que en la isla había muchas plantas que no se hallaban en la punta rocosa donde estaban el hotel y las casitas de verano. El estanque de agua dulce era su especial deleite, y se convirtió en chiste el preguntarle, cuando volvía risueña y tostada, con sus frascos llenos de tesoros:

-Bien, tía Mary, ¿ha visto ya florecer los lirios? Y ella respondía siempre, con su prudente sonrisa:

-Todavía no, pero doy tiempo al tiempo, y observo con especial interés, uno muy hermoso. Cuando llegue el momento oportuno, florecerá y espero que me muestre su corazón de oro. Ruth no sabía cómo había ocurrido, pero a la isla comenzaron a llegar libros, y a quedarse allí, con gran placer por parte de la muchacha. Hubo mayor demanda de lirios, y cuando pasó la estación de estas flores, comenzaron a pedirle romero. Sammy encontró un mercado para los caracoles de mar y alas de gaviota, y las curiosidades

Librodot

halladas durante el curso de sus viajes fueron vendidas a precios que endulzaron el último viaje del marino.

Entonces el viaje diario a Port era un placer para Ruth, en vez de una prueba dura, pues el señor Wallace estaba siempre dispuesto, ofreciendo un regalo o una palabra amable; las damas la saludaban al pasar, y le preguntaban cómo estaba el patrón; la señorita Scott le pedía frecuentemente que entrase en su casita, para charlar un rato, o darle un libro nuevo, y el capitán John ayudaba a Sammy en su pesca, de tal modo que las cestas siempre se llenaban cuando volvían a casa.

Todo aquel apoyo y amistad dio energía e hizo más dulce la dura vida de Ruth, más ligero su trabajo y más paciente su espera de una existencia más fácil. La muchacha cantaba, mientras lavaba, pensando en las noches dedicadas a la lectura, y hallaba preciosos los raros momentos de descanso en que permanecía sentada en la roca, mirando las luces de la Punta, escuchando la música a cuyo son bailaban los muchachos y pensando en sus amables charlas con la señorita Scott. Quizá la presencia de una chaqueta azul; en el pequeño dormitorio del abuelo, la vista de un rostro moreno, que le sonreía al entrar, y el rumor sonoro de una voz masculina, que leía en alta voz, añadía un encanto a la monótona vida de la muchacha. Ruth era demasiado inocente y franca para negar que gozaba con aquellos nuevos amigos, y los acogía a los dos con igual ansiedad, los veía ir con el mismo pesar, y con frecuencia se preguntaba qué sería de ella sin los dos.

Pero la modesta pescadora jamás soñó con un sentimiento más fuerte que la bondad por parte de uno y de la amistad por parte del otro; y aquello era uno de sus mayores encantos, especialmente para el capitán John que odiaba a las coquetas, y huía de las muchachas tontas, que perdían el tiempo en inútiles- coqueteos, cuando podían tener pasatiempos mejores y más fecundos. El apuesto marino era un favorito de las damas, pues sabía todos los juegos, y era el mayor de los muchachos de la Punta. Era muy cortés con todas las mujeres, desde la más rica heredera a la más modesta camarera, pero se hallaba exclusivamente dedicado a su tía Mary, y no parecía tener ojos para los rostros jóvenes.

-Tienes que tener la novia en algún puerto -se decían las muchachas, cuando lo veían pasearse solo por la plaza, o mecerse en la hamaca con la mirada perdida en la bahía azul que había ante él.

La señorita Scott sólo sonreía cuando le hacían preguntas curiosas, y decía que esperaba que John hallase su pareja, pues merecía la mejor esposa del mundo, ya que había sido un buen hijo y un hombre honrado durante veintiséis años.

-¿Qué es eso, capitán, un vapor? -preguntó Fred al acercarse a la casita una tarde, con su habitual cortejo de muchachas que hablaban a la vez acerca de un asunto muy interesante.

-Sólo una barca, hoy no hay vapores -repuso el capitán John dejando sus gemelos, sobresaltado.

-¿Puede ver con eso la isla? Queremos saber si Ruth está en su casa, pues si no está, no perderemos tiempo yendo allí -dijo Ellery, con su más dulce sonrisa.

-No lo creo. Esa barca es la de Sammy, y como veo en ella un punto rojo, me imagino que Ruth está a bordo. Vienen hacia aquí, de manera que pueden llamarlos, si quieren -repuso el marino, con "un punto rojo" en sus tostadas mejillas.

-Entonces los aguardaremos aquí, si podemos. Le hemos pedido que trajese una gran cantidad de juncos y flores para nuestros tableaux de esta noche, y queremos que haga de Rebeca en el pozo. Es morena, y con el cabello bajo, unas ajorcas de oro y unos chales escarlata, me figuro que resultará muy bien. Ha resultado tan difícil arreglar la "Doncella de Astolat", que antes hay que hacer una cosa sencilla, y como los muchachos están tan deseosos de hacer el camello, hemos planeado esto. ¿No quiere ser Abraham o Jacob, o quien fuera el hombre de los brazaletes? -preguntó Ellery, cuando todos se sentaron en los escalones con la libertad de modales propia de la Punta.

-No, gracias. No me agrada representar. Cuando era más joven solía tocar la flauta, pero he dejado de hacerlo hace mucho tiempo.

-¡Qué desgracia! Todos lo hacen; está muy de moda -comenzó Ellery, haciendo girar sus ojos azules de modo implorante.

-Ya lo veo, pero nunca me gustó el teatro; prefiero las cosas naturales.

-¡Qué poco amable es! Contaba con usted para ese papel, ya que no va a querer hacer de corsario.

-Fred es el hombre indicado para esas cosas. Va a asustar al público con una perfecta caracterización del Capitán Kidd. -Sé que Ruth no va a querer hacerlo, Floss, pues pareció asombrarse cuando le mostré mi traje de Ondina, y le dije para qué quería las algas. "Cómo, ¿va a ponerse delante de la gente vestida de ese modo? -me dijo, como si no hubiese visto nunca un traje escotado y unas medias de seda -y la señorita Perry echó la cabeza hacia atrás con aire de lástima, hacia la muchacha que se sorprendía de que se exhibiesen el cuello, los brazos y los tobillos cuando eran lindos.

-Entonces la contrataremos; es una :mercenaria y por dinero hará cualquier cosa. No quiero que me metan apresuradamente en mi barco, y necesitamos a Rebeca, porque yo he pedido prestado un lindo cubo y les he prometido su camello a los muchachos -dijo Ellery, que se consideraba la reina del lugar y gobernaba como tal, en virtud de ser la muchacha más bella y más rica de allí.

-Ruth ha desembarcado, a mi entender, pues el bote se dirige otra vez hacia el muelle. Más vale que bajes para ayudarla con los juncos. Fred, y con todo lo demás que habéis encargado -sugirió el capitán John, deseando ir él personalmente, pero dándose cuenta de sus deberes como anfitrión, ya que su tía Mary estaba dormida en el piso de arriba.

-Estoy demasiado cansado; no se morirá por eso: está acostumbrada al trabajo y no hay por qué mimarla de este modo -repuso Fred, disfrutando de su asiento favorito.

-Yo no le pediría que representase, si me permites que te lo diga -dijo el capitán John con su calma habitual-. Esas cosas pueden turbarla y ponerla descontenta. Ella se siente feliz con traer hacia acá su barquito; dejadla que marque su propio rumbo y recordad que no se permite hablar con el timonel.

La señorita Perry se le quedó mirando; Ray, la muchacha sagaz, asintió, y Ellery dijo con petulancia:

-¡Como si tuviera alguna importancia lo que ella pensara dijera o hiciera! Tiene que ser útil cuando se la necesita, y no hay que preocuparse de mimar o no a una muchacha

Librodot

así. No va a ser más orgullosa ni más insolente de lo que es, y yo voy a pedírselo sólo para ver cuál es su actitud.

Mientras la muchacha hablaba, Ruth subió él sendero arenoso, cargada con los juncos y algas, con girasoles y moluscos, con aspecto de cansancio, pero más pintoresca que nunca, con su traje azul y su pañuelo rojo que no abandonaba desde qué le voló el sombrero viejo. Al ver el grupo en los escalones, se detuvo para preguntar si todo marchaba bien, y Ellery inmediatamente hizo su petición con tono mandón, que hizo que Ruth se pusiese fría al momento y respondiese con decisión.

-No puedo.

-¿Por qué no?

-Bien, una de las razones es que no me parece bien representar escenas de la Biblia con la sola finalidad de divertir a la gente y de lucirse.

-¡Vaya una idea! -y Ellery frunció el ceño, y añadió, furiosa-: Te pagaremos. Aquí he visto que la gente hace todo por dinero.

-Nosotros somos pobres y lo necesitamos, y ésta es la mejor época de ganarlo. Haría muchas cosas por ganar dinero, pero ésa no -dijo Ruth con tanto orgullo como la señorita.

-Entonces no diremos nada más, ya que eres demasiado elegante para hacer las cosas que a nosotras no nos importan. Te pagaré por todo esto, ya que te lo he encargado, pero no necesitas traer nada más. ¿Cuánto te debo? -preguntó la ofendida beldad, sacando su monedero..

-Nada. Me complace regalarles esto a las señoras, por lo amables que han sido conmigo. Quizá si supiera por qué deseo ganar dinero, me entendería mejor. Mi abuelo no va a durar mucho. Trabajo y ahorro para brindarle un entierro decente, como él desea, no como un pordiosero.

Había algo en el rostro y en la voz de Ruth, mientras permanecía de pie, cansada, cargada y pobremente vestida, y sin embargo honrada y paciente, por amor, que conmovió los corazones de los que la escuchaban; pero no les dejó tiempo para responder, pues con la última palabra dio media vuelta, como para ocultar las lágrimas que empañaban sus ojos o el temblor de sus labios.

-¡Floss, cómo has podido...! -exclamó Ray, y corrió a tomar de los brazos de Ruth un haz de juncos, seguida del resto, pues entonces todos estaban avergonzados y arrepentidos al comprender la vida dura que se deslizaba junto a la joven, comparándola a su fácil existencia.

El capitán John sentía deseos de seguirla, pero penetró en la casa, diciendo para sí, con amargura.

-¡Esa muchacha tiene menos corazón que una mariposa, y me gustaría ver cómo se retorcería pinchada por un alfiler! ¡Pobre Ruth! ¡Ya arreglaremos ese asunto, y el abuelo será enterrado como un almirante por poco que yo pueda!

Estaba tan ocupado discutiendo aquel asunto con su tía Mary, que no vio cómo la muchacha se iba a esperar la barca en la playa, después de haber rechazado el dinero que le ofrecían, aunque aceptó graciosamente las excusas.

La playa, a aquella hora del día, estaba poblada de niñeras y doncellas que se bañaban y charlaban, mientras los niños jugaban en la arena o bogaban por el mar. Algunos chapoteaban y un aya alemana regañaba violentamente, porque mientras ella estaba en la

Librodot

casilla de baños, la niña confiada a sus cuidados, una criatura de seis años, se había aventurado en uno de los botes chatos empleados por los caballeros para alcanzar los yates anclados en aguas más profundas.

Ruth vislumbró inmediatamente el peligro que corría la niña, pues la marea se retiraba, llevándose la frágil embarcación, mientras la criatura corría peligro de caer a cada momento, al extender los brazos hacia las mujeres que estaban en la playa, pidiendo socorro.

Nadie se atrevía a salvarla, pero todas estaban de pie, retorciéndose las manos y chillando como gaviotas, hasta que la muchacha, quitándose los zapatos y la pesada falda, se metió en el agua diciendo alegremente:

-¡Quédate quieta! ¡Yo iré a buscarte, Milly!

Ruth nadaba como un pez, pero estorbada por sus ropas, y cansada por el día de trabajo, vio, al poco tiempo, que no avanzaba todo lo que esperaba. Aquello no le hizo perder valor, sino que la llenó de ansiedad al ver que su aliento era corto, que tenía pesados los miembros y que la marea la llevaba cada vez más lejos de la orilla.

-Si al menos dejasen de gritar y fuesen en busca de socorro, yo podría empujar el bote, pero la niña va a caer de él, en seguida, y entonces estaremos perdidas, pues no creo que pueda volver con ella.

Mientras cruzaban por su mente estos pensamientos,. Ruth nadaba vigorosamente, tratando con sus palabras de tranquilizar a la niña asustada, para que no pusiera en riesgo su principal probabilidad de salvación. Unas cuantas brazadas más y alcanzaría el bote, descansaría un momento, y luego, asiendo la embarcación la impulsaría a tierra. Comprendiendo que el peligro había pasado, siguió adelante y extendía las manos para asir el frágil bote, cuando Milly, creyendo que iba a tomarla en brazos, se inclinó hacia delante. El agua penetró en el bote, hundiéndolo, y la niña se asió a Ruth con la desesperación que la muchacha temía.

Ambas se hundieron, un momento, pero luego salieron a flote; y con los sentidos aguzados por el peligro del momento, Ruth gritaba mientras se mantenía a flote:

-¡Agárrate a mi espalda! ¡Aprisa, aprisa! ¡No me toques los brazos! ¡Agárrame del cabello y quédate quieta!

Sin darse cuenta del peligro y llena de fe en la fuerza de Ruth, pues la había visto nadar y bucear, Milly siguió moviéndose y asiendo los fuertes hombros de Ruth. Cargada de aquel modo y comprendiendo que sus fuerzas disminuían, Ruth se dirigió hacia la playa, poniendo en ello todas sus potencias físicas y mentales. ¡Qué lejos le parecía la playa! ¡Qué lejanas estaban las mujeres que no se aventuraban a salir a su encuentro! ¡No había ningún hombre que pudiera ayudar! El corazón de Ruth dejaba de latir, sentía la presión de la sangre en las sienes, la respiración estorbada por los brazos de la niña, que parecía más pesada a cada momento.

-Haré lo que pueda, pero, ¿por qué no viene nadie?

Aquél fue el último pensamiento consciente que tuvo Ruth, mientras avanzaba jadeando lentamente, con los ojos fijos en la bandera que ondeaba sobre la casita más próxima, y tan pálida que no era extraño que las mujeres permaneciesen inmóviles al mirarla. Una enfermera católica cayó de rodillas y se puso a rezar; las doncellas gritaban y el aya alemana murmuró:

Librodot

-Mein Gott! Estoy perdida si la niña se ahoga...

Entonces se oyó claramente el silbato del capitán John, que estaba de pie en la plaza, esperando el regreso de Ruth.

Se hallaban muy cerca, unas cuantas brazadas mas y harían pie, cuando Ruth vio todo negro, y murmuró:

-Me dejaré flotar. Llamen a Milly y no se ocupen de mí. Ruth se dio media vuelta, aun asiendo a la niña, y sólo con el rostro fuera del agua siguió avanzando penosamente. -¡Venid a buscarme! ¡Ruth se hunde! ¡Oh, venid en seguida! -gritó la niña con tal desesperación que la egoísta aya alemana se movilizó al fin, y comenzó a avanzar prudentemente. Al ver que la ayuda venía, la valiente Milly soltó a Ruth y comenzó a nadar como una enérgica ranita, mientras la muchacha, totalmente agotada, se dejó hundir con la sensación de que había cumplido su último deber y el descanso había llegado.

Los agudos gritos de las mujeres al ver que el pálido rostro de Ruth desaparecía para no volver a reaparecer; llegaron hasta el capitán John, haciéndole bajar el sendero a la carrera, seguro de que alguno estaba en peligro.

-¡Ruth, se ha hundido..., allí! -fue todo lo que oyó, mientras muchas voces trataban de contarle la historia a la vez, y no aguardando nada más, tiró su sombrero y su chaqueta y se arrojó al agua, dispuesto a recorrer el Atlántico hasta encontrarla.

Ruth fue salvada en un momento, y deteniéndose sólo para enviar a una muchacha a que buscase al médico, el capitán John, con la muchacha en los brazos, se dirigió directamente a casa de su tía Mary, que acostó a Ruth antes de que viniese nadie, y le daba fricciones, mientras el capitán John encendía la lámpara de alcohol para calentar coñac y agua, con temblorosos brazos que lanzaban gotas de agua a diestro y siniestro, como si tratase de un perro de Terranova, recién salido del mar. Ruth recobró pronto el conocimiento, pero estaba demasiado agotada para hacer o decir nada, y permaneció echada tranquilamente padeciendo los dolores de la resurrección hasta que quedó dormida.

-¿Está Milly a salvo? -fue todo lo que preguntó, y cuando le hubieron asegurado que la niña estaba en brazos de su madre y Sammy había ido a contarle al abuelo lo que había ocurrido, sonrió y cerró los ojos murmurando:

-¡Entonces todo está bien, gracias a Dios!

Toda la noche aquella el capitán John estuvo paseando por la plaza, echando a los visitantes que venían a informarse acerca de la salud de la heroína del momento; pues entonces era más interesante que la Ondina, que la Doncella de Astolat, y que todas las otras lindas criaturas que actuaban detrás de los rojos telones del salón del hotel. Toda la noche la tía Mary veló el profundo sueño que devolvía la salud de la muchacha, y de vez en cuando salía para anunciar a su sobrino que no había nada que temer, pues la muchacha era robusta y sana. Durante toda la noche Ruth tuvo extraños sueños, algunos confusos y otros llenos de pesares y temores; pero al irse disipando la fiebre de, la reacción, vinieron a ella encantadoras visiones de un lugar agradable, donde tenía cerca de sí rostros amados .y todo lo que anhelaba. Tan claro y hermoso fue aquel sueño, que cuando se despertó al amanecer, pensando en ello, su rostro tenía tal expresión de paz, que la tía Mary no pudo menos de besarla cuando entró a ver como estaba.

-¿Cómo estás, querida? Espero que el sueño te haya repuesto?

-Sí, estoy completamente bien, gracias, y ahora tengo que volver a casa. El abuelo estará preocupado hasta que me vea -repuso Ruth incorporándose con el mojado cabello sobre los hombros, y un estremecimiento de dolor al extender sus cansados brazos.

-Todavía no, querida; descansa una o dos horas más, y toma tu desayuno. Luego, si quieres, John te acompañará a casa, antes de que vengan a abrumarte con inútiles preguntas.

Yo sólo te diré que estoy orgullosa de mi valiente muchacha, y que pienso cuidarla, si ella me lo permite.

Después de aquello, y de darle un abrazo maternal, la anciana se alejó, para despertar a su doncella y a John con el perfume del café, olor poco romántico, pero muy satisfactorio para los cansados habitantes de la casa.

Una hora más tarde, vestida con el traje gris de la señorita Scott y un chal de color de rosa, Ruth se dirigió lentamente hacia la playa, apoyada en el brazo del capitán John, mientras la tía Mary hacía ondear su pañuelo sobre las rocas y se despedía de ellos, cuando se alejaban.

Era la hora más hermosa del día. El sol no había salido aún, pero el cielo y el mar estaban teñidos con el color rosado de la aurora; las olas morían sobre la arena, el viento traía el perfume de los campos lejanos y en los huertos cantaban los pájaros como sólo cantan al rayar el día. Era un momento tranquilo y feliz, antes de que comenzasen los trajines diarios, el momento de calma tan precioso para los que han aprendido a amar su bálsamo y a consagrar su belleza con su plegarias.

Ruth permanecía silenciosa con la mirada fija ante ella, como si viera un nuevo cielo y una nueva tierra, y no tuviese palabras para expresar los sentimientos que daban dulzura a sus ojos, color a sus mejillas, y hacían su sonrisa más suave que nunca.

El capitán John remaba muy lentamente, mirándola con una nueva expresión en el rostro; y cuando ella exhaló un largo suspiro, se inclinó para preguntarle, como si supiera lo que lo había motivado.

-¿Te alegras de estar viva, Ruth?

-¡Muchísimo! No deseaba morir; la vida ahora es muy agradable -repuso ella, mirándolo francamente a los ojos.

-¿A pesar de su dureza?

-Ahora es más suave; usted y la señorita Mary me han ayudado mucho; ahora veo claro mi camino y pienso seguir adelante, con valor y alegría, segura de que al final hallaré lo que deseo.

-¡Yo también estoy seguro de ello! -y el capitán John rió con risa extraña y feliz, mientras hundía nuevamente los remos, con el aspecto de un hombre que sabe a donde va y desea llegar lo antes posible.

-Así lo espero. Desearía poder pagarle cuanto ha hecho por mí. Sé que no quiere que le den las gracias por rescatarme, pero pienso hacerlo de todos modos, si es que puedo, en alguna ocasión -y la voz de Ruth estaba llena de tierna energía, mientras miraba las profundas aguas verdes donde su vida habría terminado, a no ser por el capitán.

-¿Qué pensabas cuando te hundiste tan silenciosamente? Esas mujeres dijeron que no pediste auxilio una sola vez. -No tenía aliento para ello. Sabia que usted se hallaba cerca,

esperaba que viniese, y pensé en el abuelo y en Sammy, cuando las fuerzas me abandonaron y creía que iba a morir.

Aquélla era una respuesta muy sencilla, pero el capitán John, al oírla sonrió con deleite, y la mañana rosada pareció reflejarse en su rostro moreno, mientras remaba a través de la tranquila bahía, mirando a Ruth, que se hallaba sentada frente a él, tan cambiada por los suaves y favorecedores colores de su traje, el pasado peligro, y los sueños que aún quedaban en su mente, que no parecía la misma muchacha de un día antes.

Al poco tiempo, el capitán habló de nuevo en un tono a la vez inquieto y anheloso.

-Me alegro de que mi ocioso verano no se haya perdido del todo. Ahora ya todo ha terminado, y dentro de pocos días salgo para hacer un viaje que durará un año, como ya sabes.

-Sí, la señorita Mary me dijo que se iría pronto. Los echare de menos a los dos, pero quizá vuelvan el verano próximo.

-Si Dios quiere, vendré.

-Yo también; aunque me fuese por el otoño, me gustaría volver por el verano y descansar un poco, tuviera lo que tuviese que hacer.

Ven y vete a vivir con tía Mary, si no tienes casa. Yo voy a necesitar a Sammy dentro de poco. He tratado ese asunto con el patrón y voy a hacerme cargo del muchacho. No es mucho más joven de lo que yo era cuando me embarqué por primera vez. ¿Lo dejarías ir conmigo?

-A cualquier parte. Además, él quiere ser marino y el abuelo lo aprueba. Todos los hombres de la familia lo han sido, y yo lo sería si fuese muchacho. Amo tanto el mar que no podría ser feliz lejos de él

-¿Aun habiendo estado a punto de ahogarte?

-Sí, preferiría morir de este modo a morir de otro cualquiera. Pero la culpa fue mía. No habría fracasado si no hubiera estado tan cansada. Frecuentemente nado más; pero había estado tres horas en el pantano reuniendo las flores que me habían encargado las muchachas, era día de lavado, y había estado levantada casi toda la noche, cuidando al abuelo; por tanto, no hay que culpar al mar, capitán John.

-Debías haberme llamado; te estaba esperando, Ruth.

-No lo sabía. Estoy acostumbrada a bastarme a mí misma. Y si hubiese esperado, habría sido demasiado tarde para Milly.

-Gracias a Dios, para ti no ha sido demasiado tarde.

El bote había llegado a la orilla; y mientras hablaba, el capitán John le tendió los brazos para ayudar a bajar, pues Ruth, estorbada por su traje y todavía débil por los sufrimientos pasados, no tenía las fuerzas necesarias para saltar a tierra como solía. Por primera vez, el color de las mejillas de la muchacha se acentuó, al mirar el rostro que tenía frente a -ella y leer la expresión de los ojos que la hallaban hermosa y los labios que daban gracias a Dios por haberla salvado.

Ruth no habló, pero dejó que él la levantase en sus brazos, y tomándola después de la mano la llevase por el sendero rocoso que conducía al estanque que esperaba los primeros rayos del sol para despertar de su sueño. Allí se detuvo, y con su mano puesta sobre la de ella, le dijo con calma.

-Ruth, antes de irme, tengo que decirte algo, y ésta es una buena ocasión de hacerlo. Mientras la tía Mary observaba las flores, yo te he observado y he visto que eres la muchacha que me conviene como esposa. Eres modesta y valiente, concienzuda y sincera, y eso es lo que deseo; si puedes darme todo eso a cambio de lo poco que puedo ofrecerte, el año que viene Sammy zarpará en compañía de un hombre dichoso, con tal de que digas sí.

-No tengo méritos para eso. ¡Recuerde lo que soy! -comenzó Ruth, inclinando la cabeza,, como si aquel pensamiento fuese más de lo que ella podía soportar.

-Bien, ¡lo recuerdo y estoy orgulloso de ello! Debes saber, amor mío, que comencé mi carrera como simple marinero y me considero mejor por ello. Ahora tengo mi barco, y quiero alguien que me cuide el hogar a bordo y en tierra. Mírame a los ojos y dime si no es cierto lo que yo he leído en los tuyos.

Entonces Ruth alzó la cabeza, y el sol le mostró al capitán John todo lo que deseaba saber, mientras ella respondía con el corazón en su voz y los ojos fijos en los de él:

-Traté de no amarte, sabiendo que era una pobre muchacha ignorante; pero como eras tan bueno conmigo, no pude evitarlo. Aquello le satisfizo y selló sus. gracias en los inocentes labios que sólo habían besado los de su hermano, los de su abuelo y la fresca brisa del mar.

Puede imaginarse el recibimiento que les hicieron en la casita parda, y lo que ocurrió allí cuando el abuelo bendijo a los enamorados, y Sammy, lleno de gozo ante sus encantadoras perspectivas, se vio obligado a dar salida a sus sentimientos bailando una jiga en la playa, con gran asombro de las gaviotas que desayunaban en ella.

Nadie de la Punta, excepto cierta anciana, conocieron el amable secreto, aunque a la isla fueron muchos visitantes, curiosos o amistosos, para ver la heroína y expresarle su asombro, agradecimiento y admiración- Todos convinieron que aquel ahogo parcial le había convenido a la muchacha, que había surgido del agua como una nueva Venus. Su rostro fresco se había suavizado, su orgullo se había hecho más amable, y su modestia, que la hacía huir de la publicidad y los elogios, la favorecía. Nadie adivinaba la causa de ello y pronto la dieron al, olvido; pues la temporada se acabó, los veraneantes partieron, y la Punta quedó entregada a los pocos amantes de la playa que querían permanecer allí en el mes de septiembre.

La señorita Mary era una de ellas y otro el capitán John, pues él se quedó todo lo posible para endulzar la vida del anciano, y quedarse entre las rocas con Ruth, cuando su trabajo diario se terminaba, escuchando, mientras su "sirena", como él la llamaba, le cantaba como no había cantado nunca, y le dejaba leer en su corazón, pues el lirio se había abierto, mostrándole su interior dorado.

Con las primeras heladas murió el abuelo, y fue llevado a la tumba por sus viejos camaradas, sin deber un centavo a nadie gracias a su nieta y al nuevo hijo que ella le dio. Luego la casita quedó desierta y todo el invierno Ruth vivió alegremente con la tía Mary, mientras Sammy estudiaba y soñaba, pensando en las alegrías que le aguardaban cuando el capitán volviese.

Un nuevo verano trajo el feliz día en que la casita se preparó para una dichosa luna de miel, cuando la bandera ondeó alegremente sobre la casita de la tía Mary, y Ruth con un vestido blanco y sus flores preferidas en los cabellos y en el pecho, se embarcó con su

Librodot

querido capitán para el largo viaje que tuvo sus tormentas y sus calmas, pero que nunca vio el naufragio del amor que nació y floreció con los lirios acuáticos.

AMAPOLAS Y ESPIGAS

Cuando el navío viró, penetrando en la corriente, los blancos pañuelos que ondeaban en el muelle se desvanecieron, los últimos adioses se hicieron más débiles y los que se iban y los que quedaban comprendieron que la despedida había terminado.

"Quizá por unos años, quizá para siempre", según dice la canción.

Sólo nos ocuparemos en especial de uno de los tantos grupos que había sobre la cubierta, y unas cuantas palabras servirán para presentar a nuestros compañeros de viaje. Una señora de cierta edad, apoyada en el brazo de un caballero de edad madura, que llevaba gafas, ambos con el aire alegre y tranquilo de la gente acostumbrada a tales escenas, y sólo conscientes del alivio que el cambio de lugar ofrece a los espíritus activos y a las vidas ocupadas.

Delante de ellos había dos muchachas, evidentemente bajo su custodia, y evidentemente no hermanas, pues ofrecían un vivo contraste en todos respectos. La más joven era una alegre criatura de diecisiete años, vestida' con un traje azul marino y blanco, con rubios cabellos que flotaban al viento, ojos que miraban a todas partes, charla viva, y ese aire de emoción juvenil que tan agradable resulta contemplar. Tenía ambas manos llenas de ramos de despedida, que inspeccionaba con más orgullo que ternura, mientras miraba a otro grupo de muchachas que disponían de menos ofrendas florales.

Su compañera era una muchacha menuda y callada, algunos años mayor que ella, sencillamente vestida, cargada con abrigos, y que al parecer sólo atraían su atención tres puntitos oscuros que apenas se divisaban en el muelle, pues agitaba con insistencia la banderita blanca y miraba hacia la costa con ojos empañados por las lágrimas. Tenía un rostro dulce y modesto, ojos inteligentes, boca firme, y el aspecto de quien ha aprendido pronto a tener confianza y dominio de sí.

La dama y el caballero contemplaban a la pareja a la vez interesados y divertidos, pues a ambos les agradaba la gente joven y deseaban conocer mejor a aquellas dos personas, ya que iban a permanecer seis meses bajo su custodia. El profesor Homer iba al extranjero para buscar ciertos datos de importancia para su gran obra histórica, y, como de costumbre, llevaba a su esposa con él, pues como no tenían hijos la buena señora estaba dispuesta a marchar en seguida a cualquier parte del globo. Temerosa de sentirse sola mientras su maridó examinaba los documentos en las bibliotecas extranjeras, la señora Homer había invitado a Ethel Amory, hija de una amiga suya, para que la acompañase. Ciertamente, la invitación fue aceptada con gusto, pues era una rara oportunidad el viajar en tal compañía, y Ethel se volvió loca de contento ante aquella idea. Sin embargo, había una espina entre las rosas que cubrían su camino. Su madre no la dejó llevarse una doncella francesa, sino que prefirió que llevase una señorita de compañía; pues, como tres es un mal número, una cuarta invitada no sólo era conveniente

sino necesaria a la muchacha, poco acostumbrada a cuidar de sí misma, ya que la señora Homer sólo actuaría como chaperón.

-Jane Basset es la persona indicada, y con Jane irás. Ella necesita un cambio después de enseñar todos estos años; le hará mucho bien, pues aprenderá y gozará de todo, y el salario que voy a ofrecerle hará que acepte el puesto -dijo la señora Amory al discutir el plan con su hija.

-Sólo tiene tres años más que yo, y no me agrada que me observen ni me hagan advertencias. Puedo dar órdenes a una doncella, pero una señorita de compañía es aún peor que una aya; esa gente es siempre sensible y orgullosa y difícil de tratar. Todo el mundo se lleva a su doncella, y estaba encantada con la idea de haberme llevado a Marie, que desea volver a su país y habla un francés tan lindo. ¡Déjame llevarla, mamá? -rogó

Ethel, que era una niña mimada y generalmente se salía con la suya.

Pero su madre se mantuvo firme aquella vez, pues tenía el deseo de perfeccionar a su hija con la sociedad de personas mejores que las alegres muchachas de su grupo, y también de proporcionar una alegría a la buena Janet Basset, que había trabajado como aya desde los dieciséis años y había tenido muy pocas vacaciones en su dura vida.

-No, querida; ya se lo he pedido a Jane, y si su madre lo permite, irá contigo. Es precisamente lo que tú necesitas: sensible y bondadosa, inteligente y capaz; no se avergonzará de hacer nada por ti, y será capaz de ayudarte en muchos aspectos. La señora Homer aprueba mi elección y tú te alegrarás de ella, con el tiempo, pues viajar no es sólo la "diversión" que tú esperas, y no quiero que seas una carga para nuestros amigos. Las dos muchachas os podéis ayudar mutuamente, mientras el profesor .y su esposa se ocupan de sus asuntos; y Jane es mucho mejor compañía para ti que esa francesa coqueta, que probablemente te dejaría plantada en cuanto llegaseis a París. Yo no tendría un solo momento de paz si fueses con ella; en cambio, tengo plena confianza en Jane Basset, porque es fiel, discreta, y una verdadera señorita en todas las cosas.

No había más que decir y en vano Ethel puso mal gesto. Jane aceptó el puesto con alegría, y después de un mes de deliciosas prisas, partieron; una, llena de interés por el nuevo mundo; la otra, llena de pena al separarse de los seres queridos. Cómo vivieron juntas y lo que aprendieron es lo que falta por decir.

-Vamos, señorita Basset; ya no podemos verlos, de modo que más vale que empecemos a divertirnos. Puede llevar abajo estas cosas y arreglar un poco la cabina; voy a dar un paseo y a ver cómo es esto, antes de comer. Me encontrará por aquí.

Ethel hablaba con tono de mando, decidida a ser la señora y a mantener a Ethel en su lugar, aunque la muchacha sabía tres idiomas y dibujaba mucho mejor que Ethel Amory.

Jane, como la llamaremos nosotros que vamos a ser amigos suyos, asintió alegremente y buscó la escalerilla con los ojos, pues como nunca había estado a bordo, se hallaba un poco turbada.

-Te mostraré el camino, querida. Siempre arreglo mis cosas en seguida, pues nunca se sabe lo que puede ocurrir. El profesor irá contigo, Ethel; no me parece bien que vayas sola -y, después de aquello, la señora Homer le indicó el camino, mientras se preguntaba cómo iban a llevarse aquellas dos muchachas.

Librodot

Jane devoró su heimweh en silencio, y se puso a trabajar tan afanosamente que al poco tiempo la cabina estaba arreglada, los abrigos colgados, las maletas en su sitio, y todo dispuesto para la travesía de diez días.

-Pero, ¿dónde están tus comodidades? Les has dejado a Ethel todo el lugar, la cama de abajo y lo mejor de todo -dijo la señora Homer, que asomó la cabeza para ver lo que hacía su silenciosa vecina.

-¡Oh!, tengo mis cosas en el baúl. No he traído tanta ropa como Ethel, así que no necesito tanto espacio. Estoy acostumbrada a vivir en un rincón, como los ratones, y me las arreglo bien -repuso Jane, que en ese momento parecía un ratón, al asomarse desde la litera de arriba con su traje gris, sus ojos brillantes y su ademán de contento.

-Muy bien, querida, pero tengo que hacerte una advertencia. No dejes que esa muchacha te tiranice. Es muy voluntariosa y poco considerada, y no es tu deber el convertirte en una esclava. Imponte y haz que te obedezca, y eso le servirá de mucho. Conozco mucho estas cuestiones; en mi juventud fui señorita de compañía y lo pasé muy mal, hasta que me rebelé y ocupé el lugar que me correspondía. Ahora subamos y gocemos del aire mientras podamos.

-Muchas gracias; lo tendré en cuenta.

Y Jane ofreció el brazo a la buena señora, sintiéndose agradecida ante su bondad, pues todo aquello era nuevo y extraño para ella, y sentía muchas dudas acerca de las condiciones que tenía para aquel puesto.

Pero pronto lo olvidó todo al sentirse sobre cubierta y ver los faros, las islas, los navíos y las costas que se deslizaban velozmente, mientras el barco avanzaba hacia alta mar aquel brillante día de junio. Aquél era el deseo de toda su vida, que por fin se había realizado, y ahora que la despedida de su madre y hermanas había pasado, sólo quedaba el placer y el propósito de sacar el mayor partido posible de aquella extraordinaria oportunidad. Los cuidados de la vida habían empezado pronto para Jane, pues era la mayor de las tres hijas de una viuda. Primero tuvo que estudiar mucho, y luego hizo una tímida tentativa para trabajar como aya; y cuando con los años aprendió enseñando a las demás, siguió adelante, hasta que tuvo la oportunidad de ser señorita de compañía de una linda muchacha que iba al extranjero, donde había toda clase de facilidades para estudiar idiomas, historia, ver cuadros y disfrutar de una buena sociedad. No era, pues, de extrañar que el rostro de Jane estuviese radiante, mientras se volvía hacia el desconocido mundo que se extendía ante ella y que sus pensamientos la llevasen tan lejos, que no se diese cuenta de que la vigilaban los bondadosos ojos de la señora Hamer, que plácidamente tejía junto a ella.

-Me gusta el ratón, estoy segura. Confío en que a Lemuel le ocurra lo mismo. Ethel es encantadora cuando quiere, pero es evidente que hay que vigilarla -pensaba la dama mientras miraba la cubierta donde su esposo hablaba con varios caballeros, mientras la muchacha encargada de ellos hacía amistades con otras jóvenes compañeras de viaje.

-Temo que sean Daisy Miller -prosiguió la señora Homer, que era dada a la psicología y le agradaba estudiar a la gente, como al profesor el estudio de los estadistas, guerreros y reyes desaparecidos. Las jóvenes tenían ciertamente un parecido con ese tipo de joven americana que siempre se encuentra en los viajes. Iban vestidas a la última moda, tenían esa belleza fugaz de muchas de nuestras muchachas, los ademanes violentos y las voces

Librodot

agudas, que suelen asombrar a las señoras y señoritas de Inglaterra. A Ethel le había impresionado sin duda su lujo, pues tenían a su servicio un criado y una doncella, y hacían ostentación de su riqueza. Un padre gordo, una madre flaca, evidentemente consumida con los quehaceres del pasado invierno, tres jovencitas adolescentes y un muchacho de dieciséis años componían el grupo; y era un grupo muy alegre, como bien pronto vio el profesor, que se separó de ellos con una reverencia, dejando en su compañía a Ethel, que se negó a apartarse de sus nuevos amigos.

-¿Debo ir con ella? -preguntó Jenny, despertando de su ensueño feliz por un sentimiento del deber, cuando el caballero se sentó al lado de ella.

-No, querida, está perfectamente. Sus amigos son los Sibley, de Nueva York. Su padre los conoce, y Ethel hallará en ellos un amable refugio cuando se canse de las gentes tranquilas como nosotros; y quizá también tú -añadió el profesor, lanzando una mirada a la joven.

-No lo creo. Ellos no me acogerían bien, ni son la clase de gente que a mí me agrada. Me siento muy cómoda con la gente tranquila, si no los estorbo -repuso Jenny, con la alegre voz que recordaba el piar de un petirrojo.

-Nada de eso; te tiraríamos por la borda en cuanto comenzases a gritar y a charlar de ese modo -repuso el profesor sonriendo ante la idea de que aquella jovencita pensase en semejante cosa. Jenny también rió, y corrió a levantar el ovillo de la señora Homer, que había rodado. Cuando lo trajo, halló que el profesor examinaba el libro que ella había dejado.

-Como todos los viajeros jóvenes, te aferras al Baedeker, incluso en el primer momento de emoción. Es un libro útil, pero conozco tan bien Europa que no lo necesito.

-Considero prudente conocer un poco la ruta a recorrerse para no hacer preguntas necias. Tienen que ser muy aburridas para la gente que conoce todo eso -dijo Jenny, mirándolo con profundo respeto, pues lo consideraba una enciclopedia viviente de la sabiduría universal.

Aquello le agradó al erudito, que era tan bondadoso como sabio, y le agradaba que sus conocimientos rebosantes cayesen, incluso, en la más humilde copa. Le agradaba el rostro inteligente que tenía frente a él, y una o dos tímidas preguntas de la joven le hicieron dedicarse a su pasatiempo favorito. Jenny disfrutaba con ello inmensamente, y estaba sumergida en la historia de Francia, cuando el gong que llamaba para el lunch la hizo pasar del rey Francisco I y su hermana Margarita, a las chuletas y la cerveza inglesa.

Ethel vino a reunirse con ellos, llena de entusiasmo por los Sibley y las diversiones que pensaban tener juntos.

-Van a ir al Langham; nosotros podemos ir con ellos, y como conocen los mejores modistas y las mejores tiendas, además de estar muy bien relacionados, nos serán muy útiles durante nuestra estada en París.

-Pero no vamos a ir de compras hasta que volvamos, bien lo sabes. Ahora no tenemos tiempo para esas cosas ni podemos molestar a los Homer dándoles más equipaje -repuso Jenny, cuando siguió a la mesa a los mayores.

-Compraré lo que me agrade y llevaré diez baúles si me conviene. No pienso dedicarme sólo a las ruinas y los libros viejos, y llevar todo el tiempo un traje de viaje. Tú puedes hacer lo que quieras; tu caso es distinto del mío y sé muy bien lo que es adecuado.

Librodot

Y con aquellas palabras Ethel se sentó la primera a la mesa y comenzó a sonreír a los Sibley, sentados enfrente de ella. Jenny cerró la boca y no respondió, sino que comió su lunch con todo el apetito posible, tratando de olvidar sus cuidados y de escuchar la charla que sentía a su alrededor.

Por la tarde, Ethel la dejó para ir disfrutar de la compañía de sus nuevos amigos. Jenny estaba cansada y se alegró de leer y de soñar en el cómodo asiento que le dejó la señora Homer, cuando se retiró a dormir la siesta.

Al anochecer, el mar se puso revuelto y la gente comenzó a desaparecer de la cubierta. A la hora de la cena había en el comedor muchos lugares vacíos, y los que se presentaron parecían haber perdido bruscamente el apetito. Los Homer no se mareaban, pero Jenny estaba pálida y Ethel dijo que le dolía la cabeza, aunque ambas muchachas resistieron levantadas hasta las nueve, en que los Sibley se retiraron precipitadamente después de la cena, y Ethel pensó que debía acostarse pronto para estar dispuesta a divertirse al día siguiente.

Jenny pasó una mala noche, pero no molestó a nadie. Ethel durmió profundamente, y a la mañana siguiente se levantó dispuesta a ser la primera en cubierta. Pero una brusca sacudida la arrojó a un rincón, y cuando se levantó la cabina parecía dar saltos mortales, mientras la invadía un repentino desmayo.

-¡Despiértate, Jenny! ¡Estamos hundiéndonos! ¿Qué es esto? ¡Ayúdame, por favor, ayúdame! -gimió Ethel, dejándose caer en su litera con las primeras angustias del mareo.

Correremos un tupido velo durante tres días, tiempo que duró el mal tiempo y la general desesperación. La señora Homer se ocupó de las muchachas hasta que Jenny estuvo en condiciones de levantarse y poder distraer a Ethel; pero la última lo pasó muy mal, pues una serie de comidas de despedida la habían preparado mal para un viaje por mar, y la pobre muchacha no pudo levantar cabeza en varios días. Sus nuevos amigos no se ocuparon de ella, después de una breve visita de condolencia, pero la fiel Jenny pasó una hora tras otra leyéndole y hablando con ella durante el día, cantándole durante la noche hasta que se dormía, y con frecuencia saliendo de su cama para encender una vela y ver si su compañera estaba bien arropada. Ethel, acostumbrada a los mimos, no se sintió agradecida; pero se daba cuenta de los cuidados de que era objeto, y pensó que Jenny, en tales ocasiones, era tan útil como una doncella.

Jenny le daba las gracias y no hablaba de sus molestias; pero la señora Homer las observaba y escribió a la señora Amory contándole que Jane Basset se portaba admirablemente y hacía todo cuando podía esperarse de ella. Unos cuanto días después añadió nuevos encomios en el diario que pensaba ofrecer a las anhelosas madres cuando volviesen de su viaje, y un incidente tragicómico que relatamos a continuación fue causa de nuevos elogios.

Los ocupantes de las cabinas de cubierta se vieron despertados en plena noche por un ruido y un grito, y al levantarse sobresaltados vieron que los motores del barco estaban inmóviles y que evidentemente algo sucedía. Se produjo un pánico momentáneo; las mujeres gritaron, los niños lloraron, y los caballeros, vestidos de modo extraño, salieron de sus cuartos inquiriendo excitados sobre lo que sucedía.

Como durante la noche no se permitía encender la luz en los camarotes, la oscuridad contribuía a la alarma, y pasó algún tiempo antes de que se conociese el verdadero

Librodot

motivo de ella. La señora Homer entró inmediatamente en el cuarto de las asustadas muchachas, y halló a Ethel asida a Jenny, que trataba de descolgar los salvavidas.

-¡Hemos chocado con una roca! ¡No me dejes! ¡Muramos juntas! ¿Por qué habré venido? -gemía Ethel, mientras su compañera respondía, tratando de aparentar ánimo, mientras pasaba por la cabeza de Ethel el único salvavidas que pudo encontrar.

-¡Lo haré, lo haré! ¡Calma, querida! Estoy segura de que no hay peligro inmediato. Mantén bien sujeto el salvavidas mientras trato de buscarte un abrigo.

Al cabo de un momento, la vela de Jenny brilló como una estrella de esperanza en medio de las tinieblas, y cuando las tres se hubieron puesto abrigos y chales, el profesor les aseguró riendo que el peligro no podía ser grande. Luego se oyeron nuevas risas, además de la voz de la señora Sibley que reñía violentamente, y a poco el profesor Homer vino a decirles que estuviesen tranquilas, pues la detención sólo se debía a que había que enfriar las máquinas, y el ruido fue ocasionado por Joe Sibley, al caer de la cama por una pesadilla producida por huevos escalfados y *Welsh rarebit.*

Muy aliviadas y un poco avergonzadas por su miedo, todas se calmaron. Pero Ethel no podía dormir y asía a Jenny histéricamente, hasta que su compañera se puso a cantarle y la nerviosa muchacha se durmió profundamente.

Ethel se levantó al día siguiente y permaneció en cubierta, echada en la piel de oso del profesor, mientras los Sibley hablaban con ella acerca del susto provocado por la pesadilla del pobre Joe. Jenny se fue a su rincón habitual, donde se sentó con un libro en el regazo, reanimándose con el aire libre hasta que pudo disfrutar de la amable charla de los Homer, que se pusieron cerca de ella, pues cada día aprendían a amar y a respetar a la fiel muchacha que se guardaba sus preocupaciones y miraba el porvenir con confianza, por muy incierto que se presentase.

Sólo necesitamos narrar otro de los incidentes del viaje, pero como significó un marcado cambio en las relaciones de las dos muchachas, vale la pena de hacerlo.

Mientras se preparaba para acostarse, la señora Homer oyó a Jenny que decía en un tono que antes no había usado:

-Mi querida, tengo que decirte una cosa, pues de lo contrario no pensaría que cumplo con mi deber. Le prometí a tu madre qué te acostarías temprano, pues no eres fuerte y no te convienen las emociones. Pero tú no te acuestas a las diez, como te pido todas las noches, sino que te quedas en la cubierta sentada o jugando a los naipes, hasta que todo el mundo, menos los Sibley, se han ido. La señora Homer se queda esperándonos, se cansa y eso es una incorrección hacia ella. ¿Quieres hacerme el favor de hacer lo que debes y no hacerme que te obligue a ello?

Ethel tenia sueño, estaba enfadada, y repuso airada, mientras extendía el pie para que Jenny le quitase los zapatos, pues su compañera, deseosa de agradarle, no le negaba ningún servicio.

-Haré lo que me plazca, y ni tú ni la señora Homer tenéis que preocuparos por mí. Mamá quería que lo pasase bien, ¡y voy a hacerlo! No hay ningún mal en quedarse mirando la luna, cantando y contando historias. La señora Sibley sabe lo que es decoroso mucho mejor que tú.

-No lo creo así, pues se marcha a la cama y deja a sus hijas coqueteando con los oficiales, de un modo que yo sé que no es decoroso -repuso Jenny con firmeza-. Sentiría

mucho oír que digan de ti lo que dicen de las Sibley: "Son unas chicas frescas, pero divertidas".

-¿Eso dijeron? ¡Qué impertinencia! -y Ethel se indignó, pues no estaba aún presentada en sociedad, y conservaba los modestos principios que se olvidan en cuanto se inicia una vida frívola.

-Yo los oí y sé que a la gente bien educada de a bordo no les agradan los gritos ni los modales de las Sibley. Vamos, querida, eres joven y no estás acostumbrada a este género de vida; por tanto, debes ser cuidadosa y mirar lo que haces, lo que dices, y con quién vas.

-¡Cielo santo! Cualquiera creería que eres tan sabia como Salomón y tan vieja como las pirámides. Eres joven, no has viajado, y sabes del mundo tanto como yo, por tanto no tienes por qué sermonearme.

-Sé que no soy sabia ni vieja, pero conozco el mundo mejor que tú, pues comencé a ganarme la vida a los dieciséis años, y cuatro años de duro trabajo me han enseñado mucho. Estoy aquí para velar por ti y pienso hacerlo, digas lo que digas y hagas lo que hagas. Lo he prometido y cumpliré mi palabra. No hay por que molestar a la señora Homer con nuestras pequeñeces, sino ayudarnos mutuamente y pasarlo lo mejor posible. Yo haría por ti todo lo que pudiera, menos permitirte hacer cosas que no les dejaría hacer a mis hermanas, y si no me haces caso, escribiré a tu madre pidiéndole volver a mi país. Mi conciencia no me permite aceptar un dinero y placeres que no he ganado.

-¡A fe mía! -exclamó Ethel, impresionada por aquel lenguaje enérgico y aterrada ante la idea de volver.

-Ahora no hablemos más, porque podemos encolerizarnos y decir cosas que luego lamentaríamos. Estoy segura de que me darás la razón cuando lo pienses bien. Buenas noches, querida.

-Buenas noches -replicó Ethel, y luego sobrevino un largo silencio.

La señora Homer no pudo menos de oír la conversación, pues las dos cabinas estaban muy juntas y las puertas hacían audible toda conversación.

-No hubiera creído que Jenny tenía la energía suficiente para decir eso. Ha aprovechado mi advertencia, de lo cual me alegro, porque Ethel tiene que entrar pronto en vereda, pues de lo contrario no tendremos paz. Después de esto obedecerá y respetará a Jenny, o tendré que intervenir.

La señora Homer tenía razón, y antes de dormirse oyó decir a una humilde voz:

-¿Está dormida, señorita Basset?

-No, querida.

-Entonces le diré que lo he estado pensando. No escriba a mamá, por favor. Seré buena. Siento mucho haber sido poco amable con usted, perdóneme...

La frase no terminó, pues un ruido brusco, un sollozo, y varios cordiales besos indicaban claramente que Jenny había perdonado a la niña mala y que todo había terminado.

Después de aquello, la conducta de Ethel fue decorosa durante el resto del viaje, que, afortunadamente para los buenos propósitos de la muchacha, terminó en Queenstown, con gran pena de la chica. Los Homer pensaron que un vistazo a Irlanda y Escocia les sería muy conveniente a las jóvenes: y como el profesor tenía asuntos que atender en

Librodot

Edimburgo, aquélla era la ruta mejor. Pero Ethel deseaba ir a Londres y se negaba a ver la belleza de los lagos de Killarney, arrugaba la nariz ante los coches de excursión y declaró que Dublín era un lugar estúpido.

Escocia le gustó más, y no pudo menos de disfrutar del espléndido paisaje y de la compañía de los Homer. Pues el profesor conocía todo lo referente a las reliquias y ruinas, y su esposa recordaba perfectamente las leyendas, poesías, y romances que hacían encantadores los más aburridos hechos históricos.

Pero el éxtasis silencioso de Jenny era algo que resultaba amable presenciar. Pues la muchacha no había desdeñado las novelas de Scott, por encontrarlas pasadas de moda, y poblaba los castillos y las cabañas con sus héroes y heroínas; murmuraba los poemas de Burns al visitar los lugares frecuentados por el poeta, y se movía como en sueños, con la cabeza llena del recuerdo de María de Escocia, de Tam O'Shanter, de ratones de campo y margaritas, o libraba terribles batallas con Fitz James y Mamión, y miraba para ver si las campanillas surgían a su paso como habían hecho ante el de, la Dama del Lago.

Ethel le dijo que estaba loca, pero Jenny repuso:

-Déjame que disfrute mientras puedo. He soñado con esto tanto tiempo, que ahora me cuesta trabajo darme cuenta de que ha llegado, y no puedo perder un solo minuto.

De este modo absorbió el romance y la poesía de Escocia, con las brumas y el aire de los páramos, floreciendo como las ramas del brezo que le gustaba ostentar.

-¿Qué vamos a hacer para disfrutar este día de lluvia en este lugar estúpido? -dijo Ethel una mañana, cuando el mal tiempo les impidió realizar una excursión al castillo de Stirling.

-Escribir nuestros diarios y prepararnos leyendo para la visita; así sabremos todo lo relativo al castillo, y no tendremos necesidad de cansar a la gente con nuestras preguntas -repuso Jenny que ya estaba establecida en una ventana del salón del hotel, con sus libros y cartera.

-No llevo un diario y no me agrada leer los libros de guía; es mucho más sencillo preguntar, aunque me interesen muy poca cosa de estos mohosos lugares -dijo Ethel bostezando, mientras fijaba los ojos en la fangosa calle.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿No te interesa la desdichada María y el príncipe Carlos, y todos los recuerdos tristes y románticos de este país? Para mí esto es tan real como si hubiera sucedido ayer, y ya no me olvidaré nunca de los lugares ni de la gente. En realidad, querida, creo que deberías interesarte más y aprovechar bien esta rara oportunidad. Ya has visto lo agradable y útil que es la señora Homer con sus citas e informes acerca de todos los lugares que visitamos. Aumenta nuestro placer y se hace mucho más interesante. Voy a aprender algunos lindos trozos en su libro y a apropiármelos, ya que no puedo comprar esta colección de Burns. ¿Por qué no pruebas tú, y pasamos este día triste recitando y hablando acerca de los hermosos lugares que hemos visto?

-No, gracias; no quiero estudiar. Prefiero divertirme ahora. ¿Por qué voy a cansarme el cerebro leyendo a Scott, cuando tengo a la señora Homer? -y la perezosa Ethel se dedicó a los periódicos que había sobre la mesa, en busca de una diversión más de acuerdo con sus gustos.

Librodot

-Pero bien sabes que no debes pensar únicamente en tu placer. ¡Es tan agradable poder enseñar, divertir o ayudar a los demás! Yo me alegro de aprender, para, con el tiempo, hacer lo mismo que hoy hace la señora Homer, si tengo ocasión de ello. ¿No te fijaste cómo encantó a esos ingleses que estaban en Holyrood, cuando nos recitaba aquel viejo poema? El viejo caballero le hizo una reverencia y le dio las gracias, y la elegante señora la llamó "libro de trozos escogidos". Yo lo hallé tan agradable que se lo he escrito a mi madre y a mis hermanas.

-Lo fue, evidentemente; pero ¿sabes que esa gente eran lord Cumberland y su familia? El guía me lo dijo después. No creí que se trataba de gente importante al verlos vestidos con esa sencillez, ¿y tú?

-Comprendí que era gente fina por sus modales y su conversación; ¿esperabas que viajasen con coronas y mantos de armiño? -repuso Jenny, riendo.

-No soy tan necia. Pero me alegro de haberlos conocido.

porque así le hablaré de ello a los Sibley. Ellos dan tanta importancia a los títulos y se jactan de conocer a lady Watts Barclay, cuyo marido es solamente un cervecero ennoblecido. Voy a comprarme un "plaid" como la de la hija del lord y a mostrársela a esas chicas; ¡presumen de tal manera porque han estado antes en Europa!.. .

Jenny quedó pronto absorta en sus libros; por tanto, Ethel se fue junto a una ventana, con un periódico ilustrado de Londres, donde figuraban muchas personas de la familia real, y durante una hora reinó el silencio. Ninguna de las muchachas había visto cómo de vez en cuando las gafas del profesor se alzaban de su libro para mirarlas; tampoco lo vieron sonreír, mientras tomaba apuntes, ni adivinaron lo complicado que estaba ante la admiración juvenil que Jenny sentía por su sencilla pero excelente esposa. Esta fue una de las pequeñeces que contribuyó a formar su opinión de las dos muchachas, y, con el tiempo, a sugerirle un plan que terminó con gran regocijo de una de ellas.

-Ahora comienza la verdadera diversión y yo estaré perfectamente alegre -exclamó Ethel, mientras recorrían en coche las calles de Londres, dirigiéndose hacia el lúgubre Hotel Langham, favorito de los americanos.

Los ojos de Jenny también lanzaban chispas, y parecía que estaba preparada para las nuevas escenas y emociones que la vieja ciudad les prometía, aunque tenía sus dudas de que hubiese algo más delicioso que Escocia.

Los Sibley estaban en el hotel, y las damas de ambas partes comenzaron en seguida una serie de compras y de visitas a los lugares famosos, mientras los caballeros se ocupaban de asuntos de mayor importancia. Joe fue el encargado de acompañar a las señoras; y el pobre muchacho pasaba muy malos ratos siguiendo a siete damas durante el día y metiéndolas en coches por las noches, para ir a los teatros y conciertos a que decidían concurrir a pesar del calor y del cansancio.

La señora Homer y Jenny pronto se cansaron de aquel "torbellino de alegría", como le llamaron, y planearon excursiones más tranquilas, dedicando diariamente algunas horas al descanso, la escritura y la lectura, deber y placer de los turistas sensatos. Ethel se rebeló y prefería la "plebe", como Joe llamaba a las damas a quienes tenía que acompañar, sin perder su interés por las tiendas de Regent Street, los parques a las horas de moda y las funciones nocturnas que se celebraban durante la temporada. Dejaba a sus compañeros siempre que podía, y con !a señora Sibley como chaperón, se divertía con las

Librodot

otras muchachas, con gran contento suyo. Aquello preocupaba a Jenny y le producía la sensación de que no cumplía con su deber; pero la señora Homer la consolaba, diciéndole que no estarían en Londres más de un mes, y que pronto los dos grupos se separarían, pues los Sibley se iban a París y el profesor pasaría en Suiza y Alemania los meses de agosto y septiembre.

Por tanto, Jenny se entregó a los placeres que más amaba, y con sus nuevos amigos, cuya bondad trataba de retribuir prestándoles todos los pequeños servicios posibles, pasó días felices en los lugares famosos que ellos conocían tan bien, aprendiendo mucho y recordando todo lo que oía y veía, para un futuro placer y provecho. Unas pequeñas muestras de los diversos modos en que nuestras jóvenes viajeras aprovechaban sus oportunidades ilustrarán suficientemente esta nueva versión le la cigarra y la hormiga.

Cuando visitaron la Abadía de Westminster, Ethel se cansó pronto de las tumbas y capillas, y declaró que el terrible cuadro le la Muerte surgiendo de una tumba para lanzar su dardo contra Nightingale, y el bajo relieve de un conde con todas sus galas, llevado al cielo por unos querubines regordetes, abrumados bajo su peso, era lo único digno de verse.

Jenny permaneció hechizada en el rincón de los poetas, esuchando mientras la señora Homer enumeraba los diversos huertos ilustres que las rodeaban; siguió al alguacil de capilla en capilla, con interés inteligente, mientras él narraba la historia de todas las tumbas reales, y renunció a las obras de Madame Tussaud, para pasar varias horas dibujando los claustros de la Abadía, para añadirlos a su colección de acuarelas, que tomaba de todos los lugares donde iba con el fin de que sirviesen como estudios a sus discípulos de América.

En la Torre se emocionó mucho con los lugares trágicos que visitó y los heroicos relatos acerca de los reyes y reinas, los nobles corazones y las mentes elevadas, que habían sufrido y perecido allí. Ethel odiaba los horrores y sólo le interesaban las joyas de la corona, las desvaídas efigies de la galería de armaduras, y los highlanders que tocaban las gaitas en el patio.

En Kew, Jenny se extasió ante las raras flores y se llenó de asombro ante el Victoria Regia, el lirio acuático real, tan grande que un niño podía sentarse en una de sus hojas, como si lo hiciese sobre una verde isla. Su interés y su deleite conmovieron el corazón del hombre que custodiaba aquello, quien le obsequió un ramo de orquídeas que llenó de envidia a las Sibley, y a Ethel, que iban con ella, pero que pronto, cansadas de las plantas, se fueron a tomar el té en el Cenador de Flora, uno de los pequeños pabellones donde los visitantes se reponían tomando té y bollos, en unas habitaciones tan pequeñas que tenían que poner los abrigos en la chimenea o en las ventanas mientras comían.

A las pocas fiestas a que concurrieron -pues los Homer eran reposados y anticuados- Jenny estuvo sentada en un rincón tomando notas de la alegre escena, mientras Ethel bostezaba. Pero el Ratón reunió muchas migajas de conversaciones buenas, mientras se hallaba sentada junto a la señora Homer, bebiendo la charla ingeniosa y prudente que se cruzaba entre los amigos que venían a visitarles y el profesor y su interesante esposa. Cada noche, Jenny tenía nuevos nombres famosos que añadir a la lista de su diario, y las sencillas paginas estaban llenas de anécdotas, descripciones y comentarios de las aventuras del día.

Librodot

Pero la perla de su colección de aventuras londinenses fue adquirida del modo más inesperado, y no sólo le proporcionó gran regocijo, sino que hizo que sus jóvenes compañeros las mirasen con un nuevo respeto.

-Déjeme que me quede a cuidarla; lo prefiero al Palacio de Cristal, pues no deseo ir sabiendo que está aquí sola y enferma -dijo Jenny una hermosa mañana en que las dos muchachas habían bajado dispuestas para la excursión prometida, hallando que la señora Homer estaba en cama con una jaqueca nerviosa.

-No, querida; no puedes hacer nada por mí. Lo único que necesito es silencio, y mi única preocupación es que no voy a poder escribir las notas de mi marido. Prometí tenerlas listas la noche pasada, pero estaba tan cansada que no pude hacerlo -repuso la señora Homer mientras Jenny se inclinaba sobre ella, llena de afectuosa ansiedad.

-¡Déjeme que lo haga yo! Me enorgullecería poder ayudar; y sé que puedo hacerlo, pues las copié una vez y él me dijo que estaban bien hechas. Por favor, permítamelo; pasaré copiando la mañana mucho mejor que yendo con las ruidosas Sibley.

La inválida consintió de mala gana; y cuando los demás se hubieron ido precipitadamente, Jenny se puso a trabajar con tanto ahínco que en una o dos horas terminó su tarea. Miraba tristemente por la ventana, preguntándose a dónde podría ir sola, pues la enferma estaba dormida y nadie la necesitaba, cuando el profesor entró a ver a su mujer antes de ir al Museo Británico, para consultar determinados libros y pergaminos.

Quedó encantado al hallar sus notas en orden, y después de echar una ojeada a la dama qué dormía, le dijo a Jenny que fuese con él a un lugar que le agradaría, aunque muchas jóvenes lo encontraban aburrido.

Salieron, y Jenny vagó por el Museo, bajo la custodia de un amable anciano, admirando todas las maravillas allí reunidas, hasta que el profesor Homer la llamó, una vez terminado su trabajo del día. Era tarde, pero Jenny no sentía el paso del tiempo, y salió de la Sala Egipcia sonriente y dispuesta para el lunch a que el profesor la invitó. Iban a salir, cuando un caballero se cruzó con ellos y al reconocer al americano lo saludó cordialmente. A Jenny le latió el corazón al ser presentada a Mr. Gladstone, y escuchar con toda atención la voz argentina y mirar con los ojos muy abiertos el rostro cansado del famoso hombre público.

-¡Estoy encantada! ¡Tenía tantos deseos de verle y me siento tan orgullosa de que me haya sonreído y hecho una reverencia el primer Ministro de Inglaterra! -dijo Jenny llena de alegría juvenil una vez terminada la entrevista.

-Vendrás conmigo a la Cámara de los Comunes y lo oirás hablar algún día; entonces tu copa se habrá colmado, pues ya has visto a Browning, oído a Irving, tomado té con Jean Ingelow, y echado un vistazo a la familia real -dijo el profesor, que disfrutaba con el interés que Jenny sentía por las personas y los lugares.

-¡Gracias, eso sería espléndido! A mi me gusta mucho ver a las personas famosas, porque así tengo una verdadera pintura de cómo son y puedo admirar mejor sus virtudes y evitar sus defectos.

-Si, es bueno tener esa especie de galería mental, a la cual se debe añadir todos los famosos cuadros posibles. Ahora vamos a tomar un Hansom y veremos si eso te agrada.

Jenny quedó muy complacida con ello, pues las mujeres no suelen ir en tales vehículos, como no las acompañe un hombre, y Ethel se sentía muy orgullosa por haber

Librodot

dado un paseo en uno de dichos coches, en compañía de Joe. Jenny era lo bastante joven para que le agradase jactarse de aquella pequeña aventura, y aquel día le trajo otra que eclipsó todas las habidas por sus jóvenes compañeras.

Un buen paseo en coche, una comida escogida en -un famoso restaurante, donde Johnson había bebido océanos de té, se vio sucedida por un paseo por el parque; pues al profesor le gustaba su joven camarada y estaba agradecido por las bien escritas notas que ayudaban a su labor.

Mientras estaban apoyados en la barandilla, viendo el desfile de espléndidos coches, uno de ellos, sólo notable por su sobria elegancia, se detuvo junto a ellos, y la más anciana de las dos damas que lo ocupaban saludó al profesor Homer. El se apresuró a responder al saludo y la dama lo invitó cordialmente a dar un paseo en su compañía. A Jenny casi le cortó el aliento cuando fue presentada a la Duquesa de S..., y se vio sentada frente a ella en un lujoso coche, conducido por un cochero de peluca blanca y con dos lacayos empolvados de pie detrás de el. Secretamente complacida por haber disfrutado de aquel paseo con el profesor, y recordando que las muchachas inglesas son especialmente discretas en presencia de las personas mayores, permaneció muda y modesta, lanzando cautelosas miradas a la gran señora que hablaba del modo más sencillo con el profesor, haciéndole preguntas acerca de su trabajo, por el cual, como miembro de una de las casas históricas de Inglaterra, se interesaba grandemente. Jenny obtuvo de ella unas cuantas amables palabras antes de que los dejasen en la puerta del hotel, con gran admiración del portero, que reconoció las libreas e hizo correr la noticia.

-Éste es un buen ejemplo de cómo suceden las cosas en esta Feria de las Vanidades. Salimos a dar un paseo a pie, luego tomamos un modesto coche de alquiler, nos detenemos en el parque para ver a los ricos y famosos, y regresamos en un carruaje ducal, sintiéndonos muy emocionados, ¿no es verdad? -preguntó el profesor, mientras subían las escaleras, observando el nuevo aire de dignidad que Jenny asumía inconscientemente, cuando un camarero obsequioso se apresuró a abrirle la puerta.

-Creo que sí -repuso la sincera Jenny, riendo al ver el brillo de los ojos del profesor detrás de los cristales de sus gafas-. Me agradan los esplendores y me siento muy orgullosa de haber hablado con una duquesa real; pero también creo que su hermoso rostro anciano, sus encantadores modales, me agradan más que su lindo coche y su nombre famoso. Iba vestida más sencillamente que la señora Sibley, y nos hablaba como si fuésemos sus, iguales. Sin embargo, uno no podía olvidarse de que era noble y vivía en un mundo diferente del que nosotros vivimos.

-Exactamente, querida; ella es una mujer noble, en todos los sentidos de la palabra, y tiene derecho a sus títulos. Sus antepasados eran hacedores de reyes, y ella es dama de la reina; sin embargo, preside las sociedades de caridad de Londres y es amiga de todos los que contribuyen al progreso del mundo. Me alegro de que la hayas conocido y hayas visto un ejemplo tan bueno de una verdadera aristócrata. Nosotros los americanos fingimos no dar importancia a los títulos, pero muchos dé nosotros los anhelamos en secreto y nos inclinamos ante pobres muestras de una verdadera aristocracia. No llenes tu diario de grandes nombres, como hace mucha gente, sino consigna en él sólo los mejores, recordando que "no es oro todo lo que reluce".

-Lo haré.

Librodot

Y Jenny puso aquel sermón al lado de su pequeña aventura, y no habló de ella hasta que la señora Homer hizo alusión a lo sucedido después de haber sido informado por su esposo. -¡Cómo me habría gustado estar allí en vez de recorrer ese palacio lleno de basura! ¡Una verdadera duquesa! ¡Las Sibleys se quedarán asombradas! Después de ello no me hablarán más de lady Watts Barclay, y me figuro que te tratarán con más respeto; ¡encárgate al menos de que lo hagan! -dijo Ethel muy impresionada por la buena fortuna de su amiga y deseando hablar de ella.

-Creo que si esas cosas las afectan, su respeto no merece la pena -repuso Jane aceptando el brazo que Ethel le ofreció cuando fueron a cenar, cortesía muy poco corriente, cuya causa comprendía y la hacía sonreír.

Ethel pareció sentir el reproche pero no dijo nada, sino que se mostró más cortés con su compañera, siendo imitada por sus amigas una vez que oyeron la historia de la excursión de Jenny y el profesor.

El cambio resultó muy grato a la paciente Jenny, que había soportado en silencio muchos ligeros desdenes; pero pronto acabó, pues los grupos se separaron y nuestros amigos dejaron muy lejos de sí la capital al cruzar el canal y remontar el Rin hasta Schwalbach, donde la señora Homer iba a tomar baños para su reumatismo, mientras. el profesor descansaba de sus trabajos de Londres.

El viaje fue encantador y luego siguieron varias felices semanas en que las muchachas vagaron por la Little Brunnen, alegre con gente dé todas partes de Europa, que habían venido a probar las aguas minerales y a descansar bajo los tilos.

Jenny halló allí mucho qué dibujar, y se pasaba el día anotando los grupos pintorescos, mientras permanecía sentada en la Allée Saal, copiando el bosque, cuando paseaban por las colinas, y las estatuas y los arcos de la Capilla de Santa Isabel, o las raras casitas del barrio judío de la ciudad. Incluso los cerdos figuraban en su cuaderno, con su pastor que tocaba el cuerno por la mañana para que cada cerdo saliese de su pocilga, y se uniese a la piara para que fuesen a comer bellotas en la colina, hasta la puesta de sol, en que regresaban a casa.

La principal diversión de Ethel era comprar chucherías en los puestos de las inmediaciones del Stahlbrunnen. Una tentadora exhihición de cristales, ágatas y acero se hallaba en venta allí, en compañía de bombones franceses, tallas suizas, bordados y encajes alemanes, y álbumes de paisajes o ilustraciones de libros famosos Ethel gastó allí mucho dinero y contribuyó en tan gran cantidad a su colección de recuerdos que hubo que añadir un nuevo baúl a su equipaje, a pesar de los consejos que le daban de que aguardase a que llegasen a París, donde podrían comprar todo mucho más barato y embalarlo seguramente para el transporte.

Jenny se contentó con un libro alemán y unos adornos para sus hermanas; los cristales de colores violeta, rosa y blanco eran muy baratos y apropiados para las muchachitas. Jenny se sentía rica con su nuevo salario, y estimaba que podía permitirse el lujo de comprar lo que le agradase; pero había hecho una lista de los regalos adecuados, y resistía las tentaciones, ahorrando el dinero y recordando cuánto lo necesitaban en su casa.

Una tarde que las muchachas venían de las ruinas de Hohenstein, bajaron del coche para dar un paseo por la colina y divertirse recogiendo flores. Cuando volvieron a su

puesto, Ethel llevaba un gran ramo de amapolas y Jenny un ramillete de acianos para la señora Homer y un brazado de espigas verdes para ella.

-Parece que han estado espigando -dijo el profesor, al ver que las muchachas adornaban sus sombreros de paja con las amapolas y las espigas.

-A mí me parece que lo hago todos los días, reuniendo, ya que no otra cosa, una gran cosecha de placeres -repuso Jenny volviendo sus agradecidos ojos de un bondadoso rostro al otro.

-Mis amapolas son mucho más lindas que esa cosa tan rígida. ¿Por qué no te pones unas pocas? -preguntó Ethel, examinando satisfecha su brillante adorno.

-No van a durar; pero mis espigas sí, y se pondrán más lindas cuando maduren en mi sombrero -repuso Jenny, que colocaba alegremente las graciosas espigas en la copa del suyo.

-Entonces los granos caerán y. quedarán las vainas, y eso no será lindo, estoy segura -rió Ethel.

-Y se los comerán los pájaros hambrientos. Pero las vainas durarán mucho, y me recordarán este feliz día; tus amapolas pierden las hojas ya y su olor no es agradable. Prefiero mis espigas, que sirven para hacer pan, a tus flores del opio -dijo Jenny con una sonrisa reflexiva, mientras contemplaba cómo los pétalos escarlata se volaban, dejando desnudas las semillas.

-Entonces me procuraré unas artificiales en la sombrerera, que estarán lindas todo el tiempo que desee; por tanto, no te envidio tus útiles espigas -dijo Ethel, espoleada por la mirada que se cruzó entre los esposos Homer.

No se dijo nada más; pero ambas muchachas recordaron más tarde aquella charla, pues los ramilletes campesinos sirvieron para destacar la moraleja del cuento ya que no para adornarla.

No tenemos espacio para detallar todos los agradables vagabundeos de nuestros viajeros, mientras iban de un punto interesante al otro, hasta que descansaron en Ginebra.

Allí Ethel perdió completamente la cabeza entre el deslumbrante surtido de joyas, y tuvo que ser vigilada para que no se gastase el último penique. Casi a la fuerza tuvieron que sacarle de las encantadoras tiendas; y nadie se sentía tranquilo como no estuviese en el lago, de paseo en Chamouni o dormida en su lecho.

Jenny compró un reloj, cosa muy necesaria a una maestra, y aquél era el mejor lugar de adquirir uno. Fue elegido con cuidado después de consultar con el profesor; y la señora Homer añadió un sellito y una cadena de oro, al ver que Jenny se contentaba con un cordoncito negro.

-Es sólo en pago de tus filiales servicios, querida; y mi esposo desea que dé las gracias a la paciente secretaria que le ha ayudado de tan buena gana -dijo, cuando fue a despertar a Jenny con un beso la mañana en que la muchacha cumplía sus ventiún años.

Una serie de sus volúmenes preferidos fue el segundo regalo, y Jenny quedó muy conmovida al ver que la recordaban tan bien. Ethel le regaló un encaje que Jenny había querido comprar en Bruselas para regalar a su madre, pero no pudo por ser tan caro como hermoso. fue un día feliz que pasó tranquilamente junto al lago, leyendo trozos escogidos de Shakespeare, Wordsworth, Byron, Burns, Scott y otros poetas descriptivos y escribiendo cartas cariñosas a su país a las cuales puso orgullosamente el sellito.

Librodot

Después de aquello, mientras Ethel recorría las brillantes tiendas, leía novelas en el jardín del hotel, o seguía a los turistas, Jenny, con ayuda de su valiosa biblioteca, su lápiz industrioso y sus magníficas guías, reunió una serie de valiosos recuerdos, al visitar los lugares famosos que como un collar de perlas rodean el encantador lago, teniendo como cierre al Monte Blanco. Calvino y Ginebra, Voltaire y Ferney, De Staél y Coppet, el jardín de Gibbon en Lausana, el prisionero de Byron en Chillon, el bosque de castaños de Rousseau en Clarens, y todas las leyendas, reliquias y recuerdos de los héroes, novelistas, poetas y filósofos de Suiza, fueron cuidadosamente estudiados, recordados y disfrutados. Y cuando al fin se dirigieron a París, Jenny sentía que su corazón, su cabeza y su baulito contenían más riquezas que todas las joyerías de Ginebra.

En Lión hizo su segunda compra importante; pues cuando visitaron una de las grandes fábricas, para llevar a cabo varios encargos hechos a la señora Homer, Jenny adquirió orgullosamente una hermosa seda negra para su madre. Ésta, con el delicado encaje, pondría presentable a la buena señora durante muchos días, y la muchacha estaba radiante de satisfacción al imaginarse la alegría de los suyos cuando aquel espléndido regalo adornase a la madre que nunca se ocupaba del estado de sus vestidos con tal de que sus hijas fuesen arregladas.

Cuando llegaron a París fue para Jenny una dura prueba el pasar día tras día haciendo compras, hablando con modistas y paseando en coche por el Bois, para ver desfilar al gran mundo, cuando ella deseaba empaparse de la Revolución Francesa, leyendo a Carlyle, copiar las reliquias del Hotel Cluny o disfrutar con los tesoros del Louvre.

-¿Por qué quieres estar estudiando todo el tiempo? -le preguntó Ethel, mientras seguían a la señora Homer y a una conocida dama francesa por el Palais Royal, lleno de brillantes. tiendas, cafés y gentes.

-Mi sueño es colocarme como profesora de alemán y de historia en un colegio de señoritas el año que viene. Es una buena oportunidad y me han prometido el puesto si estoy en condiciones de llenarlo; por . tanto tengo que prepararme. Por eso prefiero Versailles a la Rue de Rívoli, y prefiero hablar con el profesor Homer acerca de los reyes y las reinas de Francia, que el comprar aquí diamantes de imitación o entrar a tomar helados -repuso Jenny, que parecía muy cansada del brillo, ruido y polvo del alegre lugar, cuando tenía el corazón en la Consejería, con la pobre Antonieta, o en los Inválidos, donde yacía el gran Napoleón custodiado aún por sus fieles franceses.

-¡Vaya una perspectiva desagradable! Yo pensaba que tú procurarías divertirte, mientras pudieras, y dejar a la suerte tu colocación, si es que piensas seguir enseñando -dijo Ethel, deteniéndose a admirar un escaparate lleno de preciosos sombreros.

-No, para mí es una perspectiva encantadora, pues me agrada la enseñanza, y no puedo dejar nada entregado a la suerte. Dios ayuda a los que se. ayudan, según dice mi madre, y deseo que mis hermanas no lo pasen 'tan mal como yo; por tanto, debo tener dispuestas mis herramientas y prepararme para hacer una buena obra cuando tenga la oportunidad -repuso Jenny, con un aire tan decidido que la dama francesa volvió la cabeza, preguntándose si aquellas dos mademoiselles estaban peleando.

-¿Qué entiendes por herramientas? -preguntó Ethel, apartándose de los sombreros para mirar otro escaparate lleno de bombones.

Librodot

-El profesor Homer dice que una mente bien provista es una caja de herramientas con las cuales se puede abrir camino. Ahora mis herramientas son conocimientos, memoria, gusto, la capacidad de transmitir a los otros lo que sé, buenos modales, sensatez y paciencia añadió Jenny, dando un suspiro al recordar los años pasados enseñando el alfabeto a los niños.

Ethel creyó que aquel suspiro era por ella, sabedora de lo exigente que había sido, especialmente en el último tiempo, al insistir en que Jenny la acompañase, porque su francés era tan malo que casi no le servía de nada, aunque en América se había jactado de que sabía mucho. Su ignorancia de muchas cosas había hecho que tuviesen mala impresión de ella, pues en la Pensión de Madame Dene había muchas agradables señoras inglesas y francesas, y en la mesa se hablaba bastante, y Jenny disfrutaba mucho de la charla, aunque por su modestia decía muy poca cosa. Pero Ethel, que anhelaba distinguirse delante de las calladas inglesas, trataba de hablar con frecuencia y cometía errores, porque en su cabeza había una gran confusión de nombres y lugares, y sus conocimientos generales eran muy superficiales. Un día le dijo con tono protector a una dama francesa:

-Nosotros recordamos las obligaciones que tenemos para con su Lamartine, durante nuestra Revolución, y para con los demás bravos franceses que nos ayudaron.

-Querrás decir Lafayette, querida -murmuró rápidamente Jenny, mientras la dama sonreía, un poco confusa ante el mal pronunciado francés, pero logrando distinguir el nombre del poeta.

-Sé lo que quiero decir; no necesitas molestarte, corrigiéndome e interrumpiéndome cuando hablo -repuso Ethel con tono impertinente y molesta por la sonrisa que vio en el rostro de la muchacha que se sentaba frente a ella y por el rubor de Jenny ante su grosería e ingratitud. Luego lamentó ambas cosas, cuando Jenny le explicó todo más tarde, y deseó haber corregido inmediatamente aquel error haciendo que pasase como un lapsus linguœo. Era demasiado tarde; pero guardó silencio, y ya no dio a la señorita Cholmondeley más ocasiones de sonreír con aire de superioridad a pesar de que aquello era natural, ya que era una muchacha muy culta.

Pensando en éste y en otros errores, de los cuales Jenny había tratado de salvarla, Ethel sentía un verdadero remordimiento, y pensaba qué podría hacer para recompensar a aquella amable criatura que tan bien la había servido, y deseaba seguir adelante humildemente. Los encargos estaban ya hechos, .las compras realizadas en su gran mayoría y Mademoiselle Campan, la anciana francesa que comía en la pensión de las jóvenes, estaba siempre dispuesta a serles útil; por tanto, ¿por qué no dar unas vacaciones a Jenny, dejándola que estudiase durante los restantes días que permanecerían en París?

Dentro de quince días, su tío Sam vendría para buscar a las jóvenes, pues los Homer tenían pensado pasar el invierno en Roma. Por tanto, sería conveniente que Jane Basset volviese de buen humor, de modo que sus informes complaciesen a mamá y aplacasen a papá, si se enfadaba por la gran cantidad de dinero que su hijita había gastado.

Ethel veía entonces, como ocurre siempre cuando es demasiado tarde para reparar el daño causado, las muchas cosas que había dejado por hacer, a pesar de que debía haber hecho, y lamentaba el haber vivido para sí en vez de haber hecho lo posible por endulzar

Librodot

la vida de aquella pobre muchacha cuyo porvenir parecía tan poco atractivo a Ethel, que esperaba ser presentada en sociedad aquel invierno.

Era un plan bondadoso, y Jenny quedó muy agradecida cuando se lo propusieron, probándole que no descuidaría sus deberes yendo con los Homer y dejando a Ethel al cuidado de la excelente dama francesa que amaba los chiffons tanto como la muchacha, y estaba dispuesta a aceptar regalos en pago de sus servicios.

Pero los buenos propósitos de Ethel y las vacaciones de Jenny quedaron en la nada. Aquélla enfermó por haber comido demasiados dulces y tuvo un fuerte ataque de bilis que la obligó a guardar cama hasta que llegó su tío.

Todos eran muy amables con ella, y no corrió peligro; pero los días eran largos, la enferma se impacientaba y la enfermera se cansó' antes de que la segunda semana trajese consigo la convalecencia y se produjo una alegría y limpieza generales. El tío Sam se divertía mientras esperaba que su sobrina se restableciese y estuviese en condiciones de viajar, y las jóvenes comenzaban a hacer el equipaje poco a poco, pues la acumulación de las cosas que Ethel había comprado dificultaba aquella tarea.

-¡Por fin todo está en orden y sólo falta el baúl transatlántico que dejamos para último momento! -dijo Jenny, cruzando sus cansados brazos después de una prolongada lucha, con media docena de vestidos nuevos y una extraordinaria confusión de sombreros, zapatos, guantes y artículos de perfumería. En la antecámara había dos grandes baúles ya listos para el tras lado; el tercero estaba hecho ya y no quedaban más que el baulito y la estropeada maleta de Jenny.

-¡Qué bien lo has arreglado! Debería haberte ayudado, pero no has querido dejarme y además me habría estropeado el vestido. Ven y ayúdame a clasificar todo esto -dijo Ethel que debía haber estado vestida y fuera si la llegada de un nuevo peignoir no la hubiese hecho quedarse en casa para disfrutar de la preciosa prenda azul y rosa, adornada con encajes y cintas al gusto francés.

-No vas a conseguir meter todo eso en la caja, querida -repuso Jenny, sentándose con gusto junto a Ethel en el sofá, lleno de chucherías más o menos deterioradas por un manejo descuidado y las vicisitudes de un baúl llevado de una parte a otra.

-No creo que merezca la pena molestarse. Estoy cansada de estas cosas y me parecen muy miserables después de haber visto joyas verdaderas. Las tiraría si no hubiera gastado tanto dinero en ellas -dijo Ethel examinando las filigranas, las perlas de imitación y los collares de coral artificial, las pulseras y los broches que caían de las frágiles cajas en que venían.

-Allí la gente .los encontrará bonitos, pues no han visto tantas cosas como nosotros. Voy a coser las cajas rotas, a limpiar la plata y a enhebrar las cuentas y todo parecerá nuevo; estoy segura de que en América habrá muchas muchachas que se volverán locas con esto -repuso Jenny, poniendo orden en el caos con sus hábiles manos.

Ethel se reclinó y la contempló durante. unos minutos. En la última semana nuestra jovencita había estado pensando mucho, y sentía vivos deseos de decir a Jane Basset cuánto la amaba y lo agradecida que le estaba por lo paciente y fiel que había sido con ella durante aquellos seis meses. Pero era orgullosa y le costaba trabajo ser humilde; la obstinación era dulce y el reconocerse culpable una dura tarea. La penitente no sabía por dónde empezar; por tanto, esperaba una oportunidad que se presentó al poco tiempo.

Librodot

-¿Te sientes alegre de volver, Jenny? -le preguntó con el tono más cariñoso posible, mientras ponía su más lindo medallón en torno al cuello de su amiga; pues durante la enfermedad había desaparecido toda formalidad y ceremonia, y "la señorita Basset" era entonces "Querida Jenny".

-Me alegra mucho, muchísimo, volver a ver a mi familia y poderles hablar de mis espléndidas vacaciones; pero no puedo menos de desear que nos quedásemos aquí hasta la primavera, ahora que no tengo que enseñar y. quizá no vuelva a tener oportunidad semejante. Temo que esto parezca una ingratitud, después de cuanto he tenido; pero confieso que siento volver a mi país sin haber visto Roma -repuso Jane, frotando cuidadosamente un peinecillo.

-En efecto; pero a mí no me importa tanto, pues vendré en otras ocasiones y entonces estaré mejor preparada para disfrutar bien de todo. Este invierno me pondré a estudiar seriamente, y no seré tan tonta. Jenny, se me ha ocurrido un plan. No sé, si te agradará. A mí me gustaría mucho y pienso proponérselo a mamá, en cuanto llegue -dijo Ethel contenta de aquella oportunidad.

-¿Cuál es, querida?

-¿Querrías ser mi aya y enseñarme todo cuanto sabes, en mi casa, este invierno? No quiero volver de nuevo a la escuela para aprender idiomas y unos cuantos detalles, y realmente creo que tú puedes hacer por mí más que nadie, porque sabes lo que necesito y has tenido tanta paciencia conmigo. ¿Quieres hacerlo? -y Ethel le echó los brazos al cuello a Jenny, con un beso y un sollozo que fueron para la muchacha más preciosos que el famoso collar de diamantes de María Antonieta; cuya historia había estado leyendo.

-Lo haré con todo mi corazón, querida, si es que lo deseas. Creo que ambas nos conocemos y nos amamos, y podemos ser felices juntas ayudándonos mutuamente, y si tu madre me lo pide, iré -repuso Jenny, que comprendía lo que significaba aquella ternura, y se alegraba de aceptar el pago de muchas pruebas duras que no había referido siquiera a su madre.

Ethel estaba entonces en uno de sus mejores momentos, y su amiga se sentía recompensada de las molestias pasadas por la promesa de ayuda y amor en el futuro. Por tanto, comentaron animadamente el nuevo plan, hasta que vino la señora Homer para traerles unas cartas llegadas de América. Vio que, algo inusitado sucedía, pero se limitó a sonreír y a inclinar la cabeza diciendo:

-He recibido buenas noticias y espero que a vosotras os ocurra lo mismo.

Durante un tiempo reinó el silencio y las muchachas leyeron sentadas; luego una brusca exclamación de Ethel pareció producir un extraño efecto sobre Jenny, porque, con un grito de alegría se puso en pie de un salto y bailó por la habitación agitando la carta mientras gritaba:

-¡Voy a ir! ¡Voy a ir! ¡No puedo creerlo, pero es cierto! ¡Qué buenos, qué buenos son todos conmigo!

Y luego se arrojó sobre su lecho y ocultó el rostro riendo, hasta que Ethel fue a unirse a su regocijo.

-¡Oh, Jenny, cuánto me alegro! ¡Tú lo mereces y como de costumbre, la señora Homer ha arreglado todo antes de decir una palabra. Déjame que lea lo que mamá te escribe.

Librodot

Aquí está mi carta; mira lo bien que me habla de ti y lo agradecidos que están todos por lo que has hecho por mí.

Las cartas cambiaron de mano, y, sentadas muy juntas, las muchachas leyeron las felices noticias que significaban para una el cumplimiento de sus deseos y para la otra el poder alegrarse con el placer, ajeno.

Jane iría a Roma con los Homer, donde pasaría el invierno, y quizá fuese a Grecia para la primavera. Ante ella se extendía un año de delicias, ofrecido de modo tan amistoso y con tales palabras de encomio que el corazón de la muchacha desbordaba de gratitud, sintiendo que todos sus pequeños sacrificios de amor propio, todas sus horas de soledad, todos sus deberes desagradables, quedaban compensados por aquella rara oportunidad de gozar de nueva belleza, sabiduría y poesía, del mundo maravilloso que se abría ante ella.

A poco corrió a dar las gracias a sus buenos amigos, y volvió arrastrando un baulito nuevo, en el que casi se ocultó al explicar su presencia, sacar sus diversas bandejas y mostrar sus varias comodidades.

-La señora Homer dice que debo enviar mis regalos en el baúl viejo y llevarme ésto a Roma. ¡Piensa en ello! Un nuevo baúl francés, y Roma llena de estatuas, cuadros, San Pedro, el Coliseo. El aliento se me corta y la cabeza me da vueltas.

-Ya lo veo. Es un buen baúl, pero en él no cabe ni San Pedro; de manera que más vale que te tranquilices y guardes tus tesoros. Yo te ayudaré -exclamó Ethel, saltando con su nuevo atavío, y casi tan emocionada como Jenny por aquel delicioso cambio de sus perspectivas.

¡Con qué alegría guardó en el viejo baúl los pocos regalos que se había atrevido a comprar, y los que le habían dado: la seda brillante, el exquisito encaje, los cristales, los guantes, el frasco de agua de Colonia, los libros y el último de los dibujos que ilustraban el diario que llevaba con destino a su familia!

-Ahora una vez escrita mi carta y metido en el sobre el cheque con lo que resta de mi salario, he terminado. Pero queda más espacio y me agradaría tener algo, ahora, que me siento tan rica. Pero es una locura comprar trajes que pagan derechos, cuando no sé lo que las muchachas necesitan. Me siento tan rica que saldría corriendo para comprarles unos adornos. Tienen tan poca cosa que todo les parecerá bueno -dijo Jenny examinando con orgullo su baúl y buscando alguna chuchería con que llenar los rincones.

-Entonces déjame que meta esto y así me libro de ello. Iré a visitar a tu familia, les hablaré de ti y les explicaré por qué les envías estas basuras.

Mientras hablaba, Ethel metió varias tallas suizas, un paquete con corbatas y bandas de París, que alegrarían los corazones de las muchachas pobres que necesitaban aquellos accesorios para sus toilettes. Una gran caja de bombones completó su contribución y sólo quedó un rincón vacío.

-Meteré mi sombrero viejo, para que todo quede sujeto; a las muchachas les gustará, y yo le tengo cariño porque me recuerda los días felices -dijo Jenny, comenzando a quitar el polvo a su viejo sombrero. Muchos granos de trigo cayeron en su mano, pues las espigas seguían en su lugar, recordándoles la charla que tuvieron en Schwalbach. Ethel lanzó una mirada a su sombrero, con sus descoloridas flores artificiales, luego sus ojos se posaron en los modestos tesoros reunidos tan cuidadosamente, y a continuación en las inútiles galas que había sobre su lecho, y dijo con sensatez:

-Tenías razón, Jenny. Mis amapolas no valían nada, y mi cosecha ha sido bien mezquina. Tu trigo cayó en buena tierra, y antes de volver a casa recogerás sus frutos. Bien, conservaré mi sombrero viejo para acordarme de ti; y cuando venga de nuevo aquí, espero que mi sombrero nuevo cubra una cabeza más sensata.

CAPULLITO DE ROSA

-Acabo de llegar -dijo una niñita al entrar en una gran habitación donde trabajaban tres señoras.

Una de las damas era muy delgada, la otra muy gruesa, y la más joven de todas muy linda. La más anciana se puso las gafas, la gruesa dejó caer su costura, y la linda exclamó:

-¡Tienes que ser la pequeña Rosamond!

-Sí, acabo de llegar; el mozo me está subiendo el baúl, y traigo una carta para la prima Penélope -dijo la niña, con la amable compostura de quien está segura de una buena acogida.

La dama gruesa extendió la mano para asir la carta; pero la niñita, después de lanzar a las damas una ojeada, se acercó a la dama anciana que la recibió con un beso, diciendo:

-Efectivamente, ¿cómo lo adivinaste, querida.

-Oh, papá dijo que la prima Penny es vieja, que la prima Henny es gorda, y la prima Cicely bastante linda; por tanto, lo comprendí al momento -replicó Rosamond, con un tono de satisfacción inocente ante su sagacidad, y sin darse cuenta del efecto que producían sus palabras.

La señorita Penélope se retiró precipitadamente detrás de su carta, Henrietta frunció el ceño de modo que sus lentes de montura de oro cayeron de su nariz, y Cicely rió, exclamando:

-Temo que tengamos en casa un enfant terrible, aunque no puedo quejarme de la parte que me toca en sus cumplidos.

-Jamás esperé que la hija de Clara estuviera bien educada y ahora veo que tenía razón. Quítate el sombrero, Rosamond, y siéntate. Mi hermana se cansa de que te apoyes en ella de tal modo -dijo Henny en un tono severo, sin decir más palabras cordiales.

Al ver que algo sucedía, la chiquilla obedeció calladamente, y encaramándose en un viejo sillón, cruzó sus piernecitas, plegó las manos sobre la maletita que traía y se quedó mirando la habitación con un par de enormes ojos azules, sin sentir la menor vergüenza, aunque un poco pensativa, como si recordase aún los detalles de la tierna separación.

Mientras Penny lee la carta, Henny borda margaritas en un trozo de cañamazo, y Cicely se inclina en un rincón del sofá mirando a la recién llegada, nosotros nos ocuparemos de presenciar a nuestra pequeña heroína. Su padre era el primo de las damas más viejas, y habiendo tenido que viajar súbitamente a ultramar, por razón de sus negocios, se llevó a su esposa con él, dejando a su hijita al cuidado de sus parientes, por considerarla demasiado joven para realizar tan largo viaje. Cicely era una sobrina

huérfana, que vivía con las ancianas y se encargaría de la niñita; y un verano en aquella tranquila ciudad le vendría muy bien, mientras el cambio de paisaje la consolaría de la primera separación de su madre. Lo que le ocurrió aun queda por ver; y sólo necesitamos añadir que la niña estaba bien educada, que había sido la compañera de una amable y cariñosa mujer, y tenía mucho interés en complacer a sus padres, a quienes amaba apasionadamente, cumpliendo las promesas que les había hecho de ser "tan valiente como papá y tan paciente y amable como mamá"

-Bien, ¿qué piensas de esto, señorita? -preguntó Cicely, cuando los azules ojos se posaron en ella, después de haber recorrido la sala oscura y anticuada.

-Es un lugar muy grande y oscuro para una niña -dijo la pequeña con cierto temblor en la voz, y abriendo su maletita para sacar dé ella un pañuelo, sintiendo evidentemente que había de necesitarlo pronto si ninguna de las damas le hablaba.

-Lo tenemos a oscuras por causa de la vista de mi hermana. Cuando yo era niña, no se consideraba cortés decir cosas desagradables acerca de las casas de otros, especialmente si eran casas muy lindas -dijo Henny, lanzando sobre las gafas una severa mirada a la pequeña ofensora, cuya segunda observación era aún más desdichada que la primera.

-No quise ser descortés, pero debo decir la verdad. A las niñas les agrada los lugares alegres. Siento mucho lo de la vista de la prima Penny. Le leeré; ya le leo a mamá y ella dice que lo hago muy bien para una niña de ocho años.

La amable respuesta y los ojos francos parecieron calmar la cólera de Henny, pues su corpulencia era su punto sensible y la casa vieja su motivo de orgullo, por lo cual dejó las terribles gafas y dijo más cariñosamente:

-Ya tienes preparado un lindo cuartito en el piso de arriba, y tienes un jardín donde jugar. Cicely te oirá leer todos los días, y yo te enseñaré a coser, porque estoy segura de que se ha descuidado ese importante punto de tu educación.

-Nada de eso. Diariamente trabajo en mi cesto de costura, sé hacer los dobladillos de los pañuelos de papá y estoy aprendiendo a remendar los calcetines con una aguja grande, cuando..., cuando se rompen.

Rosy hizo una pausa, porque la ahogaban los sollozos; pero demasiado orgullosa para llorar se limpió únicamente dos lagrimones con un extremo de sus guantes de seda, apretó los labios, y se dominó, decidiendo llorar a sus anchas cuando estuviera sola en el cuartito que le habían prometido.

Cicely, aunque era una joven perezosa y egoísta, se conmovió al ver el rostro triste de la niñita, y dijo con tono amistoso, mientras daba unas palmadas en el diván donde estaba.

-Vamos, queridita, siéntate a mi lado y dime qué clase de gatito es la que más te gusta. Conozco uno muy lindo, rubito, y dos grises. Nuestro Tabby es demasiado viejo para jugar contigo; por tanto estoy segura de que querrás un gatito joven.

-¡Si puedo, sí! -y Rosy se trasladó al nuevo asiento con una sonrisa que indicaba claramente que aquélla era la forma de acogida que más le agradaba.

-Vamos, Cicely, ¿por qué metes esas ideas en la cabeza de Rosamond, cuando sabes que no podemos tener gatitos en casa, pues mi hermana podía tropezar con ellos, sin mencionar los desastres que causan esos animales? La niña se conformará con Tabby y

Librodot

con su muñeca. ¿Tienes una muñeca? -y Henry hizo la pregunta con la misma solemnidad que si preguntase a la niña: "¿Tienes alma?".

-Sí, en mi baúl tengo nueve y dos más pequeñas en mi maleta, y mamá va a enviarme de Londres una muñeca grande en cuanto llegue allí, para que duerma conmigo y me consuele -exclamó Rosy, sacando rápidamente de su cartera una pareja de socios, tres pasteles, una botella de perfume y un monedero del cual cayó un diluvio de centavos brillantes y de migas sobre el inmaculado tapiz.

-¡Cielo santo, qué desastre! Recoge todo esto, niña, y no deshagas tu equipaje en la sala. Una muñeca es bastante para mí -dijo Henny con un suspiro de resignación, como si pidiese paciencia para soportar aquella nueva calamidad.

Rosy hizo eco al suspiro mientras se arrastraba recogiendo sus preciosos peniques, y comiendo las migas, pues era el solo medio que tenía para hacerlas desaparecer.

-No importa, tiene ese carácter; el calor la pone colérica, ya lo sabes -murmuró Cicely, inclinándose para sostener la maleta en la cual Rosy guardaba apresuradamente sus tesoros.

-Pensé siempre que los gordos eran desagradables. Me alegro de que tú no seas gorda -repuso la niñita en tono perfectamente audible.

Tiemblo al pensar en lo que habría sucedido, si Penny no hubiera terminado la carta en aquel momento, entregándosela a su hermana y diciendo, mientras tendía sus brazos a la niña:

-Ahora ya sé todo, y tú vas a ser mi niña; por tanto, ven y dame unos cuantos besos, querida:

La niña dejó caer la maleta y con un sollozo de alegría se apoyó contra la anciana que la acogía tan cariñosamente.

-Papá me llama su capullito de rosa porque soy pequeña, rosada y linda, y algunas veces espinosa -dijo la niña, levantando el rostro con alegría, después de unos cuantos minutos de los mimos que tanto aman y necesitan los pequeños cuando abandonan el nido y echan de menos a sus madres.

-Te llamaremos lo que tú quieras, querida, pero Rosamond es un lindo nombre, y yo le tengo cariño, porque tu abuela se llamaba así y no hubo mujer más amable -dijo Penny, acariciando las frescas mejillas, donde las lágrimas brillaban como el rocío sobre las rosas.

-Te llamaré Pollito, ya que tenemos Henny y Penny, y las muchachas y Tab pueden ser el Gansito, el Pavito y el Gallito. Yo seré el Patito, y estoy segura de que el Zorro vive en la puerta de al lado -dijo Cicely, riendo de su ingenio, mientras Henny levantaba la vista, diciendo con la primer sonrisa que Rosy había visto.

-¡Eso es cierto! Y espero que el Pollito se mantenga alejada de él, ocurra lo que ocurra.

-¿Quién es ¿Un verdadero zorro? Nunca vi uno. ¿Puedo mirarle de vez en cuando? -exclamó la niña, interesada inmediatamente.

-No, querida; es sólo un vecino nuestro que nos ha tratado muy mal o al menos nosotros lo pensamos así, y no nos hablamos aunque años antes solíamos ser buenos amigos. Es triste vivir de esta manera, pero no vemos cómo arreglarlo. Estamos dispuestas a hacer todo lo posible de nuestra parte, pero el señor Dover tiene que dar el primer paso, pues él fue el ofensor.

Librodot

-Por favor, contádmelo. He tenido horribles peleas con Mamie Parsons, pero siempre nos besamos y nos reconciliamos, y de nuevo nos sentimos alegres. ¿No puedes hacer lo mismo, prima Penny? -preguntó la niña, tocando suavemente los rizos blancos qué salían por debajo de la cofia de encaje.

-No, querida; la gente adulta no puede solucionar sus diferencias dé ese modo tan sencillo. Debemos esperar hasta que él nos pida excusas, y entonces nos alegraremos de ser nuevamente sus amigos. El señor Dover fue misionero en la India, durante muchos años, y nosotros fuimos amigas intimas de su madre`. Nuestros jardines están juntos, y una puerta de nuestra valla conduce a través del jardín de los Dover hasta la calle de atrás, y nos resultaba muy cómodo cuando queríamos pasear por el río o enviar aprisa a las criadas a algún recado. La anciana era muy servicial y nos llevábamos muy bien con ella, hasta que Thomas vino. Había perdido a su esposa y a sus hijos, tenía el hígado estropeado, y el vivir entre paganos lo había tornado melancólico y raro; por tanto, trató de distraerse dedicándose a la jardinería y a la cría de gallinas.

-¡Cuánto me alegro! ¡A mí me gustan las flores y las aves! -murmuró Rosy, escuchando con profundo interés aquella deliciosa mezcla de peleas y paganos, penas, gallinas, misteriosas enfermedades y jardines.

-El no tenía derecho a cerrarnos la puerta y a prohibir que cruzásemos su campo, y ningún caballero se habría atrevido a hacerlo después de las amabilidades que tuvimos con su madre -exclamó Henny, tan súbita y violentamente que Rosamond casi se cae del regazo de la anciana.

-No, hermana, no estoy de acuerdo con ello. Thomas tenía un perfecto derecho a hacer lo que quisiera en su propia tierra; pero creo que no habría sucedido nada si tú hubieses avenido a venderle el rincón de nuestro jardín donde está el viejo cenador para sus gallinas -comenzó Penny con tono amable.

-¡Hermana!, ya sabes los dulces recuerdos que tiene para mí ese cenador y lo tremendo que me resultaría verlo derribado, y lleno de ruidosas gallinas donde yo y el pobre Calvin estuvimos juntos una vez -exclamó Henny, tratando de aparecer sentimental, cosa casi imposible para una dama gruesa, vestida con un traje de muselina floreada y con una cofia llena de cintas azules sobre unos cabellos que fueron rubios y eran ahora grises.

-No discutiremos ese punto, Henrietta -dijo la anciana con dignidad; después de lo cual la otra volvió a la carta, moviendo la cabeza de una forma que hizo que Rosy la mirase, decidida a imitarla cuando jugase a la orgullosa princesa con sus muñecas.

-Bien, querida, éste fue el principio de los disgustos -continuó Penny, y ahora no nos hablamos, y la anciana nos echa de menos, estoy segura de ello; y yo con frecuencia tengo deseos de entrar a verla y siento mucho que no puedas disfrutar de las maravillas de la casa; pues está llena de cosas lindas y curiosas, muy instructivas para los niños. Thomas ha sido un gran viajero y tiene en su salón una piel de tigre que casi da miedo verla, tan natural es; también lanzas, arcos y flechas, y collares de dientes de tiburón, de las Islas de los Caníbales, y preciosos pájaros disecados, caracoles, cestas; juguetes de marfil, trajes raros e infinitos tesoros maravillosos. ¡Es una lástima que no puedas verlos!... -y Penny pareció desolada ante la desgracia de la niña.

-¡Oh, pero yo creo que veré todo eso! Todo el mundo es bueno conmigo y a los caballeros ancianos les gustan las niñas. Papá lo dice, y siempre me complace cuando le

pido algo con mi sonrisa zalamera, como él la llama -dijo Rosy ofreciendo uno de los ejemplos más seductores.

-Bien, pequeña, ¡trata de engatusar de ese modo al viejo antipático! Tiene las mejores rosas de la ciudad y la fruta más deliciosa, pero nosotros no la probamos, aunque envía grandes cantidades de ella a otros lugares. ¡Llevar a tal extremo una vieja querella! ¡Es una verdadera provocación, cuando nosotros podemos disfrutar tanto allí y quién sabe lo que puede suceder!

Mientras Cicely hablaba, se alisaba ante el espejo sus rizos oscuros, consciente de que una hermosa muchacha de veinte años perdía sus encantos en aquella casa triste en compañía de dos viejas solteronas.

-Yo te conseguiré algo -repuso Rosy, asintiendo con la cabeza con tranquila seguridad, confiada en su poder, hasta que Cicely rió de nuevo y le aconsejó que fuese a inspeccionar el campo de batalla.

-¿Puedo ir a correr al jardín? Me agradaría mucho después del largo viaje -preguntó Rosy, deseosa de salir de allí, pues activas piernas reclamaban el ejercicio y la habitación cerrada la oprimía.

Sí, querida, pero no hagas ningún desastre no molestes a Tabby ni arranques las flores. Naturalmente, no puedes quitar la fruta verde, ni subir a los árboles, ni mancharte el traje. Tocaré la campanilla para que entres a vestirte a la hora del té.

Con estas instrucciones, y dándole un beso, Penny, al ver que Cicely no se movía, dejó salir a la niña por la puerta trasera del vestíbulo, y la observó mientras marchaba prudentemente por el sendero principal del viejo y cuidado jardín, dónde no había jugado un niño en muchos años, incluso los sapos y los petirrojos se portaban del modo más decoroso.

-Esto es bastante aburrido, pero mejor que el salón con todos esos cuadros que me miran fijamente -se dijo Rosy, después de un viaje de reconocimiento, que le mostró los pocos encantos del lugar. Al ver a un gran gato rubio que reposaba al sol, sus ojos se animaron y se dirigió a trabar conocimiento con el majestuoso animal. Pues los caracoles no eran sociables y los sapos la miraban aún más fijamente que los pintados ojos de los antepasados que figuraban en los cuadros del salón.

Pero a Tabby no le gustaban los niños, igual que le ocurría a su ama, y después de someterse de mala gana a unas cuantas caricias de las anhelosas manecitas de Rosy, se incorporó y se retiró majestuosamente a un lugar más seguro, situado sobre el muro que rodeaba el jardín. Como era demasiado perezoso para saltar, se subió a una escalera a unas cuantas caricias de las anhelosas manecitas de Rosy, una brillante idea que inmediatamente puso en práctica, siguiendo el ejemplo de Tabby. La niña subió por aquella especie de escala, y miró sobre el muro, encantada de aquella inesperada oportunidad de contemplar el territorio enemigo.

-¡Oh, qué hermoso lugar! -exclamó la niña batiendo palmas ante la belleza de la tierra prohibida que podía contemplar. Era en realidad un paraíso para los ojos de una niña, pues las flores florecían a ambos lados de los tortuosos senderos, los frutos maduros se ofrecían tentadores en los macizos y detrás de unas alambradas cloqueaban diversas especies de aves; en la pérgola colgaban diversas jaulas, llenas de pájaros, y por las

Librodot

abiertas ventanas de la casa se percibían brillantes armas y misteriosos objetos en el interior de las habitaciones.

Un caballero de cabello gris, con una rara chaqueta de nanquín yacía dormido en una silla de bambú, bajo un gran cerezo, con el rostro cubierto en parte por un gran pañuelo de seda morada.

-Supongo que ése es el misionero. No tiene mal aspecto. Si yo pudiese bajar hasta ahí, lo despertaría dándole un beso, como hago con papá, y le pediría que me dejase ver todas esas lindas cosas.

Sin ningún temor, Rosy habría llevado a cabo su temerario proyecto de haber sido posible; pero no había medio de bajar por el otro lado, por lo cual la niña suspiró tristemente y se quedó mirando aquello, hasta que la prima Henny apareció para respirar aire puro y la hizo bajar de allí.

-¡Ven y mira si han brotado mis semillas balsámicas! Yo las planto, pero no brotan -dijo indicando un montón de tierra recién regada y removida.

Rosy, obedientemente, hizo lo que le ordenaban, y trataba de decidir si unos verdes brotes eran malas hierbas o los que Henny había plantado, cuando una baraúnda del jardín vecino la hizo detenerse para escuchar, mientras Henny dijo con un tono de gran satisfacción al ver que aumentaba el cacareo.

-Algo les ocurre a esas horribles aves. Las detesto. Se pasan la noche cacareando y me despiertan con sus cantos al amanecer. Me alegraría de que un ladrón se las robase. Nadie tiene derecho a molestar a los vecinos con animales desagradables.

Antes de que Rosy tuviese tiempo de describir las bellezas de las gallinas blancas, de bantam o del tamaño del gallo dorado, una fuerte voz gritó:

-¡Bandido! Si te vuelvo a pillar aquí te ahorco. Vete a tu casa más que de prisa de lo que has venido y dile a tu dueña que te enseñe mejor, si en algo aprecia tu vida.

-¡Es ese hombre! ¡Qué lenguaje! Me pregunto a quién habrá atrapado. Posiblemente al muchacho que nos roba las ciruelas. Apenas habían salido aquellas palabras de labios de Henny, cuando su pregunta fue respondida de un modo súbito y terrible. Pues sobre el muro, arrojado por una fuerte mano, apareció Tabby, que cayó pesadamente en medio del macizo donde estaban. Henny lanzó un grito agudo, asió su aturdido tesoro y corrió al interior de la casa todo lo de prisa que le permitían su corpulencia y sus frunces, dejando a Rosy sin aliento por la sorpresa y la indignación.

Ardiendo en deseos de expresar la ira que le había producido aquel ultraje, Rosy subió apresuradamente la escalera y sorprendió al colérico anciano que había al otro lado del muro con la súbita, aparición de una cabeza dorada, un rostro encendido y juvenil, y un sucio, dedito que le apuntaba severamente, mientras aquel angelito vengador le decía:

-Misionero, ¿cómo ha podido matar al gato de mi prima?

-¡Cielo santo! ¿Quién eres? -dijo el anciano caballero, mirando fijamente al inesperado actor de aquel campo de batalla.

encantos del lugar. Al ver a un gran gato rubio que reposaba al sol, sus ojos se animaron y se dirigió a trabar conocimiento con el majestuoso animal. Pues los caracoles no eran sociables y los sapos la miraban aún más fijamente que los pintados ojos de los antepasados que figuraban en los cuadros del salón.

Librodot

Pero a Tabby no le gustaban los niños, igual que le ocurría a su ama, y después de someterse de mala gana a unas cuantas caricias de las anhelosas manecitas de Rosy, se incorporó y se retiró majestuosamente a un lugar más seguro, situado sobre el muro que rodeaba el jardín. Como era demasiado perezoso para saltar, se subió a una escalera a unas cuantas caricias de las anhelosas manecitas de Rosy, una brillante idea que inmediatamente puso en práctica, siguiendo el ejemplo de Tabby. La niña subió por aquella especie de escala, y miró sobre el muro, encantada de aquella inesperada oportunidad de contemplar el territorio enemigo.

-¡Oh, qué hermoso lugar! -exclamó la niña batiendo palmas ante la belleza de la tierra prohibida que podía contemplar. Era en realidad un paraíso para los ojos de una niña, pues las flores florecían a ambos lados de los tortuosos senderos, los frutos maduros se ofrecían tentadores en los macizos y detrás de unas alambradas cloqueaban diversas especies de aves; en la pérgola colgaban diversas jaulas, llenas de pájaros, y por las abiertas ventanas de la casa se percibían brillantes armas y misteriosos objetos en el interior de las habitaciones.

Un caballero de cabello gris, con una rara chaqueta de nanquin yacía dormido en una silla de bambú, bajo un gran cerezo, con el rostro cubierto en parte por un gran pañuelo de seda morada.

-Supongo que ése es el misionero. No tiene mal aspecto. Si yo pudiese bajar hasta ahí, lo despertaría dándole un beso, como hago con papá, y le pediría que me dejase ver todas esas lindas cosas.

Sin ningún temor, Rosy habría llevado a cabo su temerario proyecto de haber sido posible; pero no había medio de bajar por el otro lado, por lo cual la niña suspiró tristemente y se quedó mirando aquello, hasta que la prima Henny apareció para respirar aire puro y la hizo bajar de allí.

-¡Ven y mira si han brotado mis semillas balsámicas! Yo las planto, pero no brotan -dijo indicando un montón de tierra recién regada y removida.

Rosy, obedientemente, hizo lo que le ordenaban, y trataba de decidir si unos verdes brotes eran malas hierbas o los que Henny había plantado, cuando una baraúnda del jardín vecino la hizo detenerse para escuchar, mientras Henny dijo con un tono de gran satisfacción al ver que aumentaba el cacareo.

-Algo les ocurre a esas horribles aves. Las detesto. Se pasan la noche cacareando y me despiertan con sus cantos al amanecer. Me alegraría de que un ladrón se las robase. Nadie tiene derecho a molestar a los vecinos con animales desagradables.

Antes de que Rosy tuviese tiempo de describir las bellezas de las gallinas blancas de bantam o del tamaño del gallo dorado, una fuerte voz gritó:

-¡Bandido! Si te vuelvo a pillar aquí te ahorco. Vete a tu casa más que de prisa de lo que has venido y dile a tu dueña que te enseñe mejor, si en algo aprecia tu vida.

-¡Es ese hombre! ¡Qué lenguaje! Me pregunto a quién habrá atrapado. Posiblemente al muchacho que nos roba las ciruelas. Apenas habían salido aquellas palabras de labios de Henny, cuando su pregunta fue respondida de un modo súbito y terrible. Pues sobre el muro, arrojado por una fuerte mano, apareció Tabby, que cayó pesadamente en medio del macizo donde estaban. Henny lanzó un grito agudo, asió su aturdido tesoro y corrió al

Librodot

interior de la casa todo lo de prisa que le permitían su corpulencia y sus frunces, dejando a Rosy sin aliento por la sorpresa y la indignación.

Ardiendo en deseos de expresar la ira que le había producido aquel ultraje, Rosy subió apresuradamente la escalera y sorprendió al colérico anciano que había al otro lado del muro con la súbita aparición de una cabeza dorada, un rostro encendido y juvenil, y un sucio, dedito que le apuntaba severamente, mientras aquel angelito vengador le decía:

-Misionero, ¿cómo ha podido matar al gato de mi prima?

-¡Cielo santo! ¿Quién eres? -dijo el anciano caballero, mirando fijamente al inesperado actor de aquel campo de batalla.

-Soy Capullo de Rosa, y odio a la gente cruel. ¡Tabby ha muerto, y ahora no tendré a nadie con quien jugar aquí! Ante aquella triste perspectiva, las lágrimas afluyeron a los azules ojos; y la aplicación de los deditos sucios, añadió surcos de fango a las rojas mejillas que empeoraban grandemente la apariencia del ángel, aunque hacían más patético el reproche de la niña.

-Los gatos tiene siete vidas y Tabby está acostumbrado a que lo tiren por el muro. Lo he hecho varias veces, y al parecer le gusta, pues vuelve en seguida a matar mis pollos. ¡Mira! -y el anciano caballero le mostró un pollito muerto como prueba de crimen de Tabby.

-¡Pobre pollito! -gimió Rosy, deseando llorar al difunto y enterrarlo con ternura-. Tabby ha sido muy malo; pero ya sabe que los gatos se han hecho para cazar y ellos no pueden evitarlo.

-Tendrán que evitarlo si no quieren que los ahogue a todos. Ésta es una especie muy rara y sólo me quedan dos ejemplares, gracias a tu , maldito gato. ¿Qué pensáis hacer? -preguntó Dover en un tono que hizo que Rosy se sintiese culpable del crimen.

-Hablaré con Tabby para que sea bueno, y lo encerraré en la vieja conejera; luego espero que lo lamente y no vuelva a hacerlo más -dijo con tal tono de arrepentimiento, que el anciano se avergonzó al momento de afligir así a aquella alma tierna.

-Inténtalo -dijo con una sonrisa que inmediatamente hizo amable su rostro amarillo. Luego, como si estuviese dispuesto a cambiar de tema, preguntó, mirando curiosamente a la niña subida en el muro.

-¿De dónde vienes?' Nunca he visto niños ahí. No los permiten.

Rosy se presentó en pocas palabras, y viendo que su conocido parecía interesado, añadió con la sonrisa zalamera que su padre hallaba tan seductora.

-Esto me parece un poco solitario; por tanto, quizá me deje mirar su lindo jardín.

-¡Pobrecita! Tienes que estar muy aburrida ahí -se dijo el anciano, mientras acariciaba la cabeza del pollito muerto y miraba la carita asomada por el muro.

-Mira cuanto quieras, niña; o, mejor aún, entra y corre por el jardín. A mí me gustan las niñitas -añadió en alta voz, haciendo una señal de bienvenida.

-¡Ya les dije que seguramente me lo permitiría! A mí me encantaría entrar, pero no van a dejarme. Siento mucho que estén peleados. ¿No pueden hacer las paces? -preguntó Rosy, uniendo las manos con ademán de ruego, mientras su rostro alegre se ensombrecía al-recordar la querella.

-Luego ya te han contado todas esas tonterías. Buenas vecinas, ¿no es verdad? -dijo el caballero frunciendo el ceño, como si la noticia no le agradara.

Librodot

-Me alegro de saberlo; quizá yo consiga que hagan las paces. Mamá dice que en las familias debe haber pacificadores, y a mi me gustaría serlo, si puedo, Por tanto, ¿puedo intentarlo, pasando ahí? Quiero ver los pájaros rojos y la piel de tigre, si usted me deja.

-¿Cómo sabes todo eso? -preguntó el anciano caballero sentándose en una silla de jardín, como si no le importase proseguir la charla con su nueva vecina.

Casi cayendo del muro con su prisa, Rosy repitió todo lo que le había dicho la prima Penny; y algo en las razonables palabras, en la halagadora descripción de sus tesoros y en el sincero pesar de la anciana, parecieron tener un buen efecto sobre Dover, pues cuando Rosy hizo una pausa para cobrar aliento, dijo en un tono alterado, que ponía de relieve que la paz había comenzado reinar.

-¡La señorita Carey es una señora! Siempre lo he pensado, Dile, con mis respetos, que tendré mucho gusto en verte, a cualquier hora, si es que ella no se opone. Pondré una escalera por este lado del muro, y tú puedes saltar a mi jardín en lugar del gato. Pero cuida de no inmiscuirte o haré contigo lo que con Tabby.

-No tengo miedo -rió Rosy-. Iré inmediatamente a preguntar; no tocaré nada, y estoy segura de que me mirará como a una amiga. Papá dice que soy una encantadora amiguita. Muchas gracias, señor. Hasta la vuelta -y soplándole un beso, la cabecita rubia desapareció de la vista, dejando detrás de ella una sensación de oscuridad cuando el rostro risueño dejó de verse, aunque unas frescas manchas de verde moho del muro hacían que se pareciese a las caras tatuadas que Dover estaba acostumbrado a ver en los caníbales de África.

Dover permaneció sentado con el pollito muerto en la mano, sin darse cuenta del paso del tiempo hasta que una llamada en su puerta lo hizo levantarse para recibir una nota de Penélope dándole las gracias por su invitación a la pequeña Rosamond, pero declinándola ceremoniosamente.

-¡Lo esperaba! ¡Son unas tontas! No saben ser razonables y aceptar la rama de olivo que les ofrezco. ¡Que me ahorquen si lo vuelvo a hacer! L a gorda es la que está en el fondo de todo esto. Penélope habría cedido si esa ridícula Henrietta no se opusiera. Bien, lo siento por la niña, pero la culpa no es mía -y arrojando al suelo la nota salió a regar los rosales.

Durante una o dos semanas, Capullo de Rosa, apenas pudo mirar hacia el lugar prohibido desde la ventana de su cuarto, pues le habían ordenado que jugase en la parte delantera del jardín, y dar paseos con Cicely, a quien le agradaba detenerse para charlar con sus amigas, mientras la pobre niña esperaba pacientemente que terminasen las largas historias.

El cuidar a Tabby era su principal consuelo; y tan buena fue con el gato, que el corazón del viejo animalito se ablandó, y al final ronroneó en señal de gracias por todos los platillos de crema, los trozos de pollo, las caricias y las palabras tiernas que la niña le otorgó.

-¡Bien, Tab no habría hecho eso ni conmigo! -dijo Henny un día al hallar a la niña sentada a solas con un libro de estampas y el gato dormido en su regazo.

-Los animales siempre me quieren, ya que la gente no -repuso Capullo de Rosa sobriamente; pues no había perdonado aún a la corpulenta dama el que le hubiese negado las delicias que le ofreciera el misionero.

Librodot

-Eso se debe a que los animales no ven lo mala que eres a veces -dijo Henny secamente, pues aún no se había tranquilizado.

-Haré que todos me amen antes de irme de aquí. Mamá me dijo que lo hiciese y lo haré. Conozco el modo -y Capullo sonrió e hizo un ademán con la cabeza, mientras acariciaba orgullosamente a su primera conquista.

-Ya veremos -y Henny partió, preguntándose cuál sería el nuevo capricho de la niñita.

Pronto se hizo evidente, pues cuando una tarde bajó, después de su larga siesta, halló a Rosamond que leía en alta voz a su hermana Penélope. Ambas formaban un curioso contraste: la pálida y débil anciana de cabellos blancos, que tejía, vestida primorosamente, y la niña sonrosada y regordeta, dulce y graciosa, lindo adorno del anticuado salón, mientras se hallaba sentada en medio de los cachorros y adornos, de las viejas porcelanas y los muebles, mientras los cuadros de los antepasados la miraban fijamente, como si les agradara y les sorprendiese ver entre ellos a aquella encantadora descendiente.

¿Qué hace ahora esa niña? -preguntó Henny, que se sentía más amable después del sueño.

-Estoy leyendo. a la prima Penny, porque nadie lo hace; sus ojos le duelen y le gustan las historias como a mí -repuso Capullo colocando uno de sus deditos en la página que estaba leyendo, y con los ojos llenos de orgullo ante la diversión propia de adultos que había elegido.

-¡Qué buena es! Me halló a solas y quiso divertirme; por tanto, le propuse una historia a propósito para las dos, y ella la lee. muy bien, con un poco de ayuda de vez en cuando. No había leído "Susana la Simple" durante muchos años, y en realidad he disfrutado con ello. Marie Edgeworth fue siempre una de mis favoritas; y la sigo conceptuando superior a cualquier autor moderno infantil -dijo Penny con aspecto feliz y animada por la nueva diversión.

-Continúa, niña; déjame que te oiga lo bien que lees -y Henny se sentó en un rincón del sofá y se puso a bordar.

Por tanto, Capullo prosiguió valientemente, con tanto ahínco que a poco perdió el aliento. Al hacer una pausa, dijo: -¿Qué buena es Susana, verdad? Da todo a los demás, y es amable con el viejo arpista. No lo despidió como hiciste tú con el músico que vino hoy, diciéndole que callase.

-Los organillos son muy molestos, y nunca los permito aquí. Sigue adelante y no critiques a las personas mayores, Rosamond.

-Mamá y yo siempre comentamos las historias y sacamos su moraleja. A ella le gusta -y con aquella observación, hecha con dulzura, no con aspereza, Capullo de Rosa prosiguió hasta el fin, vacilando de vez en cuando en alguna palabra larga; y las dos ancianas quedaron interesadas, con el sencillo relato leído con voz infantil.

-Gracias, querida, es muy lindo, y todos los días debes leer un ratito. Ahora, ¿qué puedo hacer por ti? -preguntó Penny cuando la niña se apartó los rizos de la frente con un suspiro, mezcla de cansancio y de satisfacción.

-Déjame ir al jardín de atrás para que mire las lindas rosas a través del agujero. Deseo saber si han brotado ya las del muro y si las cerezas están maduras -dijo Rosy uniendo las manos en señal de ruego.

Librodot

-Eso no puede causar ningún daño, Henrietta. Sí, querida, vete y mira si hay algunos calamentos para Tabby y si han brotado mis semillas.

Aquella última sugestión hizo que Henny diese su consentimiento; y Capullo de Rosa partió inmediatamente, saltando como un potrilla por el jardín que entonces le parecía delicioso.

Al fondo del invernadero había un estrecho espacio, situado entre él y la cerca, donde vivían unos gordos sapos; mientras los miraba, Rosy vio que había un agujero en los viejos maderos, y que por él podía ver los rosales, un árbol y una ventana de la casa del misionero. Anhelaba tener un lugar desde donde mirar una vez que hubo desaparecido la escalera para colocar flores, y estándole prohibido el trepar a los árboles; entonces se deslizó gustosa en aquel húmedo rincón, sin tener en cuenta a los moteados "caballeros", que la miraron consternados y echó una ojeada al paraíso prohibido que había más allá.

Sí, los rosales del muro habían florecido, las cerezas estaban maduras, y en la ventana se veía la cabeza gris de Dover, sentado, leyendo, vestido con su extraño traje amarillo.

Capullo de Rosa se consumía en deseos de entrar, y se inclinó de tal manera sobre la odiosa cerca, que los maderos podridos crujieron, cayó un gran trozo de ellos, y la niña casi se cae detrás, al apoyarse contra la verde ribera situada más abajo. Entonces vio junto a ella el esplendor de las rosas, y un arbusto de frambuesas que se movía tentador, a su alcance. Aquel amable arbusto cubría el agujero, pero a través de él se podía ver muy bien; por tanto, la niña asomó su rizada cabecita y miró con deleite los pollos, las flores, las frutas y el anciano inconsciente que se hallaba no lejos de allí.

-Lo mantendré en secreto; o quizá se lo diré a la prima Penny, rogándole que me deje mirar, si le prometo no entrar nunca -pensó Capullo de Rosa que sabia muy bien quién era su mejor amiga.

Al irse a acostar, cuando la anciana vino a darle las buenas noches con un beso, cosa que las otras olvidaban, Rosy, como Penny la llamaba, hizo su petición; y se la concedieron, pues Penny tenia la sensación de que la pequeña pacificadora más pronto o más tarde cerraría la brecha con su magia, y por tanto se hallaba decidida a ayudarla calladamente.

Al día siguiente, a la hora de jugar, Capullo de Rosa terminaba de comer su último pedazo de pan de jengibre, que tenía que comer en el comedor, en vez de hacerlo afuera, cuando oyó una conmoción en el jardín, y corriendo a la ventana vio a Roxy, la doncella, que perseguía a una gallina, mientras Henny se sacudía las faldas en la escalera, y gritaba: "¡Os!", hasta que el rostro se le puso muy, rojo.

-Es la gallinita blanca que debe haber entrado por mi agujero. ¡Espero que no le atrapen! La prima Henny dijo que retorcería el cuello a la primera gallina que pasase a nuestro jardín.

Rosy salió al jardín, uniéndose a la persecución, pues Henny era demasiado gruesa para correr y Roxy veía que el ave era demasiado ágil para ella. La persecución fue dura y larga; volaban las plumas y a la doncella se le cortaba el aliento. Rosy tropezó, y Henny gritó y riñó hasta que se vio obligada a sentarse y presenciar la caza en silencio.

Pon fin la pobre y perseguida gallina corrió al huerto, pues sus cortadas alas no le permitían subirse al muro. Capullo de Rosa corrió tras ella y unos cacareos de desesperación proclamaron la captura del ave.

Librodot

Henny vino pesadamente a lo largo del sendero, declarando que iba a retorcer el pescuezo de la gallina; y Roxy la siguió jadeante, alegre de poder descansar. Pero el viejo invernadero estaba vacío. En él no se hallaba ni la niña ni la gallina. Ambas se habían desvanecido como por arte de magia; y señora y doncella se quedaron mirándose con asombro, hasta ver que estaba abierta una ventana que no se abría en mucho tiempo, y una luz se filtraba por una estrecha grieta que había detrás.

-Qué paciencia! ¡La niña ha debido escaparse por la abertura de la valla! ¿Ha visto, señorita? -exclamó Roxy, tratando de ocultar la satisfacción que le producía no tener que retorcer el cuello de un ave.

-¡Qué niña más traviesa! -comenzó Henny, cuando un sonido de voces las hizo escuchar a ambas-. Deslízate ahí y mira lo que ocurre -dijo la señora, sabiendo que su corpulenta persona no le permitía penetrar en el pequeño espacio que había entre la casa y la valla.

Roxy, que era delgada, obedeció con facilidad, y con un susurro transmitió lo que sucedía al otro lado del agujero, causando a Henny gran enfado, sorpresa, y al final un verdadero placer, cuando la niña cumplió con la misión que había emprendido.

-¡Por favor, la culpa fue mía! Yo mantuve abierto el agujero, señor Thomas, y por él entró la gallinita. Pero no está lesionada, y se la he devuelto, sabiendo que usted quiere a sus aves, y Tabby se comió a muchas de ellas -dijo la voz infantil en el tono más conciliador.

-¿Por qué no la has tirado por encima de la tapia, como yo hice con el gato? -preguntó Dover sonriendo mientras encerraba el ave y se volvía a mirar a la niña sonriente y jadeante, cuyo vestido tenía muchas huellas de haber caído en el jardín-. De esa manera la gallina se habría herido, usted también, y habría sido una descortesía. Por tanto, vine personalmente a presentarle mis excusas, y a decir que la culpa es mía. Pero, por favor, ¿puedo mantener el agujero abierto, si pongo una tabla, cuando me vaya? ¡Aquello es tan aburrido y esto tan agradable!

-¿No te parece que una puertecita sería mejor, una puertecita lo bastante grande para ti, con un pasador para asegurarla? Lo llamaríamos un ojal -rió Dover-. Así podrías mirar o quizá las señoras lo piensen mejor y demuestren su perdón por los malos tratos que di a Tabby, dejándote entrar y juntar unas cuantas rosas y cerezas de vez en cuando.

Aquella encantadora proposición hizo que la niña batiese palmas y gritase.

-¡Eso sería espléndido! Estoy segura de que la prima Penny me dejará hacerlo. Quizá venga ella misma; es tan delgada que puede hacerlo, y ama a su madre y desea verla. La prima Henny es la que no quiere que seamos amigos. ¿Y si le enviase usted unas cerezas? Le gustan las buenas cosas de comer, y quizá diga que sí, si la envía en cantidad.

Dover rió ante aquella inocente proposición, y Henny sonrió ante la perspectiva de un regalo de las espléndidas cerezas que había anhelado. Roxy prudentemente sólo repitió las partes agradables de la conversación, por lo cual la dama no tuvo por qué encolerizarse. Entonces, ya porque Dover vislumbrase su rostro entre los arbustos y sospechase que alguien estuviese escuchando, o el sincero deseo de paz de la niña lo conmoviese, dijo con ojos brillantes como los de un muchacho, y un afectuoso tono de voz.

Librodot

-Tendré un gran placer en enviar a Henrietta una cesta de fruta. Ha sido una muchacha encantadora. Es una lástima que se encierre así; pero me figuro que su triste idilio ha ensombrecido su vida. ¡Bien, le tengo lástima!

Rosy se le quedó mirando ante aquel brusco cambio en sus modales, y un poco sorprendida de que le hablase como si fuera una persona mayor. Pero, decidida a llevar a casa algo agradable, se limitó a las cerezas, que sí comprendía, e indicando la pérgola dijo con tono de negocios:

-Allí hay una cesta; de modo que ahora mismo podemos empezar. A mí me encanta trepar a los árboles y tirar la fruta, y estoy segura de que a la prima Henny le encantarán las cerezas y no me regañará si se las llevo.

-Entonces, adelante -exclamó Thomas, adoptando los modales cordiales que tanto le agradaban a Capullo de Rosa; y vivamente descendió el sendero, con sus faldones amarillos ondeando al viento y Capullo de Rosa saltando alegremente tras él.

-Están realmente arrancando las cerezas, señorita, en lo alto del árbol, alegres como una pareja de petirrojos -informó Roxy, desde su escondite.

-Arranca el resto del tablón para que yo los vea -dijo Henny, temblorosa de interés, entonces; pues había oído las palabras de Dover, y su cólera se había apaciguando ante las halagadoras alusiones que le había hecho.

Una vez quitada la tabla y oculta entre las ramas, la dama pudo ver el jardín vecino. Desde donde estaba, dominaba el árbol y contemplaba con anhelantes ojos cómo llenaban la cesta, mientras planeaban una encantadora nota de gracias.

-¡Mire, señorita! Ahora están descansando y la niña está sobre las rodillas de él. ¡Mire qué hermoso cuadro! -murmuró Roxy, sin cuidarse de las hormigas y tijeretas, mientras se agazapaba en su rincón observando lo que sucedía en el jardín vecino.

-¡Preciso! Ha perdido varios hijos en la India y supongo que Rosy se los recuerda. ¡Pobre hombre! Le tengo lástima, pues yo también he amado y perdido -suspiró Henny, inspeccionando pensativamente el grupo del asiento rústico.

-Estaban jugando; y las risas de la niña eran una amable música en el lugar generalmente callado, y el rostro del hombre perdía su severidad, y estaba alegre y tierno, al estrechar a la niñita y darle a comer las cerezas maduras.

Cuando desapareció el último y dulce pedazo, Rosy exhaló un suspiro de perfecto contento.

-Esto 'es casi tan bueno como jugar con papá. Espero que las primas me dejen venir de nuevo. Si no lo hacen, creo que el corazón se me va a partir, porque tengo tanta nostalgia y he padecido tantas pruebas, y sólo me mima la prima Penny.

-¡Bendita sea! Le enviaremos unas flores por eso. Dile que la señora Dover no se siente bien, y le gustaría mucho verla, y lo mismo le ocurre a Thomas, al que le agrada inmensamente su sobrina. ¿Lo recuerdas?

-Palabra por palabra. Ella es tan buena conmigo y yo la quiero tanto que creo que se alegrará de verme. Le gustan las rosas del muro y a mí también -añadió sin ruborizarse la niñita, mientras Dover sacaba su cuchillo y comenzaba a formar el ramo que había de ser el soborno de Penny. No podía soportar el separarse de su compañerita de juegos y estaba dispuesto a probar de nuevo con aquel encantador y persistente aliado para hacer las paces.

Librodot

-¿Va a enviarle algo a Cis? No necesita preocuparse de ello, porque ella no puede mantenerme en casa, pero podía agradarla y evitar que me golpease en la cabeza con un dedal, cuando le hago preguntas, y de darme golpes en la mano, cuando toco algunas de sus lindas cosas -sugirió Capullo de Rosa, cuando las flores se hubieron añadido a la fruta, formando un hermoso conjunto.

-Nunca envío regalos a las jóvenes -dijo Thomas secamente, añadiendo, con las manos extendidas y la sonrisa más invitadora-, pero siempre beso a las niñitas, si ellas me lo permiten.

Capullo de Rosa le echó los brazos al cuello y le dio una multitud de agradecidos besos, que resultaron más dulces al hombre solitario que todas las cerezas del mundo o las más hermosas flores de su jardín. Luego Rosamond marchó orgullosamente a su casa, sin hallar huella de las que escuchaban; pues ambas habían huido mientras Capullo de Rosa acariciaba al anciano. Roxy ponía la mesa seriamente, y Henny, sentada en el gabinete, jadeaba detrás de un periódico. Penny y Cicely estaban pasando el día fuera, por lo cual las rosas tuvieron que aguardar; pero la cesta de frutas fue graciosamente recibida, y también el mensaje cuidadosamente despachado, y el corazón de la niña se alegró por el permiso de ir a ver de vez en cuando "a nuestro amable vecino, si mi hermana no se opone".

Rosy estaba muy animada y charlaba mucho durante la comida, envalentonada por la inusitada amabilidad de la dama, y hacía toda clase de preguntas, algunas de las cuales resultaban embarazosas a Henny y muy divertidas a Roxy, que escuchaba desde la alacena donde se guardaba la porcelana.

-Me gustaría tener dispepsia -fue la brusca observación de la nenita cuando le quitaron su plato de patas de pollo y trajeron el budín, acompañado por las cerezas.

-¿Por qué, querida? -preguntó Henny, que arreglaba afanosamente su fuente de delicados bocados, dejando para la cocina el esqueleto del ave solamente.

-Entonces podría comer los mejores pedazos del pollo, mucha salsa con mi budín, las tostadas más llenas de mantequilla y toda la crema en el té, como haces tú. ¿No duele mucho, verdad? -preguntó Rosy con tan perfecta buena fe. que el súbito rubor de Henny y la huída de Roxy a la alacena no le hicieron sospechar que sus inocentes palabras ponían de relieve el pecado más notable de la anciana.

-Sí, niña, es muy malo, y puedes dar gracias al cielo de que yo te libre de la dispepsia alimentándote con cosas sencillas. A mi edad, y padeciendo lo que padezco, necesito comer de lo mejor para conservar las fuerzas -dijo Henny secamente.

Pero a la niña le sirvieron el mayor plato de budín, con gran cantidad de salsa, y cuando trajeron la fruta, la inválida se sirvió muy poca cosa, aunque estaba acostumbrada a ayudar a la naturaleza con frecuentes comidas durante el día y la noche.

-Me sorprende el que padezcas tanto, prima Henny. ¡Qué valiente debes ser para no llorar por ello, y seguir haciendo tu vida en medio de grandes dolores, como haces, yendo bien arreglada, viendo a la gente, haciendo bordados y visitas! Espero ser tan animosa si alguna vez tengo dispepsia; pero creo que no la tendré, pues tú cuidas de ello dándome poco de comer.

Con aquella alegre observación, Rosy puso fin a la conversación y volvió a ocuparse de las delicias del jardín de su nuevo amigo. Pero desde aquel día, entre otros cambios, se

Librodot

operó el de llenar cumplidamente el plato y el vaso de la niña, y el miedo de aumentar sus padecimientos pareció moderar el apetito voraz de la dispéptica. Entre ellos había una niña observadora y todos involuntariamente se volvían temerosos hacia los claros ojos y la lengua franca que criticaba inocentemente todo lo que ocurría. Cicely había sido ya advertida de que faltaba a sus deberes, cuando Rosy se puso a leer a Penny, y trató de ser más fiel en ése y en los demás servicios que prestaba a la anciana. Por tanto, la pequeña misionera avanzaba continuamente, aunque no se daba cuenta de la labor que realizaba en su casa, tan absorta estaba en su misión extranjera; pues, como a otros muchos misioneros, hallaba más interesante al salvaje lejano que a las egoístas o descuidadas almas que tenía a su lado.

Penny quedó encantada con las flores y el cariñoso mensaje que le enviaron, y con gran deleite de Rosy, al siguiente día se puso sus mejores ropas y fue a visitar a la anciana que se hallaba delicada de salud, pues no podía resistir aquel llamamiento. Rosy también, con motivo de aquella solemne ocasión, se puso su mejor sombrero y un vestidito blanco tan almidonado, que parecía una bailarina de ópera cuando salió a la calle, pues aquélla era una visita demasiado formal para realizarla a través de un hueco de la valla.

En una cesta iban ciertas golosinas para la anciana, y una tarjeta ostentando los nombres de Carey y de Rosamond Carey, escrita por Cis, que se moría de ganas de ir, pero no se atrevía después de oír de labios de Capullo de Rosa la observación que Thomas había hecho acerca de las jóvenes.

Cuando ambas se detuvieron en la puerta vecina, los corazones de la anciana y de la niña latieron violentamente, pues aquél era el primer paso dado hacia la reconciliación y cualquier cosa podía echarla a perder. La doncella se les quedó mirando, pero hizo pasar cortésmente a las inesperadas visitantes, y partió llevando su tarjeta. Penny se sentó en un sillón y miró pensativamente la gran sala familiar. Pero Rosy marchó directamente a examinar la piel de tigre, y sin cuidarse de su vestidito limpio se puso a observar la cabeza que la miraba con sus amarillos ojos mostrándole sus agudos colmillos, del modo más delicioso y natural.

Dover se presentó, haciendo una ceremoniosa reverencia, pero Penny le tendió ambas manos y dijo con su antiguo y cariñoso tono de voz:

-Seamos de nuevo amigos, en recuerdo de su madre. Aquello arregló inmediatamente todo, y Thomas estaba tan anheloso de cumplir con la parte que le tocaba, que no sólo

estrechó las manos cordialmente, sino que las mantuvo entre las suyas, mientras decía sinceramente:

-Mi querida vecina, ¡le pido perdón! Estaba equivocado, pero no soy demasiado orgulloso para reconocerlo y decir que me alegro de que lo pasado se olvide por el bien de todos. Ahora entre a ver mi madre; ella está deseando verla a usted. Lo que ocurrió en la habitación contigua Rosy jamás lo supo, ni se preocupó de ello, pues Thomas volvió en seguida y la divirtió de tal manera enseñándole sus tesoros, que ella se olvidó de todo hasta que vino la doncella a decir que el té estaba servido.

-¿Vamos a quedarnos? -exclamó la niñita, radiante bajo su corona de pluma de Feejee, que hacían sobre su cabecita rizada un efecto tan cómico como el collar de dientes de tiburón en torno a su cuello regordete o el abanico japonés en su manecita.

Librodot

-Sí, tomamos el té a las cinco; ven con nosotros. He encargado las tacitas especialmente para ti -dijo su anfitrión, mientras transformaba a la pequeña amazona en una niña encantadora, y la llevaba a presidir la mesa, donde las raras porcelanas, la plata, el pastel, el pan y la mantequilla le resultaban mucho más atractivos que la ancianita de cofia que le hizo un cariño y le sonrió.

Jamás Rosy había disfrutado de una comida tan deliciosa, pues el éxtasis de servir verdadero té de una tetera de plata en forma de melón, en tazas tan finas como cáscaras de huevo, y el tornar los terrones de azúcar con unas pinzas semejantes a garras, sin hacer mención de la espesa crema y de los pastelillos que se deshacían en la boca, era demasiado grande para expresarlo con palabras.

La niñita estaba tan absorta en sus nuevos deberes, que no advertía ni se preocupaba de la charla de los mayores, hasta que los platos estuvieron vacíos, la tetera seca, y nadie pudo ser convencido para que tomase más té. Entonces Capullo de Rosa se reclinó en su asiento con aire satisfecho, y mirando de uno a otro, dijo con su hechicera sonrisa:

-¿No es mucho mejor ser amigos que el pelearse, tirar gatos por la valla e insultarse?

Era imposible no reír ante aquello, y aquel alegre sonido pareció fomentar la armonía, mientras la pequeña pacificadora pasaba de los brazos de uno a los de otro, para recibir una ración de besos, que al parecer se consideraba absolutamente necesaria.

Luego la reunión se disolvió, y Dover acompañó a sus invitados hasta su misma puerta, con gran asombro de los vecinos y el visible orgullo de Capullo de Rosa, que subía el sendero con la cabeza tan alta como si la guirnalda de margaritas que llevaba en el sombrero fuese la corona de un conquistador.

Ahora que el primer paso estaba dado, todo habría marchado felizmente si Cicely, ofendida al ver que Thomas no se ocupaba de ella, no le hubiera metido en la cabeza Henny que, como la pelea inicial había sido entre ella y su vecino, no sería digno de parte suya el ceder hasta que Dover viniera a pedirle perdón a ella y a Penny. Aquello agradó a la estúpida anciana, que no pudo olvidar nunca ciertas palabras dichas en el calor de la batalla, aunque las frases amables oídas después la habían predispuesto favorablemente hacia el ofensor.

-No, no olvidaré mi dignidad, ni me humillaré yendo a presentar mis excusas como ha hecho Penélope. Ella puede hacer lo que quiera; y ahora que él ha pedido que lo perdonen, no hay nada malo en que ella vea a la anciana. Pero mi caso es diferente. Me ha insultado, y hasta que Thomas Dover venga aquí y solemnemente me pida perdón, no cruzaré sus umbrales cualquiera sea el soborno que me envíe -dijo Henny con aire de heroica firmeza.

Pero le costaron diversas congojas el ver que su hermana iba de vez en cuando a tomar el té con la anciana y volvía a casa trayendo agradables noticias; mientras Rosy charlaba de las lindas cosas que había visto, de las golosinas que había comido, no dejando jamás de traer alguna cosilla que dar o mostrar a las dos desterradas del Paraíso. Éstas comían los "sobornos", como llamaban a las frutas, admiraban los lindos juguetes y chucherías y deseaban tomar parte en los festejos de la casa vecina, pero se mantenían firmes, a pesar de las mañas de Rosy, hasta que ocurrió algo inesperado que conmovió sus corazones, conquistó su necio orgullo y coronó con éxito los esfuerzos de la pequeña pacificadora.

Librodot

Una tarde de agosto, Cicely miraba con descontento su modesto arsenal de adornos, mientras se preparaba para una fiesta. Amaba los festejos y salía mucho, dejando muchas cosas por hacer o pidiendo a la niña que las hiciera, pero sin demostrarle ninguna gratitud por los servicios que alegremente le prestaba.

Mientras se hallaba sentada examinando sus cajas, Capullo de Rosa entró, con aspecto de cansancio, pues hacía mucho calor y Cicely la había enviado a muchos recados, además de subir y bajar atendiendo a las ancianas, mientras la joven se ponía nuevas cintas en su traje y se rizaba los cabellos.

-¿Puedo echarme en tu sofá, Cis? Me duele la cabeza y tengo las piernas cansadas -dijo Capullito, cuando su llamada fue respondida con un brusco: "¿Qué quieres, niña?".

-No, voy a echarme a dormir la siesta en él en cuanto acabe. Se está más fresca que en la cama, y quiero estar en condiciones para esta noche -repuso Cicely, absorta en sus asuntos y sin fijarse en el aspecto de agotamiento que tenía Rosy.

-¿Entonces puedo mirar tus lindas cosas, aunque no las toque? -preguntó la niña, deseosa de mirar las interesantes cajas esparcidas sobre la mesa.

-¡No, no puedes! Estoy ocupada y no me agrada que me hagas preguntas ni te entremetas. Vete y déjame sola.

Cicely hablaba enfurecida y agitaba la mano con gesto de advertencia, y al hacerlo tiró la bandeja donde se hallaban las cuentas del collar que había decidido llevar a falta de algo mejor.

-¡Mira lo que has hecho! ¡Recógelas en seguida, que tengo mucha prisa!

-Pero si yo no lo he tocado -expresó la pobre Rosy, mientras se arrastraba detrás de las feas cuentas blancas y negras.

-¡No hables; recógelas de prisa y luego vete; siempre estás haciendo travesuras! -la riñó Cicely, enojada consigo misma, con el calor, el accidente y el mundo entero.

Rosy no dijo nada más, pero varios lagrimones cayeron sobre la alfombra, mientras la niña buscaba en los rincones,

debajo de la cama y detrás de las sillas; y cuando al fin halló la última cuenta, la puso en manos de su tirana diciendo con tristeza:

-Siento mucho haberte molestado. Me parece que si yo tuviese una primita me encantaría. dejarla que jugase con mis cosas y no me enfadaría con ella. Ahora iré a divertirme con Bella; ella es siempre buena conmigo.

-Pues corre. Gracias a Dios que al fin llegó la muñeca, pues yo estoy cansada de divertir a niñas y a ancianas -dijo Cis, ocupada con sus cuentas, pero lamentando haber sido tan áspera con la paciente Rosamond, que la reprochaba rara vez, pues era una niña animosa y de buen carácter.

Rosy se sentía demasiado lánguida para jugar; por tanto, cuando le hubo contado sus desdichas a Bella, la muñeca londinense, y se hubo consolado besando las mejillas de cera, corrió al invernadero, que estaba fresco y tranquilo, anhelando que alguien la acariciase, pues sentía una gran nostalgia y la cabeza le dolía mucho.

Habían abierto el "ojal" y barrido el sendero, con gran pena de las arañas, tijeretas y sapos, que habían huído a lugares más tranquilos, y Rosy tenía permiso de entrar y salir a su antojo, si Dover no se oponía. El caballero no se opuso jamás, y el mayor placer de la niña era entrar en el hermoso jardín siempre que lo deseaba, con la esperanza de

Librodot

encontrar a su amable propietario, pues entonces eran buenos amigos. Aquel día había tenido demasiado que hacer para poder ir al jardín vecino, y cuando entonces lo miró, lo halló tan sombreado y atractivo y le pareció tan natural acudir al misionero para que la distrajese, que fue directamente a la ventana de su despacho y miró.

Él también parecía perturbado aquella cálida tarde, pues estaba sentado con la cabeza entre las manos, y la mesa llena de papeles. El tierno corazón de Capullo de Rosa se sintió lleno de piedad hacia él, y acercándose silenciosamente le dijo en su tono más dulce.

-¿Le duele la cabeza? Déjeme que le frote, como hago con papá; él dice que siempre se siente luego mejor. Déjeme, por favor; me encantará el hacerlo.

-¡Ah, querida, ojalá pudieras hacerlo! Pero lo que me duele es el corazón y nada puede curarlo -suspiró Thomas, atrayendo a la niña hacia él, poniendo su mejilla amarilla y arrugada junto a la suave mejilla de la niña, que parecía más que nunca rosa de damasco.

-Usted también tiene sus padecimientos. Yo hoy he sufrido tanto, que he venido a verlo. ¿Quiere que me vaya? -preguntó Rosy, dando un suspiro y con expresión triste.

-No, quédate, y nos consolaremos mutuamente. Cuéntame tus penas, Capullito, y quizá pueda aliviarlas -dijo el bondadoso anciano, colocando a la niña sobre sus rodillas y acariciando paternalmente la cabecita rizada.

Por tanto, Rosy le contó su último pesar y le preguntó con el tono de más profundo interés.

-¿Y qué le piensa hacer a esa despiadada Cicely?

-Durante un minuto quise darle unos azotes cuando trató de escupirme las manos. Luego recordé que mamá dijo que el dar un beso cuando se recibía un golpe era una buena cosa, y planeé el hacerlo. Pero Cis parecía tan enfadada que no me atreví. Sí tuviese un lindo collar se lo daría, y entonces quizá me amara más.

-Mi pequeña misionera, tendrás las cuentas para ganar el corazón de tu pagana, si es eso todo lo que necesitas. Mira aquí; elige lo que quieras y dáselo con un beso.

Mientras hablaba, Dover abrió un cajón de su escritorio y mostró una maravillosa colección de lindas y raras chucherías, reunidas en el extranjero y guardadas como recuerdo, ya que no tenía hijas que las llevasen.

--¡Qué magníficos! -exclamó Rosy emocionada; y hundiendo las manos en aquello, se extasió durante algunos minutos con las cajas de madera de sándalo, los abanicos de marfil, los brazaletes de plata, los broches bárbaros, los collares de coral, valvas y ámbar, y las monedas de oro que resonaban musicalmente.

-¿Qué puedo llevarle? -exclamó la niña aturdida ante tales riquezas-. Más vale que elija usted, señor Thomas -dijo Rosy, temerosa de que su gusto no fuese bueno, ya que lo que prefería eran las valvas y los dientes de tiburón.

-No, yo te daré una cosa a ti, y tú se la regalarás a ella, si te place. Esto es realmente valioso y lindo, y a cualquier joven le gustaría usarlo. Me recuerda a ti, mi Capullito, pues es como la luz del sol y la palabra grabada en el broche significa paz.

Dover le mostraba un hilo de cuentas de ámbar con un amuleto labrado, haciéndolo oscilar de manera que la luz hiciese brillar cada cuenta como una gota de vino dorado.

-Sí, eso es precioso y además huele bien. Cicely quedará sorprendida y complacida; voy a llevárselo ahora mismo -exclamó Rosy, olvidando pedir algo para ella en su alegría por aquel lindo regalo para Cis.

Pero al levantar la cabeza, después que el anciano le hubo puesto el collar, algo en el rostro de él le. recordó la expresión que tenía cuando ella entró, y poniéndole las manos sobre los hombros le dijo del modo más dulce posible.

-Usted consoló mis penas; ¿no puedo hacer lo mismo con las suyas? Es tan bueno conmigo, que desearía poder ayudarle.

-Ya lo haces, niña, más de lo que te figuras, pues cuando te tengo en los brazos me parece que uno de mis pobres hijos ha vuelto a mí y me olvido de las tres tumbas que hay en la India.

-¡Tres! -exclamó Capullito de Rosa, como un suave y triste eco; y estrechó al pobre anciano como si tratara de llenar sus brazos vacíos con el amor y la piedad que llenaban su corazoncito.

Aquél era el consuelo que Thomas necesitaba, y durante unos momentos la estuvo acariciando, mientras murmuraba una canción de cuna indostánica, y sus lágrimas caían sobre la rubia cabeza tan parecida a las ocultas bajo las flores de la India. A poco pareció volver del feliz pasado que las viejas cartas le habían recordado. Se enjugó sus ojos, y también los de Rosy, y besándole las ardorosas mejillas dijo alegremente:

-¡Que Dios te bendiga, niña, por el bien que me has hecho! Pero no te entristezcas, querida; olvida todo esto y no le digas a nadie que soy un viejo sentimental.

-Seguramente. Pero cuando se sienta triste pensando en los pobres niños, déjeme que venga a consolarlo. Las caricias hacen siempre que la gente se sienta mejor, a mí me encantan, especialmente ahora que mis padres están fuera.

Por tanto, los dos hicieron un tierno plan para consolarse mutuamente cuando tuviesen oprimido el corazón, al pensar en los ausentes, y se despidieron en la puertecilla, más animados y más amigos que nunca.

Rosy se apresuró a llevar su ofrenda de paz, olvidando su dolor de cabeza y su soledad, mientras estuvo pacientemente sentada junto a la ventana esperando a oír algún ruido en el cuarto de Cis que le indicase que la muchacha se había levantado. Sin embargo, antes de que aquello sucediese, la pobre Capullito de Rosa se durmió arrullada por el silencio de la casa -pues todos estaban durmiendo la siesta- y soñó que Dover agitaba un arco iris sobre su cabeza, mientras varios dioses indios y tres niñas bailaban en torno a él.

Un fuerte bostezo la despertó, y vio a Cis que se asomaba por su puerta para ver la hora que era en el viejo reloj del descansillo. La niña subió corriendo, sintiendo mareos y pesadez de ojos, pero deseosa de causarle un placer, y no perdió tiempo en decirle mientras ponía el collar a la luz.

-¡Mira! ¡Esto es para ti si te gusta más que tu collar! -¡Qué precioso! ¿De dónde lo has conseguido, niña? -exclamó Cis inmediatamente despierta, corriendo al espejo para ver el efecto que producía el collar sobre su cuello blanco. -Me lo dio mi querido Thomas; pero me dijo que podía darlo a quien quisiera, y deseo regalártelo a ti, porque es mucho más lindo que todo lo que tú tienes.

-Eso es muy amable de tu parte, Pollito, pero ¿por qué no te quedas con él? A ti te gustan las cosas lindas tanto como a mí -dijo Cicely muy impresionada por el valor del regalo, pues era ámbar verdadero con un broche de oro.

-Bien; he estado hablando con Thomas acerca de la labor de los misioneros, y él me dijo que hizo buenos a los salvajes regalándoles cuentas y cosas de comer, y siendo bueno y paciente con ellos. Por tanto, he pensado en hacer de misionera y llamar África esta casa, tratando de que sus habitantes se porten mejor -repuso Rosy con tan encantadora sinceridad y franqueza que Cis rió y exclamó:

-¿Luego, tú nos llamas paganas y vas a tratar de convertirnos? ¿Cómo vas a hacerlo?

-Oh, voy adelantando mucho, aunque vosotras no os convertís tan pronto como han hecho otros salvajes. Te diré lo que sucede -y Capullito de Rosa prosiguió anhelosamente-, la prima Penny es una buena salvaje, pero bastante lenta e impaciente, por lo cual yo soy buena con ella y tengo paciencia, y ahora ella me quiere y me deja hacer todo lo que me gusta. Es mi mejor salvaje. La prima Henny es mi caníbal, porque come demasiado, y yo la complazco trayéndole cosas buenas, y preparándole los almohadones. Tú eres la peor salvaje que siempre estás enfadada conmigo, y me pegas en la cabeza y en las manos; pero pensé que algo lindo te haría buena y te he traído esta preciosidad que me ha dado Thomas, cuando le conté mis penas.

Cis pareció avergonzada, encolerizada y divertida al escuchar el cómico aunque patético plan con que la pobre niña trataba de animarse y de ganar el cariño de las personas que tenía a su alrededor. Tuvo la gentileza de ruborizarse y de devolverle el collar, diciendo con tono de remordimiento:

-Guarda tus cuentas,: pequeña misionera, me convertiré sin necesidad de ellas, y trataré de ser más compasiva contigo. Soy una egoísta pero tú serás mi hermanita pequeña, y no necesitaremos recurrir a los extraños en demanda de consuelo para nuestras penas. Ven, dame un beso y comencemos ahora mismo.

Rosy se arrojó en sus brazos inmediatamente, diciendo con un rostro. todo sonrisas.

-¡Esto era lo que quería! Ya pensé que haría un buen salvaje de ti, si me lo proponía con firmeza. Por favor, sé buena conmigo hasta que vuelva mamá y yo seré la hermanita mejor de todo el mundo.

-¿Por qué no me dijiste todo esto antes? -preguntó Cis, acariciando la cabeza de la niña con una suavidad nueva, pues aquella confesión le había conmovido el corazón e inquietado la conciencia.

-Tú no parecías interesarte por lo que me sucedía y me decías constantemente: "Cállate, niña, vete de aquí y ocúpate

de tus cosas" Así lo hice; pero era muy triste no tener más que a Tabby y a Bella para besarlos y contarles mis secretos. Thomas dijo que aquí no querían a los niños, y vi que era cierto. Él sí los quiere y por eso voy a verlo; pero ahora te quiero a ti, porque eres amable y cariñosa conmigo.

-¡Qué calientes tienes las mejillas! Ven y déjame que te refresque y te cepille el pelo para ir a tomar el té -dijo Cis al tocar la piel febril de la niña, y ver lo cargados que tenia los ojos.

-Estoy ardiendo toda, y tengo la cabeza muy rara. No quiero tomar té. Quiero echarme en tu sofá y volver a dormir. ¿Puedo? -preguntó Rosy con mirada vaga, y temblando ante la idea de comer.

-Sí, querida, te pondré todo muy cómodo y te traeré agua helada, pues tienes los labios muy secos.

Mientras hablaba, Cis se afanaba por la habitación, y al poco Rosy estaba acostada con su mejor frasco de agua de colonia y un abanico; luego marchó a informar que algo ocurría, pues temía que si a, la niña le ocurriese algo, ella fuese la culpable. Unos días antes Cicely había enviado a Capullito de Rosa con una nota a casa de unos amigos, donde ella sabía que había unos niños enfermos. Luego se enteró de que tenían la escarlatina; pero aunque Rosy había estado un tiempo esperando la respuesta y visto a uno de los enfermos, Cis no había mencionado el hecho, avergonzada de su falta de cuidado y confiando en que nada sucediese. Ahora sentía que sus temores se habían confirmado, y corrió a comunicárselo a la amable prima Penny con lágrimas de remordimiento.

Grandes fueron las lamentaciones cuando el doctor, enviado a buscar apresuradamente, declaró que la niña padecía de escarlatina; y profundo fue el remordimiento de las dos ancianas por su ceguera ante el aire lánguido y la falta de apetito de la pequeña Rosamond. Pero la que más remordimiento sentía era Cicely; pues todas las palabras secas, los golpes del odioso dedal, todos los servicios aceptados sin dar las gracias, le pesaban en la conciencia entonces, como suele ocurrir con tales cosas, cuando es demasiado tarde para deshacerlas. Todas cuidaron cuidadosamente a la niña, e incluso la perezosa Henny abandonó sus siestas para sentarse junto al lecho de Rosy; Penny se agitaba en torno al lecho como una abuela, y Cicely se negó a pensar en placeres hasta que el peligro hubiese pasado.

Pues pronto Capullo de Rosa se puso muy enferma, y la casa se llenó del miedo de que la muerte les robase la niñita tan preciosa para ellas, cuando el solo pensamiento de perderla hacía que el corazón se les parase. ¿Cómo iban a vivir sin oír la dulce vocecita, los piececitos que subían y bajaban, las manos dispuestas a servir, la carita que a todos sonreía y que se iba a los rincones para ocultar las lágrimas que a veces venían para empañar su alegría? ¿Cómo iban a consolar a la madre ausente de semejante pérdida, cómo iban a responder ante el padre de su negligencia, que ponía en riesgo la vida de la niña? Nadie se atrevía a pensarlo, y todos rezaban por la salud de Rosy, mientras velaban junto a su lecho, donde ella yacía pacientemente, hasta que la fiebre subió y comenzó a delirar. Habló de sus penalidades, de sus anhelos por su madre, cuyo lugar nadie podía llenar, de sus extrañas críticas acerca de los que la rodeaban y de sus planes de pacificación Aquellas inocentes revelaciones fueron la causa de muchas lágrimas y produjeron grandes cambios en las personas que las escuchaban, pues Penny se olvidó de sus males y vivió en el cuarto de la enferma como si fuese la enfermera más experimentada v tierna. Henny le preparaba las comidas más delicadas, las bebidas más frescas, y perdió muchas libras de peso subiendo y bajando para complacer los menores caprichos de la enferma. A Cicely no le permitían acercarse por miedo a la infección, pero su castigo era vagar por la gran casa, más silenciosa que nunca, para responder a las preguntas y escuchar los tristes presagios de los vecinos que venían a ofrecer su ayuda y su

condolencia, pues todos amaban a la pequeña Rosamond y les apenaba que algo malo pudiera sucederle. Para pasar el tiempo, Cicely se dedicó a limpiar el polvo de las habitaciones vacías, a poner en orden los cajones y armarios, dejando todo limpio con gran alivio de las primas ancianas, que creían que todo iba a quedar destruido durante su ausencia. Entonces leía y cosía, pues no tenía ánimos para ir de fiestas, y mientras confeccionaba los delantalcitos blancos de Rosy, pensaban en la niñita que quizá no viviera para usarlos.

Entretanto la fiebre seguía su curso, y por fin llegó el día en que en unas pocas horas se decidiría la vida o la muerte de la niña. El color encendido abandonó las mejillas que por entonces habían perdido su redondez; los labios estaban resecos, los ojos semicerrados semejaban violetas enfermas, y los lindos rizos reposaban revueltos sobre la almohada. Rosy ya no hablaba de sus "tres queridas muchachas", de los tigres y las pulseras de Thomas, de las chucherías de Cis, ni tampoco le cantaba a Bella. Dejó de llamar a su madre, y no volvió a preguntar por qué no venía su querido misionero, ni se preocupaba de los anhelantes rostros que se inclinaban sobre ella. Yacía en un estupor y el doctor sostenía su delgada manecita y miraba la esfera de su reloj mientras contaba el débil pulso, diciendo:

-Ahora sólo podemos tener esperanza y aguardar. Únicamente el sueño puede salvarla.

Mientras las hermanas se hallaban sentadas, cada una a un lado del lecho y Cicely se paseaba inquieta por el largo vestíbulo del piso bajo, cuyas dos puertas estaban abiertas para dejar entrar el aire frío de la noche, cuando el sol se puso, en la escalera se sintieron unos pasos firmes y tranquilos, y Dover entró sin llamar. Había estado ausente, y al volver a su casa, una hora antes, se enteró de la triste noticia. Sin perder un solo momento, corrió a preguntar por la pequeña Rosamond, y en su rostro se reflejaba su amor y su miedo, al decir con voz entrecortada:

-¿Vivirá? Mi madre no me dijo lo grave que estaba, pues de lo contrario habría regresado inmediatamente.

-Así lo esperamos, pero... -Y aquí a Cis le faltó la voz y ocultó el rostro sollozante.

-Mi querida, no cejen. Mantengan el ánimo, recen y esperen, deseen que la niña viva y eso le hará bien. ¡No podemos abandonarla ahora! ¡No podemos! Déjenme que la vea; conozco fiebres mucho peores que ésta, y quizá pueda sugerirles algo -rogó Dover, arrojando su sombrero y agitando un inmenso abanico, con tal aire dé resolución y de buena voluntad animosa que la cansada Cis se sintió inmediatamente consolada, y lo condujo escaleras arriba, olvidando completamente la antigua querella, igual que a él le ocurría.

En el umbral del cuarto Dover se detuvo hasta que oyó que la niña murmuraba su nombre. Penny, siempre cortés, se levantó al momento y salió a recibirlo, pero Henny pareció no verlo, pues en aquel preciso momento, Rosy, como si sintiera la proximidad de su amigo, se agitó y exhaló un suspiro.

Silenciosamente los tres permanecieron de pie, mirando a la amada criatura que yacía en las misteriosas sombras de la muerte, mientras ellos eran impotentes de salvarla, como si hubiese llegado la hora de la partida.

-¡Que Dios nos ayude! -suspiró la piadosa Penny, plegando las manos como si fuese algo que hacía frecuentemente entonces.

-Temo que esté muriéndose -y el rostro grueso de Henny parecía casi bello con las lágrimas, mientras se inclinaba para escuchar el débil soplo que salía de los labios de la niña.

-No, con la ayuda de Dios la salvaremos. Si logramos que duerma tranquila durante las horas siguientes, está a salvo. Déjenme que pruebe. Abaníquela lentamente con esto, Henrietta, y usted, querida señora, pídale a Dios que nos conserve a esta criatura.

Mientras hablaba, Dover entregó el abanico a Henny, tomó entre las suyas las frías manecitas de la niña, y sentándose junto al lecho trató de calentarlas con sus manos, Como si pretendiera infundir vida y fuerza en el frágil cuerpo, pues tenía los ojos fijos en los entreabiertos de la niña, como si tratara de llamar al alma inocente que temblaba en los umbrales de su prisión, como la crisálida posada sobre la mariposa antes de alzar el vuelo.

Penny se puso de rodillas, y apoyando la blanca cabeza en la otra almohada, rogó nuevamente a Dios que conservase aquel tesoro a los padres que se hallaban al otro lado del mar. Ninguno de ellos supo el tiempo en que permanecieron así, silenciosos e inmóviles, a no ser por el lento movimiento del abanico, que parecía el ala de un gran pájaro blanco, como si el grueso brazo de Henny no se cansara nunca. Penny estaba tan inmóvil que parecía dormida. Dover no se movía, pero se ponía cada vez más pálido según iban pasando los minutos; y Cicely, que se asomaba de vez en cuando, veía un extraño poder en los negros ojos que parecían sostener el vacilante espíritu de la niña mediante el amor y el anhelo que hacía a ambos tiernos y autoritarios.

Un rayo de sol penetró en la habitación, convirtiendo en oro puro los desordenados rizos. Henny se levantó para quitarlo, y como si aquel movimiento rompiese el hechizo, Rosy exhaló un profundo suspiro, se dio vuelta, y. poniéndose la mejilla sobre la mano se puso a dormir como acostumbraba cuando estaba bien. Penny levantó los ojos, tocó la frente de la niña, y murmuró con una mirada de agradecimiento tan brillante como si el rayo de sol le hubiese dado también a ella.

-¡Está húmeda! ¡Es sueño verdadero! ¡Oh, niña mía, niña mía! -Y la anciana cabeza se inclinó de nuevo, con un sollozo ahogado, pues sus ojos expertos le decían que el peligro había pasado y que Rosy viviría.

-Las plegarias de los justos valen mucho -murmuró Dover, volviéndose a la otra dama, que se hallaba de pie junto a su hermana mirando a la niña que ahora dormía tranquilamente entre ellos.

-¿Cómo vamos a poder pagárselo? -murmuró ella, ofreciéndole su mano con una sonrisa que la embellecía y que daba a su rostro anciano algo mejor que la belleza.

Dover tomó su mano y repuso, lanzando una elocuente mirada a la niña.

-No se deje nunca llevar por la cólera. Perdóneme y seamos amigos por causa de Rosy.

Lo seremos -y las manos gruesas dieron a las delgadas un cordial apretón, mientras la antigua querella terminaba sobre el lecho de la pequeña pacificadora cuyo juego infantil había tenido un feliz desenlace.

LAUREL DE LA MONTAÑA Y CULANTRILLO

-Aquí tiene su desayuno, señorita. Espero que le agrade. Su madre me enseñó el modo de prepararlo y me dijo que aquí hallaría una taza.

-Tome la azul. No tengo apetito y no puedo comer las cosas si no están bien presentadas. Me gustan las flores. Las he deseado desde que las vi, anoche.

Quien había hablado primero era una muchacha pelirroja y de rostro pecoso vestida con un traje de percal de color castaño, y un delantal blanco, que llevaba una bandeja en las manos y tenía un aire de tímida hospitalidad. La segunda, una muchacha bonita y pálida, llevaba un batón blanco y se hallaba sentada en un sillón, mirando en torno suyo con el lánguido interés de una inválida por un lugar nuevo. Sus ojos se animaron al posarse en el jarrón de laurel rosado y delicado culantrillo, que estaba entre la tostada y los huevos, las fresas y la crema que había en la bandeja.

-Nuestro laurel está ahora en flor y me alegro de que haya llegado a tiempo de verlo. Le traeré mucho en cuanto tenga tiempo de ir por ello.

Mientras hablaba, la muchacha sencilla reemplazó la fea taza y el feo platillo de tosca loza por los finos de porcelana que le indicaron, y aguardó a ver si se necesitaba algo más.

-¿Cómo se llama, por favor? -preguntó la muchacha bonita, bebiendo un trago de leche fresca.

-Rebeca. Mi madre ha pensado que es mejor que yo la sirva. Las chicas son ruidosas y olvidadizas. ¿Quiere que le ponga una almohada detrás de la espalda? Parece tan débil que creo que necesita un apoyo.

Había tanta compasión y buena voluntad en la cara y en el acento, que Emily aceptó la oferta, y dejó que Rebeca le pusiera un almohadón detrás; luego, mientras la otra muchacha comía delicadamente, Rebeca se puso a trajinar por la habitación, y se inició una charla, cosa que ocurre siempre cuando están a solas dos muchachas.

-Creo que esto va a sentarme bien, pues he dormido toda la noche y no me he despertado hasta que mamá llevaba levantada mucho tiempo y había arreglado todo -dijo Emily graciosamente, después de comer las fresas y cuando comenzó a desaparecer el pan y la manteca.

-Me alegro de que le agrade; a la mayoría de la gente le ocurre lo mismo, si no les importa la sencillez y el silencio del lugar. El hotel es más alegre, pero el aire no es muy bueno, y las personas delicadas, generalmente prefieren nuestra casa -repuso Becky, mientras daba vuelta a los colchones y sacudía las sábanas con un aire capaz.

-Yo deseaba ir al hotel, pero el médico dijo que era demasiado ruidoso para mí, y por tanto mamá se alegró de encentrar habitaciones aquí. No creía que una granja fuese, tan agradable. Esta vista es espléndida -y Emily se incorporó para contemplar por la ventana el ancho espacio, cruzado por un río que tenía a ambos lados campos de heno, mientras en las verdes laderas de las colinas se veían granjitas con jardines, y grandes graneros esperando la cosecha; y más allá los pastizales rocosos y arbolados donde pastaba el ganado y sonaba la música de las esquilas, los arroyos y los pájaros.

El aire perfumado puso un poco de color en las pálidas mejillas, los ojos tristes se animaron al contemplar el paisaje y los labios perdieron su expresión irritada, sonriendo inconscientemente a la dulce bienvenida que la naturaleza daba a la hija de la ciudad venida a descansar, a jugar y a recobrar las fuerzas en su verde regazo.

Becky la contemplaba con interés, y se alegró de ver lo pronto que la recién llegada sentía el encanto del lugar, pues la muchacha amaba su hogar de la montaña y consideraba la vieja granja como el más bello lugar del mundo.

-Cuando se ponga más fuerte voy a enseñarle una multitud de lugares preciosos de las cercanías. Detrás de la casa hay un bosque encantador. Junto a los laureles está mi lugar preferido, y entre las rocas hay una cueva, donde guardo mis cosas cuando de vez en cuando tengo un instante de reposo. En casa no puedo descansar bien cuando tenemos pensionistas y cinco muchachas en vacaciones.

Becky rió mientras hablaba, y en su rostro vulgar había una expresión maternal cuando miró a las tres rojas cabecitas, que jugaban en el patio, donde las gallinas cacareaban, un cordero comía y el viejo perro blanco yacía parpadeando al sol.

-Me gustan los niños; en casa no los tenemos, y mamá a veces me trata de tal manera como a una niña, que me avergüenza a veces. Deseo que ahora descanse bien, pues se ha, ocupado de mí de tal manera todo el invierno que lo necesita. Usted será mi enfermera, si es que la preciso; pero espero pronto estar tan buena que no la moleste. ¡Es tan triste estar enferma!

Y Emily suspiró, mientras se inclinaba mirándose al espejo que reflejaba su delgada carita y sus cabellos cortados.

-¡Debe serlo! No he estado nunca enferma, pero he cuidado enfermos y les tengo lástima. Mamá dice que soy una enfermera bastante buena, porque soy fuerte y callada -repuso Becky mullendo las almohadas y plegando las toallas con suaves movimientos agradables a la inválida, que temía tener una sirvienta ruidosa y torpe.

-¡Nunca enferma! Qué agradable debe ser. Yo siempre tengo resfríes y dolores de cabeza, y molestias de alguna clase. ¿Qué hace para conservarse tan bien, Rebeca? -preguntó Emily, contemplándola con interés cuando vino a llevarse la bandeja.

-Trabajar, únicamente; no he tenido tiempo para estar enferma, y cuando estoy cansada me voy a descansar allí. Entonces me pongo buena y vuelvo a la lucha tan fuerte como siempre -y todas las pecas del sonrosado rostro de Becky parecieron resplandecer de fuerza y de valor.

-Yo me canso de no hacer nada -dijo Emily, tratando de probar un remedio que daba tan buenos resultados-. Iré a visitar sus lugares favoritos, trabajaré un poco en cuanto pueda hacerlo, para ver si así me repongo. Ahora sólo puedo holgazanear, dormir y leer un poco. ¿Quiere hacer el favor de poner esos libros sobre la mesa? Voy a necesitarlos con el tiempo.

Emily señalaba un montón de volúmenes azul y oro que yacían sobre un baúl, y Becky se limpió el polvo de las manos cuando los tomó con aire reverente, pues había leído en las tapas nombres que hicieron resplandecer sus ojos.

-¿Le interesa la poesía? -preguntó Emily, sorprendida pero el gesto de la joven.

-Me parece que sí; sólo tengo los poemas que recorto de los periódicos, pero me encantan y los guardo en un libro viejo que tengo en mi cueva. Me gusta mucho la poesía

Librodot

de este autor. Siempre produce el efecto adecuado -y Becky sonrió ante el nombre de Whittier, como si el más dulce de nuestros poetas fuese un viejo amigo suyo.

-Prefiero a Tennyson. ¿Lo conoce? -preguntó Emily con un aire de superioridad, pues la idea de que la hija de un granjero conociese poesía la divertía.

-Oh, sí, tengo en mi libro varios versos de él, y me agradan mucho. Pero este autor hace las cosas tan verdaderas y naturales, que me siento a gusto con él. Y he anhelado leer este libro, aunque me figuro que no voy a comprenderlo bien. Su "Abejorro" era precioso; con el césped, las aguileñas y los pantaloncitos amarillos de la abeja. Nunca me he cansado de ello -y en el rostro de Becky se reflejó algo parecido a la belleza al mirar con ansia el Emerson, mientras limpiaba el polvo de la cubierta que ocultaba los tesoros que ella anhelaba.

-A mí no me interesa mucho, pero a mamá sí. Me agradan los poemas románticos, las baladas y las canciones; no me gustan las descripciones de nubes y campos, de abejas y granjeros -dijo Emily dando a entender que incluso los más sencillos poemas de Emerson estaban muy por encima de su comprensión, pues ella amaba más el sentimiento que la naturaleza.

-A mí sí, porque los conozco mejor que el amor y esas cosas románticas de que habla la mayoría de los poetas. Pero no pretendo ser juez, me complace tener cualquier cosa. Ahora, si no me necesita, voy a recoger el servicio y a irme a trabajar. Y diciendo esto, Becky se fue, dejando a Emily para que descansase y soñase, con los ojos fijos en el paisaje, que le proporcionaba más poesía que la que contenían todos los libros. La joven le habló a su madre de la extraña muchacha, y dijo que estaba segura de que iba a ser divertida si no olvidaba su lugar y trataba de hacerse amiga suya.

-Es una buena muchacha, querida, el principal sostén de su madre, y estoy segura de que trabaja más de lo que las fuerzas le permiten. Sé amable con ella, y, si puedes, pon un poco de placer en su vida -repuso la señora Spencer, mientras iba de un lado a otro proporcionando comodidades y lujos a su enferma.

-Tengo que hablarle, y a que en la casa no hay otra persona de mi edad. ¿Cómo son las maestras? ¿Te llevas bien con ellas, mamá? Vamos a estar muy solas aquí si no hacemos amistad con alguien.

-Las tres son muy amables e inteligentes, y estoy segura que pasaremos juntas muchos ratos agradables. Tú puedes cultivar tranquilamente a Becky; la señora Taylor me dijo que era una muchacha brillante aunque quizá no lo parezca.

-Ya veremos. Pero odio las pecas, las grandes manos rojas y los hombros redondos. Ella no puede evitarlo, pero las cosas feas me irritan.

-Recuerda que ella no tiene tiempo de ponerse hermosa, y alégrate de que sea tan limpia y servicial. ¿Quieres que te lea, querida? Estoy pronto a ello.

Emily consintió, y durante una hora o dos escuchó la dulce voz que le leía varios de los encantadores cuentos de Ewing.

-Ahora el césped está ya seco y deseo dar un paseo por esa verde pradera antes del lunch. Tú quédate descansando, mamá querida, y déjame que haga sola los descubrimientos -propuso Emily, cuando el sol brilló cálidamente y el instinto de los jóvenes hacia el aire libre y el movimiento la llamó fuera. Por tanto, con un sombrero, un

abrigo, un libro y una sombrilla, la muchacha salió decidida a descubrir la nueva tierra en que se hallaba.

Bajó los peldaños anchos y crujientes y ante el umbral de piedra se detuvo un momento indecisa. El sonido de alguien que cantaba a espaldas de la casa la llevó en aquella dirección, y, al volver la esquina hizo su primer agradable descubrimiento. Una colina se alzaba a pico a espaldas de la casa, y apoyado en sus laderas crecía un viejo manzano, sombreando una fuente que surgía entre las rocas e iba a caer sobre un pilón musgoso. Por el árbol había crecido una vid silvestre, que formaba un verde dosel sobre el gran tronco que servía de asiento, y alguien había plantado culantrillos en torno al asiento y a la fuente, los cuales florecían lindamente en aquel lugar húmedo y breado.

-¡Oh, qué lindo! Voy a sentarme aquí. Parece limpio y veré lo qué ocurre en esa gran cocina y escucharé canciones. Por el ruido, me figuro que se trata de las hermanitas de Becky.

Emily se estableció en el tronco cubierto de liquen, puso los pies sobre una piedra y se sentó a gozar del musical murmullo del agua, con los ojos fijos en los delicados helechos que se conmovían a impulsos del viento, mientras en sus oídos resonaban unas voces infantiles que cantaban la tabla de multiplicar.

A poco, dos niñitas, portadoras de una gran sartén de alubias, vinieron a hacer su trabajo en la puerta trasera, una tercera lavaba platos en la ventana, y el vestido pardo de Becky volaba por la cocina a impulsos de los enérgicos movimientos de la que lo llevaba. Una voz de mujer daba órdenes, y era evidente que la persona que hablaba se hallaba pelando pollos en algún lugar invisible.

Aquella charla llegaba hasta Emily, divirtiéndola e irritándola a la vez, pues le probaba que aquellos campesinos no eran tan necios como ella había creído.

-Bien, no debemos dar importancia a que sea rara y pesada; ha estado enferma y le cuesta trabajo recobrar su paciencia. Hay que ser amables con ella y no hacerle caso, ya que su madre es tan buena -dijo la voz de mujer.

-Me extraña que pueda haber gente tan irritable. Se quejó de las almohadas, de las sillas, de los baúles y de la comida que le llevamos anoche, e hizo que su pobre madre fuese incansablemente de un lado a otro. Sin embargo, esta mañana estaba más tolerable, y linda como un cuadro, con su batón arrugado, y su pañuelo azul en la cabeza -repuso Becky desde la despensa, mientras sacaba la tabla de amasar, sin pensar en la persona escondida entre las plantas trepadoras que sombreaban la fuente.

-Bien, tiene el cabello aun más rojo que nosotras, por tanto no debe darse ese aire de importancia tratando de ocultarse con velos azules -añadió una vocecita.

-Sí, y mucho más corto que el nuestro, y rizado en torno de su cabeza como la lana de Daisy. Creo que una muchacha mayor debería sentirse avergonzada sin sus trenzas -dijo la otra niña examinando orgullosamente la melena leonada que colgaba sobre sus hombros, pues, como la mayoría de los pelirrojos, las niñas tenían espléndidas cabelleras de todos los matices, desde el rojo dorado al zanahoria.

-Yo lo encuentro precioso. Y además creo que se lo cortaron durante la fiebre. Yo querría librarme de mi cabello largo que tanto me molesta -dijo Becky, que salió atándose una toalla limpia sobre el enorme moño parecido a una cafetera de cobre.

-Ahora, querida, prepara en seguida los pasteles. Los pollos quedarán listos dentro de un momento y podré dedicarme a la manteca. Salid a ver si encontráis fresas silvestres para la muchacha, en cuanto hayáis acabado con las alubias, niñas -dijo la madre.

Aquí la charla acabó, y en seguida las niñas salieron dejando a Becky preparando los pasteles ante la ventana de la despensa. Mientras trabajaba, sus labios se movían, y Emily, que la vigilaba desde su escondite, se preguntó lo que diría, pues de vez en cuando se elevaba un murmullo destacado por los golpes del palote.

-Tengo que salir a averiguar. Si me pongo de pie sobre el banco de lavar puedo ver cómo trabaja. Le demostraré que no soy tan exigente y que, si deseo, puedo ser amable.

Con aquella prudente resolución, Emily descendió el sendero, y después de detenerse a examinar la mantequera puesta a secar y las filas de sartenes que brillaban sobre un estante, se dirigió hacia la cocina y subió al banco, mientras Becky se hallaba de espaldas, y apartando los helechos y la vid que crecían a ambos lados, asomó un rostro tan sonriente que la cocinera más arisca no podría haber protestado de aquella intrusión.

-¿Puedo verla trabajar? No puedo comer pasteles, pero me agrada ver como los preparan. ¿Le importa?

-En absoluto. La invitaría a entrar, pero aquí hace un calor terrible y no hay mucho lugar -repuso Becky, dando forma a la masa antes de echar el relleno-. Voy a prepararle un lindo budín; su mamá dijo que le gustaban; ¡o prefiere crema batida con jalea? -preguntó Becky, deseosa de complacer a la nueva huéspeda.

-Lo que resulte más fácil de preparar. No me apetece nada. Dígame lo que estaba diciendo: parecía que recitaba versos -dijo Emily, apoyando los codos en el alféizar mientras los helechos acariciaban sus mejillas y a sus narices llegaba un apetitoso olor.

-Sí, estaba murmurando unos versos. Lo hago frecuentemente cuando trabajo y eso me sirve de ayuda: pero debo provocar un efecto muy raro -y Becky se ruborizó, como si hubiese cometido un grave pecado.

-Yo también lo hago y me sirve de consuelo, cuando no puedo dormir. Creo que necesita que alguien la ayude, pues trabaja demasiado. ¿Le gusta trabajar así, Becky?

El nombre familiar, el tono amable, hicieron que el rostro vulgar se animase de alegría cuando su propietaria dijo, mientras llenaba cuidadosamente un lindo bol, con una mezcla dorada de huevos frescos y leche:

-No, no me agrada, pero tengo que hacerlo. Mi madre no está tan fuerte como antes, hay mucho que hacer, los pequeños tienen que recibir su educación, y hay que pagar la hipoteca; por tanto, si no trabajo tanto, ¿quién va a hacerlo? Ahora nos va muy bien, pues el señor Walker se encarga de la granja y nos da nuestra parte, por lo cual nos ganamos bien la vida; luego, con los huéspedes durante el verano y con mi escuela en el invierno, nos vamos ayudando, y cada año los muchachos pueden hacer más. Sería un verdadero pecado el que me quejase, aunque tuviese que correr todo el día.

Becky sonrió al hablar y enderezó sus encorvados hombros, como si se preparase a llevar su carga más adelante por la senda del deber.

-¿Da clases? Pero, ¿qué edad tiene, Becky? -repuso Emily, muy impresionada con aquel descubrimiento.

-Dieciocho años. Reemplazo a una maestra que enfermó el otoño pasado, y doy clases durante el invierno. Al parecer, la gente me quiere, y este año voy a tener el mismo

puesto. Me alegro mucho, pues así no tengo que salir de aquí, el salario es suficiente, pues la escuela es grande y los niños se portan bien. Al fondo del valle está la escuela; es esa casa de ladrillos rojos situada en el cruce de las carreteras -y Becky la señaló con su dedo enharinado y un aire de orgullo grato de contemplar.

Emily lanzó una mirada a la casita de ladrillos rojos, quemada por el sol del verano, y azotada por los vientos del invierno, pues, como de costumbre con las escuelas de campo, se hallaba en el lugar más desagradable de la comarca.

-¿No es eso terrible en el invierno? -preguntó estremeciéndose ante la idea de pasar los días encerrada en aquel terrible lugar con una multitud de rudos chiquillos de campo.

-Hace mucho frío, pero tenemos mucha leña y aquí estamos acostumbrados a la nieve y los vientos. Con frecuencia bajamos con trineos y eso es muy divertido. Nos llevamos la comida, jugamos y lo pasamos muy bien; algunos de mis alumnos son mayores que yo; ellos limpian los caminos, encienden el fuego y cuidan de nosotros y juntos somos muy felices.

A Emily le parecía imposible concebir la felicidad en aquellas circunstancias, por lo cual cambió de tema, preguntando con un tono que inconscientemente se había hecho más respetuoso, desde la última revelación de la habilidad de Becky.

-Si es tan buena maestra, ¿por qué no busca otra escuela mejor?

-Oh, por ahora no puedo dejar sola a mi madre; espero hacerlo algún día, cuando mis hermanas hayan crecido y los muchachos puedan arreglárselas solos. Pero ahora no puedo irme, pues hay una enormidad de cosas qué hacer, y durante el invierno mamá está baldada de reuma, y no le conviene hacer la manteca en el sótano. Pero durante el verano no me consiente hacerlo, por lo cual yo la cuido durante el invierno.

Me ocupo de todo, durante la noche y el día. Y ella se ocupa en hacer alfombras, mientras descansa en espera de la primavera. Todas las alfombras de la casa son obra nuestra, menos la de la sala. Ésa nos la regaló la señora Taylor, igual que las cortinas y la reposera. Mi madre descansa mucho en ella.

-La señora Taylor es quien vino aquí por primera vez y nos habló de esto a nosotros y a otras gentes -dijo Emily. -Sí, es la señora más amable del mundo. Un día le hablaré de ella, es realmente interesante; ahora tengo que ocuparme de los pasteles y disponer la verdura -repuso Becky, echando una ansiosa mirada al reloj de la cocina.

-Entonces no voy a gastar de su precioso tiempo. ¿Puedo sentarme en este hermoso lugar? ¿O es su cenador privado? -preguntó Emiliy, bajándose del banco.

-Claro que puede. Ahí es donde mamá descansa cuando ha terminado su trabajo. Lo hizo mi padre hace mucho tiempo, una primavera, y yo planté los helechos. Mi madre no puede dar grandes paseos, le gustan las cosas lindas y por las noches descansa aquí.

Becky corrió a meter los pasteles en el horno y Emily se dirigió hacia el granero para echarse sobre el heno, disfrutando de la vista del valle y meditando sobre lo que había visto y oído, comparando naturalmente su vida lujosa y llena de mimos con la vida dura y monótona de la otra muchacha. ¡Trabajar durante todo el verano, dar clase durante todo el invierno, en la desagradable escuela, sin más cambios que los quehaceres domésticos y la confección de las alfombras! Aquello parecía algo horrible a Emily, que amaba los placeres y llevaba la vida fácil de las jóvenes de su clase, y ante la cual se abría un porvenir aun más brillante.

Librodot

Le preocupaba el pensar que algún ser humano se contentase con aquella mezquina parte de las buenas cosas de la vida, cuando ella estaba descontenta a pesar de los bienes de que disfrutaba. No podía comprenderlo y se durmió deseando que todo el mundo estuviese cómodo, pues era muy desagradable ver a la gente trabajando en cocinas, enseñando en escuelas frías y usando feos trajes de percal.

Una o dos semanas de vida de campo y el buen aire de la montaña operaron maravillas con la enferma, y todos se regocijaron al ver que las pálidas mejillas de Emily se redondeaban y se ponían rosadas, que los lánguidos ojos se animaban y que la débil criatura, que acostumbraba a pasar el tiempo tendida en un sofá, salía a dar paseos, deseosa de explorar los hermosos lugares y los rincones que había entre las colinas. Su madre bendecía a la señora Taylor por haber hallado aquel lugar encantador. Las maestras cansadas que se hospedaban en la granja se congratulaban también de la mejoría diaria que experimentaban; y Becky estaba encantada de los maravillosos efectos de su aire natal, ayudados por la buena cocina de su madre y la amable sociedad de los niños, a los cuales la buena muchacha consideraba los más encantadores del mundo.

Emily se sentía la reina de aquel pequeño reino, y todos la miraban como tal, pues al recuperar la salud fue perdiendo su impaciencia, y al vivir con gentes sencillas olvidó sus vanidades, volviéndose amable con todos los que la rodeaban. Los niños la consideraban una especie de hada buena, que podía conceder sus deseos con mágica facilidad, cosa que probaban los diversos regalos que les había hecho. Los muchachos eran sus devotos esclavos, siempre dispuestos a que les enviasen a algún encargo, a llevarla en coche a cualquier hora, o a escuchar con mudo deleite cuando cantaba acompañándose con la guitarra, a eso del anochecer.

Pero para Becky era una verdadera bendición del cielo y. un consuelo, pues antes de que hubiese transcurrido el primer mes eran realmente amigas, y Emily hizo un descubrimiento que llenó su cabeza de brillantes planes acerca del futuro dé Becky, a pesar de las advertencias de su madre y de la resistencia que la sensata muchacha sentía a dejarse deslumbrar por los sueños y las profecías entusiásticas.

Sucedió del modo siguiente: Unas tres semanas después del encuentro de ambas muchachas, Emily se fue una noche a su punto de cita favorito: el cenador que Becky tenía entre los laureles. Era un lindo rincón, situado a la sombra de una gran peña, inmediata a la cabecera del verde valle, que bajaba hasta el ancho espacio de más abajo. Un arroyo corría murmurando entre las piedras, los helechos y las hierbas, mientras que la pendiente estaba cubierta de laurel rosa, pues los arbustos crecían espesamente en las laderas de la colina, valle abajo, y entre los bosques, que formaban un hermoso fondo a aquellos ramilletes rosa y blancos arreglados con la negligente gracia de la naturaleza.

A Emily le agradaba aquel lugar, y desde que tuvo fuerzas para subir hasta allí, solía sentarse a leer en aquel sitio, disfrutando del hermoso panorama que se extendía ante su vista. Las nieblas flotantes le daban con frecuencia una constante sucesión de lindos cuadros; tan pronto una soleada perspectiva del lago distante, luego la torre de la iglesia que se recortaba montaña arriba, después un rebaño que pastaba en la pradera, una alegre procesión de peregrinos que subía la montaña, o una negra nube de tormenta, acogida alegremente por su glorioso arco iris, y cuya sombra cerraba el desfile.

Inconscientemente, la muchacha llegó a percibir no sólo la belleza del vallé, sino el valor de aquellas horas tranquilas, hallando una nueva paz y felicidad, que fluía en su corazón, tan naturalmente, cono el arroyo brotaba de las musgosas rocas, y discurría cantando entre los campos de heno, los jardines y las carreteras polvorientas, hasta encontrar el río que lo llevaba al mar. Oscuramente, algo se agitaba en su interior, y el espíritu salutífero que habita en tales lugares hizo su labor de manera que aquella alma inocente comenzó a pensar que la vida no era perfecta sin el trabajo, y que el verdadero contento venía de dentro, no de afuera.

La tarde de que hablamos, Emily se fue a dicho lugar para esperar a Becky que se reuniría con ella en cuanto hubiese terminado los quehaceres de la cena. En la cueva donde había unos cuantos libros, un vasito y una cesta de abedul destinada a recoger fresas, Emily guardaba un bloc de dibujo y una caja de lápices, y con frecuencia se divertía tratando de captar algunos de los hermosos paisajes. Aquellos esfuerzos generalmente terminaban en una tentativa más humilde, cuyo resultado era un buen estudio de un roble, una roca, o un grupo de helechos.. Aquella tarde la puesta de sol era tan hermosa, que la muchacha no podía dibujar, y recordando que en el libro de recortes de Becky había una buena descripción de dicha hora, obra de un poeta, sacó el viejo volumen y comenzó a hojearlo.

No se había molestado en mirarlo más que una vez, pues había leído lo mejor de su contenido en volúmenes más atractivos, por lo cual Becky lo había metido en el rincón más alejado de su rústico armario, pues evidentemente consideraba que aquél era un lugar seguro para ocultar un secretillo que Emily descubrió entonces. Al volver las páginas llenas de toda clase de versos, buenos, malos y corrientes, apareció una hoja de papel escrita con letra de colegiala.

LAUREL DE LA MONTAÑA

Mi hermosa flor, con alegría
tu bello rostro veo,
y el mundo me parece más dichoso
cuando el verano te trae
dando a mi soledad un amigo.
Y después de cada duro día,
paseo por mi jardín de la montaña
para descansar, cantar, o rezar.
Por toda la ladera rocosa se extiende
tu manto de nieve rosada,
y en el valle, junto al arroyo,
crecen tus capullos más oscuros.
La aridez se transforma en hermosura
por la belleza que tú le das,
y los ojos humanos, y la Naturaleza
se regocijan de tu presencia.

Librodot

Todos los años espero tu llegada
y cada vez te amo más,
pues la vida es dura y yo necesito
tu miel para mi depósito
y como ávida abeja, libo
dulces lecciones de tu copa,
y sentándome a los pies de una flor
mi alma aprende a elevarse.

Jamás ostentaré laureles
ni llevaré ricas flores,
pero recibiré agradecida
el bendito aire y el sol.
Y floreciendo donde me corresponde
viviré alegremente,
embelleciendo algún lugar estéril
mediante una vida humilde y fecunda.

-¡Lo ha escrito ella! ¡No puedo creerlo! -dijo Emily, dejando el papel y un poco asustada, porque realmente lo creía y sentía como si de repente hubiese mirado el corazón de un semejante suyo-. La creía una muchacha vulgar, ¡y sin embargo es una poetisa, que escribe versos que me dan ganas de llorar! No creo que sean muy buenos, pero parecen salidos de su corazón y me conmueven con su anhelo, su paciencia y su piedad. ¡Estoy verdaderamente sorprendida! -y Emily leyó de nuevo los versos, viendo sus defectos más pronto que antes, pero pensando sin embargo que Becky había puesto su alma en ellos, tratando vanamente de expresar lo que la flor silvestre era para su soledad, como les sucede a los que tienen en su interior una chispa del fuego divino.

-¿Debo decirle lo que he descubierto? ¡Tengo que hacerlo y conseguir que estos versos se impriman! Seguramente tiene escondidos muchos más. Eso es lo que murmura cuando trabaja y lo que no quiso decirme. ¡Qué ladina! No sé cómo ha sido tan vergonzosa para ocultar su don. La fastidiaré un poco y veré lo que dice. Oh, desearía poder hacerlo. Quizá algún día llegue a ser famosa y a mí me corresponda la gloria de haberla descubierto.

Emily sentía una admiración juvenil por cualquier clase de talento, y como amaba la poesía, quedó especialmente complacida al ver que su humilde amiga era capaz de escribir versos. Ciertamente, exageraba el talento de Becky, y mientras la esperaba, estaba segura de haber descubierto una Burns femenina en las colinas de New Hampshire, pues todos los versos eran acerca de temas naturales, embellecidos por las dulces palabras o los tiernos sentimientos. Tuvo tiempo de construir un espléndido castillo en el aire, colocando en él a Becky con una corona de gloria en la cabeza, antes que la callada figura, con un descolorido sombrero de sol, subiese la colina lentamente, mientras el resplandor solar iluminaba su rostro cansado pero tranquilo.

-Siéntate aquí y descansa, mientras te hablo -dijo Emily, deseosa de llevar a cabo la dramática escena que planeaba. Becky se dejó caer sobre el rojo cojín que le habían preparado, y se quedó mirando a Emily, que subida sobre una roca tapizada de musgo inició su representación.

-Becky, ¿has oído hablar de las Goodale? Vivían en el campo, y escribieron poesías que las hicieron famosas.

-Oh, sí, he leído sus poemas, y me gustan mucho. ¿Las conoces? -respondió Becky, interesada.

-No, pero una vez conocí una muchacha muy parecida a ellas, sólo que no tenía sus facilidades, pues carecía de un padre que la ayudara y no tenía una granja ni la buena suerte de ellas. He tratado de escribir versos, pero siempre me embrollo y tengo que dejarlo. Esto hace que me interese por las muchachas que pueden hacerlo, y deseo ayudar a mi amiga. Estoy segura de que ella tiene talento, y por tanto deseo ayudarla de algún modo. Déjame que te lea un poema suyo, para ver lo que opinas de ella.

-¡Hazlo! -y Becky se quitó el sombrero, cruzó las manos sobre las rodillas y se dispuso a escuchar, con tan total inconsciencia de lo que iba a ocurrir, que Emily rió por el chiste y se ruborizó por la libertad que se tomaba con el secreto cuidadosamente guardado por la muchacha.

Becky estaba segura de que Emily iba a leer algo suyo después de aquella introducción, y comenzó a sonreír cuando sacó el papel y leyó las cuatro primeras líneas en un tono mitad tímido mitad triunfante. Luego, dando un grito le arrancó el papel de las manos y lo arrugó, exclamando, colérica:

-¡Es mío! ¿Dónde lo has encontrado? ¿Cómo te has atrevido a tocarlo?

Emily se puso de rodillas, con. un rostro y una voz tan llenos de compunción, agrado y simpatía, que la cólera de Becky se apaciguó antes de que la explicación de su amiga terminase con estas suaves y conciliadoras palabras.

-Esto es todo, querida, y te pido perdón. Pero estoy segura de que algún día serás famosa, si sigues adelante, y yo veré un volumen de poemas de Rebeca Moore de Rocky Nook, New Hampshire.

Becky ocultó el rostro, como si la vergüenza, la sorpresa, el pasmo y la alegría colmasen su corazón, haciendo que varias lágrimas cayesen sobre sus manos gastadas por el duro trabajo, cuando anhelaban manejar la pluma, tratando de escribir las fantasías que cruzaban por su mente tan incesantemente, como el suave murmullo de los pinos o el canto del arroyo, susurraban en sus oídos cuando se hallaba sentada allí a solas. No podía expresar los vagos anhelos que sentía en el alma; sólo podía sentirlos y vagamente tratar de comprenderlos y de interpretarlos, sin pensar en la fama ni en la fortuna, pues era una criatura humilde, que jamás pensó que las penalidades de la vida hacían surgir las virtudes de su naturaleza.

A poco levantó la vista, profundamente conmovida por las palabras y las caricias de Emily, y sus ojos azules brillaban como estrellas. mientras su rostro resplandecía, con algo mejor que la mera belleza, pues los secretos de su inocente corazón eran entonces conocidos de su amiga, y era muy agradable aceptar los primeros elogios.

-No me importa mucho, pero durante un momento me asusté. Nadie lo sabe, excepto mamá, y ella se ríe de mí, pero no le importa con tal de que esto me alegre. Me encanta

Librodot

que te gusten mis poemas, pera jamás pensé en llegar a ser conocida. ¡No podía imaginarlo! Pero me gusta mucho el oírte decir que puedo llegar a ser famosa.

-Pero ¿por qué no, Becky? Las Goodale lo fueron, y la mitad de los poetas del mundo eran pobres e ignorantes al principio, tú lo sabes. Únicamente se necesita tiempo y apoyo, y tu don se desarrollará, y la gente lo reconocerá; y con la glorió vendrá el dinero - exclamó Emily dejándose llevar por su entusiasmo y buena voluntad.

-¿Podría ganar dinero con estas cosas? -preguntó Becky, mirando el arrugado papel caído al pie de un laurel.

-¡Claro que sí, querida! Déjame algunos y te demostraré que sé distinguir la buena poesía, cuando la leo. Tú me creerás cuando estos versos te proporcionen algunos billetes de banco.

Becky pareció aturdirse ante aquella brillante perspectiva, y aspiró profundamente el aire, como si una mano hubiese levantado un peso de su cansada espalda, pues más fuerte que sus ambiciones personales era el amor que sentía por su familia y el pensar en ayudarles le agradaba más que cualquier sueño de fama.

-Con gusto, y si se vendieran sería la muchacha más feliz del mundo. Pero no puedo creerlo, Emily. He oído decir a la señora Taylor que únicamente se pagan las mejores poesías, y las mías no lo son, bien lo sé.

-Claro que necesita práctica y pulimento, pero estoy segura de que es infinitamente mejor que todas esas poesías sentimentales que leemos en los periódicos, y sé perfectamente que todas esas cosas se pagan, porque tengo un amigo que trabaja en un diario, y él me lo dijo. Tus versos son sencillos, y algunos muy originales. Estoy segura que la balada de la casa antigua es muy hermosa y quiero enviársela a Whittier. Mamá lo conoce; es del estilo que a él le gusta, y es una persona tan amable que la criticará y se interesará cuando mamá le hable de ti. ¡Permítemelo!

-¡Nunca me atrevería! Sería una audacia de mi parte y mamá diría que estoy loca. Me encanta el señor Whittier, pero no me atrevo a mostrarle mis tonterías, aunque el leer sus poemas me ha ayudado mucho.

Becky hablaba como si hubiera perdido el aliento con aquella. proposición audaz; y, sin embargo, una deliciosa esperanza surgió bruscamente en su corazón, y pensó que quizá tuviese en su interior una verdadera chispa que iluminase su vida vulgar.

-Vamos a preguntárselo a mamá; ella nos dirá qué es lo mejor que podemos hacer, pues conoce a toda clase de literatos, y no dirá más de lo que tú la autorices. Estoy decidida a salirme con la mía, Becky, y cuanto más modesta te veo, más segura estoy de que eres genial. Los verdaderos genios son siempre tímidos; por tanto, decídete y dame los mejores de tus versos para que te pruebe que tengo razón.

Era imposible resistirse ante aquellas persuasivas palabras, y Becky pronto cedió a la sirenita que trataba de sacarla de su tranquilo estanque para llevarla a las profundas aguas aparentemente tan azules y tranquilas hasta que los temerarios barquitos de papel caen en sus remolinos o se estrellan contra sus rocas y bancos de arena.

Había de guardar el mayor secreto, y sólo la señora Spenser sabría la empresa. que iba a emprenderse. Las jóvenes permanecieron sentadas, absortas en sus planes brillantes, hasta que casi fue de noche y volvieron a casa a tientas, tomadas de la mano, dejando otro

secreto para que lo guardaran los laureles y soñasen con él durante su largo sueño, pues había pasado el tiempo de floración y las flores rosadas empalidecían con el sol de julio.

Ninguna olvidó la conversación que tuvieron aquella noche en la habitación de Emily, pues ésta llevó a la cautiva directamente al cuarto de su madre, para contarle sus planes y aspiraciones sin un momento de dilación.

La señora Spenser lamentó el bien intencionado entusiasmo de su hija, pero temiendo que produjese males, trató sensatamente de calmar la inocente excitación de ambas con el modo natural en que escuchó las explicaciones que Emily le dio, leyó los versos que Becky le ofreció tímidamente, y luego dijo con amabilidad y firmeza:

-Esto no es poesía, mis queridas chiquillas, aunque la rima es buena y hay sentimiento en ella. No produciría fama ni dinero, y Rebeca pone más poesía, verdad y belleza en su vida diaria que en todos sus versos.

-¡Nuestros planes eran tan hermosos! Pensábamos que Becky viniera con nosotros a la ciudad, para que viese el mundo, escribiese y se hiciese famosa. ¿Cómo te atreves a estropearlos?

-Hijita, eres inexperta y debo impedir que eches a perder la vida de esta buena muchacha con tus temerarios proyectos. Becky comprenderá que tengo razón, y verá lo cierto de este verso de mi poeta favorito:

Tan cerca está la grandeza de nuestro polvo,
tan próximo está Dios del hombre
cuando el deber murmura: "¡Has de hacerlo!"
El joven replica: "¡Lo haré!"

-Lo haré, lo haré. Por favor, continúe -y los turbados ojos de Becky se hicieron claros y firmes al decidir vivir de acuerdo a aquellas palabras.

-¡Oh, mamá! -exclamó Emily, considerando crueldad el cortar de aquella manera sus nacientes esperanzas.

-Sé que ahora no me creerás, ni comprenderás lo que quiero decir, pero el tiempo os enseñará a ambas a confesar que tengo razón y a valorar más la sustancia que la sombra -prosiguió la señora Spenser-. Muchas muchachas escriben versos y se creen que son poetisas; pero es sólo una manía pasajera y, afortunadamente para el mundo, y también para ellas, pronto pasa, y se convierte en alguna pasión o algún trabajo genuino. Hay muy pocas que tengan un verdadero don, y las que lo poseen tienen que aguardar y llegar lentamente a la cumbre de sus talentos. Otras muchas se engañan y tratan de convencer al mundo de que pueden hacer versos; pero es una pérdida de tiempo que generalmente acaba en decepción, como prueba claramente la masa de sentimentalismos que todos vemos. Escribe tus versitos; querida, cuando sientas deseos de ello; es un placer inofensivo, un consuelo verdadero y una buena lección para ti; pero no descuides deberes más elevados ni te engañes con falsas esperanzas ni vanos sueños. "Primero vive, luego escribe", es un buen lema para los jóvenes ambiciosos. Para todos nosotros hay algo mejor: "Haz el deber que tengas más cercano", y el fiel cumplimiento de ello, por

humilde que sea, será la mejor ayuda para cualquier talento oculto en nuestro interior y pronto a florecer llegada la ocasión. Recuerda esto, no dejes que las necias y entusiásticas profecías de mi hija te turben y te incapaciten para el noble trabajo que realizas.

-¡Muchas gracias, señora! Lo tendré en cuenta; sé que tiene razón, y no me dejaré tentar por locas ideas. Nunca había imaginado antes que fuese poetisa; pero me parecía espléndido, y pensé que podía ocurrirme a mí como les ocurre a otras personas. No pensaré más en ello sino que proseguiré mi labor alegremente.

Mientras escuchaba, el rostro de Becky se había puesto pálido y serio, incluso un poco triste; pero al responder sus ojos brillaban, sus labios se mantenían firmes y su rostro vulgar lucía casi hermoso con el valor y la confianza que sentía en su interior. Veía lo sabio del consejo de su amiga, sentía la amabilidad de demostrarle bondadosamente su error y se lo agradecía, consciente en lo profundo de su fuerte y amante corazón de que era mejor vivir y trabajar por los otros, que el soñar y luchar sólo por una misma.

La señora Spenser quedó a la vez sorprendida y conmovida por el aspecto, las palabras y los ademanes de la joven, y su respeto creció por el valor y lo bien que aceptó el derrumbamiento de su hermoso castillo de naipes, dejándola frente a la dura realidad después de aquella huida a las regiones de la fantasía.

La dama habló durante largo tiempo con las muchachas y les dio los consejos que necesitan todos los jóvenes ávidos, aunque les cueste trabajo aceptar su sabiduría. Amiga de muchos literatos, la señora Spenser recibía constantemente las confidencias de escritores sin madurez, cada uno de los cuales estaba seguro de tener algo valioso que ofrecer al mundo de la literatura. El consejo de la dama era siempre el mismo "Escriba y espere", y sólo muy de tarde en tarde se hallaba un escritor o poeta decidido a hacer ambas cosas, y por tanto a probar a sí y a los demás que poseía el don, o a terminar con la interrogación. "Vivid primero y escribid después", resultaba un quietus para muchos, y "Haced el deber más inmediato" satisfacía a los más sinceros que podían pasarse sin la fama. Por tanto, gracias a esta prudente y bondadosa mujer, una gran mayoría de jóvenes de mérito dejó de soñar y se dedicó al trabajo, evitando al mundo malos versos y novelas de tercer orden.

Después de aquella noche, Becky pasó menos horas en su nido y más leyendo con Emily, que le prestaba libros y le ayudaba a comprenderlos, ayudada por la señora Spenser, que marcaba pasajes, sugería autores y les aclaraba los puntos oscuros. Aquéllos eran momentos felices, preciosos para ambas, pues Emily aprendía a ver y apreciar el aspecto humilde de la vida y Becky tenía vislumbres del hermoso mundo del arte, la poesía y la verdad, que constituían el mejor alimento para su corazón y su cerebro que las meditaciones sentimentales o los ciegos esfuerzos para satisfacer, escribiendo versos, las ansias de su naturaleza.

Sus lugares favoritos eran el granero, el porche delantero o la fuente. La última era la escuela de Emily, y ambas daban y tomaban allí muchas lecciones útiles.

Un día que Becky vino a descansar unos minutos y a pelar guisantes, Emily dejó el libro y se puso a ayudar; y mientras las vainas volaban, dijo, indicando los delicados helechos que crecían exuberantes por el pilón, las rocas y las riberas cubiertas de césped.

-Nosotras tenemos éstos en nuestro invernadero, pero la más los vi crecer silvestres. ¿De dónde sacan estas preciosidades y las hacen tan bien?

-Oh, crecen en los rincones de la montaña, ocultos bajo los helechos más fuertes y en los rincones resguardados. Pero no crecen como aquí, y mueren pronto a menos que se los trasplante y se les trate con cuidado. Siempre me hacen pensar en ti, tan graciosa y delicada, a propósito para vivir, con rosas de té, en un invernadero, y a ir a bailes formando lindos ramilletes de señora -repuso Becky sonriendo a su nueva amiga, siempre tan primorosa y delicada a pesar de la temporada de campo.

-¡Gracias! Creo que nunca seré fuerte ni podré hacer gran cosa; por tanto, me parezco bastante a un helecho y vivo en una estufa durante el invierno, pues no puedo salir mucho. ¡Algo inútil, Becky! -y Emily suspiró, pues había nacido delicada, e incluso su vida regalada no había logrado darle el vigor de las demás. Pero su suspiro se transformó en sonrisa cuando añadió-: Si soy semejante al helecho, tú eres como tu laurel, fuerte, rosada, y capaz de crecer en cualquier parte. Deseo llevarme a mi casa unas cuantas raíces para ver si crecen en mi jardín. Así tú me tienes y yo te tengo a ti. Sólo espero que tu planta crezca tan bien como la mía aquí.

-¡No lo lograrás! Se han llevado ya muchas veces raíces fuera de aquí, pero nunca crecen en los jardines como en las colinas de donde proceden. Sólo me queda por agregar que dejen en paz a mis queridas plantas y que vengan a disfrutar de ellas en su medio. Creo que tú podrás mantener una planta en tu invernadero; pero no será la mitad de linda que las que tengo aquí, y creó que te entristecerá verla tan mustia, lejos de su tierra -repuso Becky, con los ojos fijos en las verdes laderas donde el laurel de la montaña desafiaba las nieves del invierno y nacía lozano a principios de la primavera.

-Entonces no me ocuparé de él hasta el verano que viene. Pero, ¿tú no puedes llevarte los helechos al interior de la casa, durante el frío? Creo que se conservarían bien en tus soleadas ventanas -dijo Emily complacida por la fantasía de que se asemejaban a ella.

-Lo he intentado, pero se necesita un lugar húmedo y nuestras frías noches lo matan. No, no pueden crecer en nuestra vieja casa; pero los cubro con hojas y los brotes afloran tan fuertes como siempre. La sombra, la fuente y el abrigo de la roca los mantienen vivos y es inútil tratar de moverlos.

Ambas quedaron silenciosas unos minutos, mientras sus manos se movían vivamente y sus mentes examinaban sus diversas suertes. Un curioso rayo de sol tocó los cabellos de Becky, convirtiéndolos en oro rojizo. Aquel mismo rayo deslumbró a Emily; la muchacha extendió la mano para bajarse el ala del sombrero y se tocó los rizos de la frente. Aquello le recordó su principal molestia, y le hizo decir con impaciencia, mientras ocultaba bajo la redecilla sus mechones cortos.

-¡Mi pelo es una calamidad! No sé qué voy a hacer cuando sea presentada en sociedad. Esta melena no me favorece y no puedo matizar mi cabello.

-Es un color bonito y a mí me agradan los rizos más que las trenzas postizas -dijo Becky, sin darse cuenta de que sus espléndidos cabellos tenían el verdadero rojo Tiziano, y una mirada artística los admiraría mucho.

-¡A mí no! Enviaré una muestra a París y entonces llevaré una trenza en torno a la cabeza, como te ocurre a ti a veces. Me figuro que va a costarme una fortuna, pero no quiero llevar una melena rebelde. Una amiga mía se ha comprado una preciosa trenza dorada por cincuenta dólares.

Librodot

-¿Es posible que la gente pague eso por cabellos postizos? -preguntó Becky, asombrada.

-Desde luego. El cabello blanco cuesta cien, si es largo. Tú podías ganar mucho dinero con tu cabello, si decides venderlo alguna vez. Yo te lo compraría, pues dentro de poco mi cabello se me oscurecerá, y me gustaría llevar cabello tuyo, Becky.

-No creo que mi madre me lo permitiría. Está muy orgullosa de nuestras cabezas rojas. Si alguna vez me corto el pelo, te lo daré. Quizá alguna vez necesite dinero y me vea obligada a venderlo. ¡Cielos, sé me quema el pastel! -y Becky huyó, olvidando aquella charla con su trabajo.

Emily no la olvidó, y esperó poder tentar a Becky, pues realmente deseaba una de aquellas lindas trenzas- pero le daba vergüenza pedir a la pobre chica una parte de su única belleza.

Así julio y agosto transcurrieron agradable y provechosamente para ambas muchachas, y en septiembre tuvieron que separarse. No se habló nunca más de poesía, y Emily se interesó tanto en la vida activa y práctica que reinaba en torno suyo, que se olvidó de sus sueños y aprendió a apreciar la prosa de la labor diaria.

Una tarde de viento en que ella y su madre descansaban de un paseo, sentadas en una ladera entre los áster, vieron a Becky que subía el sendero con una cesta al brazo. La joven caminaba lentamente, como absorta en sus pensamientos, pero sin dejar de apartar con el pie, con gesto decidido, todas las piedras que hallaba en el camino. Había muchas en el rocoso sendero, pero Becky lo iba limpiando a medida que subía, y de vez en cuando se detenía para arrojar a la zanja, junto al camino, alguna piedra grande o especialmente afilada.

-¡Qué muchacha más curiosa, mamá! A pesar de lo cansada que debe estar después del largo camino hasta la ciudad, no deja una sola piedra en el camino -dijo Emily, mientras observaban el lento avance de la muchacha.

-Para mí es una muchacha muy interesante, querida, y bajo su humilde apariencia se esconde un espíritu fuerte y superior. Es propio de ella el limpiar de piedras el camino, aun cuando las primeras lluvias lo llenarán nuevamente. Vamos a preguntarle por qué lo hace. Había observado ya esa costumbre y pensé interrogarla -replicó la señora Spenser.

-¡Aquí estamos! Ven a descansar un minuto, Becky, y dinos por qué arreglas los caminos al igual que otras muchas cosas -exclamó Emily sonriendo cuando la muchacha alzó los ojos y las vio.

-¡Oh!, es una costumbre mía; la aprendí de mi padre, cuando muy niña, y la mayoría de las veces lo hago sin darme cuenta -dijo Becky, dejándose caer en una roca musgosa, como si agradeciese aquel descanso.

-¿Y por qué lo hacía tu padre? -preguntó Emily, que sabía que a la muchacha le gustaba mucho hablar de su progenitor.

-Bien, creo que es un rasgo de familia, porque mi abuelo hacía lo mismo, aunque con su granja. Este terreno es muy pedregoso y los granjeros tenían que limpiarlo de piedras para poder cosechar. Era una dura labor y significaba mucho tiempo y mucha paciencia el quitar las malas hierbas y las piedras, que parecían crecer más de prisa que todo lo demás. ¡Pero lo lograron!

Mientras hablaba, Becky señaló orgullosamente los campos lozanos que se extendían ante ella, recién segados, llenos de ondulantes espigas, o plantados de frutas de invierno. De vez en cuando había partes pedregosas, que demostraban la labor realizada; y macizas cercas de piedra rodeaban los pastizales, los campos y los jardines.

-Es una buena lección de paciencia y perseverancia, querida, y honra a los hombres que convirtieron en jardín el desierto -dijo la señora Spenser.

-Entonces no es de extrañar que les agrade y nosotros deseamos conservar la costumbre. Creo que a mamá se le partiría el corazón si tuviese que vender esto, y por ello nosotros trabajamos tanto para pagar la hipoteca. Entonces seremos la familia más dichosa de New Hampshire -dijo Becky, examinando con cariño la vieja granja, la colina pedregosa, y los campos ganados al bosque.

-No tienen que temer perderla; si nos dejan, nosotros nos ocuparemos de ello -comenzó la señora Spenser, que era una mujer rica y generosa.

-¡Gracias! Pero creo que no vamos a necesitar ayuda; si la necesitáramos, la señora Taylor nos hizo prometer que recurriríamos a ella -exclamó Becky-. Nos conoció en nuestra peor época y en ese entonces quiso solucionar nuestros problemas; pero somos orgullosos a nuestro modo, y mi madre dijo que, si podía, preferiría trabajar. Entonces la señora Taylor fue a hablar con la gente de por aquí y les demostró que un ramal de ferrocarril hasta Peeksville aumentaría grandemente el valor del terreno, y lo bueno que era esta tierra para fresas, espárragos y frutas de jardín, si se encontraba mercado para ello. Por tanto, algunos de los ricos se encargaron de aquel plan y creo que se realizará este otoño. Para nosotros será una gran suerte, pues nuestra tierra es de primera calidad para pequeñas cosechas, los muchachos pueden ayudarnos en eso, y teniendo cerca una estación, el trabajo resultará sencillo. Eso es lo que llamo saber ayudar a la gente que quiere ayudarse. Es espléndido, ¿verdad?

Becky parecía tan entusiasmada, que Emily no pudo menos de interesarse, aunque el hallar mercado para los productos de jardín no le sonaba muy romántico.

-Espero que suceda, y el próximo año te veremos dedicada en pleno a ello. ¡Qué buena persona es la señora Taylor! -¿Verdad? Pero lo triste es que ella no puede gozar todo lo que desea porque tiene mala salud. Era una joven campesina, como saben, y fue a trabajar a la ciudad, como camarera de una pensión. Un hombre rico se enamoró de ella y se casaron. Ella lo cuidó durante años, heredando su dinero. La señora Taylor quedó quebrantada, pero quiso hacer amado el nombre de su marido, después de su muerte, pues en vida no había hecho nada bueno; y por tanto da mucho dinero, y no se cansa jamás de ayudar a los pobres y de hacer toda clase de buenas obras para que el mundo sea mejor. ¡Eso es espléndido, a mi entender!

-Al mío también, aunque es lo que tú haces en pequeña escala, Becky -dijo la señora Spenser cuando la muchacha hizo una pausa para cobrar aliento-. La señora Taylor quita las piedras del camino de las gentes, haciendo sus senderos más fáciles de subir de lo que el suyo ha sido, y dejando tras de sí campos lozanos para que otros hagan la cosecha. Ese es un trabajo mejor que el hacer versos, pues es la verdadera poesía dula vida, y les trae a los que se entregan a él, por humildemente que lo hagan, algo más dulce que la fama y más duradero que la fortuna.

Librodot

-¡Cierto! Ahora lo comprendo, y veo por qué a mi madre y a nosotros nos gusta hacerlo y por qué trabajamos tanto para conservar lo que nuestro padre nos dejó. Solía decir que cualquier piedra quitada del camino era una ayuda para los muchachos; y me contaba sus planes cuando corría detrás de él por la granja, ayudándole en lo que podía, pues como saben, yo era la mayor muy parecida a él.

Becky hizo una pausa, conmovida, pues ni a aquellas buenas amigas podía hablarles de las luchas duras en que había tomado parte durante los largos años dedicados a arrancar su heredad a las pedregosas colinas.

El sonido musical de un reloj lejano le recordó que se acercaba la hora de la cena, y se puso de pie de un salto, como si aquel descanso al lado del camino la hubiese refrescado grandemente. Al sacar su pañuelo, se le cayó del bolsillo un ovillito de cinta azul, y Emily lo recogió, exclamando con malicia:

-¿Vas a ponerte guapa, el domingo, cuando venga a verte Moses Pennel?

La muchacha rió y se ruborizó, diciendo, mientras doblaba la cinta con cuidado.

-Como esto voy a hacer algo mucho mejor. Creo que el pobre Moses no va a volver. No pienso dejar a mi madre hasta que mis hermanas puedan ocupar mi lugar, y entonces me dedicaré a la enseñanza, si puedo conseguir una escuela en las cercanías.

-¡Ya veremos! -y Emily asintió, prudentemente.

-¡Cierto! -y Becky hizo una decidida inclinación de cabeza, y continuó subiendo la colina junto a la señora Spenser, mientras Emily marchaba lentamente detrás, apartando todas las piedras que encontraba, sin pensar en sus delicados zapatitos, absorta en la nueva y encantadora idea de seguir en cierto modo el ejemplo de la señora Taylor.

Una semana más tarde, llegó la última noche, y en el momento en que se separaban para acostarse, entró uno de los muchachos trayendo la noticia de que estaban en el pueblo los inspectores del ferrocarril, hablando dé la gran empresa y de que la fortuna del lugar era un hecho.

En la vieja granja hubo gran alegría, los muchachos daban vivas, las muchachas bailaban, las dos madres lloraron al estrecharse la mano, y Emily abrazó a Becky, exclamando con ternura:

-Querida, ahora tienes una gran piedra fuera de tu sendero, y libre al fin el camino de la fortuna; pues pediré a todos mis amigos que compren tu manteca, tus huevos, tu fruta, tus cerdos y todo lo que envíes por ese bendito ferrocarril.

-Un barrilito de nuestra mejor manteca de invierno sale mañana por la diligencia, y cuando tengamos manzanas, no necesitaremos un tren para enviártelas, querida -repuso Becky, estrechando entre sus brazos a la delicada criatura, con una expresión y un gesto mitad fraternal mitad maternal, completamente cariñosos y agradecidos.

Cuando Emily se fue a su cuarto, halló que la manteca y las manzanas no eran los únicos recuerdos en pago de los muchos regalos hechos a toda la familia.

Sobre la mesa, con una linda cubierta de corteza de abeto, estaban varios de los mejores poemas de Becky, primorosamente copiados, pues Emily había expresado el deseo de tenerlos en su poder; y en torno al rústico volumen, como un anillo de oro rojo, estaba una de las trenzas de Becky atada con la cinta azul, que había tenido que ir a comprar a cuatro millas de distancia para que su regalo resultase lo mejor posible.

Claro que hubo nuevos abrazos y besos; gracias y palabras amables, antes de que Emily se durmiese al fin, planeando enviar para Navidad una caja llena de los objetos que desease la familia entera, si conseguía averiguarlos.

A la mañana siguiente se separaron; pero aquéllas no eran simples amigas de verano, y no dejaron de verse, a pesar de lo apartado de sus caminos. Emily había hallado un nuevo placer en la vida, una nueva medicina para curar el cuerpo y el alma; y al ayudar a los demás se ayudaba maravillosamente a ella misma.

Becky continuó por su áspera senda del deber, hasta que la hipoteca quedó cancelada, los muchachos fueron capaces de atender solos a la granja, las chicas estuvieron en condiciones de llenar su puesto y la buena madre dispuesta al fin a descansar entre sus hijos. Entonces Becky se dedicó a la enseñanza, una noble tarea para la que estaba bien capacitada, y en la cual halló a la vez provecho y placer, mientras conducía el rebano a lo largo de senderos, cuyos obstáculos quitaba, como antes había hecho con los suyos. Introdujo la poesía en su vida, haciendo de ella "un dulce poema", en el cual la belleza y el deber rimaban tan bien que la muchacha campesina se convirtió en una mujer más útil, amada y honorable que si hubiese tratado de buscar en la poesía la fama que jamás satisface.

Por tanto, cada planta simbólica vivió, en el lugar que le correspondía, la vida que le estaba destinada. El delicado helecho creció en una estufa, entre rosas de té y camelias, añadiendo gracia a cada ramillete, del cual entraba a formar parte, ya se marchitase en un salón de baile o fuese cuidadosamente conservado junto al lecho de algún enfermo; un objeto frágil, pero con raíces fuertes, y tallo firme, nutrido por el recuerdo del rincón rocoso donde tan bien había aprendido su lección. El laurel de la montaña continuó en su fría ladera, desafiando el viento del invierno y las nevadas, mientras sus vigorosas ramas se extendían más cada año, con sus hojas verdes para la Navidad, sus flores rosadas para la primavera, y su fresca belleza común a todos cuando cubría el valle inculto, con un encanto que hacia un pequeño poema del precioso lugar donde los pinos murmuraban, cantaban los pájaros y la fuente oculta murmuraba el dulce mensaje que traía desde la cumbre de la montaña donde había nacido.

Librodot